Sebastian Haffner

LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1918 - 1919

IN3DITA EDITORES

LA REVOLUCIÓN ALEMANA

HISTORIA INÉDITA

LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Sebastian Haffner

INÉDITA EDITORES

Título original: *Die Deutsche Revolution*

Publicado con autorización de Rowohlt Verlag GmbH,
Reinbek bei Hamburg

1.ª edición: marzo 2005

Diseño de la portada: Natalia Arranz

Fotografía de portada: Tropas revolucionarias en Berlín. *Cover*

Traductora: Dina de la Lama Saul

Madrazo, 125 – 08021 Barcelona

ISBN: 84-96364-17-8

Composición y edición técnica:
Lozano-Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Depósito legal: B. 12.230 – 2005

Impreso en España
A & M Gràfic, S. L.
Polígon Industrial «La Florida»
08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Y dejad que le cuente al mundo, que aún no lo sabe,
Cómo sucedió todo esto; así deberéis oír
Sobre actos carnales, sangrientos, desnaturalizados,
Juicios arbitrarios, ciego asesinato;
Sobre muertes provocadas mediante violencia y astucia,
Y maquinaciones frustradas que han recaído
Sobre la cabeza de sus inventores: de todo esto puedo
Hablar con la verdad.

William Shakespeare, *Hamlet*, acto V, escena 2

ÍNDICE

PRÓLOGO

Franz Kafka en su relato *Vor dem Gesetz* (Ante la ley) narra la historia de un hombre que solicita entrar a un implacable guardián y que pasa toda su vida esperando ante la puerta, siendo rechazado una y otra vez, pero sin perder la esperanza, intentando vanamente persuadirlo. Finalmente, en la hora de su muerte, el guardián le grita al «oído que ya va perdiendo»: «Esta entrada estaba especialmente reservada para ti. Ahora me voy y la cierro».

La historia del Imperio (Reich) y de la socialdemocracia alemanes recuerda este relato kafkiano. Al surgir casi simultáneamente parecían estar hechos el uno para la otra: Bismarck trazó un marco estatal en el que podría desarrollarse la socialdemocracia y ésta esperaba que algún día podría dotarlo de un verdadero contenido político de forma duradera. Si lo hubiese logrado, tal vez aún existiría hoy el Reich alemán.

Pero ya sabemos que no lo consiguió. El Reich cayó en las manos equivocadas y se hundió. La socialdemocracia, que desde el primer momento se sintió llamada a dirigirlo y que quizá hubiese podido salvarlo, nunca reunió en los 74 años de existencia del Imperio ni el valor ni el vigor suficientes para hacerse con él. Como el personaje del relato de Kafka, la socialdemocracia se había instalado cómodamente ante la puerta. Y también a ella la Historia le podía haber gritado al oído en 1945: «Ésta entrada estaba especialmente reservada para ti. Ahora me voy y la cierro».

Pero al contrario que en la historia de Kafka, en ésta hay un instante dramático en el que todo parece cambiar. En 1918, ante la derrota inminente, los guardianes del Reich abrieron a los propios dirigentes socialistas la puerta de entrada, cerrada durante tantos años, y los dejaron pasar voluntariamente a las antecámaras del poder, no sin segundas intenciones; y entonces las masas socialdemócratas se precipitaron hacia el interior, empujando a sus dirigentes y arrastrándoles hasta la última puerta, hasta el mismo poder. Tras medio siglo de espera, parecía que por fin la socialdemocracia alemana había alcanzado su objetivo.

Y entonces sucedió algo increíble. Sus líderes, que habían alcanzado a regañadientes el trono vacante conquistado por las masas socialdemócratas, movilizaron inmediatamente a los antiguos guardias de palacio, ahora sin señor, y mandaron echar de nuevo a sus seguidores. Un año después, los mismos líderes volvían a encontrarse fuera, ante la cerrada puerta, y para siempre.

La Revolución alemana de 1918 fue una revolución socialdemócrata sofocada por los dirigentes socialdemócratas: un suceso sin par en la Historia.

Este libro presenta escena por escena cómo ocurrió. Pero antes de que subamos el telón de este oscuro drama es recomendable echar un breve vistazo a su largo preludio: el medio siglo de impaciente espera socialdemócrata ante las puertas del poder.

S. H.
Berlín, enero de 1979

1

EL IMPERIO ALEMÁN Y LA SOCIALDEMOCRACIA

El Imperio alemán (Kaiserreich) y el Partido Socialdemócrata alemán no sólo se constituyen al mismo tiempo, sino que además tienen la misma raíz: la Revolución frustrada de 1848. Ésta revolución se había fijado dos objetivos: de cara al exterior, la unidad nacional y, en el interior, la refundación democrática del sistema político. Ambas cosas eran necesarias. La división en pequeños estados y el feudalismo, pilares aún de la Alemania prerrevolucionaria, estaban listos para ser liquidados a principios de la era industrial.

Pero la revolución burguesa fracasó, y la burguesía alemana se conformó con su fracaso. Otros se hicieron cargo de lo que le hubiese correspondido a ella. En su lugar, Bismarck, a la cabeza de los junkers prusianos y con ayuda del Ejército prusiano, consiguió la unidad nacional —la superación del anacronismo que representaban las fronteras estatales— y el cuarto estado arrancó de las debilitadas manos del tercero, como tarea inconclusa, la modernización interior —la superación de las diferencias entre clases sociales—. En la década de 1860, Bismarck y el incipiente movimiento obrero alemán se apoderaron cada uno de un extremo del hilo truncado en 1849. Si hubiesen hecho causa común, la debacle de 1849 se habría podido superar en torno a 1870, y hubiese podido surgir un estado nacional alemán más moderno, sano y duradero. Pero no se dieron soporte unos a otros, sino que

mantuvieron posiciones opuestas, y —a pesar de los breves, fascinantes pero infructuosos flirteos entre Bismarck y Lassalle— tampoco hubiese podido ocurrir de otra manera.

El resultado acabó siendo un Imperio alemán que, poderoso y temido en el exterior, se asemejaba en su estructura interna a un chaleco mal abotonado. Que como estado nacional representase algo inexacto y aproximado —excluía como es sabido a muchos alemanes e incluía a muchos no alemanes— era probablemente inevitable y podía pasarse por alto. Lo mismo sucedía con la constitución de Bismarck, coja y engañosa —con el dualismo no resuelto entre el Reich y Prusia, el poder sólo aparente de los príncipes confederados y del Bundesrat (Cámara alta), el poder absoluto repartido ambiguamente entre el káiser y el canciller del Reich, la impotencia institucionalizada del Reichstag (Cámara baja) y un ejército no integrado—. El problema básico de este estado no era nada de esto; las constituciones no son intocables. Lo que hacía que el Reich de Bismarck, pese a sus victorias, estuviese amenazado de muerte desde su mismo nacimiento (según el historiador Arthur Rosenberg en su obra *Entstehung der Weimarer Republik*), era un malo y anacrónico reparto del poder entre sus clases.

El estado estaba mal gestionado. Los junkers prusianos, una clase en declive económico, se fueron trasformando lentamente en parásitos, y se encontraron de repente dirigiendo un estado industrializado moderno. La burguesía capitalista, acostumbrada a la falta de responsabilidades desde 1849 y por ello había ido adquiriendo malos hábitos, buscaba en el exterior el poder que se le negaba en el interior y presionaba para que se emprendieran aventuras en política exterior. Y los trabajadores socialdemócratas, objetivamente la reserva más fuerte de la nación, los voluntariosos herederos de la responsabilidad que la burguesía había rechazado, eran «enemigos del Reich».

¿Lo eran realmente? Se les temía y se les había proscrito, se les odiaba y durante los últimos doce años de la era Bismarck, de 1878 a 1890, fueron perseguidos. Sin lugar a dudas eran entonces enemigos irreconciliables del orden político y social establecido

por Bismarck. Sin disimulo alguno apelaban a la revolución política y social, sobre la que sin embargo —ya entonces— no tenían ninguna idea clara, sin hablar ya de planes concretos. Sin duda tenían, así como los otros «enemigos del Imperio», los votantes católicos del Zentrum, vínculos y lealtades más allá de las fronteras imperiales; lo que para unos era la Iglesia católica universal, era para éstos la Internacional Socialista.

Y sin embargo, los unos eran tan poco enemigos del Reich como los otros. Muy al contrario. Los socialdemócratas y el Zentrum fueron desde el principio los partidos imperiales propiamente dichos; surgidos y crecidos en el Reich, con el Reich y por el Reich; arraigados profundamente en él como su fundador prusiano. Ni a los socialdemócratas ni al Zentrum se les ocurrió jamás disolver o desear la disolución del Imperio alemán, su elemento vital. Desde el principio se sentían —los socialdemócratas aún más que el Zentrum— como candidatos a su herencia. Arthur Rosenberg sólo exagera ligeramente cuando escribe: «La dirección del Partido Socialdemócrata era el contragobierno clandestino y August Bebel, a juzgar por su influencia, una especie de contrakáiser».

Los socialdemócratas del Reich de Bismarck eran patriotas revolucionarios. Estaban a favor de la revolución interior y de la reforma, pero bajo ningún concepto pretendían ni la debilitación de su poder en el exterior ni la disgregación del joven Estado. Querían hacer del Reich de Bismarck *su* Reich, no para debilitarlo ni para abolirlo, sino para ponerlo al día. Sin embargo, tal actitud, bastante clara en teoría, no estaba exenta en la práctica de contradicciones. En las dos frases más célebres del que fuera presidente del partido durante largo tiempo, August Bebel, existe una cierta contradicción: «¡A este sistema ni un hombre ni un penique!» y «Si se trata de ir en contra de Rusia, ¡yo mismo tomaré el fusil!». Pero lo que hizo fracasar a los socialdemócratas de 1918 no fue *esta* contradicción, sino otra.

La revolución social alemana, que los socialdemócratas prometieron hasta el último minuto y que realmente en un principio deseaban y a la que aspiraban, fue siempre para ellos un asunto

que había que dejar para mañana o para pasado, nunca había figurado en el orden del día. Nunca un socialdemócrata alemán se cuestionaba, como hacía Lenin: «¿Qué podemos hacer?». Se decía que la revolución «llegaría» en algún momento; no era algo que uno mismo debiera llevar a cabo aquí y ahora. Bastaba con esperarla; y entretanto la gente vivía bajo el Imperio, tal y como había sido siempre, militando en uno de sus partidos, satisfecha con ver al partido reforzarse tras cada cita electoral. Pero un partido revolucionario que se contenta con esperar la revolución deja paulatinamente de ser un partido revolucionario. El presente real es más fuerte que el ansiado y esperado futuro, especialmente cuando el anhelo y la esperanza menguan ante un futuro siempre más lejano y un presente que se hace cada vez más llevadero.

Y de hecho, así era. En el año 1891, August Bebel dijo en el Congreso del SPD:

> La sociedad burguesa trabaja tan concienzudamente en su propia caída que sólo debemos esperar el momento oportuno para recoger el poder que se le escurre de las manos... Sí, estoy convencido de ello: la consecución de nuestro objetivo final se encuentra tan próxima que muy pocos de los presentes no lo verán con sus propios ojos». Veinte años después, él mismo ya sólo se refería a la revolución como «la gran catástrofe», una palabra muy significativa, ya que una gran catástrofe no es precisamente algo que se anhela con fervor. De nuevo les gritó a sus adversarios burgueses (esta vez en el Reichstag): «[La catástrofe] no la hemos provocado nosotros, han sido ustedes mismos». Pero ya no se hablaba de que el día de la revolución era inminente, sino de que el día «llegará, sólo que ha quedado algo aplazado». Esta vez sí eran muy pocos de los que estaban en la sala los que no iban a vivirlo: siete años más tarde se enfrentarían a ello. Pero internamente, el SPD había dejado realmente de querer lo que ahora denominaba la «gran catástrofe».

Es curioso observar con qué exactitud coinciden las fechas decisivas de la historia del Imperio alemán con las de la historia

del Partido Socialdemócrata. Los cuarenta y ocho años del Imperio comprenden tres períodos claramente definidos: los veinte años de Bismarck hasta 1890; el período guillermino de 1890 a 1914 y los cuatro años de guerra de 1914 a 1918. Éstas son exactamente las etapas en las que se divide la historia del Partido Socialdemócrata. Durante la época de Bismarck fue, como mínimo ante sus propios ojos, el partido de la revolución roja. Entre 1890 y 1914 su afán revolucionario sólo era ya de palabra; secretamente había empezado a sentirse como un componente de la Alemania guillermina. A partir de 1914, este cambio ya se hizo manifiesto.

A la pregunta de qué es lo que había suscitado esta transformación, se debe citar, en primer lugar, el fin de la persecución. Durante sus últimas semanas en el poder, Bismarck quiso endurecer aún más las leyes antisocialistas, hasta casi llegar a provocar una guerra civil abierta. Guillermo II abandonó el proyecto. Los líderes socialdemócratas, que habían sido proscritos y perseguidos durante doce años, pudieron llevar a partir de entonces la sosegada, cómoda e interesante vida de los honorables parlamentarios. Deberían haber tenido una capacidad sobrehumana para no experimentar alivio y una cierta gratitud.

Pero esto no fue todo. La atmósfera que se respiraba en política interior en la Alemania guillermina era distinta a la que se respiraba durante la época de Bismarck: más distendida, más relajada, menos severa y rígida. La Alemania del cambio de siglo era un país más feliz que el de los años ochenta. En la Alemania de Bismarck el ambiente era opresivo. Guillermo II había abierto de golpe las ventanas y había dejado que entrara el aire; la gran y satisfactoria popularidad de la que gozó durante sus primeros años no venía dada por casualidad. Sin embargo, la agradable distensión interior se consiguió gracias al desvío de las energías estancadas y de la presión interna hacia el exterior, por decirlo de alguna manera, a costa del mundo exterior, que a la larga no lo toleró. Al final, el precio que hubo que pagar por todo ello fue la guerra.

Sin embargo, hacia 1900, esto era lo menos perceptible. Lo que en cambio notaron especialmente los socialdemócratas fue

que la tormenta revolucionaria que se estaba fraguando desde hacía tiempo se disipaba. Hasta 1890 habían visto «venir» realmente la revolución. Ahora la veían alejarse en el horizonte.

La «política internacional» de Guillermo II favorecía especialmente a la burguesía capitalista, que fue compensada ahora de su falta de poder interior, al contrario que bajo el mandato de Bismarck, mediante la apertura al exterior. Pero el trabajador alemán también arañó algo de la nueva prosperidad de la expansión imperialista. Su situación aún estaba lejos de ser buena, pero iba progresando; y aquel que experimenta la mejora y espera que esta mejora vaya aún a más pierde el interés por la revolución. Los «revisionistas» del SPD, que durante los primeros años del siglo habían suprimido la revolución del programa del partido y que pretendían pasar a una política reformista puramente social, vieron claramente de dónde soplaba el viento. Sin embargo, quedaron en minoría. El partido, como siempre, siguió proclamando la revolución en los congresos del partido y en las manifestaciones bajo la bandera roja. Pero entre palabras y convicciones se abrió ahora una grieta cada vez más amplia. El «centro marxista» del partido pensaba en secreto lo mismo que los revisionistas decían abiertamente; el ala izquierda del partido, que todavía *creía* en la revolución, se había convertido en una minoría.

Y a todo ello hay que añadir un tercer factor: la fulgurante carrera parlamentaria del SPD. El partido había ido creciendo, de comicio en comicio, en número de votantes y escaños. Desde 1912 era, con mucho, el partido más fuerte en el Reichstag. ¿Podía eso pasarse por alto sin más? Si la revolución se iba haciendo cada vez más improbable, mientras el grupo parlamentario socialdemócrata del Reichstag iba creciendo continuamente en toda regla, ¿no debía darles eso qué pensar?

Sin embargo, el Reichstag de la Constitución de Bismarck tenía poco poder. ¿Podía cambiarse esta situación? ¿No querían también otros partidos más poder? Y si se podía llegar al gobierno mediante una mayoría parlamentaria y consiguiendo más poder para el Parlamento, ¿quién necesitaba entonces una revolución? Nadie, ni siquiera los revisionistas se expresaron abierta-

mente, pero en realidad el SPD de 1914 era ya un partido parlamentario, ya no quedaban en él revolucionarios. Ya no pretendía derribar el estado existente, lo que quería era crear alianzas con otros partidos parlamentarios, con los Liberales y el Zentrum. Las manifestaciones masivas y las banderas rojas ya sólo eran un ritual tradicional. El juego parlamentario y la ambición parlamentaria se habían convertido en la realidad del partido. Con el inicio de la guerra en 1914 pudo constatarse dónde estaba lo real y lo ritual.

El SPD mantuvo aún durante toda una semana la apariencia revolucionaria. El 25 de julio de 1914 se inició, de acuerdo con las decisiones tomadas en anteriores congresos del partido, «una apasionada protesta contra los proyectos criminales de los promotores de la guerra». Durante los días siguientes hubo en Berlín manifestaciones callejeras de los socialdemócratas contra la guerra, bajo ningún concepto insignificantes: se movilizaron de veinte a treinta mil personas en cada una de ellas. De los dos presidentes del partido, uno, Friedrich Ebert, viajó a Zurich para poner a buen recaudo los fondos del partido; aún se temía que se llevaran a cabo ilegalizaciones, encarcelamientos y confiscaciones. El otro, Hugo Haase, un «izquierdista», se apresuró hacia la sede de la Internacional Socialista en Bruselas para debatir sobre una acción internacional contra la guerra.

Pero cuando realmente llegó la guerra, todo fue inútil: con 96 votos contra 14, el grupo parlamentario socialdemócrata del Reichstag decidió votar a favor de los créditos de guerra; y los catorce disidentes se sometieron sin excepciones a la disciplina de partido (entre ellos, aun por esta vez, Karl Liebknecht, el más izquierdista de la izquierda). Uno de ellos era Hugo Haase, el vicepresidente del partido, un melancólico cuyo papel había consistido toda la vida en quedar en minoría para someterse luego a la mayoría. El 4 de agosto le correspondió, en nombre del partido y en contra de su propio convencimiento, emitir la célebre frase: «Cuando amenaza el peligro, nosotros no dejamos a la patria en la estacada». El káiser le replicó con la también conocida respuesta: «Ya no quiero saber nada de ningún partido, sólo me intere-

san los alemanes». La socialdemocracia alemana había hecho las paces con el Reich. A partir de entonces se comportó como un partido del Estado, sin serlo realmente.

Al ala izquierda del partido, que se aferraba a los antiguos objetivos revolucionarios, le estremeció esta «traición» y no se resignó a la nueva paz con el Imperio: durante el transcurso de la guerra se escindió del partido; también una parte del «Centro marxista» y de los antiguos revisionistas la siguieron, y a partir de 1917 hubo dos partidos socialdemócratas, el SPD y el USPD, los «Socialistas Mayoritarios» y los «Independientes», los unos a favor de la guerra y leales al Estado, los otros pacifistas y —como mínimo en parte— revolucionarios. Sin embargo, la decisión del 4 de agosto de 1914 no suponía ninguna «traición»; ni tan siquiera es necesario invocar la atmósfera del momento, el sentimiento patriótico, el pánico o el entusiasmo, respondía a la evolución que el partido había experimentado en el cuarto de siglo precedente. El partido tenía la acertada sensación de que la guerra era el precio que se tenía que pagar por un cuarto de siglo de política exterior imperialista y expansionista, y de que de los frutos de esta política exterior también habían gozado los trabajadores y la socialdemocracia alemanes. En definitiva, se trataba de asumir las consecuencias de la complicidad. Pero, sobre todo, si el objetivo del partido consistía en asumir un mayor papel en el gobierno del Estado con el Parlamento y a través de él, entonces la guerra representaba su oportunidad. Ahora, por primera vez, se le necesitaba. El partido, que gozaba de la confianza de las masas, ya no podía ser ignorado en una guerra de masas. Con el «sí» a la guerra, el SPD creyó traspasar el umbral del poder.

Por una parte se equivocaba, pero por otra volvía a estar realmente en lo cierto. El Reichstag, la mayoría parlamentaria y la socialdemocracia no consiguieron jamás alcanzar el poder, incluso en las últimas semanas de la guerra, porque sus verdaderos detentadores eran los militares. Pero, igualmente, el funcionamiento de las instituciones comenzó a cambiar, y el Reichstag y el SPD se convirtieron en los vencedores en la nueva realidad constitucional. Los grandes perdedores fueron el káiser y los prín-

cipes confederados que, de pilares fundamentales, pasaron a ser meros ornamentos; también salieron perdiendo el canciller y su gabinete, que progresivamente pasaron de ser instancias decisivas a convertirse en auxiliares del Alto Mando del Ejército.

Desde el otoño de 1916, el verdadero gobierno alemán fue el Alto Mando del Ejército. A partir de entonces el verdadero káiser se llamaba Hindenburg y el verdadero canciller, Ludendorff. Pero tras la aparente fachada monárquica que se mantenía en pie, no sólo se estaba constituyendo una dictadura militar, sino que, al mismo tiempo, se creaba una especie de república encubierta: el único contrapoder que, junto al Alto Mando del Ejército, se mantenía firme, que ganaba peso y que constantemente obligaba a no bajar la guardia, era la mayoría parlamentaria, una coalición que reunía al SPD, al Partido Progresista y al Zentrum.

La nueva realidad institucional se reveló definitivamente en julio de 1917, cuando el Alto Mando y la mayoría parlamentaria consiguieron juntos, aunque con objetivos opuestos, algo para lo que no disponían de ningún tipo de autorización constitucional: derrocaron al canciller imperial. Sin embargo, la mayoría parlamentaria no designó, como hubiese sido su deseo, a su sucesor. Fue Ludendorff quien lo designó, y con ello quedó demostrado de nuevo quién gobernaba ahora realmente Alemania. Desde 1917, el canciller imperial tenía como mínimo un parlamentario como vicecanciller; la mayoría parlamentaria ya no podía ser ignorada. Entre el Alto Mando y la mayoría parlamentaria existió, durante los dos últimos años de la guerra, una relación parecida a la del gobierno con la oposición en un régimen parlamentario.

El Alto Mando gobernaba, y lo hacía con mano dura mediante el estado de sitio, la censura y el arresto preventivo; es decir, con mayor rigidez y dureza que el poder imperial constitucional anterior a la guerra, en cuyos mecanismos se había infiltrado subrepticiamente. Sin embargo, a diferencia de las autoridades imperiales de antes de la guerra, no podía ignorar con tanta facilidad a los partidos mayoritarios en el Parlamento. Se les escuchaba y tenían voz; incluso podían llegar a derrocar al canciller.

La mayoría parlamentaria hacía de oposición. Entre ella y el

poder militar gobernante tuvieron lugar dos grandes debates que giraron en torno a los objetivos de la guerra y a la reforma de la Constitución. La mayoría parlamentaria exigía que se llegase a una paz negociada con un limitado programa de anexiones. El Alto Mando quería una «paz victoriosa». La mayoría parlamentaria insistía en la aplicación a cada estado federado de la ley electoral utilizada para el Reichstag, la libertad de prensa, la democratización y el aumento de los poderes del Parlamento. El Alto Mando contestaba: «Tras la victoria, tal vez». De vez en cuando, el debate subía de tono y los diputados de la mayoría parlamentaria tuvieron que encajar duras palabras, ya no sólo de los militares que estaban en el gobierno, sino —con más ahínco si cabe— de sus colegas parlamentarios de la derecha y de la prensa «nacional».

Pero estos debates no afectaron a su lealtad. Hasta el último momento aprobaron todos los créditos de guerra y el SPD, en especial, dio lo mejor de sí mismo para persuadir a las masas agotadas y hambrientas, que a veces llegaban a protestar de manera furibunda y se declaraban en huelga, de que siguieran «resistiendo». Para el SPD era impensable buscar un modo de sabotear la guerra porque ésta no se ajustase a sus planteamientos. A ese punto llegaron únicamente los socialdemócratas independientes, quienes desde la primavera de 1917 se habían organizado en un nuevo partido de izquierdas y, aunque representaban una minoría en el Reichstag, gozaban en provincias de un poder considerable. No obstante, volvían a ser lo que el SPD había sido durante todo el período de Bismarck: unos proscritos. Aquellos que no contaban con inmunidad parlamentaria, debían estar preparados para la prisión preventiva, para ser enviados a trabajar en la industria armamentística o incluso a los batallones disciplinarios.

Nada de esto amenazaba a los socialistas mayoritarios. Ahora se habían convertido en gente respetable, entraban y salían de los despachos e incluso se les recibía ocasionalmente en el Gran Cuartel General y se les escuchaba con respeto. Era una experiencia poco común para ellos, y no podían evitar sentir un cierto sentimiento de calidez y ternura hacia esta nueva cortesía y ama-

bilidad de los poderosos. Surgió incluso una cierta camaradería entre algunos dirigentes del SPD y los nuevos hombres de la jerarquía militar, como por ejemplo entre el líder del partido Friedrich Ebert y el general inspector de ferrocarriles, el general Wilhelm Groener. Ambos entraron en contacto en repetidas ocasiones y se entendieron bien: ambos eran hijos de artesanos del sur de Alemania, uno de Baden y el otro de Württemberg, y ambos eran serios, sencillos y aplicados tecnócratas y «patriotas». ¿Cómo habían podido antaño sentirse tan distantes y hostiles el uno con el otro?

El SPD de los años de la guerra no había logrado llegar al poder, pero sí se había impregnado de su atmósfera. Ahora pertenecía, aunque por el momento todavía en el papel de oposición, al «establishment». Era un partido reformista, nacional y leal, que formaba parte de la oposición y que criticaba al gobierno pero que ya no pretendía destruir al Estado. Se había acomodado a la monarquía y al capitalismo. Aspiraba a un régimen parlamentario y a una paz negociada. Estaba dispuesto a alternarse pacíficamente en el gobierno, dentro de un futuro sistema parlamentario, con sus adversarios burgueses de derechas; y sus aliados burgueses, progresistas y de centro, estaban mucho más cerca de ellos que sus colegas disidentes del USPD; con los unos eran ahora amigos y compañeros, los otros se habían convertido en enemigos íntimos.

Lo que esta evolución resquebrajó en alguna medida fue la relación entre la dirección del partido y las bases. Esta relación siempre se había fundamentado en una férrea disciplina y en la subordinación. El apodo con el que se les conocía, «real socialdemocracia prusiana», provenía ya de la época anterior a la guerra. Sin embargo, durante los años previos a la guerra sí había existido una gran solidaridad de clase entre los «camaradas» de base y sus dirigentes, habían compartido la intimidad de muchas noches de tertulia. Los dirigentes socialdemócratas habían sido gente sencilla, que hablaba el lenguaje de la gente más sencilla. Aho-

ra, en ocasiones hablaban la lengua del poder. Mientras compartían cada vez más las preocupaciones de los militares que gobernaban, apreciando sus cualidades humanas, sus bases padecían más que nunca toda la violencia y sentían, ahora sí, la brutalidad del poder militar. Fue inevitable un cierto distanciamiento. Algunos de los antiguos baluartes del SPD —Berlín, Leipzig, Bremen, Hamburgo— se convirtieron en centros del nuevo USPD.

El USPD, que desde 1916 se negaba a votar los créditos de guerra, continuaba las tradiciones de la socialdemocracia de antes de la guerra de un modo mucho más fiel que el partido mayoritario. El USPD aglutinaba todo el espectro de opiniones de la socialdemocracia de antes de la guerra, desde el líder revisionista Eduard Bernstein, pasando por el ideólogo del «centro marxista» Karl Kautsky, hasta los revolucionarios internacionalistas de la Liga Espartaquista, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. El USPD no era bajo ningún concepto un partido de izquierdas homogéneo, un partido revolucionario puro y duro como los bolcheviques rusos de Lenin. En lo único que coincidían sus miembros era en la oposición a la guerra, en la que hacía tiempo que ya no veían una guerra defensiva, sino una guerra de conquista imperialista; y en el rechazo feroz hacia los socialdemócratas mayoritarios favorables a la guerra, que les respondían de la misma forma. Para éstos, los Independientes no eran más que traidores a la patria; para los Independientes, los socialistas mayoritarios eran traidores al socialismo y a la clase trabajadora.

A pesar de todo, la división del partido, que tanta amargura, o más bien odio, había creado entre los políticos, se veía desde abajo, desde la perspectiva de los simples militantes, de forma menos tensa. Para muchos, los socialistas mayoritarios y los Independientes seguían siendo a grandes rasgos lo mismo, sólo que con alguna diferencia de matiz. En definitiva, los socialistas mayoritarios también estaban a favor de una paz negociada y contra los anexionistas y los «partidarios de la guerra a ultranza»; también ellos exigían una reforma del derecho electoral y de la democracia, sólo que con algo más de paciencia y en un tono más moderado. Uno también podía dirigirse a ellos si se veía afecta-

do personalmente por el estado de excepción, si era víctima de una detención arbitraria y frente a los abusos de poder. Los Mayoritarios quizá incluso conseguían más cosas mediante sus métodos conciliadores que los «Independientes» con su rígido radicalismo. Al fin y al cabo, los socialistas mayoritarios nunca habían abjurado públicamente de los grandes objetivos del socialismo.

La confianza no se esfuma con tanta rapidez. Las masas seguían confiando en sus viejos dirigentes, tanto en los del SPD como en los del USPD. Estos dirigentes eran todo lo que tenían. Durante las grandes movilizaciones huelguísticas de enero de 1918, los participantes también escogieron a dirigentes del SPD para dirigir el movimiento y, pocos días después, se dejaron convencer por estos mismos para suspenderla. Al fin y al cabo, seguían en guerra, y era necesario terminar con ella antes. La mayoría esperaba la reunificación del partido tras la guerra.

«Tras la guerra.» Bien entrado ya el verano de 1918, para el alemán medio esa frase significaba: «tras la victoria» o, como máximo, «tras una paz negociada». Nunca se contempló seriamente la posibilidad de una derrota. ¿No se habían alcanzado ininterrumpidamente victorias durante cuatro años? ¿No se encontraba el frente en territorio enemigo? ¿No se había obligado ya a Rusia a firmar la paz? Para los alemanes que se habían quedado en la patria, la guerra había consistido en hambre, preocupación por «los que estaban fuera» y comunicados sobre victorias. La gente aguantaba, hacía de tripas corazón y seguía luchando y trabajando, hambrienta, llena de rabia contenida contra aquellos que, a pesar de todas las victorias, no querían la paz. Pero a nadie se le ocurrió que, para colmo, perderían la guerra.

Tampoco hubo nadie en lo más alto del Imperio alemán que insinuara alguna vez tal posibilidad, y aún menos que la admitiera. Los dirigentes tampoco reconocían para sí la posibilidad de la derrota, ni siquiera durante el verano de 1918, cuando, con el fracaso de la última gran ofensiva alemana en el oeste y la llega-

da masiva de americanos a Francia, ya casi se había hecho evidente. Se desaprovecharon los meses que habrían permitido prepararse para la inminente derrota, y si bien no impedirla, como mínimo mitigar sus efectos.

Entonces, en agosto y septiembre, se precipitaron los acontecimientos. En el oeste, los ejércitos de la Entente pasaron a la ofensiva a lo largo de todo el frente. Alemania cedió todo el territorio conquistado en primavera. La retirada era imparable. Las potencias centrales se desmoronaron. El 13 de septiembre, Austria lanzaba una llamada de socorro. El 15 de septiembre el frente de los Balcanes saltaba por lo aires. Bulgaria capitulaba el 27 de septiembre. El mismo día, en el frente occidental las tropas de la Entente los aliados atacaban la línea Hindenburg en varios puntos. Era la última gran línea defensiva de los alemanes. Estaban tambaleándose.

Los periódicos alemanes seguían hablando de resistencia y de victoria final. En Berlín, los parlamentarios, llenos de malos presentimientos, pero lejos de aceptar que el final estaba cerca, discutían sobre si había ya llegado el momento de cambiar el gobierno y buscar firmemente una paz negociada. La pregunta era: ¿Cómo decírselo a Ludendorff?

Pero aún les esperaba una terrible sorpresa. Fue el mismo Ludendorff quien, de un día para otro, cambió el gobierno, y con ello también la constitución. Tomó las decisiones que los parlamentarios no habían conseguido tomar. Otorgó a Alemania la democracia parlamentaria, y llevó al SPD al gobierno colmando sus deseos. Pero, al mismo tiempo, les hizo un regalo envenenado: la derrota. Lo que ahora les exigía ya no era la búsqueda de una paz honorable, sino la capitulación.

Era el 29 de septiembre de 1918.

2

EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1918

El domingo 29 de septiembre de 1918 empezó como un bonito día de finales de verano y terminó con una tormenta otoñal y una lluvia batiente: ese día, el verano se tornó bruscamente otoño. Ese día, también, se produjo en Alemania un repentino cambio de clima político. Ese día se tomaron, súbita y precipitadamente, las decisiones que provocaron el fin de la Primera Guerra Mundial, el fin de la resistencia alemana y el fin del Imperio alemán.

El 29 de septiembre de 1918 es una de las fechas más importantes de la historia alemana, pero no se ha convertido, como otras fechas comparables —el 30 de enero de 1933 o el 8 de mayo de 1945, por ejemplo—, en un componente esencial de la conciencia histórica alemana. Puede que ello se deba, en parte, a que nada de lo que sucedió ese día apareció al día siguiente en los periódicos. Los hechos del 29 de septiembre siguieron siendo durante muchos años secreto de estado. Pero aun cuando finalmente salió a la luz todo lo ocurrido, se mantuvo curiosamente bajo un contorno indefinido, algo así como una neblina secreta que todo lo cubría.

El 29 de septiembre de 1918 fue un 8 de mayo de 1945 y un 30 de enero de 1933 en un mismo día. Comportó simultáneamente la capitulación y la reforma del Estado. Y ambas cosas se dieron gracias al empeño de *un solo* hombre; un hombre cuyo cargo constitucional no le autorizaba en lo más mínimo a llevar a

cabo acciones de tal calibre: el jefe adjunto del Estado Mayor General, Erich Ludendorff.

El 29 de septiembre de 1918 sigue guardando celosamente el enigma de Ludendorff: el enigma sobre su poder, el enigma sobre su personalidad y el enigma sobre el móvil de su actuación.

El poder de Ludendorff fue casi ilimitado durante los dos últimos años de la guerra, y su omnipotencia nunca se mostró tan deslumbrante como ese día, en el que hizo entrega del poder y destruyó su instrumento de gobierno. Alcanzó un poder que ningún otro alemán antes de Hitler poseyó jamás, ni siquiera Bismarck: era un poder dictatorial.

El jefe nominal de Ludendorff, el mariscal de campo Von Hindenburg —jefe del Alto Mando del Ejército—, nunca fue en realidad más que su obediente instrumento. El káiser, jefe supremo según prescribía la Constitución, se había acostumbrado a ejecutar como una orden todos los deseos del Alto Mando, tanto en el ámbito político como en el militar. El canciller y los ministros entraban y salían según ordenaba Ludendorff. Cuando finalmente éste decidió, de un día para otro, hacer de la Alemania de Bismarck una democracia parlamentaria y permitir que esta democracia izara la bandera blanca, no hubo nadie que le ofreciera resistencia o que le contradijera. Lo que había decidido se cumplió con sigilosa diligencia. Y este hombre no era más que un general entre otros tantos, ni mucho menos el de mayor rango, a fin de cuentas sólo era el segundo hombre dentro del Alto Mando del Ejército, y sin ningún cargo político ni mandato. ¿Qué fue entonces lo que le concedió ese enorme poder?

Aún hoy no se ha encontrado una respuesta clara e incontestable a esta pregunta, y el carácter de Ludendorff mantiene esa aureola enigmática; cuanto más profundiza uno en su estudio, más enigmático se revela.

Las grandes masas no significaban nada para Ludendorff; no era un héroe popular. Hindenburg sí lo fue, y Ludendorff le concedió gustosamente toda la popularidad, todo el esplendor y toda la

fama. La vanidad no era uno de sus atributos. Uno hubiese sentido la tentación de afirmar que no le daba ninguna importancia a la fachada del poder, sino únicamente al poder en sí; pero si se observa con más atención, cabrá reconocer que, en realidad, también el poder en sí le era indiferente. ¿Ha existido algún otro dictador que —como Ludendorff el 29 de septiembre de 1918— haya entregado voluntariamente el poder, e incluso haya llegado a ordenar y a organizar su traspaso reglamentario a sus opositores políticos sin previa autorización?

Claro está que todo esto lo hizo en el momento de la derrota y, como quedará demostrado, no lo hizo sin segundas intenciones. Pero sólo con comparar el comportamiento de Ludendorff en el momento de la derrota con el comportamiento posterior de Hitler, nos veremos obligados a admitir que Ludendorff no codiciaba el poder. Era desinteresado de un modo curiosamente severo, casi malvado.

Ludendorff no era un embaucador ni un líder de masas. No poseía ni encanto ni poder diabólico alguno, no era capaz ni de fascinar, ni de convencer, ni de hipnotizar. En el trato era rudo, seco, poco amable, reservado, y tenía «pocas amistades». En su campo, el militar, era sin duda un gran entendido, aunque dudosamente el dotado estratega que más adelante quisieron hacer de él sus seguidores: no era un hombre con una inspiración genial, no era ningún Napoleón —en la Primera Guerra Mundial no hubo Napoleones en ninguno de los dos bandos— sino más bien un buen organizador y administrador, un técnico de la guerra de sangre fría y firmes resoluciones, escrupuloso e infatigable en su trabajo de un modo despiadado, un general eficiente. Pero también había otros generales capaces. Cuando uno se pregunta qué fue lo que hizo sobresalir a este general burgués de entre todos los demás y qué le otorgó este poder arrollador, entonces uno descubre simplemente esto: su riguroso, casi inhumano, desinterés, que le capacitaba para ser enteramente voluntad, enteramente instrumento, enteramente encarnación.

Así era: Ludendorff encarnaba algo; encarnaba, como ningún otro, la nueva burguesía dominante en Alemania, que durante la

guerra había ido arrinconando cada vez más a la vieja aristocracia. Encarnaba sus ideas pangermánicas, sus furibundas ansias de victoria, su obsesión, con la que se jugó el todo por el todo y «se hizo con el poder mundial». Como era desinteresado, se hallaba libre de cualquier consideración personal, en realidad de cualquier consideración, porque era muy realista, realista de un modo algo inquietante, algo inhumano: por eso en cualquier momento era capaz de jugarse el todo por el todo y hacer de la audacia una rutina. Y eso fue lo que la nueva clase dominante de Alemania percibió con gran perspicacia, por eso él fue su hombre, por eso mismo le seguía ciegamente mientras los refinados y sensibles aristócratas del antiguo régimen capitulaban ante su realismo y su perseverancia despiadados y las masas se sometían a regañadientes.

Ludendorff era el hombre que se comprometió a ganar la guerra para Alemania, y a ganarla totalmente; el hombre que estaba dispuesto, con una calma perseverante, a jugárselo todo a una carta. Todas sus decisiones tenían algo de inaudito: la guerra submarina total, el apoyo a la revolución bolchevique, las despiadadas condiciones de paz impuestas en Brest-Litowsk, el gran avance hacia el Este durante el verano de 1918, emprendida en el momento mismo en el que buscaba la batalla decisiva en el *Oeste*. Éste era su estilo, y era el estilo en el que la alta burguesía alemana se reconoció de nuevo, en el que encontraba plasmados su esencia y sus anhelos más profundos. Con Ludendorff apareció por primera vez un nuevo rasgo del carácter alemán, una tendencia a la exageración fría y obsesiva y al desafío del destino, un «todo o nada» que fue el leitmotiv de toda una clase y que desde entonces no ha vuelto a desaparecer de la historia alemana.

También su solitaria decisión del 29 de septiembre lleva su sello. Era la típica reacción personal de Ludendorff ante la derrota. Se ha dicho a menudo —casi desde el principio— que ese día (o para ser más exactos, el viernes anterior, el 27 de septiembre, día en el que su cabeza maquinaba el plan que pondría en práctica el domingo) Ludendorff, sencillamente, «perdió los nervios». Cierto es que Ludendorff, hasta el último momento, no había

querido reconocer la derrota, previsible hacía meses y totalmente evidente en las últimas semanas, y que de pronto, de un día para otro, pasó de una obstinada confianza en la victoria llevada hasta el extremo a un pesimismo y un derrotismo tal vez incluso exagerados. Todavía en julio, al ser preguntado por el recién nombrado secretario de Estado de Exteriores Von Hintze, aseguró que esperaba la victoria militar final mediante la inminente ofensiva alemana en Reims, con lo que sin duda ya intentaba acallar su propia conciencia y su mejor concepción de los hechos. Aun en el consejo de ministros del 14 de agosto, tras el fracaso de esta ofensiva y las primeras derrotas graves de los alemanes, consideró posible hacer frente a la capacidad de combate del enemigo mediante una resistencia a ultranza, y se mostró partidario de alcanzar una mejor posición militar emprendiendo iniciativas de paz. Ahora, el 29 de septiembre, exigía de pronto una petición de armisticio en veinticuatro horas, y lo hacía argumentando explícitamente que no era capaz de evitar durante más de veinticuatro horas una catástrofe militar en el Frente Oeste.

Naturalmente esto levantó sospechas de que, de pronto, en vista de la situación en el frente —que era evidente se había convertido en una terrible amenaza— había perdido los nervios; en especial, después de que durante los días y semanas siguientes se comprobase que la temida catástrofe del Frente Occidental no se producía. También es cierto que la solidez de Ludendorff era una solidez frágil y que ya antes había padecido repetidas crisis nerviosas que aterrorizaron a su entorno en el Cuartel General. Pero es significativo que esto sucediera en los meses durante los cuales él, contra su propio buen criterio militar, se había visto obligado a mantener un optimismo injustificado. Durante el histórico fin de semana del 28 al 29 de septiembre se mostraba de nuevo llamativamente frío, arrogante e insolente: no como un hombre que ha perdido los nervios, sino más bien como alguien que los ha recuperado y sigue un plan perfectamente trazado. Existen muchas pruebas de que esta impresión no era falsa.

Ludendorff nunca fue un hombre prudente, que buscase la seguridad y que dejase múltiples puertas abiertas en distintas

direcciones. Su formación como oficial de Estado Mayor y su temperamento personal le habían hecho desarrollar, actuando de forma simultánea y agudizándose mutuamente, un estilo de pensar y de actuar que sólo conocía posiciones enérgicas, léase extremas. Ludendorff se había acostumbrado a simular planes alternativos como se hace habitualmente en un estado mayor, para luego decidirse por uno de ellos y ejecutarlo con la máxima energía, lo llevaba hasta sus últimas consecuencias, sin mirar ni a izquierda ni a derecha; si el plan fracasaba, llegaba el momento de poner en práctica otras alternativas y tomar nuevas decisiones radicales. Lo que atormentaba a Ludendorff en el verano de 1918, y lo que le situó en alguna ocasión al borde de un colapso nervioso, fue seguramente que se había sentido obligado a chapucear sin seguir una línea concreta: incapaz de aceptar la posibilidad de una derrota, había perseguido obstinadamente una victoria que ya no veía segura. Ahora, de pronto, el 27 de septiembre, con la ruptura enemiga de la línea Hindenburg, no quedaba ninguna otra salida: sus conocimientos militares le hicieron ver claramente la posibilidad de una catástrofe militar inminente. Se imaginó la derrota. El impacto que le produjo esta aceptación debió de ser terrible, pero también aliviante, porque ahora podía elaborar un plan: podía planear la derrota.

La planeó, como antes había planeado la victoria: como militar, como general, y no como político. En vista de la derrota se concentró en un único objetivo: salvar al Ejército.

En cualquier guerra surge un conflicto sutil entre el poder militar y el poder político. A veces, la victoria consigue velarlo un poco. Pero la derrota lo saca a la luz despiadadamente. En ciertos procesos que están perdidos llega un momento en que el abogado ya no mira por los intereses de su cliente, sino sólo en cómo protegerse a sí mismo contra las reclamaciones de indemnización de su decepcionado cliente. De forma semejante, ante la derrota, los dirigentes de un ejército abatido olvidan con frecuencia los intereses del país, incapaces ya de defenderlos, y piensan única-

mente en sí mismos y en cómo mantener intacto su honor militar. Así sucedió en Francia en 1940. Así ocurrió en Alemania en 1918.

El claro objetivo de Ludendorff, a partir del mismo instante en el que empezó a planear cómo «manejar la derrota», fue salvar al Ejército: su existencia y su honor. Para salvar la *existencia* del Ejército debía acordarse el armisticio lo antes posible, sin demora, mañana mismo si era posible; cada día podía traer consigo la catástrofe militar. Pero para salvaguardar el *honor* del Ejército la petición de armisticio debía salir del gobierno, no podía parecer que salía bajo ningún concepto del Alto Mando del Ejército. Debía ser una motivación política, no militar.

Con este objetivo, se planteaban tres cuestiones: ¿Cómo se motivaba políticamente una petición de armisticio? ¿Qué gobierno estaría dispuesto a prestarse a ello? ¿Cómo asegurarse de que el enemigo victorioso concediera realmente el armisticio solicitado?

Las respuestas a estas preguntas convergían en un punto común. Para que pareciera existir una motivación política, la petición de armisticio debía aparecer junto a una oferta de paz y debía proceder de aquellos que siempre habían abogado por una paz acordada: es decir, de los partidos de la mayoría parlamentaria. Por lo tanto, estos partidos debían entrar en el gobierno o formar ellos mismos el gobierno.

Para que la mayoría parlamentaria, ante estas terribles condiciones, se sintiera dispuesta a afrontar la responsabilidad del gobierno, debía recibir algo a cambio: la reforma de la Constitución, tan cara a la mayoría parlamentaria, la transición hacia una forma parlamentaria de gobierno. Ésta reforma mejoraría a su vez las posibilidades de aceptación de la petición de armisticio: la Entente sostenía estar llevando a cabo una guerra por la democracia; especialmente el presidente americano Wilson se había comprometido públicamente en reiteradas ocasiones a marcar como objetivo de la guerra la democratización de Alemania. ¡Magnífico! Si ahora se presentaba ante él un nuevo gobierno democrático, era casi imposible que rechazara su petición de armisticio. Sus famosos 14 puntos se adoptarían asimismo como base para las

negociaciones de paz, y de este modo se le pondría más difícil aún la negativa.

¿Y si a pesar de todo ello aún se negaba e imponía nuevas condiciones, imprevisibles y deshonrosas? Entonces habría que ver qué otra cosa se podía llevar a cabo. Tal vez el nuevo gobierno popular desencadenaría una guerra popular, una desesperada *levée en masse*. Y si no hacía esto, sino que se sometía, se trataría entonces de *su* sumisión; en cualquier caso el Ejército habría quedado intacto: tanto su existencia como su honor. Tal vez incluso podría permitirse llevar a cabo una protesta, desde el principio inútil y por ello inofensiva, contra la vergonzosa sumisión, y más adelante, tras la guerra, con sus fuerzas intactas y su honor inmaculado, podría mandar a casa al gobierno parlamentario humillado por la capitulación.

Éste era el plan, el plan de Ludendorff para manejar la derrota que ahora veía inevitable. Lo planeó el 27 de septiembre. El 28 de septiembre puso al corriente a Hindenburg, quien, como de costumbre, lo aprobó. El 29 de septiembre consiguió, una tras otra, las aprobaciones del ministro de Asuntos Exteriores, del káiser y del canciller. Fue la última gran operación de Ludendorff; al contrario que con su gran ofensiva militar del año 1918, esta vez consiguió, al primer intento, un éxito rotundo.

La operación se llevó a cabo con una precisión propia del Estado Mayor, jugando un papel decisivo el factor sorpresa. Hasta el viernes por la noche nadie tenía ni la más remota idea del plan global de Ludendorff. El 28 de septiembre por la mañana hizo que el canciller imperial, el anciano conde Hertling, fuese informado por su oficial de enlace en Berlín, el coronel Von Winterfeldt, de que el Alto Mando del Ejército había llegado a la conclusión de que «se había hecho necesaria una reestructuración del gobierno a nivel general o un desmantelamiento del mismo». Al mismo tiempo le recomendó al canciller imperial que se acercara inmediatamente al Gran Cuartel General. El hijo y ayudante militar del conde Hertling narra:

> Mi padre entró inmediatamente después de que el coronel Von Winterfeldt hubiese abandonado su cámara y me contó el repentino cambio de rumbo político del jefe del Alto Mando del Ejército. Naturalmente, me sorprendió mucho oír de él que de un día para el otro el jefe del Alto Mando del Ejército se había rendido a los pies del parlamentarismo, del que nunca antes había sido partidario.

El canciller decidió partir por la noche. Antes que él, ya había partido el secretario de Estado de Exteriores, Paul von Hintze.

Todo ello sucedió la mañana del sábado del 28 de septiembre. Bien entrada la tarde, después de haber dado ya este paso, Ludendorff consideró necesario comunicarle sus intenciones a su jefe nominal, Hindenburg. En sus memorias él mismo nos cuenta:

> El 28 de septiembre a las seis de la tarde me dirigí a ver al mariscal de campo, cuyos aposentos se hallaban en el piso inferior. Le presenté mis ideas sobre una propuesta de paz y de armisticio... En estos momentos se trataría de llevar a cabo, sin demora, con decisión y claridad, esta única misión. El mariscal me escuchaba conmovido. Me respondió que él había querido decirme lo mismo esa noche, él también había estado dándole vueltas a la situación y consideraba necesario dar ese paso... El mariscal y yo nos separamos tras un fuerte apretón de manos, como si de hombres que se habían jurado amor eterno se tratase, como hombres que pretendían permanecer unidos en lo bueno y en lo malo ante lo que se les avecinaba.

Con esta descripción no queda claro si Ludendorff informó íntegramente a su jefe del plan o si —lo que es más probable— le reveló únicamente una parte del mismo: la militar, así como antes le había revelado la política al canciller imperial.

Sin embargo, lo que es indudable es que el plan general fue discutido por Ludendorff, hasta el más mínimo detalle, con el secretario de Estado de Exteriores, Von Hintze, que acababa de llegar. Incluso es posible, según las afirmaciones de Hintze, que

el plan de Ludendorff fuese aún modificado durante esa conversación y que el secretario de Estado le diese los últimos retoques. Hintze estaba cortado por un patrón parecido al del propio Ludendorff: un hombre más joven, aguerrido, de sangre fría y perspicaz, originalmente oficial de marina y como Ludendorff de familia burguesa y de convicciones pangermánicas. Debido a la brusca notificación de Ludendorff de que el Frente Occidental podía derrumbarse en cualquier instante y de que la situación del Ejército requería un armisticio inmediato, se quedó «consternado», pero se recompuso rápidamente. La idea de Ludendorff de que la necesaria petición de armisticio debía surgir bajo la responsabilidad de la mayoría parlamentaria le pareció bien, pero aún fue un paso más allá. Al parecer, en un principio Ludendorff sólo había pensado en una incorporación de los representantes socialdemócratas, del Partido Progresista y del Zentrum en el gobierno vigente para motivar la repentina propuesta de paz y la petición de armisticio. Hintze opinaba que no era suficiente. En vista de las «catastróficas consecuencias para el Ejército, el pueblo, el Imperio y la monarquía» que eran de temer, debía efectuarse un cambio completo del sistema, visible y dramático, una modificación de la Constitución, una «revolución desde arriba». (La expresión fue pronunciada por primera vez durante esta conversación, ahora bien, si fue Hintze quien la utilizó en primer lugar o fue Ludendorff no ha quedado del todo claro.) Al principio Ludendorff temía que así se retrasase la petición de armisticio; pero rápidamente se apropió de las ideas del secretario de Estado. Una «revolución desde arriba», eso le convencía plenamente; se correspondía con sus preferencias de ir-a-por-todas. A decir verdad daba el toque final a su plan. Cuanto más radical fuese la escisión con el gobierno anterior y la Constitución, más creíble resultaría que la demanda de armisticio surgiera de la iniciativa política de los nuevos dirigentes, y que el Ejército nada tenía que ver en todo ello.

Hindenburg fue consultado y, como siempre, se adhirió al plan. Fueron a comer. Para esa tarde se había convenido una charla con el káiser.

Mientras tanto, sin saber nada, el canciller imperial, el conde Hertling, se hallaba camino de Spa, el balneario belga que desde hacía un tiempo albergaba el Gran Cuartel General. Su hijo, que viajaba con él, narra con expresividad el recorrido y lo que sucedió a su llegada:

> Era un bonito, caluroso y soleado día. Una curiosa sensación se fue apoderando de mí a medida que nos acercábamos a la bien conocida y estimada región que hacía justo un mes habíamos abandonado. Entretanto el otoño se extendía sobre el país, los bosques resplandecían en todos los colores... Cuando nos acercábamos a Spa cambió el tiempo, se levantaron oscuras nubes y a la entrada de nuestro castillo empezó a caer del cielo una suave llovizna. En el interior hacía frío.
>
> No llevábamos mucho tiempo allí cuando el señor von Hintze se hizo anunciar... La charla entre él y mi padre fue breve. Cuando se marchó, mi padre entró en la habitación en la que yo me encontraba, se dirigió hacia mí con expresión muy seria y dijo: «Es terrible, el jefe del Alto Mando del Ejército ha exigido que *tan pronto como sea posible* se presente una oferta de paz a la Entente. ¡Hintze llevaba razón al mostrar su pesimismo!».

El anciano canciller había decidido durante el camino presentar su dimisión: toda su vida había sido un monárquico convencido; no quería participar en la parlamentarización del régimen. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que podía evitarla, aunque Ludendorff la exigiera. ¡Y para colmo encima estaba la solicitud de armisticio! Como patriota se sentía consternado. Como canciller que había decidido dimitir de todas formas se sentía más bien aliviado de que todo ello, en cierto modo, ya no fuera con él.

El canciller imperial no participó apenas en la charla decisiva entre Hindenburg y el káiser. Hintze, quien desde la mañana se había puesto plenamente de acuerdo con Hindenburg y Luden-

dorff, era ya el representante único del gobierno civil. El káiser no opuso resistencia alguna, lo aceptó todo: tanto la parlamentarización como la solicitud del armisticio. Únicamente se negó, por el momento, a aceptar la dimisión de Hintze, presentada nada más llegar.

En realidad, todo estaba ya decidido cuando el káiser se presentó ante el canciller imperial con su séquito hacia las cuatro de la tarde. Tan sólo faltaba redactar el decreto imperial sobre la instauración de un régimen parlamentario y autorizar la dimisión del conde Hertling. Lo que más curioso resulta de los sucesos de esos días históricos es el poco dramatismo, la facilidad, sencillez y naturalidad con la que todo se desarrolló. Al fin y al cabo se trataba de dar por perdida una encarnizada guerra mundial que había durado cuatro años, demoliendo al mismo tiempo el edificio constitucional de Bismarck; pero nadie parecía inmutarse, y lo único que ocasionó algunas discusiones fue la cuestión de la dimisión del canciller imperial y del secretario de Estado de Exteriores. Ludendorff sorprendió a todo el mundo, y todos jugaron su papel prefijado como si estuvieran en trance, como si no fuesen conscientes de las atrocidades que cometían.

> El káiser —comenta el joven Hertling— no me parecía tener peor aspecto de lo habitual... La charla fue larga. Herr von Hintze, que durante la noche había viajado hacia Spa y que durante toda la mañana había estado negociando con el jefe del Alto Mando del Ejército, parecía totalmente agotado y durmió su excesivo esfuerzo en la misma habitación que nosotros mientras esperaba ser consultado... Entretanto se había preparado el comunicado del káiser, en el que expresaba su voluntad de acercarse más que nunca a los asuntos del gobierno como representante del pueblo, y en el que concedía (por su gracia) a mi padre la dimisión presentada. Llevé el escrito al despacho, donde todavía no habían concluido las conversaciones de más trascendencia. El káiser no participó demasiado en ellas; el que tomó la palabra por él fue su jefe de gabinete, quien además discutía con tanta vehemencia que su voz se podía percibir con toda nitidez desde la habitación contigua. La

> dimisión del canciller le resultaba al káiser más que dolorosa... Entonces las conversaciones llegaron a su fin. El káiser se despidió de nosotros como de costumbre, amablemente, y nos quedamos solos. Mi padre se había quedado bastante silencioso. Pero cuando le dije que pronto nos mudaríamos de las «tierras bajas» a la altiplanicie de las amadas montañas bávaras, una sonrisa serena y de felicidad se dibujó en su serio rostro.

¿Y qué pasó con el káiser? Según su cronista Niemann, «la tarde del 29 de septiembre reinaba en el entorno del káiser una resignación queda, pero acompañada de una irritación manifiesta hacia el general Ludendorff».

Una resignación queda y una «manifiesta» irritación, eso fue todo de lo que ese día crucial manifestaron el káiser y el canciller para oponerse a los designios de Ludendorff; ninguno de los dos se atrevió a rechistar.

Ese 29 de septiembre de 1918, los poderes constitucionales del Imperio alemán capitularon sin resistencia alguna; en cierto modo ya habían abdicado.

Con no tanta facilidad se efectuó, en los días siguientes, la constitución del gobierno parlamentario en Berlín, que junto al poder gubernamental tenía que cargar con la responsabilidad de la derrota; las decisiones del 29 de septiembre cayeron también como una bomba para los oficiales de Estado Mayor del Alto Mando del Ejército.

3

OCTUBRE

«¡Horrible y espantoso!», escribió en su diario el coronel del Estado Mayor General Von Thaer el 1 de octubre tras la reunión en la que Ludendorff había dado cuentas de lo sucedido al Estado Mayor del Alto Mando del Ejército. Y éste relata seguidamente:

> Mientras L. hablaba, se podían oír tenues lamentos y sollozos, a muchos, la mayoría, las lágrimas les rodaban por las mejillas involuntariamente... Como tras la reunión tenía que presentarme a él para informar, le seguí inmediatamente y —como ya hacía tiempo que le conocía— le agarré con ambas manos por el brazo, cosa que nunca me hubiese permitido en otras circunstancias, y le dije: «Excelencia, ¿es eso cierto? ¿Es ésta la última palabra al respecto? ¿Estoy despierto o estoy soñando? ¡Es tan espantoso! ¿Y qué pasará ahora?».

Escenas muy parecidas se vivieron al día siguiente en el Reichstag de Berlín, donde un enviado de Ludendorff, el comandante Von dem Bussche del Estado Mayor General les comunicó a los líderes de todos los partidos:

> El jefe del Alto Mando del Ejército se ha visto obligado a sugerir a Su Majestad que intente poner fin al combate, que renuncie a continuar con una guerra que ya está perdida. Cada día que

pasa puede empeorar la situación y permite al enemigo conocer nuestra debilidad.

Un testimonio expresó de este modo las reacciones que se produjeron:

Los diputados estaban completamente afligidos; Ebert se quedó lívido y no era capaz de articular palabra; el diputado Stresemann reaccionó como si hubiese recibido una puñalada... Parece ser que el ministro Von Waldow abandonó la sala diciendo: lo único que nos queda ya es dispararnos un tiro en los sesos.

Von Heydebrand, el líder de los conservadores prusianos, se precipitó a la galería gritando: «¡Nos han estado mintiendo y engañando durante cuatro años!».

Mientras sacaba de quicio al Estado Mayor y al Reichstag —los dos centros de poder entre los cuales se dirimiría de ahora en adelante la política alemana—, Ludendorff había recuperado completamente la calma. Se había rehecho por completo, sentía haber recuperado de nuevo el dominio de la situación y hacía sus cálculos fría y claramente, como siempre había hecho. El coronel Von Thaer —el legado de su diario posee un valor inapreciable como único relato más o menos literal de las declaraciones de Ludendorff durante esos días— describe de la siguiente manera su entrada en escena:

Cuando nos encontrábamos reunidos, Ludendorff se mezcló entre nosotros, su rostro reflejaba la aflicción más profunda, estaba pálido pero mantenía la cabeza bien alta. ¡Una bella y auténtica figura heroica alemana! Su imagen me remitió irremediablemente al Sigfrido herido mortalmente en la espalda por la lanza de Hagen.

A continuación nos dijo más o menos que se veía obligado a comunicarnos que nuestra situación militar era totalmente desastrosa. Nuestro Frente Occidental podía derrumbarse en cualquier momento... con las tropas ya *no* se podía contar... Era de prever

> que el enemigo lograría en poco tiempo, con la ayuda de los americanos, siempre tan belicosos, una *estrepitosa* victoria, un *éxito de lo más rotundo*, y entonces el Ejército occidental perdería su último aliento y refluiría como la marea, completamente disgregado, cruzando el Rin, trayendo la revolución a Alemania. Era *estrictamente necesario* evitar esa catástrofe. Pero ahora no era momento de dejarse abatir por las razones aducidas. Por eso mismo el Alto Mando del Ejército había exigido a SM. y al canciller que presentaran *sin demora alguna* ante el presidente norteamericano Wilson la petición de armisticio con el fin de alcanzar una paz sobre la base de sus 14 puntos...
>
> El mariscal de campo y él mismo habían pasado por un terrible trance al tener que comunicar estos hechos a Su Majestad y al canciller. Éste último, el conde Hertling, le explicó a Su Majestad del modo más respetuoso que, en consecuencia, debía renunciar a su cargo inmediatamente. Después de tantos años vividos respetablemente, éste no podía ni quería, como hombre anciano que era, acabar así sus días, solicitando ahora un armisticio. Así que el káiser aceptó su dimisión.
>
> Su excelencia Ludendorff añadió: «Así pues, no tenemos canciller por el momento. Todavía está por ver quién será el próximo. *Sin embargo le he rogado a SM. que también acerque ahora al gobierno a aquellos sectores a los que debemos agradecer principalmente* el haber podido llegar a este punto. Ahora veremos a estos señores entrar en los ministerios. Ahora les toca a ellos conseguir la paz que *debe* acordarse. ¡Ahora tendrán que apechugar con todos los líos en los que nos han metido!».

Y cuando, a continuación, Von Thaer lo agarró del brazo, «éste permaneció completamente tranquilo y sosegado y dijo con una sonrisa profundamente amarga: "Por desgracia es así, y no veo ninguna otra solución"».

La «solución» que Ludendorff contemplaba y que le infundía un «sosiego y una tranquilidad absolutas» no consistía en otra cosa

que en deshacerse de la responsabilidad de la derrota, en torno a la cual, más adelante, se crearía la leyenda de la puñalada trapera. ¿Quién hacía entonces apechugar a quién con los líos en los que se había metido? Si es verdad que la derrota alemana del 29 de septiembre era tan absoluta como afirmaba Ludendorff, entonces se trataba de *su* derrota, ya que era él quien había determinado hasta ese día la estrategia militar y la política de guerra alemanas: él, y no sus opositores. Y si lo que pasaba era que la derrota aún no era definitiva y la petición de armisticio era precipitada, entonces era más que nunca *su* derrota: ya que en ese caso era él mismo quien provocaba esa derrota insistiendo en la petición de armisticio. Cuando en el frente enemigo existían aún dudas acerca de la victoria, cuando en Alemania existían aún dudas acerca de la derrota y por eso existía allí una predisposición a la negociación y aquí una predisposición a la resistencia, la petición de armisticio acabó de inmediato con ambas. Con eso se izó la bandera blanca. Era Ludendorff quien ahora se empeñaba en que esto se llevara a cabo realmente. Pero no era él quien quería cargar con esta responsabilidad, sino el gobierno de la mayoría parlamentaria quien debía «apechugar». Éste fue el precio que le hizo pagar al gobierno.

En el momento de su derrota, Ludendorff seguía siendo el mismo calculador frío y temerario que siempre había sido. Como siempre, se lanzó a por todas. Les ofreció a los partidos de la mayoría parlamentaria lo que éstos no hubiesen imaginado ni en sus sueños más osados: el establecimiento de un régimen parlamentario, todo el poder. ¡Un cebo irresistible! Sólo que el cebo estaba envenenado: de él pendía la responsabilidad de la derrota, la derrota total que se hizo inevitable tras la petición de armisticio. Ludendorff les había tendido una trampa a sus enemigos políticos como antaño había hecho con los rusos en Tannenberg y, como los rusos en Tannenberg, éstos cayeron también de cuatro patas, aunque no sin sospechar de la trampa. El príncipe Max de Baden, el nuevo canciller imperial, un príncipe liberal que durante los últimos años había criticado prudentemente la política de guerra de Ludendorff, se quedó de una pieza al enterarse

a su llegada a Berlín el 1 de octubre de lo que se le exigía. Durante un par de días emprendió una lucha encarnizada contra la petición de armisticio; finalmente la cuestión se resolvió el 4 de octubre, no el 1 como le hubiese gustado a Ludendorff. Philipp Scheidemann, entonces segundo del SPD y su portavoz en el Reichstag en asuntos de política exterior, abogaba lleno de malos presentimientos en la reunión del grupo parlamentario por no aceptar la entrada en una «empresa en bancarrota», con lo que coincidía con una gran parte del grupo parlamentario.

Los dos hombres que acabaron con la resistencia del príncipe y de los diputados socialdemócratas fueron, curiosamente, el jefe del Estado y su futuro sucesor. Durante el consejo de ministros, Guillermo II increpó al polémico príncipe, miembro también del consejo de la Corona: «No has venido aquí para poner trabas al Alto Mando del Ejército». Y Friedrich Ebert, líder del Partido Socialdemócrata, argumentaba en la reunión parlamentaria del SPD que, ahora que todo se desmoronaba, el partido no debía exponerse a que le reprocharan que había negado su colaboración en el momento en el que se le había requerido con urgencia desde todas partes. «Bien al contrario, lo que debemos hacer es ponernos manos a la obra. Debemos procurar conseguir el prestigio suficiente para llevar a cabo nuestras pretensiones y, si fuera posible, ligarlas a la salvación del país, así que conseguirlo se convierte en nuestra maldita obligación y deuda.» Ebert ganó y forzó el nombramiento del reticente Scheidemann como secretario de Estado en el gobierno del príncipe Max.

Y así fue como Alemania se enteró, la mañana del 5 de octubre, de que a partir de ese momento se había convertido en una democracia parlamentaria; de que tenía un nuevo gobierno en el que, con un príncipe liberal de Baden como canciller, los socialdemócratas, los «hombre de Scheidemann», marcaban la pauta; y de que este gobierno había dirigido al instante una petición de paz y de armisticio, como primer cometido, al presidente americano. De lo que había ocurrido el 29 de septiembre nadie supo nada. Que Ludendorff se escondía tras la petición de armisticio, que había sido él quien verdaderamente la había forzado, de eso

en Alemania nadie se hacía ni la menor idea, excepto un círculo muy reducido. Tal sospecha hubiese parecido absurda: Hindenburg y Ludendorff eran efectivamente los hombres de los nervios de acero, de la férrea voluntad de victoria, quienes se autodenominaban garantes de la victoria final. Por el contrario, Scheidemann y el diputado del Zentrum Matthias Erzberger, quienes repentinamente se encontraban formando gobierno, ellos sí eran los hombres de la «resolución de paz» del Reichstag de julio de 1917, las «figuras lastimosas, los aguafiestas, los don nadie, los pájaros de mal agüero, los sapos croadores del submundo», tal como el Partido Liberal Conservador les calificaba a su llegada al poder. ¡Eso de empezar a reivindicar la paz a gritos ahora que las cosas se ponían feas, ya iba con ellos! «La paz de Hindenburg» frente a «la paz de Scheidemann»: Desde hacía años se discutía en Alemania sobre los objetivos de la guerra esgrimiendo ambos eslóganes. Ahora Scheidemann se encontraba en el gobierno y la capitulación estaba encima de la mesa. Ahí estaba. Naturalmente, algo así tenía que ocurrir. Con ese gobierno se acabó la guerra, pero también se perdió.

La otra novedad, el giro radical de la Constitución que suponía la instauración del régimen parlamentario pasó prácticamente desapercibida. Ebert celebró en el Reichstag la jornada del 5 de octubre como «el punto de inflexión en la historia de Alemania» y el «nacimiento de la democracia alemana», pero apenas nadie le escuchaba. En esos momentos, las masas alemanas se mostraban indiferentes ante los cambios constitucionales, y además con un príncipe como canciller, eso no tenía demasiado aspecto de democracia. Lo que sí tenía importancia era el fin de la guerra, la derrota, la capitulación, el fin de las atrocidades y ese terrible final. Ello dividió fulminantemente al país en dos bandos. Unos se lo tomaron con desesperación, y otros con alivio. Las masas, hartas de la guerra y muertas de hambre, respiraron profundamente; los burgueses, entusiastas de la guerra y sedientos de victoria, sollozaban. Unos exclamaban: «¡Por fin!», los otros gritaban: «¡Traición!». Pronto ambos bandos empezaron a mirarse con odio. Únicamente estaban de acuerdo en una cosa: el final había llegado.

Sin embargo, precisamente en eso se equivocaban: el final se haría esperar. Los acontecimientos se precipitarían en octubre. Se mandó la petición de armisticio al presidente Wilson, que no era el único que tenía potestad para decidir sobre ello; Wilson reaccionó con vacilación y desconfianza, y administró sus condiciones previas con cuentagotas. Entre el 8 y el 23 de octubre envió tres notas. En la primera exigía la retirada de las zonas ocupadas, en la segunda exigía el final de la guerra submarina y en la tercera exigía, apenas sin disimulo, la abdicación del káiser. Entretanto, la guerra continuaba. En el Frente Occidental seguían muriendo hombres y en la patria muchos seguían muriendo de hambre. Durante este mes de octubre de 1918 incluso se mandaron masivamente nuevas cédulas de alistamiento: se llegó a reclutar a chavales de diecisiete años.

En Berlín, y entre Berlín y el Cuartel General de Spa, se discutía durante días cada respuesta de Wilson y, curiosamente, ahora se invertían las posiciones.

Durante las primeras semanas de octubre, el canciller del Reich se había opuesto rotundamente a la petición de armisticio y Ludendorff había insistido imperiosamente en ella. Pero ahora que se había hecho pública, el gobierno del Reich ya no veía ninguna posibilidad de dar marcha atrás, mientras que Ludendorff se desdecía cada día más de su posición inicial. De pronto estaba a favor de abortar el intercambio de notas y proseguir la lucha a pesar de que la situación de Alemania era cada día más desesperada.

Sin embargo, la gran ruptura del Frente Occidental por parte de la Entente que tanto había temido Ludendorff durante los últimos días de septiembre no se produjo. El Frente Occidental se tambaleaba y retrocedía, pero no se vino abajo ni en octubre ni en noviembre; el día del armisticio, en el oeste aún se mantenía un frente alemán continuo, aunque en retirada total y sin esperanzas de resistir. Pero los últimos aliados de Alemania, Austria-Hungría y Turquía, se desmoronaron durante el mes de octubre, y desde los Balcanes e Italia los ejércitos de la Entente se aproxima-

ban imparables a las fronteras indefensas del sur de Alemania. La pérdida del petróleo rumano hizo prever que pronto no podría garantizarse el suministro para las tropas, así como para la aviación y la marina, que quedarían inmovilizadas. Aunque tal vez hubiese sido posible resistir el invierno en el oeste, era impensable reemprender los combates en primavera.

Suponer que no se había percatado de todo ello sería subestimar el juicio militar de Ludendorff. Como para cualquier otro, en la segunda mitad de octubre a Ludendorff le debía resultar evidente que la derrota era ya realmente inevitable y que un armisticio inmediato era lo único que podía permitir al país ahorrarse al menos los horrores de una invasión. Pero en este momento, Ludendorff se erigió en abogado de una guerra desesperada hasta el final, como si nunca hubiese existido un 29 de septiembre.

No existen razones militares o de política exterior para el cambio de postura de Ludendorff; la única explicación que cabe es de política interior. Ludendorff no era nada amigo de la democracia parlamentaria. Aunque él mismo había decretado el 29 de septiembre el gobierno parlamentario, no lo había hecho con la intención de crear una exitosa institución permanente, sino únicamente para atribuirle la culpa de la derrota y de la capitulación y así, después de que hubiese hecho su trabajo, poder hacerla caer lo más rápidamente posible y con la máxima eficacia. El primer paso, como todos esperaban, le salió bien. El nuevo gobierno parlamentario cargó con toda la responsabilidad de la petición de armisticio mientras el Alto Mando del Ejército se libró de cualquier sospecha de haberlo instigado. El 16 de octubre, en la conferencia de prensa del gobierno, se dieron las siguientes directrices: «En cualquier caso debemos evitar dar la impresión de que los pasos dados hacia la paz provienen del campo militar. El canciller imperial y el gobierno han asumido la responsabilidad de haber sido ellos quienes han dado los pasos. La prensa no debe acabar con esta imagen». Con esta leal autoinculpación, el gobierno de la mayoría parlamentaria intentaba llevar a cabo un farol patriótico ante el enemigo extranjero: en América, Inglaterra y Francia nadie debía percatarse hasta el último minuto de que

había sido el propio Alto Mando del Ejército quien había dado la guerra por perdida. Pero precisamente de este modo el gobierno parlamentario se entregaba al Alto Mando: siendo él mismo el que insistía en haber izado voluntariamente la bandera blanca, los mandos militares podían permitirse el lujo de protestar contra una rendición tan cobarde y vergonzosa, y así difundir a posteriori la acusación de la «puñalada por la espalda»; y tanto menos se arriesgaba, cuanto más evidente se hacía que no había vuelta atrás. Desde mediados de octubre, Ludendorff se encontraba nuevamente en posición de jugar el papel heroico del soldado invicto y dispuesto a luchar que se opone valientemente a un gobierno de demócratas blandengues ávido de paz y dispuesto a capitular.

Ludendorff aún admitió la primera nota de Wilson. Tras la segunda ya mostraba molesto su desaprobación y declinó toda responsabilidad ante una respuesta aprobatoria. Tras la tercera, el 24 de octubre publicó por su cuenta, sin esperar la reacción del gobierno del Reich, una orden del día en la que afirmaba que la nota era inadmisible y «sólo puede significar para nosotros, los soldados, la exigencia de proseguir con la resistencia con todas nuestras fuerzas».

Sin embargo, Ludendorff había jugado demasiado fuerte. Y sucedió lo inesperado: el canciller imperial, el príncipe Max de Baden, un hombre distinguido, de carácter más bien débil y, a decir verdad, de naturaleza poco belicosa, se defendió. Puso al káiser ante el dilema: «o Ludendorff o yo». Y esta vez quien tuvo que marcharse fue Ludendorff.

El 17 de octubre, en una sesión del consejo de ministros en la que participaba Ludendorff, el príncipe Max manifestó «haber perdido la confianza en la persona de Ludendorff». Según dijo: «Hoy el general Ludendorff no ha dicho ni una sola palabra acerca de la propuesta de armisticio y sus catastróficas consecuencias para el mundo y para Alemania; por el contrario, responsabiliza de alentar al enemigo y de provocar el decaimiento de los ánimos

en el frente a las reuniones mantenidas en Berlín acerca del armisticio». Tal vez el príncipe no advirtió ni por un momento el pérfido juego que Ludendorff había planteado al gobierno, pero podía captar, con el instinto de los aristócratas de la Casa reinante, algo desleal, despótico, poco de fiar en el cambio de rumbo de Ludendorff. El orden del día del 24 de octubre y un segundo viaje, emprendido al día siguiente por Hindenburg y Ludendorff hacia Berlín contra la voluntad expresa del canciller, fueron la gota que hizo colmar el vaso: «Mi decisión era clara, ese viaje debía finalizar con el cese del general Ludendorff. El motivo alegado era su iniciativa no autorizada. También ayudó el deseo de distender la situación interior y exterior. *Pero lo decisivo fue que había dejado de confiar en él*».

Y ahora se ponía de manifiesto que ante una crisis de esta magnitud entre el gobierno del Reich y el Alto Mando del Ejército, Ludendorff ya no era el más fuerte: imponiendo la petición de armisticio, él mismo había serrado la rama en la que estaba sentado. Su poder ilimitado durante dos años se debía a sus garantías acerca de la victoria. Cuando dejó de darlas, se convirtió en un general como cualquier otro. Antes del 29 de septiembre, Ludendorff sólo tenía que presionar en cualquier conflicto con su dimisión para imponer su voluntad. Cuando ahora intentó hacer lo mismo, comprobó la réplica del káiser: «Pues si definitivamente quiere marcharse, por mí puede hacerlo».

Esto sucedió el 26 de octubre a las diez de la mañana en una audiencia en el Palacio Bellevue de Berlín, donde Ludendorff y Hindenburg fueron recibidos por un káiser, «muy malhumorado». De pronto, el káiser le reprochaba a Ludendorff la propuesta de armisticio y también la orden del día del 24 de octubre, y le confirmaba rotundamente que había perdido su confianza.

Ludendorff guardaba una última bala en la recámara, o como mínimo eso era lo que él creía. Cuando el káiser acogió con indiferencia el deseo de dimitir del general, «el mariscal de campo [Hindenburg] perdió su moderación habitual hasta entonces y planteó también su dimisión; ésta fue rechazada por el káiser con tres palabras: "¡Usted se queda!". El mariscal de campo se

inclinó ante esta imposición imperial. Apenas el káiser hubo abandonado la estancia, Hindenburg y Ludendorff iniciaron una breve y acalorada discusión en la que Ludendorff acusó al mariscal de haberle dejado en la estacada en el momento decisivo. Cuando el mariscal de campo, al subir Ludendorff al automóvil, le sugirió que viajasen juntos, éste lo rechazó y volvió solo al Cuartel General». Todo esto se lo contó Ludendorff inmediatamente tras la audiencia al coronel Von Haeften, quien dejó constancia escrita de lo sucedido.

De este modo tan funesto llegó a su fin la dictadura del general Ludendorff.

Sorprendentemente, el suceso, que tan sólo un mes antes hubiese conmovido como ningún otro a la opinión pública alemana, pasó casi desapercibido. Los acontecimientos ensombrecieron la figura de Ludendorff.

No sólo había cambiado la situación militar tras la oferta de armisticio, sino que también lo había hecho el ambiente que se vivía en el interior de Alemania. «Dos opiniones —informaba a su ministerio el enviado de Sajonia en Berlín— dividen a las masas. Los unos sienten un anhelo de paz cada vez más intenso y extremo, los otros una amargura manifiesta debido a la falta de claridad del gobierno anterior sobre los límites de la capacidad alemana y a la actitud del gobierno de alimentar con tanta insistencia la creencia de la invencibilidad alemana, cosa que había hecho confiar en una falsa seguridad a amplios sectores.» Así pues, brotaban los anhelos de paz y la crisis de confianza a los que se unía la certeza clara, desde el 5 de octubre, de que la guerra estaba perdida y de que cada soldado caído suponía un sacrificio inútil: una mezcla explosiva de imprevisibles consecuencias. Y a ello había que añadir que los días iban pasando y el tardío armisticio no llegaba. La impaciencia y la tensión eran insoportables.

Las notas con las que el presidente Wilson se cuestionaba la democratización de Alemania proclamada de la noche a la mañana y con las que presionaba para que se llevaran a cabo más re-

formas internas, dejaban muchas puertas abiertas al debate. El intercambio de notas entre el gobierno del príncipe Max y el presidente americano fue el más curioso que haya precedido jamás a un armisticio entre potencias enfrentadas. Era como una discusión académica entre especialistas en derecho público de diferentes tendencias. Las notas alemanas aseguraban una y otra vez que, a partir de las reformas constitucionales de octubre, el gobierno alemán ya no representaba a ningún régimen autocrático, sino únicamente al pueblo y a su Parlamento escogido libremente. El presidente no acababa de creérselo, y no le faltaban motivos para su escepticismo. «Por muy significativas e importantes que pudieran parecer las modificaciones en la Constitución de las que hablaba el secretario de Asuntos Exteriores en su nota del 20 de octubre —expresaba Wilson en su respuesta tres días después—, no puede deducirse claramente que el principio de responsabilidad del gobierno ante el pueblo alemán esté plenamente aplicado, que exista, o que se contemplen disposiciones destinadas a garantizar que la reforma básica y práctica acordada ahora parcialmente vaya a durar... Está claro que el pueblo alemán no posee ningún medio para someter a su voluntad a las autoridades militares del Reich, que la influencia dominante del rey de Prusia en la política del Reich no ha menguado, que la iniciativa definitiva sigue en manos de aquellos que hasta ahora han sido los dueños y señores de Alemania.» Todo esto no era del todo falso. Wilson, que había ejercido como profesor de ciencias políticas, podía ser un doctrinario y su (más sincera) percepción de la guerra como una cruzada a favor de la democracia tenía algo de quijotesco, pero su análisis de la situación interior de Alemania dio en el blanco. ¿No era cierto que la recién estrenada democracia parlamentaria había sido instaurada por la gracia del Alto Mando Militar? ¿Estaba ésta realmente consolidada, mientras que en todo el país reinaba aún el estado de guerra, administrado por las autoridades militares? ¿Era el gobierno del príncipe Max algo más que un sutil velo parlamentario situado ante la antigua realidad, cuando en verdad debía agradecer su existencia exclusivamente a una «revolución desde arriba»?

A partir de la tercera nota de Wilson, Alemania vio cómo dos cuestiones corrían de boca en boca, dos cuestiones que tres semanas antes nadie había siquiera escuchado: «la cuestión del káiser» y «la revolución». Si la persona del káiser ponía trabas a la consecución del armisticio, ¿no debía entonces éste sacrificarse y abdicar? Esto era lo que se preguntaban de pronto, no únicamente los trabajadores socialdemócratas, sino también los monárquicos convencidos; no únicamente el pueblo, sino también los ministros. Todavía no se trataba de resolver la cuestión «Monarquía o República». Al contrario, muchos hombres que ocupaban cargos de responsabilidad, incluyendo el canciller del Reich, contemplaban la renuncia al trono del káiser como la mejor solución, el único medio posible para salvaguardar la monarquía. Calculaban que con una regencia y un rápido armisticio todavía estarían a tiempo de mantener el Estado, la Constitución y la Monarquía. Pero si el armisticio fracasaba a causa de «la cuestión del káiser», entonces surgiría amenazante la Revolución.

Cómo y de dónde provendría la revolución, nadie lo sabía aún. Pero, de un modo inquietante e inaprensible, su presencia se percibía ahora en el aire y parecía a punto de estallar a propósito de la cuestión del káiser. Se temía que las masas se alzaran desesperadas para librarse del káiser, que se interponía entre ellos y la paz, y si lo conseguían barrerían junto con él todo lo demás: la Monarquía, el Estado, el Ejército y la Marina, el gobierno y la administración, la aristocracia y la alta burguesía.

Debían anticiparse a ellos. Así pensaba no sólo el príncipe Max de Baden, sino también Friedrich Ebert. También a él le preocupaba mucho la amenaza revolucionaria. La derrota exterior era ya inevitable, y suficientemente grave. La derrota exterior y la revolución interior ya eran demasiado, era imposible acabar con todo ello. La sola idea horrorizaba a Ebert. Por eso su programa era ahora exactamente igual al del gobierno, al que apoyaba desde fuera con todos los medios: abdicación del káiser —rápido armisticio-regencia— salvaguarda de la monarquía.

El káiser, por su parte, no pensaba en abdicar, pero también temía a la revolución. Precisamente por ello deseaba ahora el armisticio con tanta urgencia como el pueblo y el gobierno. Necesitaba al Ejército para sofocar la revolución en la patria, si es que ésta llegaba a estallar. Pero para ello debía acordar el armisticio. El Ejército no debía seguir atrapado en la lucha contra el enemigo durante más tiempo, debía dar media vuelta para poder marchar contra la patria insurrecta. Si Lundendorff no quería autorizar esta acción, entonces era precisamente él quien debía hacerlo. Pensaba en un nuevo jefe para dirigir al Ejército en la tarea de sofocar la revolución: el general Groener, un prosaico suabo de quien esperaba que asumiera la derrota exterior con serenidad, ya que no se trataba de su derrota, y que volviese a casa y estableciese la calma y el orden con mano dura. El 30 de octubre el káiser abandonó Berlín a hurtadillas, rehuyó los indiscretos debates en la capital sobre la abdicación y asentó su base de operaciones en el Gran Cuartel General, entre sus paladines militares.

Un período ambiguo, este mes de octubre de 1918, un período entre guerra y paz, entre Imperio y Revolución, entre dictadura militar y democracia parlamentaria. Cuanto más avanzaba el mes, más se diluían como en la niebla las líneas básicas de la vida política cotidiana. Los actores se perdían de vista unos a otros, casi no se oían entre ellos; cada cual temía por algo distinto: el káiser por su trono, el jefe del Alto Mando por la cohesión del Ejército, el canciller por un armisticio que no llegase demasiado tarde, el líder del Partido Socialdemócrata por la paciencia de las masas. En Berlín (y únicamente allí) se consiguieron poner de acuerdo algunos conspiradores que planeaban una acción revolucionaria, primero para el día 4 y luego para el 11 de noviembre. Éstos también temían por sus planes. Porque aunque todo hablaba a favor de la posibilidad de una revolución, nadie sabía si las masas estaban realmente preparadas y eran capaces de llevar a cabo un levantamiento; y nadie sabía cuánta resistencia ofrecerían, llegado el levantamiento, los antiguos poderes.

Finalmente no fueron los revolucionarios berlineses quienes pusieron en marcha la revolución y no fue «la cuestión del káiser» quien la desató, sino un acto desesperado del mando de la Marina con el que nadie había contado.

Para entenderlo mejor, escuchemos de nuevo la voz de Ludendorff. Ludendorff se había dirigido a Suecia con pasaporte falso, pero su espíritu aún seguía presente en el Estado Mayor del Ejército y de la Marina. El 31 de octubre, Ludendorff ponía por escrito lo que le preocupaba:

> Está claro que nuestra situación no puede mejorar. El desastre en el sudeste prosigue su curso, no cabe ninguna duda. Pero los inusitados esfuerzos del pueblo alemán podrían haber desalentado a los pueblos y a los ejércitos franceses, ingleses e incluso americanos. Aún podíamos proseguir la lucha durante algunos meses. Una fortaleza que se rinde antes de haberlo intentado todo hasta el final queda condenada a la maldición del deshonor. Un pueblo que acepta la humillación y se deja imponer condiciones que aniquilan su existencia como tal, sin defenderse hasta las últimas consecuencias, se hunde irremisiblemente. Pero si se ve obligado a soportar tales afrentas después de haberse esforzado hasta la extenuación, entonces sobrevivirá.

En estas afirmaciones hay mucho de irreal e ilógico, pero *una* cosa sí es cierta: no se puede sobrevivir a la aniquilación total; ni siquiera tras ofrecer una última resistencia extraordinaria; y ciertamente las condiciones de Wilson no pretendían llegar a este punto. Que Alemania pudiese «proseguir la lucha durante algunos meses», tal vez hubiese venido al caso antes del 29 de septiembre; ahora ya no. Pero cuando Ludendorff habla de «la maldición del deshonor» que cae sobre quienes abandonan la lucha antes de haber agotado todos los recursos, hace referencia a algo real y vigente en el momento: a un determinado concepto del honor que entonces llegaba al alma al cuerpo de oficiales alemán y, en general, a las castas superiores alemanas; un concepto del honor que se puede considerar rígido y formal, que hoy ya tiene algo de trasno-

chado, pero que en ese momento formaba parte de una realidad psicológica poderosísima. Este concepto constituía el pensar, el sentir y el actuar de la clase dirigente alemana, que se autodefinía a través suyo y mediante el cual se desmarcaba de las masas imposibles de satisfacer. Este concepto del honor dividió en dos mundos irreconciliables a la clase alta de la baja. Lo curioso del caso es que Ludendorff hubiese olvidado por completo este concepto el 29 de septiembre y que ahora, sin embargo, se acordase de él.

Muchos no lo habían olvidado, ni entonces ni antes. Recordemos por ejemplo la reacción de sus propios oficiales del Estado Mayor ante su decisión de capitular: «se podían oír tenues lamentos y sollozos, a muchos, la mayoría, las lágrimas les rodaban por las mejillas involuntariamente». Se sentían deshonrados. Las masas que se habían quedado en casa y también las masas de soldados rasos y marineros se sentían aliviadas ante la perspectiva de la paz y de sobrevivir a la guerra, aunque ésta se hubiera perdido, a pesar de la rendición, mejor eso que entregarlo todo «hasta el final»; los oficiales, no. Para ellos la rendición era una deshonra: antes la muerte que la deshonra. Y las tropas, claro estaba, debían morir si era necesario.

Las tropas, sin embargo, ya no querían seguir muriendo; ahora ya no, una vez la guerra se había dado por perdida, y aún menos en nombre de un honor que pertenecía a una clase de la que ellos no formaban parte y no significaba nada para ellos. Esto, y no «la cuestión del káiser», fue lo que realmente hizo estallar la revolución.

Cuando los oficiales de marina quisieron llevar a cabo «una resistencia hasta la muerte», los marineros se amotinaron y arrastraron con ellos al Ejército del interior y a las clases trabajadoras. Lo que aquí se ponía de manifiesto era un deseo de vivir fundamental, y se manifestaba contra un concepto exagerado del honor que exigía una inmolación heroica. Tres días después del cese de Ludendorff, dos días después de la recepción de la última carta de Wilson, mientras el gobierno en Berlín se ocupaba de librarse del káiser y de salvar a la monarquía y mientras la delegación que se preparaba para ir a firmar el armisticio se disponía para la partida, la tierra empezó a temblar en Alemania.

4

LA REVOLUCIÓN

El primer historiador de la República de Weimar, Arthur Rosenberg, ha descrito la Revolución alemana de Noviembre de 1918 como «la más extraña de todas las revoluciones». «Las masas, que apoyaban a la mayoría parlamentaria, se rebelaron contra el gobierno de Max de Baden, es decir, contra sí mismas.»

El análisis de Rosenberg acerca del origen y la historia de la República de Weimar sigue siendo el más profundo y agudo que se haya escrito hasta ahora. Pero en este punto, Rosenberg se equivoca. Las masas no se rebelaron contra el gobierno. Por muy raro que pueda sonar, se rebelaron a favor del gobierno.

El terremoto de la segunda semana de noviembre se inició, como es conocido, con el amotinamiento de los marineros de la Flota de Alta Mar contra sus jefes, pero lo que desencadenó este amotinamiento —precisamente lo que después ha sido sistemáticamente silenciado— fue otro motín: el motín de los jefes de la Flota contra el gobierno y su política.

Cuando las tropas se rebelaron, creyeron estar actuando a favor del gobierno. El dramático pulso entre los marineros y los oficiales que tuvo lugar el 30 de octubre de 1918 en Schillig-Reede frente a Wilhelmshaven, donde arrancó la revolución, no fue un pulso entre ésta y el gobierno. Era la primera prueba de fuerza entre revolución y contrarrevolución, y el disparo de salida lo dio esta última.

El 20 de octubre, tras el cese de la guerra submarina decretado por el gobierno, de acuerdo con lo exigido por Wilson, los jefes de la Flota decidieron provocar una batalla decisiva entre la Flota de Alta Mar alemana y la inglesa. Fue una decisión aislada y constituyó, por sus características, un amotinamiento. Se planeó a espaldas del nuevo gobierno y se mantuvo en sumo secreto. Iba claramente dirigida a poner cortapisas a su política. El deseo evidente que se escondía tras esta decisión, el deseo que quedaba sin formular y quizá incluso de forma semiinconsciente, era el de ignorar y hacer como si nunca hubiese tenido lugar la «revolución desde arriba», que había conducido al poder a esos «pájaros de mal agüero» del Parlamento.

Más adelante se intentó sacar hierro a la decisión, tomada en ese momento, de hacer zarpar a toda la Flota de Alta Mar alemana haciéndola pasar como una mera acción de diversión destinada a reducir la presión en el frente terrestre, como si se tratase de una operación militar rutinaria de la que el gobierno no tenía por qué estar informado. Era una excusa insostenible. La batalla terrestre en el Oeste, cuyos puntos críticos se hallaban muy tierra adentro, no podían solucionarse desde la costa. Nunca nadie podría haber creído lo contrario, y mucho menos el Alto Mando del Ejército. El Ejército de Tierra nunca pidió auxilio a la Flota, simplemente por el hecho de que esta ayuda carecía completamente de sentido desde el punto de vista militar.

No, cuando la Flota de Alta Mar alemana, que no había hecho nada parecido en los dos últimos años, decidió atacar con todas sus fuerzas, sólo podía tener *una* razón; la misma que en mayo de 1916 en Skagerrak: desafiar a la Flota británica para librar una batalla naval decisiva.

Una batalla naval de tales características no podía cambiar el rumbo de la guerra: ni siquiera en el improbable caso de vencer a la Flota británica, ya que tras ésta se encontraba ahora la Flota de Estados Unidos, que podía continuar el bloqueo. Además, ésta ya no jugaba ningún papel esencial en el desenlace de la guerra. Todo se jugaba en tierra y de forma inminente. Por el contrario, el enorme sacrificio de vidas causado por una gran batalla

naval, cualquiera que fuera su resultado, debía servir para atizar al máximo la exasperación y el ansia guerrera de las potencias enemigas y frustrar cualquier esperanza de un armisticio rápido y sin condiciones onerosas como al que aspiraba el gobierno con apremio. De ahí que la decisión de librar una batalla naval fuese, en ese momento más que nunca, una decisión de alto contenido político que además desafiaba a la política del gobierno. Que los jefes de la Flota tomaran una decisión unilateral suponía negar la obediencia a gran escala, y derivó en la insubordinación y el amotinamiento de los oficiales. Y a esta sedición de los oficiales respondió ahora el amotinamiento de la marinería.

El descontento cundía desde hacía tiempo entre los marineros de la Flota de Alta Mar alemana. Ya en 1917 se habían producido infracciones disciplinarias con tintes políticos que habían sido reprimidas con mano dura y castigadas con mucha severidad. Pero desde este incidente no se había vuelto a repetir nada similar, y nada, nada en absoluto podía hacer sospechar que ahora los amedrentados marineros, con el anhelado fin de la guerra ante sus ojos, podrían optar, en el último momento, por poner su vida en juego con un gran motín. Pero tampoco en una batalla naval. Cuando de pronto se les dio a escoger entre arriesgar su vida de un modo u otro, los hombres de algunos grandes buques (no todos, ni mucho menos) se decantaron por la desobediencia. Indudablemente no fue por cobardía —un amotinamiento en tiempos de guerra exige mucho más coraje que la lucha en la batalla—, sino porque creían en la justicia.

Un par de días antes, un enviado de los marineros había subido a bordo del *Thüringen*, uno de los dos barcos de línea que se habían negado a zarpar el 30 de octubre, para comunicarle al primer oficial que el ataque naval planeado no se ajustaba a la política del nuevo gobierno. El oficial contestó con sequedad (según la posterior declaración del marinero durante la instrucción del consejo de guerra): «¡Sí, de *vuestro* gobierno!». Esta conversación aclara la disparidad de posturas en pocas palabras: Eran los

oficiales quienes ya no reconocían al gobierno como suyo y las tropas las que creyeron que tenían que luchar por «su» gobierno. Desde su punto de vista, actuaron en legítima defensa del Estado y salieron en apoyo del marco legal establecido; si se amotinaron, entonces se puede decir que lo hicieron contra los amotinados.

El amotinamiento de Schillig-Reede —un drama oculto sobre el cual durante varios días nadie en Berlín o en el Cuartel General Supremo de Spa tuvo conocimiento alguno— terminó en tablas. Tras unos minutos de estupor durante los cuales los barcos alemanes amotinados y los que aún no lo estaban, a muy poca distancia unos de otros, se apuntaban con sus enormes cañones, los amotinados se rindieron. En este sentido, vencieron los oficiales. Pero se abandonó el planeado ataque naval: con una marinería tan poco fiable, los almirantes no quisieron arriesgarse a librar una batalla naval. En este sentido, los marineros eran los vencedores. La flota reunida en Schillig-Reede se dispersó de nuevo. Tan sólo una escuadra permaneció ante Wilhelmshaven, otra recibió la orden de dirigirse a Brunsbüttel y la tercera escuadra, la que *no* se había amotinado, navegó de vuelta a Kiel, donde llegó el viernes 1 de noviembre. Los marineros detenidos, que superaban el millar, fueron llevados a tierra, a las prisiones militares. Les esperaba un consejo de guerra y el pelotón de ejecución.

Ahora se trataba de su destino. Las tropas de la tercera escuadra regresaron hacia Kiel tan compungidos como cuando zarparon una semana antes hacia Wilhelmshaven. La «cabalgada de la muerte» hacia la que creían dirigirse entonces había fracasado. Pero ahora para sus camaradas, que la habían hecho fracasar, la amenaza de muerte era inminente. Este sentimiento revolvía y atormentaba a los marineros. En Schillig-Reede, finalmente, sólo se habían amotinado las tripulaciones del *Thüringen* y del *Helgoland*, pero prácticamente todos estaban a favor de la revuelta, aunque les faltó valor. Ahora este pensamiento los carcomía. Los camaradas del *Thüringen* y del *Helgoland* que sí habían tenido valor y de este modo se habían convertido en sus salvadores, ¿debían verse ahora condenados a morir? No lo podían permitir. Pero si no lo querían permitir, necesitaban ahora mucho más coraje del

que habían necesitado en el último momento, dos días antes, en Schillig-Reede, así que debían arriesgar al máximo: no sólo debían insubordinarse, sino que debían apostar por el levantamiento, el uso de la violencia y la toma del poder. ¿Y qué pasaría a continuación? Eso les atormentaba. ¿Pero dejar morir a sus compañeros? Era inconcebible, aún más que inconcebible.

Pasaron tres días hasta que estos hombres, que no habían tenido el valor de amotinarse en Wilhelmshaven, encontraron la fuerza suficiente para revelarse en Kiel. El primer día mandaron una delegación al comandante de la plaza para exigir la liberación de los prisioneros; obviamente esta reclamación fue rechazada. El segundo día discutieron largo y tendido en el edificio sindical de Kiel con los soldados de infantería de marina y los estibadores sobre qué era lo que podían hacer, pero no llegaron a ninguna conclusión. El tercer día, el domingo 3 de noviembre, pretendían proseguir las discusiones, pero se encontraron bloqueada la entrada del edificio sindical que estaba vigilada por una guardia armada. Por eso se reunieron al aire libre, en un campo de instrucción donde miles de trabajadores se unieron a ellos, escucharon los discursos y formaron finalmente un gran cortejo. Algunos estaban armados. En un cruce de calles, una patrulla detuvo la manifestación. El jefe de la patrulla, un tal teniente Steinhäuser, ordenó que se disgregasen, y al ver que no lo cumplían ordenó abrir fuego. Nueve muertos y veintinueve heridos quedaron tendidos sobre el pavimento. La caravana se dispersó, pero un marinero armado se adelantó y disparó al teniente Steinhäuser.

Ése fue el acto decisivo, el disparo de salida de la Revolución alemana. De pronto todo el mundo fue consciente de que ya no había marcha atrás. Y ahora todos sabían lo que debían hacer. La mañana del lunes 4 de noviembre, los marineros de la Tercera Escuadra eligieron sus consejos, desarmaron a los oficiales, se armaron e izaron en los navíos la bandera roja. Únicamente un buque, el *Schlesien* no se unió a ellos: huyó a alta mar bajo la amenaza de los cañones de sus barcos hermanos. Sólo un comandante, el capitán Weniger del *König*, defendió con las armas su pabellón. Murió de un disparo.

Marineros armados, ahora bajo las órdenes de sus consejos de soldados, y dirigidos por un contramaestre llamado Artelt, desembarcaron en formación, ocuparon sin resistencia la prisión militar y liberaron a sus compañeros. Otros ocuparon los edificios públicos y la estación. Al mediodía llegó a Kiel un destacamento de soldados del Ejército de Tierra que había sido enviado por la comandancia de Altona para reprimir la sublevación de los marineros: pero el destacamento fue desarmado entre escenas de confraternización. El comandante de la base naval, privado de cualquier mecanismo de autoridad, recibió a regañadientes a una delegación del consejo de soldados y capituló. Los infantes de marina de la guarnición se solidarizaron con los marineros. Los estibadores de los muelles declararon una huelga general. Al atardecer del 4 de noviembre, Kiel estaba en manos de cuarenta mil marineros y soldados insurrectos.

Los marineros no sabían qué hacer con el poder que acababan de conquistar. Cuando al caer la tarde de ese 4 de noviembre llegaron de Berlín dos enviados del atemorizado gobierno, el diputado socialdemócrata Gustav Noske y el secretario de Estado burgués Haussmann, muy inquietos, fueron recibidos con júbilo y alivio y Noske fue elegido inmediatamente «gobernador», lo que demuestra una vez más que los rebeldes no se levantaron *contra* el gobierno, sino *a favor* de él, y creyeron estar actuando en este sentido. Pero instintivamente tenían clara una cosa: tras haber dado en Kiel el gran salto, tras haber acabado con la autoridad local y tras tener la ciudad en sus manos, el movimiento no debía quedar circunscrito únicamente a Kiel, si no la ciudad se convertiría en una trampa. En estas circunstancias sólo les quedaba la huida hacia delante: debían salir de la ciudad y propagar el movimiento, si no su triunfo sería tan suicida como lo había sido una semana antes el triunfo de los amotinados en Shillig-Reede, centenares de los cuales aún seguían en prisión en Wilhelmshaven y en Brunsbüttel. Debían liberarlos, y en todas partes debía suceder lo mismo que había sucedido en Kiel; de lo contrario,

estarían perdidos. De la misma forma que del amotinamiento se había llegado a la revuelta, de la revuelta debía surgir ahora la revolución: es decir, los rebeldes, tal y como había ocurrido en Kiel, debían hacerse con el poder en todos los rincones del país si no querían ser acorralados, derrotados y castigados brutalmente en Kiel. Debían dispersarse y extender la revolución por todo el país. Y lo consiguieron con un éxito tan rotundo que ni ellos mismos hubieran imaginado jamás.

Por dondequiera que pasaran los marineros se les unían los soldados de las guarniciones y los trabajadores de las fábricas, como si les hubieran estado esperando; prácticamente en ningún lugar encontraron una firme resistencia; por todas partes, el orden vigente se desmoronaba como un castillo de naipes. El 5 de noviembre, la revolución había llegado hasta Lübeck y Brunsbüttelkoog; el 6, hasta Hamburgo, Bremen y Wilhelmshaven; el 7, hasta Hannover, Oldenburg y Colonia; el 8, tenía bajo su control a todas las grandes ciudades del oeste de Alemania, además de Leipzig y Magdeburgo, al este del Elba. A partir del tercer día, la revolución ya no necesitó del impulso de los marineros; como si se tratase de un incendio forestal, ahora la revolución se abría paso por sí misma. Por todas partes, como por acuerdo tácito, sucedía lo mismo: los soldados de las guarniciones elegían sus consejos de soldados, los obreros escogían sus consejos de trabajadores, las autoridades militares capitulaban, se entregaban o huían, y las autoridades civiles, atemorizadas e intimidadas, reconocían tímidamente la nueva soberanía de los consejos de trabajadores y de soldados. El mismo espectáculo se repetía por doquier: se veían por todas partes concentraciones de personas por las calles, grandes asambleas populares en las plazas de los mercados, por todas partes se veían escenas de hermanamiento entre marineros, soldados y civiles extenuados. En todas partes se trataba en primer lugar de liberar a los presos políticos; después de las prisiones, se ocupaban los ayuntamientos, las estaciones, las comandancias militares, e incluso a veces las redacciones de los periódicos.

La elección de los consejos de trabajadores y soldados

no puede compararse naturalmente con unas elecciones normales en tiempos de paz. En los cuarteles, los compañeros nombraban a menudo a los soldados más admirados o a los más destacados. La elección de los consejos de trabajadores sólo se celebraba en las fábricas, y cuando se hacía, que era en contadas ocasiones, se desarrollaba de un modo muy similar; habitualmente «el consejo de trabajadores» estaba formado por miembros de los comités ejecutivos locales de los dos partidos socialistas (el SPD y los Independientes) y se confirmaba dicha elección, mediante aclamación, en grandes concentraciones, con frecuencia a cielo descubierto y en las plazas centrales de las poblaciones. La mayoría de veces los consejos de trabajadores estaban integrados paritariamente por miembros de ambos partidos; la voluntad de las masas apuntaba claramente a la reunificación de los dos partidos hermanos enemistados, que se habían separado durante la guerra. La opinión general e indiscutible era que juntos debían constituir el nuevo gobierno de la revolución.

Hubo poca resistencia, violencia y derramamiento de sangre. La sensación que caracterizó estos primeros días de la revolución fue de perplejidad: perplejidad de las autoridades ante su repentina e inesperada pérdida de poder, perplejidad de los revolucionarios ante su repentino e inesperado poder. Ambos bandos actuaban como si de un sueño se tratara. Para unos era una pesadilla, para los otros era uno de esos sueños en los que de pronto uno es capaz de volar. La revolución fue bondadosa: no hubo ni linchamientos ni tribunales revolucionarios. Muchos presos políticos fueron liberados, pero no se arrestó a nadie. En contadas ocasiones se apaleó a algún oficial o a algún suboficial especialmente odiados. A la gente le bastaba con arrancar los galones y las medallas a los oficiales; formaba parte del ritual revolucionario tanto como el izar la bandera roja. Muchos de los afectados, sin embargo, lo vieron como una ofensa mortal. A las masas victoriosas de poco les sirve actuar con bondad; los señores vencidos no les perdonan la victoria.

Son precisamente los señores vencidos entonces los que más tarde escribirían la historia de la Revolución alemana de noviembre, y por ello no es sorprendente que en los libros de historia se encuentren pocas palabras amables para con los acontecimientos que tuvieron lugar durante la semana del 4 al 10 de noviembre de 1918. Ni siquiera le concedieron el honroso nombre de «Revolución»; sólo se quiso ver desorden, derrumbamiento, amotinamiento, traición, arbitrariedad de la plebe y caos. Pero lo que ocurrió esa semana fue, en realidad, una auténtica revolución. Lo que sucedió el 30 de octubre en Wilhelmshaven había sido tan sólo un motín, una insubordinación frente a la autoridad, sin ningún tipo de plan o de pretensión real de derrocarla. Los hechos de Kiel del 4 de noviembre fueron más allá, se trató de un levantamiento en el que los marineros derribaron a la autoridad, aunque sin tener la menor idea de qué pondrían en su lugar. Pero lo que se desarrolló entre el 4 y el 10 de noviembre en la Alemania al oeste del Elba sí fue una auténtica revolución, el derrocamiento de la antigua autoridad y su sustitución por una nueva.

Durante el transcurso de esa semana, la Alemania occidental pasó de una dictadura militar a una república de los consejos. Las masas que se levantaron no desencadenaron el caos, sino que establecieron por doquier los elementos toscos y rudimentarios, aunque claramente reconocibles, de un nuevo orden. Lo que se eliminó fueron las comandancias militares, la administración suprema militar, que durante toda la guerra habían gobernado las ciudades y los distritos alemanes bajo la ley marcial. En su lugar se estableció la nueva autoridad revolucionaria de los consejos de trabajadores y soldados. Las instituciones administrativas civiles mantuvieron su actividad y siguieron funcionando bajo la supervisión y el mando de los consejos, tal y como habían hecho durante la guerra con los militares. La revolución no se entrometió en cuestiones de propiedad privada. En las fábricas todo siguió funcionando como antaño. También fueron apartados de sus cargos los príncipes en cuyo nombre gobernaban las instituciones militares. En el seno del ejército la autoridad fue reemplazada por la de los consejos de soldados. La revolución no fue ni socialista ni

comunista. Era —de forma natural y sin formularse explícitamente— republicana y pacifista; y sabido por todos y ante todo, era una revolución antimilitarista. Mediante la implantación de los consejos de trabajadores y soldados abolía y sustituía la potestad disciplinaria del cuerpo de oficiales en el ejército y en la marina y el poder ejecutivo dictatorial en las instituciones militares, vigente en el país desde 1914.

Las masas que habían establecido los nuevos órganos de dirección y de gobierno formados por los consejos de trabajadores y soldados no eran ni espartaquistas ni bolcheviques, eran socialdemócratas. Los espartaquistas, los precursores del posterior Partido Comunista, no aportaron ningún dirigente a la cabeza de la revolución, ni siquiera un «cabecilla de segunda fila». A la mayoría de ellos, la revolución los sacó de las cárceles. Rosa Luxemburg, por ejemplo, vivió toda esa semana, temblando de impaciencia, en la prisión municipal de Breslau y fue liberada el 9 de noviembre tras largos años de prisión; y Karl Liebknecht, que había salido del presidio el 23 de octubre, se quedó en Berlín y desde allí se enteró, únicamente a través de los periódicos, de lo que se desarrollaba en el Reich durante la semana de la revolución.

El ejemplo ruso quizá jugó indirectamente un papel crucial, pero no hubo ningún enviado ruso controlando el curso de los acontecimientos. Esta revolución no tuvo, excepto en Munich, ni dirigentes ni organización alguna, ni estado mayor ni plan de operaciones. Se llevó a cabo gracias al movimiento espontáneo de las masas, de los trabajadores y de los soldados. Ahí residía su debilidad —que enseguida se manifestaría—, pero también ahí residía su gloria.

Pero esta semana revolucionaria tuvo también sus momentos de gloria, se opine lo que se opine sobre los objetivos de los insurgentes. Quedaron de manifiesto notables cualidades: valentía, capacidad de decisión, espíritu de sacrificio, unanimidad, empuje, entusiasmo, iniciativa, inspiración y confianza en el destino. Los ingredientes de la gloria revolucionaria. Y todo ello con masas sin liderazgo, ¡y para colmo, masas alemanas! Siempre se

repite que los alemanes son incapaces de hacer la revolución —ya conocemos las socarronas palabras de Lenin de que los revolucionarios alemanes serían incapaces de ocupar una estación si la ventanilla para sacar los billetes estuviese cerrada—, pero como mínimo es una afirmación cuestionable en lo que se refiere a esa semana de noviembre. Las masas alemanas ocuparon muchas estaciones y muchos otros edificios. En una ciudad tras otra, miles de personas arriesgaron no sólo su vida, sino que se atrevieron a dar el salto hacia lo desconocido, hacia lo que nunca se había probado, hacia la inmensidad, lo cual requería una valentía revolucionaria, mayor que la del soldado en el campo de batalla. La capacidad revolucionaria de las masas alemanas durante esa semana de noviembre puede compararse con la capacidad militar desarrollada durante los cuatro años de guerra anteriores, y no queda por debajo de la capacidad revolucionaria de las masas rusas durante la revolución de marzo de 1917. El impulso y el auge de esta semana impresionó incluso a la burguesía.

Rainer Maria Rilke, todo menos un revolucionario, más bien un esnob, le escribió a su mujer tras haber participado en Munich en una asamblea revolucionaria:

> A pesar de estar todos sentados alrededor de las mesas de madera y entre ellas de modo que las camareras sólo podían abrirse paso entre la espesa estructura humana como si fueran carcomas, el ambiente no resultaba opresivo, ni siquiera para la respiración; el olor a cerveza, humo y gente no era desagradable, era apenas perceptible. Lo más importante era, y para todo el mundo estaba clarísimo, que se podían decir las cosas, que por fin había llegado su turno, y que tan pronto como empezaban a pronunciarse eran acogidas por la enorme multitud con ovaciones masivas. De pronto un trabajador joven y pálido se subió a la tarima y dijo simplemente: «Usted, usted o usted; vosotros, dijo, ¿habéis pedido el armisticio? Pues deberíamos pedirlo nosotros, no esos señores de allí arriba; hagámonos con una estación radiotelegráfica y digamos, las gentes sencillas a las gentes sencillas del otro lado, que pronto habrá paz». No lo reproduzco tan bien como fue expresa-

> do. De pronto, una vez hubo dicho eso, le asaltó una contrariedad, y con un ademán de emoción dirigido hacia Weber, Quidde y los demás profesores que se encontraban junto a él en el estrado, prosiguió: «Aquí, los señores profesores saben francés, nos ayudarán a que lo expliquemos bien, tal y como queremos». Tales momentos son maravillosos, y cómo los necesitábamos precisamente ahora en Alemania... No se puede por menos que admitir que los tiempos tienen toda la razón cuando buscan dar tan grandes pasos.

El fragmento de esta carta es un testimonio esencial, no únicamente porque capta la atmósfera de esta Revolución alemana con el fino sentir de un poeta, la curiosa mezcla de seriedad, valor y conmovedora torpeza, sino también porque describe con claridad, a pesar de la inconsciencia del escritor, la actitud de la revolución frente al gobierno. Los revolucionarios de Munich, igual que diez días antes los amotinados de Schillig-Reede, no se levantaron *contra* el nuevo gobierno, sino bien al contrario, aspiraban a lo mismo que éste, creían que tenían que ayudarlo y echarle una mano; la paz no podía ser únicamente obra de «los señores de allí arriba», las mismas masas querían verlo de este modo y hacer triunfar lo que, según su opinión, había puesto en marcha el nuevo gobierno y que parecía no poder asumir. La «revolución desde abajo» no pretendía apropiarse de la «revolución desde arriba», sino complementarla, estimularla, hacerla avanzar, en definitiva, hacerla realidad. No apuntaba contra el nuevo gobierno parlamentario del Reich, sino contra la dictadura militar que seguía funcionando como gobierno paralelo utilizando siempre el estado de guerra, la censura y la prisión preventiva. Con agudo instinto, las masas presintieron que este control militar ponía tantas trabas a la revolución desde arriba como a la revolución desde abajo, que en realidad no aspiraba ni a la paz ni a la democracia, que en lo más profundo de su alma estaba reñido y era irreconciliable con la revolución y que con todos sus instrumentos de poder, con sus insignias y sus símbolos, debía ser apartado del camino para dejar paso al nuevo orden, a la nueva democracia pacífica que todos podían ya casi ver ante sus ojos. Las

masas socialdemócratas que así lo veían y que hacían la revolución creían estar totalmente de acuerdo con sus dirigentes. Su tragedia fue que se equivocaron.

Durante la semana revolucionaria nadie podía sospechar la tragedia que se avecinaba, pero su primer acto ya se representó entonces. Mientras la revolución se iba propagando con fervor por todas partes —ya la noche en la que Rilke, conmovido, se refería a ella, triunfaba también en Munich—, en Kiel, el lugar de donde había arrancado, ya expiraba. Allí llegó el diputado del SPD Gustav Noske la misma tarde del lunes 4 y fue recibido por los marineros como «su hombre»; al día siguiente llamó a Berlín para comunicar que «sólo cabía una esperanza: el restablecimiento del orden voluntariamente bajo el mando socialdemócrata; de este modo la revolución se desmoronaría por sí misma... Por doquier —así es como lo narraba— sentía cómo se despertaba de nuevo entre los trabajadores y los marineros esa necesidad de orden tan inherente a los alemanes». El canciller imperial, el príncipe Max de Baden, que tomaba nota de todo ello, impuso el mismo día en el consejo de ministros su decisión: «Vía libre para Noske en su intento de sofocar esta erupción local». Un par de días más tarde pudo corroborar satisfecho que Noske, en nombre de la revolución, había conseguido contener con éxito la propia revolución en Kiel, había restituido la autoridad de los oficiales humillados e incluso había establecido de nuevo las patrullas navales; en lo referente a los marineros que se habían quedado en Kiel, volvieron a sus tareas habituales. «No quieren ver llegar a los ingleses», comunicó con orgullo Noske por teléfono a Berlín, y el príncipe Max quedó admirado por lo que Noske había conseguido en Kiel: «Este hombre ha hecho un trabajo sobrehumano». Más adelante escribió en sus memorias que en ese momento tuvo el presentimiento que «el destino de Alemania dependía de que Ebert emulara a un mayor nivel la tarea que su compañero de partido había realizado», es decir, que el movimiento «diera marcha atrás» en todo el país.

Que el movimiento diera marcha atrás. Esto era lo único que preocupaba durante la semana de la revolución a los tres centros de poder que en ese momento todavía poseía el Reich y que sentían cómo se tambaleaba el suelo bajo sus pies: al káiser y al Alto Mando del Ejército dirigido por Hindenburg y Groener en Spa, Bélgica; al gobierno del Reich del príncipe Max de Baden en Berlín; y, también en Berlín, a la dirección del Partido Socialdemócrata bajo el mando de Ebert, que deseaba y apoyaba a este gobierno, pero que sentía cómo se aproximaba la necesidad de salir de un segundo plano y de ser él mismo quien salvara al gobierno. Los tres coincidían en que la revolución debía ser «sofocada» o que «diera marcha atrás». Día tras día, esta cuestión se fue convirtiendo en su máxima preocupación.

También coincidían en que lo primero que debían resolver era el armisticio: Cuanto más durase la guerra, más se extendería la revolución.

El miércoles 6 de noviembre por la mañana se recibió con un profundo alivio, tanto en Spa como en Berlín, el comunicado del presidente Wilson informando que el comandante en jefe de las fuerzas de la Entente, el general Foch, estaba dispuesto a recibir en su Cuartel General de Compiègne a una delegación alemana para el armisticio. El mismo día, el secretario de Estado Erzberger se dirigió, muy a pesar suyo, hacia Compiègne pasando por Spa. (Hasta el último momento, el gobierno se aferró a la ficción de que la petición de armisticio había salido de ellos y no del Alto Mando del Ejército; de ahí que pusieran a la cabeza de la delegación a un civil, cosa muy poco común en estos casos, y no a un general.) El viernes 8 de noviembre a las diez de la mañana, Erzberger se presentó, junto a la comitiva militar que se les había unido en Spa, ante Foch en Compiègne, quien le recibió con las siguientes palabras: «¿Pero qué les ha traído hasta aquí, señores? ¿Qué puedo hacer por ustedes?» y a la respuesta de que deseaban recoger sus propuestas para llegar a un armisticio, replicó secamente: «No tengo ninguna propuesta que hacerles». Y realmente, no tenía ninguna «propuesta». Lo que puso sobre la mesa fue una lista de condiciones elaboradas por los gobiernos aliados a lo

largo de los diez días con un ultimátum para que fueran aceptadas en un máximo de setenta y dos horas. Ya entonces estaba claro que el ultimátum sería aceptado.

¿Pero qué sucedería tras el armisticio? Aquí se separaban los caminos de los dirigentes amenazados en Berlín y en Spa. Todos —el káiser, el jefe del Alto Mando Militar, el canciller y la cúpula del SPD— coincidían en que el paso siguiente consistía en detener la revolución y salvar lo que aún quedase del Estado en ese momento. También todos coincidían en que el factor determinante se encontraba en el Ejército del Oeste, único instrumento de poder que todavía seguía obedeciendo, que aún no se había visto contaminado por la revolución y que gracias al armisticio quedaba libre para poder disponer de él en el interior; pero divergían las opiniones sobre a favor de quién o de qué se movilizaría el Ejército del Oeste.

El káiser estaba convencido de que el Ejército del Oeste se enfrentaría al «enemigo interior» tal como había hecho con el enemigo exterior. Estaba decidido a ordenar que el ejército diera media vuelta tras el armisticio y marchase contra la patria revolucionaria.

Groener, el sucesor de Ludendorff en el Estado Mayor General, y el canciller imperial, el príncipe Max, no pensaban lo mismo. Ambos compartían la opinión tácita de que la persona del káiser se había convertido en un obstáculo que debía ser apartado si se quería que el Ejército continuase obedeciendo a sus oficiales y actuase contra la revolución. El príncipe Max veía que la solución pasaba por la abdicación del propio káiser, seguida de una regencia; el general Groener creía que había llegado el momento de que el káiser buscase morir en primera línea. Sin embargo, ninguno de los dos osaba compartir su opinión abiertamente con el monarca. Hablaron de ello con sus colegas de gabinete y con otros generales, pero no con el káiser. Algunos de los colegas de gabinete o del resto de generales asintieron apesadumbrados, otros rechazaron la idea, horrorizados. Pero tam-

poco éstos quisieron hablar con el emperador. Así transcurrieron los días, sin que nada sucediese.

Fue la dirección del SPD, en particular el presidente Friedrich Ebert, que cada día que pasaba ocupaba un papel más relevante, la que forzó los acontecimientos. No era hostil al gobierno, a quien más bien había ayudado a sobrevivir y al que había ofrecido su apoyo desde el primer momento de su existencia; tampoco se oponía férreamente a la monarquía; no se oponía por principio al orden estatal establecido; se sentía, al igual que su partido, como una fuerza viva del Estado, como su última reserva. Para él, al igual que para Groener y el príncipe Max, se trataba de salvar el Estado y de controlar la revolución. Pero se había percatado, mejor que ellos, de la fuerza que había adquirido la revolución y de que no podía perderse ni un día más si lo que se pretendía era frenarla. Pero también le rondaba por la cabeza otra preocupación: si para los otros se trataba únicamente de cómo mantener el control sobre el Ejército del Oeste, para Ebert también se trataba de cómo mantener el control sobre el SPD. Día tras día veía cómo sus militantes y sus cuadros provinciales abrazaban la revolución.

El miércoles 6 de noviembre Ebert apareció con sus colegas de la dirección del SPD en la cancillería del Reich, donde también se hallaba el general Groener, y exigió a modo de ultimátum la abdicación del káiser. Era necesario si «se quería evitar que las masas pasasen al bando revolucionario». Era «la última oportunidad para salvar a la monarquía».

Groener se negó indignado —la propuesta estaba fuera de toda discusión—, a lo que Ebert replicó con dramatismo: «Entonces, que los acontecimientos sigan su curso. Aquí se separan nuestros caminos. Quién sabe si algún día volveremos a encontrarnos».

Pero mientras Groener seguía negándose a escuchar, el canciller ya estaba plenamente convencido y convocó a Ebert a una reunión en la Cancillería para el día siguiente, el jueves 7 de noviembre. Esta charla tuvo lugar en el jardín de la Cancillería, donde ambos hombres iban y venían entre la hojarasca marchi-

ta de los viejos árboles. El príncipe Max describió posteriormente al pie de la letra las cruciales decisiones adoptadas durante el encuentro. Le comunicó a Ebert su decisión de partir personalmente hacia el Cuartel General para exigirle al káiser la renuncia al trono. «Si consigo convencer al káiser, ¿lo tendré entonces a usted de mi parte en la lucha contra la revolución social?» El príncipe Max prosigue: «Ebert respondió sin titubeos ni ambigüedades: "La revolución social será inevitable si el káiser no abdica. Pero yo no la quiero en absoluto, la detesto como al pecado".

»Él esperaba poder atraer a las masas y a su partido hacia el gobierno *tras* la abdicación del káiser. Tocamos de pasada la cuestión de la regencia. Le dije que, según la constitución, el regente de Prusia y del Reich debía ser el príncipe Eitel Friedrich. Ebert dio su palabra y la de su partido de no poner dificultades al gobierno en estas cuestiones constitucionales. Luego me deseó con palabras conmovedoras mucho éxito en mi viaje».

¡Demasiado tarde! El viaje no se llevó a cabo y el pacto entre el príncipe Max y Ebert se rompió el mismo día, ya que a lo largo del mismo quedó claro que la revolución había llegado a Berlín y ya no había tiempo para viajar a Spa. Los Independientes, el partido que competía por la izquierda con el SPD, habían convocado para esa tarde veintiséis asambleas en Berlín. El gobierno pretendía prohibirlas. Pero el SPD estaba convencido de que una prohibición de las asambleas desataría la revolución en la capital. Más bien quería hacerse cargo de las reuniones y apaciguar los ánimos. A las cinco de esa tarde presentó al gobierno un nuevo ultimátum: autorización de las asambleas y abdicación del káiser antes del viernes al mediodía. Ebert le dijo al indignado canciller: «Esta tarde anunciaremos el ultimátum desde todas las tribunas, si no todo el mundo optará por los Independientes. El káiser debe abdicar inmediatamente, si no estallará la revolución». De pronto, el príncipe Max y Ebert, que habían aspirado a un mismo fin —librarse del káiser y sofocar la revolución— parecían haberse convertido en enemigos.

Tras la confusión, el vaivén y el pánico de esos últimos días del Reich se ocultaba algo más profundo, algo de lo que no se había hablado. Todos los responsables, de un lado Groener y el príncipe Max y del otro Ebert, veían abalanzarse sobre ellos algo que les aterrorizaba. Los tres se percataron de que deberían convertirse en traidores si querían llevar a cabo su objetivo común: la salvación del Estado y la sociedad vigentes. Groener y el príncipe Max debían traicionar a su amo y señor, al que habían jurado fidelidad. Ebert tenía que traicionar a la revolución, que ingenuamente había delegado en él su jefatura. Los tres mantenían la esperanza de que la traición de los demás les evitaría tener que dar el paso hacia su propia traición. Tras el diálogo explícito que mantenían entre sí, podía oírse otro soterrado e implícito: «Si vosotros traicionáis al káiser, yo no tendré por qué traicionar a la revolución». «No, acepta tú la revolución sólo en apariencia, pero traiciónala, así no tendremos nosotros que traicionar al káiser.» Pero nadie quería mostrar sus cartas, y así trascurrió el tiempo y se agotó la arena del reloj.

Finalmente, ninguno de los tres hombres pudo ahorrarse la traición que unos habían querido traspasar a los otros. La hora de la verdad les golpeó a los tres el mismo día, el domingo 9 de noviembre. Éste se convirtió en el día decisivo para el destino de la monarquía y la revolución alemanas. Ese día, los paladines del káiser lo abandonaron. También el mismo día, la revolución se entregó al hombre que estaba decidido a sofocarla.

5

EL 9 DE NOVIEMBRE

El viernes 8 de noviembre por la tarde, el ministro del Interior prusiano, Drews, sacó su reloj en una sesión del consejo de ministros y dijo: «Son las nueve y media, debemos suspender esta reunión. Mañana hay huelga general, se esperan altercados violentos. Todo dependerá de si las tropas resisten o no. Si no resisten, mañana el gobierno prusiano se podrá dar por liquidado».

El ministro de la Guerra Von Scheüch replicó airado: «¿Qué le hace pensar a su Excelencia que las tropas no podrán resistir?».

Más o menos en ese momento, Richard Müller, el líder de un clandestino que planeaba desde hacía tiempo un golpe de Estado para el lunes siguiente, se encontraba en la Halleschen Tor. «Columnas de infantería muy bien pertrechada, compañías de ametralladoras y artillería ligera de campaña desfilaban ante mí en formaciones interminables hacia el centro de la ciudad. Los hombres tenían un aspecto muy bravucón. Un sentimiento de angustia se apoderó de mí.»

Lo que atemorizaba a Müller y en lo que Von Scheüch había depositado todas sus esperanzas, era el Cuarto Regimiento de Cazadores, una unidad especialmente fiable, que ya durante el verano había sido enviada contra los revolucionarios rusos en el Frente del Este. Ahora debía movilizarse en Berlín contra los revolucionarios alemanes. El día antes se había puesto en marcha desde Naumburg hacia la capital para reforzar su guarnición. Al

finalizar la tarde del 8 de noviembre entró en la Alexanderkaserne (el cuartel Alexander). Esa noche se distribuyeron granadas de mano.

Entonces se produjo un incidente.

Uno de los cabos hizo una observación sediciosa; inmediatamente fue arrestado; todo ello sucedió sin que se opusiera resistencia alguna. Pero repentinamente, tras este acontecimiento, las tropas empezaron a protestar y a hacer preguntas incómodas, para desconcierto de sus oficiales. También esos «hombres de aspecto bravucón» se empezaron a plantear muchas cuestiones. ¿Qué estaba pasando realmente? ¿Por qué estaban en Berlín? ¿No apuntaba ya todo al fin de la guerra y la abdicación del káiser? ¿No estaban ya los socialdemócratas en el gobierno? ¿Los enviarían a luchar contra el gobierno? Ya no entendían nada. Si tenían que lanzar granadas contra los propios paisanos, querían saber exactamente qué se estaba poniendo en juego. Los oficiales consiguieron tranquilizarlos relativamente prometiéndoles que al día siguiente recibirían todas las explicaciones necesarias. De este modo los soldados se fueron a dormir. Estaban cansados por la larga marcha realizada durante el día. Pero el domingo por la mañana, tras desayunar unos panecillos, repentinamente todos se pusieron de acuerdo en buscar por sí mismos las explicaciones. Una delegación se dirigió en automóvil hacia el *Vorwärts* (Adelante), el periódico del SPD. No se sabe a ciencia cierta si los oficiales habían sido informados y habían dado su aprobación.

Desde las siete, los enlaces sindicales del SPD se encontraban en la redacción del *Vorwärts*. Esperaban saber si el káiser había abdicado o si «debían seguir adelante». Esperaban con impaciencia. Ya no estaban seguros de ser capaces de influir en los acontecimientos. Ahora, líderes más radicales habían tomado la palabra. Si no ocurría pronto alguna cosa, los acontecimientos podían precipitarse sin su actuación. En su apresurada reunión aparecieron de pronto los soldados. ¿Habían venido a apresarlos? Todo era posible. Estaban frente a la puerta, armados hasta los dientes, arrogantes, con aspecto decidido. Querían que alguien los acompañase para explicar la situación a las tropas. ¿Qué significaba

eso? El diputado del SPD Otto Wels decidió meterse en la boca del lobo; era un hombre fornido y robusto de sencillos modales. Viajó en el camión con los soldados, un solo civil entre todos los soldados armados y mudos. No sabía lo que le esperaba.

En el patio del cuartel Alexander estaban formadas las tropas tras sus oficiales. Wels desconocía su estado anímico. Empezó a hablar subido en un camión militar. Inició su discurso con prudencia, evitando hacer un llamamiento a la sedición. Habló con tristeza y sinceridad sobre la guerra perdida, de las fuertes condiciones de Wilson, de la insensatez del káiser, de la esperanza de paz. Mientras hablaba pudo notar poco a poco cómo las tropas iban asintiendo y cómo crecía la inseguridad entre los oficiales. Paulatinamente siguió adelante con tiento y fue siendo cada vez más claro, hasta que dijo: «¡Vuestra obligación es evitar la guerra civil! Os llamo a ello: ¡Un hurra por el Estado popular libre!», y de pronto todo el mundo aplaudió. Había ganado. Las tropas se abalanzaron sobre él y rodearon el vehículo sobre el que estaba de pie y muy erguido, un objetivo fácil para cualquiera que quisiera disparar. Pero ningún oficial disparó. Con sesenta hombres que debían proteger el *Vorwärts*, Wels regresó triunfante y continuó su ruta hacia otros cuarteles de la guarnición berlinesa. Ahora sabía de qué se trataba y cómo debía manejar a los soldados. Los Cazadores de Naumburg le habían ayudado a tomar la decisión crucial.

Eran las nueve de la mañana. Berlín todavía estaba en calma, los trabajadores aún estaban en las fábricas. La revolución aún no había empezado en la capital pero su destino ya estaba marcado. Las fuerzas armadas en Berlín estaban ahora en manos del SPD. En ese momento, eso significaba el final del Reich. Y con los próximos días significaría también el fin de la revolución.

En el mismo momento en el que Wels llegaba de nuevo con su escolta militar al *Vorwärts*, Hindenburg y Groener en el Cuartel General de Spa se dirigían al káiser para comunicarle que el Ejército ya no le prestaba su apoyo. La víspera, aproximadamente a la misma hora en la que el ministro del Interior prusiano había dicho inocentemente: «Todo dependerá de si las tropas resisten o

no», recibieron una noticia estremecedora: la Segunda División de la Guardia (formada por los regimientos de la Guardia del rey de Prusia), que había sido retirada del frente y enviada hacia Aquisgrán para reconquistar Colonia a los revolucionarios y asegurar la vía más importante de avituallamiento y de retirada de las tropas en campaña, se había negado a obedecer a sus oficiales y se había puesto en marcha hacia casa, incumpliendo las órdenes explícitas. ¡La Segunda División de la Guardia! Si no se podía confiar en ella, todo estaba perdido.

Esa mañana fueron convocados treinta y nueve comandantes de unidades para preguntarles si sus tropas se hallaban dispuestas a luchar contra la revolución y a favor del káiser. Hindenburg y Groener los sondearon brevemente antes de reunirse con el káiser, y dejaron que el jefe del Departamento de Operaciones, el coronel Heye, los interrogase con más detenimiento. La respuesta confirmaba las noticias relativas a la Segunda División de la Guardia: las tropas ya no eran utilizables en una guerra civil.

El día anterior por la mañana, el káiser había anunciado su intención de restablecer el orden en el país marchando al frente de su Ejército inmediatamente después del armisticio y para ello había ordenado formalmente al general Groener que preparase la operación. Ahora le tocaba explicar a Groener que la orden no se iba a poder cumplir y lo hizo minuciosamente, de forma escueta y objetiva, dando todo tipo de detalles técnicos. Su informe culminó con la frase: «El Ejército volverá a casa ordenadamente bajo el mando de sus jefes y oficiales, pero no bajo el mando de Vuestra Majestad». La tan citada frase «El juramento a la bandera no es ahora más que una ilusión» no surgió durante esta conversación. Groener no la pronunció directamente en presencia del káiser, sino más adelante en una conversación con otros oficiales. Sin embargo, poco tiempo después, el coronel Heye, que entretanto había recogido las opiniones de los treinta y nueve mandos convocados, le confirmaba al káiser: «El Ejército puede volver a la patria bajo el mando de sus generales. Si Vuestra Majestad quiere ponerse al frente de sus soldados, puede hacerlo y será bien recibido, pero el Ejército no combatirá ni dentro ni fuera de Alemania».

Con ello también se resolvió la cuestión en Spa: las fuerzas combatientes eran tan poco utilizables para derrotar la revolución como la guarnición de Berlín. El Reich ya no poseía ningún otro instrumento de poder para defender su existencia, ni en el frente ni en la patria.

Cuando llegaron las noticias sobre la defección de las tropas a la Cancillería, el príncipe Max de Baden, el canciller imperial, llegó a una clara conclusión que más tarde formularía de la siguiente manera: «Ya no podemos derrotar a la revolución, sólo podemos asfixiarla». Seguramente, esa mañana al general Groener le pasó por la cabeza algo similar. «Asfixiar la revolución» quería decir que se le concedería una victoria aparente, permitiendo que ocupara parcelas de poder, para luego cogerla desprevenida. Hablando claro: el káiser tenía que abdicar, el gobierno socialdemócrata moderado debía convertirse a la socialdemocracia pura y el canciller debía llamarse Friedrich Ebert. Entonces sería Ebert quien debería acabar con la revolución en apariencia triunfante, pero perpleja y asustada ante su propia y fácil victoria, y luego restablecer el orden. Como diría el príncipe Max: hacer a gran escala, lo que Noske había hecho en Kiel.

Ebert estaba dispuesto a ello, y el príncipe Max lo sabía; el general Groener, como mínimo, lo sospechaba. Los tres hombres, como muy tarde desde la mañana del 9 de noviembre, tiraban de la misma cuerda. Los tres seguían el mismo plan.

Pero no estaban coordinados, y por eso se originó el drama del 9 de noviembre; un drama que a pesar de las pasiones y las tensiones no estaba exento de pinceladas cómicas. La mañana del 9 de noviembre Groener creía disponer todavía de un par de días antes del armisticio; el príncipe Max creía que tenía unas horas. Berlín parecía estar en calma. Pero Ebert no tenía ni un minuto que perder. A la hora del almuerzo los trabajadores se reunirían en todas las fábricas y formarían columnas. Si el SPD no actuaba inmediatamente y no se hacía con las riendas de forma evidente, perdería el control.

Ebert debía actuar sin poder esperar al príncipe Max y éste no podía hacer lo propio con Groener; en Spa el asunto de la abdicación se prolongó durante todo el día, por lo que los acontecimientos de Berlín pasaron inadvertidos durante bastante tiempo. El príncipe Max, tras largas horas de duda, dio a conocer la abdicación del káiser sin que ésta se hubiese consumado; y esta noticia falsa llegó demasiado tarde para poder detener el curso de los acontecimientos.

Prácticamente todo lo que hasta la fecha había preocupado y angustiado a los dirigentes del Reich había dejado de tener importancia. En Spa y en la Cancillería tuvo lugar el último acto del Reich, sin que de ello dependiera ya apenas nada. Era como si unos actores continuasen declamando después de haber caído el telón.

Por la mañana, poco después de las nueve, Spa establecía contacto con la Cancillería (a través de una línea telefónica directa secreta, que más adelante jugó un papel de gran importancia) para comunicar que el Alto Mando del Ejército estaba dispuesto a comunicarle al káiser que el Ejército ya no estaba de su parte. Inmediatamente la Cancillería transmitió por teléfono la noticia a Ebert: Revolución innecesaria, abdicación inmediata. Ebert respondió: «¡Demasiado tarde! La bomba ya ha estallado. Una fábrica se ha lanzado ya a las calles». Tras una pequeña pausa añadió: «Vamos a ver qué se puede hacer».

Pero si para Ebert, muy a pesar suyo, ya era demasiado tarde, en Spa era demasiado pronto para tomar decisiones definitivas. A las once, el káiser habló por primera vez de abdicación en una conversación privada con su consejero personal. Lo hizo en tono malhumorado y mostrando un profundo desdén: «He gobernado lo suficiente para saber cuán desagradecida es esta tarea. Y no siento ningún apego por ella». Pero no se trataba ni mucho menos de una decisión definitiva y durante las horas siguientes el káiser tuvo otra idea: renunciar al título de emperador, manteniéndose como rey de Prusia. A las doce llegó el príncipe heredero con la ingenuidad del ignorante y enérgico como siempre: «¿Así que todavía no han sido puestos contra la pared esos puñados de

marineros?». Padre e hijo mantuvieron una conversación en el parque. Nadie pudo oír lo que se contaron; parecía que todo se estaba replanteando de nuevo. Entretanto siguieron llegando ininterrumpidamente de Berlín llamadas perentorias: la abdicación debía anunciarse de inmediato si se pretendía que surtiera algún efecto. Cada minuto era valiosísimo. Las respuestas desde Spa eran de irritación, no se podían forzar decisiones de tal envergadura. Su Majestad había tomado su decisión pero ésta debía ser formulada y, como poco, Berlín debía ser paciente.

A las doce, mientras llegaban a la Cancillería noticias sobre enormes concentraciones de trabajadores que acudían en masa hacia el centro desde las zonas industriales, al canciller se le agotó la paciencia. Había permitido preparar durante horas la comunicación oficial de la abdicación del káiser. Ahora ordenaba que fuese publicada, a sabiendas de que era falsa. La promulgación se hizo a través de la agencia de noticias oficial:

> El káiser y rey ha decidido renunciar al trono. El canciller permanecerá en su cargo el tiempo necesario hasta que todas las cuestiones relativas a la abdicación del káiser, a la renuncia al trono del príncipe heredero del Reich Alemán y de Prusia y al establecimiento de la regencia hayan sido resueltas. El canciller tiene la intención de proponer al regente el nombramiento del diputado Ebert como canciller y presentar un proyecto de ley para que se convoquen inmediatamente elecciones generales para formar una Asamblea Constituyente, que determinará definitivamente la futura forma del Estado alemán, así como el tratamiento de las minorías nacionales, que deseen permanecer dentro de las fronteras del Reich.

El príncipe Max tenía la sensación de estar llevando a cabo algo inaudito al anticipar la decisión del káiser y al dar a conocer al pueblo su abdicación antes de que se hubiese efectuado. Antes de atreverse a dar tal paso, había estado meditando durante horas. Realmente, si su iniciativa hubiese podido tener alguna relevancia, habría sido considerada una felonía con grandes conse-

cuencias históricas para un hombre de su origen y estatus social. Pero ya no tenía ni la más mínima importancia; los gestos del príncipe canciller eran como los de un payaso de circo que simulara dirigir el show; era como una comedia, como también lo era la orden de abrir fuego que se impartió inmediatamente después. El comandante de la guarnición de Berlín, el general Von Linsingen, preguntó si era necesario dar la orden de abrir fuego, teniendo en cuenta que la mayoría de las tropas no haría uso de sus armas. El canciller se vio forzado a contestar tras una apresurada consulta con su Estado Mayor: «Sólo en el caso de tener que proteger la vida de los ciudadanos y de los edificios gubernamentales». La respuesta fue en vano ya que Linsingen entretanto había dado él mismo la orden, ante la presión de los acontecimientos: «Las tropas no deben hacer uso de las armas, ni siquiera para proteger edificios públicos». E incluso esta orden llegó demasiado tarde; las tropas protagonizaban ya escenas de confraternización con los trabajadores sublevados y, de todos modos, no parecían muy dispuestos a disparar. Entretanto, pocos minutos después de las doce, Ebert apareció en la Cancillería con una resolución de la junta directiva del SPD y exigió el traspaso del gobierno a él y a su partido «para mantener la calma y el orden». Acababa de hacerse pública la decisión del canciller de permanecer en su cargo tanto tiempo como fuese necesario para resolver todas las cuestiones referentes a la regencia, pero el príncipe no se opuso. Ebert y él querían básicamente lo mismo, y fue un enorme alivio para él que ahora Ebert estuviese dispuesto a descargarle de cualquier responsabilidad. Así que le traspasó su cargo de canciller, de canciller del gobierno del Reich, justo cuando acababa de anunciarse oficialmente (aunque era falsa) la abdicación del káiser. Con todo, el proceso era absolutamente contrario a la Constitución, ya que ningún canciller tiene derecho a nombrar a su sucesor. De todas formas, el gobierno del que ahora se hacía cargo Ebert seguía siendo el antiguo gobierno; todos los secretarios de Estado mantuvieron sus cargos, incluido Von Scheüch, el ministro de la Guerra prusiano. La única diferencia residía en que el canciller se llamaba ahora Ebert en lugar de Max de Baden. Su

primer acto oficial fue un llamamiento a los trabajadores berlineses que se habían lanzado a las calles: «¡Conciudadanos! El hasta ahora canciller imperial me ha traspasado el control sobre los asuntos del Reich con la aprobación de varios secretarios de Estado... ¡Conciudadanos! Os pido que abandonéis las calles. ¡Mantened el orden y la calma!». Sin embargo, Ebert llegaba con demasiado retraso, el llamamiento hecho para incitar a los ciudadanos a abandonar las calles cayó en saco roto, como también la falsa noticia del príncipe Max sobre la abdicación del káiser y su orden de abrir fuego. Cientos de miles de personas habían invadido las calles y en ese momento —era alrededor de la una del mediodía— habían llegado al centro. Los panfletos con el llamamiento de Ebert acabaron sin contemplaciones en la basura.

Entretanto llegó la hora de la comida, y fue entonces cuando se produjo el siguiente acto de esa vana tragicomedia. Tuvo tres momentos destacables.

El primero tuvo lugar en el Reichstag, donde Ebert y Scheidemann estaban comiendo, en mesas separadas porque no se tenían mucha estima, la insípida sopa de patatas que se ofrecía en la cantina. Mientras ellos comían, fuera se había producido un gran alboroto, una enorme muchedumbre había llegado al Reichstag y reclamaba la presencia de Ebert y Scheidemann. Un coro de voces gritaba al unísono: «¡Fuera el káiser!», «¡Fuera la guerra!» y «¡Viva la República!». Varios diputados entraron atropelladamente y presionaron a Ebert y Scheidemann para que hablasen a la multitud. Ebert sacudió la cabeza y siguió comiendo su sopa. Sin embargo Scheidemann, que era un brillante orador populista y que esperaba beneficiarse de ello, dejó su sopa y se apresuró a salir, atravesando los largos y suntuosos corredores del edificio del Reichstag. Mientras pasaba pudo oír a un grupo de diputados y altos funcionarios especulando sobre los posibles candidatos a la regencia y rió para sus adentros. Se acercó a una ventana y la abrió. Allí abajo pudo observar la enorme multitud que parecía pacífica, el bosque de banderas rojas, los miles de semblantes acongojados, piadosos y en los huesos que alzaban la mirada extasiada hacia él. ¡Vaya momento! Se había crecido, él era el hombre de los discur-

sos improvisados y enardecidos, ahí residía su fuerza y su talento; se le desató la lengua, las palabras le brotaban de la boca. «¡El pueblo ha logrado una victoria en toda regla! —exclamó, y añadió exultante de júbilo—: «¡Viva la República Alemana!»

Pensaba que se había salido bastante bien y regresó satisfecho a la cantina, donde su acuosa sopa ya se había enfriado. Pero allí, de pronto, se encontró a Ebert de pie junto a su mesa, rojo de ira. «Golpeó con el puño sobre la mesa y me espetó: "¿Es eso cierto?". Cuando le respondí que no sólo era cierto, sino que no tenía nada de extraño, me montó una escenita que no acerté a comprender. "¡No tienes ningún derecho a proclamar una República! ¡Lo que tenga que ser de Alemania, sea una República o lo que fuere, lo decidirá una Asamblea Constituyente!"» Así lo cuenta Scheidemann en sus memorias *Erinnerungen eines Sozialdemokraten (Memorias de un socialdemócrata).*

En realidad, Ebert no se tomaba tan al pie de la letra lo de la Constituyente. Un par de horas después le pidió al príncipe Max, que había venido a despedirse, que se quedara como administrador del Reich. Estaba dispuesto a anticiparse a la Constituyente al igual que Scheidemann, sólo que en sentido opuesto; no quería que se instaurara una República, todavía pretendía salvar a la Monarquía. Pero el príncipe Max ya no tenía ningún interés en seguir jugando, ya había hecho sus maletas. Esa tarde salió clandestinamente hacia el sur de Alemania, lejos del alborotado y conmocionado Berlín, y fuera de la Historia.

Mientras Ebert y Scheidemann comían en el Reichstag de Berlín, el káiser hacía lo propio en su tren en Spa. Y allí, en plena comida, se le comunicó la noticia que acababa de llegar por teléfono desde Berlín, la noticia de que el príncipe Max había dado a conocer su abdicación. El káiser, por su cargo, estaba acostumbrado a controlarse y siguió comiendo mecánicamente. Poco a poco fue palideciendo y dijo: «Que un príncipe de Baden derroque al rey de Prusia...». No acabó la frase. Se le cortó la voz.

Acababa de firmar el documento en el que abdicaba como

káiser pero no como rey de Prusia y estaba tratando de habituarse a este nuevo rol. ¡Y ahora esto! Después de comer, mientras tomaba el café entre un círculo reducido de allegados dejó vía libre a su temperamento e indignación: «¡Es una traición, una vergonzosa e indignante traición!», gritó una y otra vez mientras llenaba apresuradamente con insultos cada vez más acres los impresos para telegramas que había ordenado traer. Pero ninguno fue enviado. De todas maneras no hubiesen llegado a su destinatario.

También en la Cancillería de Berlín el almuerzo se vio interrumpido por la llamada telefónica en la que se anunciaba la abdicación a medias —como káiser pero no como rey de Prusia— y no causó menos indignación que la que le había causado al káiser el comportamiento del príncipe Max. «¿Cómo dice?», exclamó el subsecretario de Estado Wahnschaffe al aparato. «¿Abdica como káiser pero no como rey de Prusia? No nos sirve de nada. ¡Es imposible jurídicamente hablando!» Mucho más indignados que por la imposibilidad jurídica del asunto, que además ya no tenía importancia alguna —todo lo que había sucedido desde hacía un par de horas era jurídicamente imposible—, los señores de la cancillería estaban indignados porque nadie les había dicho nada acerca de un plan parecido, y en eso tenían razón. Todo ello era una loca improvisación. En Berlín no se habló más que de este asunto. El comunicado quedó registrado en las actas, pero nunca se publicó. La abdicación a medias del káiser no entró nunca en vigor.

Efectivamente, el káiser no abdicó el 9 de noviembre de 1918 (lo hizo tres semanas después desde Holanda), y el Reich Alemán no pasó a ser aún una República. Que Scheidemann, desde una ventana del Reichstag, hubiese proclamado la República era irrelevante. El anuncio de la abdicación hecho por el príncipe Max fue sencillamente un anuncio falso. La declaración con la que el káiser renunciaba a su cargo y se mantenía como rey de Prusia quedó como un proyecto sin valor oficial, enterrado en los archivos de la cancillería imperial. El hombre que ahora, aunque de un modo completamente irregular, se había convertido en canciller, todavía se sentía como canciller del Reich y se esforzó en salvar la monarquía de algún modo.

Pero ya era insalvable. Toda Alemania era consciente de ello, incluso los simpatizantes de la monarquía: ése era su último día y el propio káiser le asestó el golpe de gracia, no mediante la abdicación (ya no se hablaba de ello), sino exiliándose.

No ha quedado claro quién sugirió la idea de la partida. No era ninguna idea obvia. El káiser no corría un peligro personal. Se desplazaba libremente entre su residencia, el Cuartel General y su tren. La guardia seguía presentándole armas como siempre. La revolución no había llegado a Spa. Los comandantes del frente habían explicado hacía un par de horas al coronel Heye que las tropas no tenían ningún inconveniente y que incluso «se alegrarían» si el káiser volvía con ellos a casa pacíficamente. Y de pronto, después de comer, todo el mundo se puso a hablar de la seguridad personal del káiser y de su futura residencia. Todos parecían estar de acuerdo en que el káiser corría peligro y debía partir. Sólo Groener se oponía: «Me gustaría llamar la atención sobre una cuestión: si el káiser ha abdicado puede partir adonde quiera. Pero si no ha abdicado no debe abandonar a su Ejército. Resulta imposible no abdicar y abandonar al Ejército».

Por toda respuesta recibió un embarazoso silencio. Nadie parecía querer entender. Tras una pequeña pausa prosiguió el debate sobre las posibilidades de partida como si Groener no hubiese abierto la boca. El mismo Hindenburg, que durante esos días se había mantenido bien al margen, repitió varias veces: «En caso de extrema urgencia, cabe la posibilidad de cruzar la frontera de Holanda». Los responsables de la corte destacaron que si el káiser pretendía partir, la decisión debía tomarse en breve para poder informar de ello al gobierno holandés. A pesar de no haber tomado ninguna decisión concreta, se inició una ronda apresurada de llamadas. A las cinco, el káiser, que se había ausentado durante esos agitados momentos, citó de pronto a los miembros del Alto Mando para despedirse, negándose a estrechar la mano al general Groener: «Después de haber renunciado al mando supremo ya no tengo nada que ver con usted. Usted es un general

de Würtemberg». Al parecer se sentía ofendido por la manera en que Groener le había exigido permanecer junto al Ejército mientras no abdicara; al parecer seguía sintiéndose como rey de Prusia. Pero el rey de Prusia abandonaba ahora al Ejército.

Aún se produjeron algunos titubeos. De pronto volvía a oírse: «No nos vamos», y luego: «Partimos». Sea como fuere, el káiser acabó pasando la noche con las maletas hechas en el tren y al día siguiente, a las cinco de la mañana, su tren partió de la estación de Spa hacia la frontera holandesa. También el káiser, tal y como había hecho el príncipe de Baden doce horas antes, desaparecía de la Historia, y con él, desapareció también de la Historia la monarquía alemana. Tras esta partida en forma de huida, nada ni nadie estaba ya en condiciones de salvar a la Monarquía. No abdicó, se extinguió.

Para la posteridad, la huida a hurtadillas del káiser y el silencioso hundimiento de la monarquía alemana tuvieron importantes consecuencias. Arrebataron a las clases altas su razón de ser y su apoyo; le otorgaron a la contrarrevolución que acechaba esa tendencia desesperada y nihilista que difícilmente hubiese tenido como movimiento de restauración monárquico; dejó tras de sí el vacío, que finalmente llenó Hitler. Pero para el drama inmediato del 9 y 10 de noviembre, lo que el káiser hizo o dejó de hacer fue del todo irrelevante. Desde la mañana del 9 de noviembre, cuando la clase obrera se movilizó en Berlín y las tropas se pusieron del lado del SPD, dejó se importar si el káiser abdicaba o no, si permanecía en Spa o partía hacia Holanda. A partir de ese día el defensor del antiguo orden ya no era el káiser, era Ebert. Y esa tarde del 9 de noviembre Ebert ya no tenía tiempo de ocuparse del káiser, al contrario de lo que el príncipe Max había vivido por la mañana; tenía otras preocupaciones bien distintas. Esa tarde, la revolución amenazaba con sobrepasar a Ebert.

¡A LOS CIUDADANOS ALEMANES!

Berlín, 9 de noviembre. El nuevo canciller del Reich Ebert hace el siguiente llamamiento a los ciudadanos alemanes:

¡CONCIUDADANOS!

El hasta ahora canciller del Reich, el príncipe Max de Baden, me ha traspasado la salvaguardia de los asuntos del canciller bajo la aprobación de todos los secretarios de Estado. Estoy en condiciones de constituir el nuevo gobierno de acuerdo con los demás partidos e informaré en breve públicamente sobre los resultados.

El nuevo gobierno será un gobierno democrático. Su empeño consistirá en devolver cuanto antes la paz al pueblo alemán y en afianzar la libertad que ha conquistado.

¡Conciudadanos! Os pido a todos vuestro apoyo en esta dura tarea que todos esperamos cumplir con impaciencia, ya sabéis con qué dureza la guerra amenaza la alimentación del pueblo, el primer requisito para la vida política.

El cambio político radical no debe impedir el suministro de alimentos al pueblo.

La primera obligación para todos debe consistir, tanto en el campo como en la ciudad, en no impedir la producción de alimentos ni su suministro a las ciudades, sino en fomentarlos.

La necesidad de alimentos conlleva saqueos y robos ¡con miseria para todos! Los más pobres serán quienes sufrirán más, los obreros industriales serán los más afectados.

Quien atesore alimentos u otros objetos de primera necesidad o retenga medios de transporte necesarios para su distribución perjudica en primera instancia al conjunto de toda la sociedad.

¡Conciudadanos! Os pido a todos urgentemente: ¡Abandonad las calles! ¡Procurad mantener el orden y la calma!

Berlín, 9 de noviembre de 1918

EBERT
El canciller del Reich

Llamamiento del canciller del Reich Friedrich Ebert para apoyar la política del nuevo gobierno en materia de abastecimientos a la población.

6

LA HORA DE EBERT

Friedrich Ebert, el hombre que el 9 de noviembre de 1918 se convirtió para Alemania en aquel que dirigiría su destino, no tenía un aspecto imponente: gordito, con las piernas y el cuello cortos y la cabeza de pera asentada sobre un cuerpo de pera. Tampoco era un orador cautivador. Hablaba con voz gutural y leía sus discursos. Era tan poco intelectual como proletario. Su padre había sido maestro sastre (como el padre de Walter Ulbrich), y el propio Ebert aprendió el oficio de guarnicionero; desde pequeño, su pasión secreta habían sido los caballos y más adelante, como presidente del Reich, practicó equitación con regularidad en el Tiergarten.

Ebert era el prototipo de los maestros artesanos alemanes: íntegro, escrupuloso, de horizontes limitados, pero un maestro dentro de sus limitaciones; de una dignidad modesta en las relaciones con su distinguida clientela, lacónico y autoritario en su taller. Los funcionarios del SPD empezaban a temblar al presentarse ante él, así como tiemblan los oficiales y los aprendices ante un maestro rígido. No era especialmente estimado dentro del partido pero gozaba de un inmenso respeto. En los grandes debates que sacudieron al partido antes de la guerra —entre revolución o reforma, y acción de masas o vía parlamentaria—, apenas participó; pero lo que hizo inmediatamente cuando fue elegido miembro de la junta directiva del partido, fue equipar las oficinas del

partido con teléfonos y máquinas de escribir y puso en marcha un meticuloso registro de la documentación que se producía. Bajo Ebert reinaba el orden. Al estallar la guerra fue el hombre enviado a Zurich con las arcas del partido. Era el hombre con el que se podía contar; el hombre que siempre sabía qué quería.

¿Y qué quería? Ciertamente, ninguna revolución. La detestaba «como al pecado». Si había algo que odiase aún más que a la revolución, era la falta de disciplina en su partido. «La falta total de disciplina y confianza y la ausencia de una estructura organizativa —explicó en 1916—, sólo pueden llevar al derrumbamiento del partido. ¡Ahí se encuentra la gran amenaza para el partido! Hay que acabar con esta forma de dejarse llevar.» Precisamente el partido se dividió por esta razón. En 1917, el sector crítico del partido ya no soportaba más el dominio de Ebert y fundó el Partido Independiente Socialdemócrata (USPD). Ebert miraba a este nuevo partido de izquierdas con recelo pero también con desprecio: una pandilla de caóticos en la que no existía ni disciplina ni organización.

Quería lo mejor para su partido y no tenía ni la más mínima duda sobre qué era lo mejor para éste: más poder para el Reichstag y la aplicación en Prusia de la ley electoral del Reichstag. Así llegaría un día en que el SPD se convertiría en un partido de gobierno, tal vez incluso en el partido más fuerte, y de este modo podría llevar a cabo reformas sociales y mejorar la suerte de los trabajadores. Friedrich Ebert no aspiraba a más ya que su amplitud de miras era limitada.

A grandes rasgos, no tenía nada que objetar al Reich alemán tal y como era. Durante la guerra fue, obviamente, un patriota, pero tampoco se tomó tan mal la derrota: «Aguardaremos con calma y firmeza —había dicho el 22 de octubre en el Reichstag— «a ver qué nos depara nuestro paso hacia la paz. Podemos perder todos nuestros bienes pero nadie puede arrebatarnos el impulso de crear nuevas realidades. Sea lo que sea, seguimos siendo un gran pueblo, numeroso, valiente y trabajador situado en el mismo corazón de Europa».

En octubre de 1918, Ebert había conseguido básicamente todo

a lo que había aspirado y su partido estaba precisamente allí donde él quería. Que no gobernase solo, sino junto a otros socios burgueses respetables, era algo que de hecho le parecía bien; así como que el respeto al káiser permaneciese por encima de todos ellos. ¡Y precisamente ahora tenía que estallar la revolución! ¡Y precisamente eran sus propios seguidores quienes tenían que llevarla a cabo! Para Ebert esto representaba una terrible desgracia, un terrible malentendido. Pero él confiaba en sí mismo para acabar con ello.

En estos momentos él era el canciller imperial y tras él se encontraba el Estado, la organización administrativa, el funcionariado, también el poder armado o más bien lo que quedaba de él. Él representaba el orden. ¿Y acaso eso no significaba nada? ¿Acaso no era necesario un gobierno ordenado para alcanzar un armisticio y la paz que todo el mundo deseaba? ¿Acaso no era necesario el orden para evitar una catástrofe alimentaria? Ebert quería orden. Ebert *era* el orden, y hubiese sido ridículo que los alemanes no hubiesen deseado recuperar rápidamente ese orden.

Pero Ebert tenía aún otro as en la manga: no sólo era canciller imperial, también era el presidente del SPD. No sólo encarnaba el orden por antonomasia, encarnaba el *nuevo* orden. ¿A quién podrían colocar a la cabeza del Reich estos revolucionarios, en su mayoría socialdemócratas, si no a su propio presidente de partido? Claro está que también estaban los inquietos genios del USPD, allí estaba ese tipo incómodo y antipático, Karl Liebknecht, que tan popular se había hecho ahora como mártir de las protestas contra la guerra. Así pues incorporaría también al gobierno a un par de miembros del USPD, para taparle la boca a la revolución. Tampoco podían ocasionarle tantos trastornos. El mismo 9 de noviembre, antes de marcharse a comer, Ebert topó en la cancillería del Reich con una delegación del USPD y le pidió que presentara a tres candidatos a ministro. Uno de ellos preguntó si podían designar a quienes ellos quisieran. «Pues claro —respondió Ebert—. Nada debe fracasar a causa de cuestiones personales.» «¿También Liebknecht?», continuó ese delegado del USPD. «Si así lo desean, tráigannos también a Liebknecht —fue la respuesta de Ebert—. Lo aceptaremos con mucho gusto.»

Entonces todos se fueron al Reichstag, Ebert para comer solo y en silencio su sopa de patata, y los delegados del USPD para discutir con su grupo parlamentario su participación en el gobierno, asunto que no consiguieron resolver en toda la tarde. Es cierto que eran una pandilla indisciplinada en la que cada cual tenía su opinión. A partir de esa tarde el Reichstag empezó a parecer un campamento militar. Los grupos parlamentarios del SPD y del USPD se mantenían reunidos por separado y periódicamente alguien del SPD asomaba la cabeza en las reuniones del USPD para preguntar si finalmente habían llegado ya a algún acuerdo. Los Independientes recibieron también otras visitas: incluso la de Karl Liebknecht que se había enterado de lo que estaba pasando y le dictó al secretario que levantaba acta de la reunión lo siguiente «en un tono triunfante, parecido casi a una orden»: «Todo el poder ejecutivo, legislativo y judicial debe ser para los consejos de trabajadores y de soldados», cosa que suscitó de inmediato una acalorada discusión. Pero también otros invitados asaltaron el Reichstag: comitivas desconocidas que no habían sido invitadas, a veces también caravanas enteras con banderas rojas. Era un permanente ir y venir. Esa tarde del 9 de noviembre las calles del centro de Berlín parecían un océano ondulante de personas, y una vez tras otra rompía contra el Reichstag una ola batiente de ese océano.

Nadie ha contado nunca a la muchedumbre que el 9 de noviembre avanzaba hacia el centro de la ciudad, pero todos los testigos oculares hablan de cientos de miles de personas. Todo el mundo experimentó un brusco cambio de parecer: por la mañana estaban convencidos de estar dirigiéndose hacia la muerte. Desconocían que la tropa no iba a plantar cara, se esperaban una salva de fuego de ametralladora cuando llegaran ante los cuarteles y los edificios gubernamentales. En las primeras filas de las interminables columnas que se acercaban con ronco sonido y lentamente desde todas los puntos cardinales, algunos llevaban carteles que decían: «¡Hermanos, no disparéis!». Al final de ellas no era raro encontrar armas. La gente, trágicamente decidida, se esperaba una lucha a muerte alrededor de las casernas. El día

estaba cubierto y la temperatura era agradable para la época del año, el viento era espeso, casi bochornoso; efectivamente un día crucial y fatídico, un día adecuado para morir.

¡Y entonces no ocurrió nada! Realmente, los «hermanos» no dispararon y abrieron ellos mismos las puertas de los cuarteles, ayudaron a izar las banderas rojas, se unieron a la masa, o —como el cuerpo de policía de la Jefatura Superior de Policía en la Alexanderplatz— lanzaron las armas y ¡se esfumaron lo más rápido que pudieron! La gente estaba tan desconcertada que le abría paso a la policía para dejar que se marcharan a casa sin impedimentos; en ningún momento se oyeron fuertes insultos. La revolución en Berlín fue tan poco violenta como lo había sido en todas partes. Si se derramó sangre fue por parte del otro bando: en la caserna Maikäfer, dos oficiales dispararon de pronto a través de la puerta abierta de una sala en la que habían montado una barricada. Hubo tres muertos, y más adelante alguno más debido a incidentes parecidos en las caballerizas y en la Universidad, en total se produjeron quince muertes. Pero entre las gigantescas masas estos hechos pasaron inadvertidos; la gran mayoría no experimentó nada semejante. A partir del mediodía, después de que el miedo y la tensión previos a la esperada masacre se viera que habían resultado infundados, reinaba por todas partes un inmenso alivio, como una liberación, una disposición al júbilo, pero a la vez algo parecido a la decepción, algo de desconcierto. ¿Qué había que hacer ahora? Las calles se encontraban llenas, abarrotadas por la multitud desorientada, por todas partes se podían contemplar escenas de hermanamiento y reinaba un tenue ambiente de fiesta popular, tenue porque no había nada que celebrar y porque aún flotaba en el aire, ahora sin sentido, el sorprendente coraje de las personas dispuestas a dar su vida.

Por lo menos algunos hombres con talento para la improvisación y la organización tomaban aquí y allá la iniciativa, agrupaban hileras de personas armadas y columnas de camiones y se ponían en marcha: primero, como en todas partes, se ocuparon las prisiones y se liberaron los presos políticos —¡únicamente los políticos, por lo que tuvieron que consultarse los archivos!—, lue-

go se ocuparon las estaciones, las oficinas centrales de correos y también varias redacciones de periódicos (la del *Vorwärts* fracasó debido a los cazadores de Naumburg, que montaban guardia allí desde esa mañana). Se dejaron en paz los edificios gubernamentales sin vigilancia, en ellos ya se había establecido, como se había divulgado, un gobierno popular. Pero a las cuatro de la tarde alguien pronunció la consigna: «¡Al palacio!». Media hora más tarde, el palacio real estaba ocupado y Karl Liebknecht se asomó a un balcón desde el que alguien había desenrollado una sábana roja y proclamó por segunda vez en ese día la República, pero ahora era una República socialista. Su voz solemne, con una prosodia como de pastor, resonó por toda la plaza donde la gente se apiñaba y finalizó: «¡Quien quiera ver la República Libre Socialista de Alemania y la revolución mundial, que alce la mano y jure!». Todos hicieron el juramento, pero ¿cuántos lo mantuvieron? Nadie lo sabe.

Karl Liebknecht fue durante esos días un nombre importante, tal vez el nombre más importante de Alemania. Todo el mundo había oído hablar de él y no dejaba indiferente a nadie: despertaba la pasión más ardiente y el odio más profundo. Pero sólo era una figura simbólica sin ningún poder. Hacía apenas catorce días que había salido del presidio al que había sido condenado dos años y medio antes debido a su aislada protesta contra la guerra. No pertenecía a ningún partido —el USPD se constituyó cuando él ya estaba en prisión—, no formaba parte de ninguna organización y, dicho sea de paso, no poseía ningún talento para la organización, como quedaría demostrado durante las semanas siguientes. En los acontecimientos revolucionarios de las últimas semanas no había desempeñado ningún papel y ese 9 de noviembre en Berlín tan sólo representó, por así decirlo, un papel secundario decorativo. Él no dirigió la revolución y su aparición en el balcón del palacio fue también un sensacional entremés, un episodio que no cambió el rumbo de los hechos.

Pero hubo otro grupo de hombres que sí se atrevió a tomar el mando de la revolución y cuya intervención sí cambiaría dramáticamente el rumbo de los acontecimientos durante estos agi-

tados días: eran los dirigentes revolucionarios de las grandes empresas berlinesas, un grupo de cien hombres aproximadamente cuyo núcleo lo formaban unos doce; verdaderos trabajadores, trabajadores cualificados, jefes apreciados cuyos nombres (al contrario que Liebknecht) se veían apoyados por una organización, es decir, por el personal efectivo de sus empresas que se había acostumbrado a escuchar sus palabras. El grupo de dirigentes revolucionarios se había constituido durante las grandes huelgas del invierno pasado. Habían sido sus verdaderos cabecillas y tras ellas se habían mantenido secretamente en contacto. Desde hacía unas semanas preparaban la revolución, y el 4 de noviembre —sin sospechar nada sobre la oleada revolucionaria que estaba tomando forma en Kiel— habían decidido dar un golpe de Estado el 11 de noviembre. Habían reunido armas, las habían repartido y habían preparado el golpe de mano contra los centros de poder.

Los acontecimientos empezaron a escapar de las manos de los dirigentes revolucionarios, pero no tenían ninguna intención de permitir que eso sucediera. La tarde de ese 9 de noviembre, mientras las masas entusiasmadas deambulaban sin objetivo fijo y algo cansadas por las calles de Berlín, mientras Ebert intentaba gobernar en la cancillería y mientras en los salones del Reichstag las fracciones del SPD y USPD seguían reunidas indefinidamente sin llegar a ningún acuerdo sobre cuáles serían las condiciones bajo las que el USPD entraría a formar parte del gobierno de Ebert, los dirigentes revolucionarios se unieron para deliberar rápidamente y pasaron a la acción.

No eran ni grandes teóricos ni gente de programa, eran hombres prácticos y veían claramente de qué se trataba en esos momentos: había que dar a las masas un líder con capacidad de actuación, un órgano que pudiese hacer política, un gobierno revolucionario que quitase de enmedio a Ebert y a los demás partidos. Convocaron a unos doscientos seguidores. Al atardecer, mientras caía la noche y las masas empezaban a disolverse poco a poco en las calles, ocuparon el Reichstag.

Durante todo el día, el Reichstag se había convertido en un ajetreado y descontrolado ir y venir, y el grupo que entró a empujones repentinamente entre las ocho y las nueve de la noche no llamó la atención de nadie porque era tan variopinto como todos los demás grupos singulares que el Reichstag había visto llegar ese día. En ningún caso se limitó la entrada, y curiosos y emprendedores de todo tipo vestidos de civil o con uniforme se unieron a la corriente de los dirigentes revolucionarios. Pero, de pronto, ese día pareció surgir un cierto orden: un plan, una dirección. El grupo, conformado por varios cientos de hombres, ocupó primero la habitación 17, entonces sala de plenos. La sala fue cubierta con trapos rojos, alguien se hizo con la presidencia, se oyó la campana del presidente y las sillas de los diputados fueron ocupadas. En la turbulenta reunión se impuso la disciplina; se propuso una mesa del parlamento y fue aprobada. Desde fuera de la sala de plenos se oían voces y aplausos de aclamación, el mismo ritual que en una sesión normal del Reichstag. Los diputados, reunidos por grupos políticos en diferentes dependencias, acudieron para ver lo que sucedía y constataron sobresaltados que se encontraban ante un parlamento revolucionario en plena actividad.

Era una asamblea turbulenta que no había sido elegida, que no había pasado ninguna criba, pero al parecer era muy capaz de funcionar. Un grupo de hombres que había ocupado los bancos azules del gobierno dirigía la reunión con bastante firmeza. Eran los líderes de los delegados revolucionarios, y algunas caras eran conocidas: Richard Müller y Emil Barth. Interrumpían discursos interminables, se daban la palabra unos a otros, hablaban poco y contundentemente y parecían saber exactamente lo que querían. Ahora se presentaban mociones, ahora incluso llegaban a aprobarse. Poco después de las diez, algunos miembros del SPD que habían participado en la sesión salieron apresuradamente de la sala, recorrieron a pie con paso acelerado el camino más corto entre el Reichstag y la Cancillería y le contaron a Ebert, atónito, lo que estaba ocurriendo: ahora mismo, en el Reichstag, una sesión acababa de decidir que al día siguiente deberían ser votados en todas las fábricas y cuarteles los consejos de trabajadores y soldados

—un representante por cada batallón y por cada mil trabajadores— y estos consejos que saldrían por elección debían reunirse a las cinco de la tarde en el circo Busch para nombrar un gobierno provisional, un «Consejo de los Comisarios del Pueblo». En ningún momento se había hablado del gobierno de Ebert, se había hecho como si no existiera ningún gobierno; por lo visto se pretendía simplemente dejarlo a un lado. Probablemente en estos momentos ya se habían mandado por doquier desde el Reichstag enviados para convocar a los trabajadores y soldados a las elecciones del día siguiente. Al parecer se trataba de un golpe de Estado de los dirigentes revolucionarios. Ya se había oído hablar acerca de la existencia de estos dirigentes revolucionarios y de su poder en las empresas.

Ebert, furioso, escuchó en silencio y con aspecto preocupado las funestas noticias sin mostrar ninguna excitación, pero estaba pálido y mantenía prietos los labios. «Está bien —dijo—. Esperad en el vestíbulo.»

Lo que Ebert buscaba ese día se deduce perfectamente de lo que hizo y dijo: quería frenar la revolución en el último minuto, dejar transcurrir la gran marcha de los trabajadores como una simple manifestación y mantener a salvo la estructura básica del antiguo orden bajo otro nombre. El programa del príncipe Max: Abdicación del káiser-regencia-armisticio-asamblea nacional, también era el programa de Ebert. La única diferencia consistía en que éste se sentía más capacitado personalmente y mejor situado políticamente para llevarlo a cabo que el príncipe. La tarde en que el príncipe Max fue a despedirse de él se lo encontró «todavía empecinado en no romper la línea de continuidad orgánica con el pasado».

Al mediodía, una vez hubo tomado posesión del cargo de canciller, Ebert todavía confiaba en que todo le saliera bien. Se encontró con un gobierno preparado del que se hizo cargo, sin hacer ninguna modificación en su composición. Se dirigió al funcionariado en uno de los llamamientos que realizó esa tarde, casi

suplicante, casi disculpándose: «Sé que será mucho más difícil trabajar con los nuevos representantes políticos pero apelo a vuestro amor por nuestro pueblo». A fin de cuentas, los funcionarios no se declaran en huelga tan fácilmente. Tenía las riendas de la dirección del SPD y sabía desde la mañana que las tropas berlinesas le daban su apoyo. Estaba dispuesto, para tranquilizar a las masas trabajadoras, a aceptar en el gobierno a algunos de los miembros del USPD. Conocía a los Independientes y no les temía. Hasta bien entrada la guerra, habían sido fieles compañeros del SPD bajo su presidencia y cuando a continuación poco a poco se fueron distanciando, muy pocos de entre ellos se convirtieron en agitadores y radicales. Los tendría bajo control en el seno del gobierno y su presencia le permitiría calmar los ánimos. Cuando ese mediodía, en la Cancillería, de camino al Reichstag para tomar su sopa de patata, les había propuesto a toda prisa formar coalición, lo hizo, según manifestaron algunos testimonios, de una forma «bastante abrupta» y «con desprecio». Al mediodía todavía creía tener todas las cartas en su poder.

Pero por la tarde las cosas tomaron un mal cariz. El primer contratiempo fue la proclamación de la República realizada por Scheidemann; el segundo y peor, fue la negativa del príncipe Max de convertirse en regente y su precipitada partida. Ebert tenía que conformarse mal o bien con la idea de una república, simplemente porque no había ya nadie allí que quisiera representar a la monarquía. Tenía que aceptarlo en cualquier caso. De pronto, los Independientes empezaron a poner trabas; de entrada, no habían sido capaces de llegar a ninguna decisión sobre la propuesta de formar coalición y después habían planteado condiciones inadmisibles. Por la noche, seguían sin llegar a un acuerdo de coalición y Ebert había tenido que contentarse con el nombramiento de algunos secretarios de Estado del SPD suplementarios. Su llamamiento a abandonar las calles fue en vano. Como mínimo las manifestaciones masivas en las calles transcurrieron hasta cierto punto sin altercados violentos y Ebert esperaba que a la mañana siguiente, domingo, las masas estarían fatigadas, querrían dormir la resaca revolucionaria y quedarse en casa.

Pero de nuevo no sucedió nada de eso. Estaba claro que al día siguiente todo seguiría igual e incluso sería más peligroso porque estaría más organizado y con unos objetivos más definidos. Se había destapado un nuevo contrapoder que le disputaba su mandato y que, en total oposición a él, no pretendía acabar con la revolución de un soplido, sino que pretendía llevarla hacia delante. ¿Cómo acabar con ello?

No tenía ninguna capacidad de maniobra, no contaba con una posición a la que retirarse. Ebert representaba la izquierda más extrema del *establishment*, la última reserva del antiguo orden, que para él representaba el orden por antonomasia. Tras Ebert sólo quedaba Ebert. Si fallaba, ya no había nada.

Entonces, ¿qué posibilidad quedaba? ¿La guerra abierta? ¿Prohibir la elección de los consejos y la reunión del circo Busch, recurriendo incluso al ejército? Ante esta idea Ebert se acobardó. Lo cierto era que desde esa mañana tenía a las tropas berlinesas haciéndole costado. ¿Pero les podía exigir *cualquier cosa*? ¿Las tropas realmente seguirían obedeciendo ciegamente? Hacía tan sólo unas cuantas horas que Wels las había persuadido de *no* disparar. ¿Podía convencérselas ahora repentinamente de que sí debían disparar? E incluso si fuera posible, ¿era conveniente? ¿Un baño de sangre entre trabajadores socialdemócratas provocado por el primer canciller socialdemócrata el día de su investidura? ¡No, era imposible!

Sólo quedaba una salida: Ebert debía renunciar a mantener en su persona «la relación orgánica con el pasado». Debía renunciar a ser el último canciller del Reich y en su lugar debía convertirse en el primer presidente de ese —¿cómo llamarlo?— «Consejo de los Comisarios del Pueblo». Debía buscarse una segunda legitimación: tras la obtenida del príncipe Max, que ya había sido suficientemente cuestionada, ahora debía obtener la de la asamblea del circo Busch. ¿Imposible? No. Al fin y al cabo había suficientes socialdemócratas fieles entre los trabajadores berlineses; lo que debía hacer era movilizarlos en el momento oportuno. Ante todo, debía rematar la alianza con los Independientes, aunque hubiese que hacer concesiones; debía poner a los trabajadores y soldados presentes en el circo ante el hecho consumado de un gobier-

no totalmente socialista. Reconciliación, unidad, «no a una guerra entre hermanos», ése debía ser ahora el lema. Ebert conocía a sus trabajadores lo suficiente como para saber que este lema levantaría el entusiasmo y sería irresistible.

¡Y no había que olvidar a los soldados! Ellos *también* tenían que votar y eran todo menos revolucionarios; esa mañana nadie hubiese podido decir si acabarían o no a tiros con la revolución. Lo cierto es que no lo habían hecho, y era algo que ahora ya no se les podía exigir; pero lo que sí podían hacer era derrotar a la revolución con sus votos. Otto Wels debía regresar a los cuarteles; esa misma mañana había estado perfecto, había sido capaz de encontrar el tono correcto para con los soldados. Por ello debía volver a los cuarteles y tratar de persuadirlos de que votasen lo correcto al día siguiente.

Y finalmente, una vez todo eso se hubiese llevado a cabo, el mismo Ebert debería aparecer en el circo Busch secundado por la coalición de los dos partidos socialistas y hacerse elegir como líder revolucionario. Tendría pues que aullar con los lobos una o dos horas. Era la única vía. Lo que para el príncipe Max de Baden como canciller del Reich había representado Ebert, ahora para el Ebert canciller lo era el comisario del pueblo Ebert. Si todavía quería impedir la revolución, por ahora debía aparecer él mismo, en apariencia, al frente de ella. De otra manera no funcionaría, pero quizá sí.

Ebert llamó a los compañeros de partido que le aguardaban en el vestíbulo. Había tomado una decisión y dio sus instrucciones. Durante la noche su equipo se puso manos a la obra, especialmente Otto Wels, incansable y envanecido por su éxito.

Pero también durante toda esa noche trabajó el equipo de los dirigentes revolucionarios. Esa noche transcurrió como si los estados mayores de dos ejércitos desplegados se prepararan antes de llevar a cabo una batalla decisiva.

El 9 de noviembre de 1918 pasó. Había traído consigo la caída de la monarquía, pero todavía no la victoria de la revolución. La noche del 9 al 10 de noviembre su destino aún estaba en el aire. Todo quedaría resuelto al día siguiente.

7

EL 10 DE NOVIEMBRE: LA BATALLA DEL MARNE DE LA REVOLUCIÓN

El profesor Ernst Troeltsch —teólogo y filósofo de la historia, uno de los orgullos de la Universidad de Berlín desde 1914— describió días más tarde cómo había vivido la burguesía berlinesa aquel 10 de noviembre:

> El domingo por la mañana, tras una noche de inquietud, los periódicos de la mañana permitían hacerse una idea clara de la situación: el káiser en Holanda, la revolución triunfante en las principales ciudades y los príncipes federados a punto de abdicar. ¡Ni un sólo muerto por el káiser o por el Reich! ¡Los funcionarios habían seguido trabajando para el nuevo gobierno! ¡La continuidad institucional estaba asegurada y ningún banco había sido asaltado!
>
> El domingo 10 de noviembre era un precioso día de otoño. Los ciudadanos salieron en masa, como de costumbre, a pasear por el Grunewald. Nadie iba especialmente arreglado, sólo podían verse algunos burgueses, muchos de ellos vestidos a propósito de forma modesta. El ambiente estaba algo apagado. La gente tenía la sensación que su destino se estaba decidiendo lejos de allí, pero al mismo tiempo existía el convencimiento de que todo se había desarrollado bastante bien hasta ese momento. Los tranvías y el metro funcionaban con normalidad, imprimiendo sensación de seguridad a la vida cotidiana. Se podía leer en todas las caras el convencimiento de que seguirían cobrando puntualmente sus sueldos.

Los burgueses que paseaban el domingo por la tarde en el Grunewald, y que en ese momento se sentían tranquilos por «lo bien que había salido todo» no podían ni imaginar que realmente esa tarde de domingo su destino se había decidido, pero no «en algún lugar muy lejano», sino en la parte este de su propia ciudad, en una turbulenta reunión en el circo Busch, donde la tarde de este 10 de noviembre se libró la primera gran batalla de la Revolución y se perdió. La primera y al mismo tiempo la más decisiva: la Batalla del Marne de la Revolución Alemana.*

El sábado 9 de noviembre fue el punto culminante de la oleada revolucionaria, improvisada y sin liderazgo, que había estallado en Kiel el lunes anterior. El domingo 10 de noviembre ya se iniciaba su fracaso. Paradójicamente, lo que selló su derrota, se vio desde fuera como su triunfo más grande y definitivo.

Por la mañana del domingo aún estaba todo por decidirse. Las calles del centro de la ciudad, que el día anterior se habían llenado de una marea humana, se encontraban vacías y tranquilas. Por la Unter den Linden todavía se veían banderas rojas que ondeaban en las astas y unos pocos paseantes caminaban por las calles, algunos felices y otros molestos. Los trabajadores que el día anterior, a esa misma hora, habían llevado a cabo su gran marcha revolucionaria, se encontraban casi todos de nuevo en sus fábricas para votar los consejos de trabajadores que por la tarde, en el circo Busch, designarían el nuevo gobierno de la revolución victoriosa. Los dirigentes revolucionarios que habían tomado esta decisión el sábado a la caída de la noche consiguieron un gran éxito organizativo. La consigna pasó de boca en boca y prácticamente todos los trabajadores se presentaron en las fábricas para votar.

Pero no votaron lo que los dirigentes revolucionarios hubiesen querido. El SPD tampoco había pasado la noche ocioso. Se diseñaron miles de panfletos a toda prisa, se imprimieron y se dis-

* El autor cita la batalla del Marne como ejemplo de batalla que marca un cambio radical en el curso de los acontecimientos. En 1914, los franceses y los británicos frenaron el avance de las tropas alemanas en su victorioso camino hacia París. *(N. del T.)*

tribuyeron. El periódico *Vorwärts* circuló esa mañana de mano en mano por todas las fábricas o se leyó, de pie, en grupos que asentían gravemente con la cabeza. El artículo principal llevaba por título: «¡No a una guerra entre hermanos!». El lema recogió con genial instinto el sentir general.

Pero los dirigentes revolucionarios no habían tenido en cuenta que este sentir ya no era el mismo que el de la mañana anterior. Se había respirado un ambiente de amargura, impaciencia, rebeldía, un ambiente absolutamente desconcertante, lleno de un rencor acumulado que desde hacía tiempo estaba a punto de estallar; era un ambiente revolucionario. En esos momentos este ambiente se había diluido, mucho más propenso a la generosidad y a la reconciliación; se respiraba una atmósfera de victoria, ya no de embriaguez, sino de satisfacción. Todo el mundo sentía un vago agradecimiento por la facilidad con la que se había alcanzado la victoria, por no haber tenido que librar una batalla, porque no hubiese habido víctimas y no hubiese habido derramamiento de sangre. Todos aquellos que el día anterior habían marchado por la ciudad dispuestos a morir tenían la sensación de que se les había devuelto la vida. Richard Müller, uno de los líderes de los dirigentes revolucionarios, narra que algunos funcionarios del SPD, ayer apaleados fuera de las empresas por no querer unirse a la gran marcha, eran ahora votados en los consejos de trabajadores.

Nada podía hacerse contra esta oleada de hermanamiento. Si bien es cierto que los candidatos presentados por los delegados revolucionarios fueron mayoritariamente elegidos, una gran parte de los nuevos consejos de trabajadores estaban formados por partidarios de Ebert, lo que de inmediato se hizo evidente a los revolucionarios muy a su pesar.

Las elecciones en las fábricas representaron una derrota parcial. Las que se llevaron a cabo en los cuarteles representaron una derrota total. Allí los dirigentes revolucionarios no pintaban nada, allí nadie les conocía, allí la voz cantante la llevaba Otto Wels y decía las cosas claras. Nada de reconciliación ni de hermanamien-

to, allí se trataba de hacer fracasar un oscuro complot mediante el cual se pretendía coger desprevenido al SPD alejándolo del gobierno. ¿Acaso los soldados no se habían puesto el día antes, sin consideración de partido, de parte del pueblo? Bien, pues ahora tenían la obligación de defender los derechos del pueblo. Ahora los soldados debían ponerse a disposición del gobierno Ebert-Scheidemann, tal y como habían hecho el día antes los Cazadores de Naumburg.

El júbilo dominaba la escena. Enseguida se decidió crear un comité de acción de las tropas de Berlín. Al mediodía tuvo lugar en el patio del edificio del *Vorwärts* una reunión de soldados —tanto de los que habían sido elegidos como de los que no—, los líderes y los portavoces se pusieron de acuerdo, se preparó la comida y por la tarde, mucho antes del inicio de la asamblea, los soldados marcharon, con Wels a la cabeza, hacia el circo Busch, donde ocuparon las primeras filas cerca de la pista. Hermann Müller, más tarde canciller del SPD, arroja algo de luz sobre el ambiente que reinaba en las filas: «Un espartaquista, que de camino hacia la Lindenstrasse se había unido por curiosidad al desfile de los consejos de soldados, se percató de lo que sucedía y gritó, amenazando a Wels con un revolver: "¡Perro, nos corromperás a todos!". No disparó. Por eso tampoco fue linchado».

De ese modo se preparó en fábricas y cuarteles la derrota de la revolución y la victoria de Ebert. Pero ni el propio Ebert sabía nada de todo aquello. Frente a la asamblea del circo Busch se sentía como un domador la primera vez que entra en la jaula de los leones. Únicamente se sentía fuerte ante ella presentándose en coalición con los Independientes, como el gobierno de la reunificación socialdemócrata. Mientras en las fábricas y los cuarteles se hacía propaganda política y se celebraban las elecciones, en la Cancillería, bajo la presidencia de Ebert, se reunía el gobierno del Reich que seguía siendo el gobierno parcialmente burgués del príncipe Max; y al mismo tiempo estaba reunido nuevamente en el Reichstag el grupo parlamentario del USPD. En ambas reuniones se trató el tema de la remodelación del gobierno.

En el orden del día se incluía también el asunto de la acep-

tación o el rechazo de las condiciones para el armisticio, pero apenas se discutió sobre ello; la aceptación estaba fijada de antemano. Las condiciones eran duras; imposibilitaban a Alemania la prosecución de la lucha. Pero de todos modos, ya estaba claro desde el 29 de septiembre que Alemania no podría proseguir la lucha. Existía un telegrama del jefe del Alto Mando en el que se pedía que se intentaran suavizar algunas de las condiciones; pero aunque no se consiguiera, se debería cerrar igualmente el acuerdo. «Por favor, decisión gobierno en este aspecto lo antes posible. Von Hindenburg.» El gobierno decidió actuar en consecuencia. Erzberger, que pasó ese día en Compiègne esperando inquieto una respuesta, cuenta que le llegó bien entrada la noche un telegrama abierto en el que se le autorizaba a firmar, «cosa que me desagradó profundamente, ya que este telegrama ponía considerablemente en peligro el resultado de las negociaciones que se habían prolongado durante los dos últimos días». (A pesar de lo cual consiguió suavizar algunas de las condiciones.) «El telegrama iba firmado: "Canciller del Reich *Schluss**". El oficial intérprete preguntó si "*Schluss*" era el nombre de un nuevo canciller y quién era ese señor: nadie le conocía en el Alto Mando francés ni en el gobierno de París. Le expliqué que "*Schluss*" significa lo mismo que punto».

Por así decirlo, todo esto sucedía junto a muchas otras cosas; la aceptación de las condiciones para el armisticio ya no era una cuestión principal. Lo que esa madrugada ocupaba realmente a Ebert era la decisión de los Independientes, y en su situación actual estaba dispuesto a aceptar sus condiciones para gobernar en común prácticamente sin reservas, al igual que había hecho con las condiciones para el armisticio. Ahora *necesitaba* a los Independientes en su gobierno, los necesitaba con tanta urgencia como Alemania necesitaba el fin de la guerra; o como mínimo eso era lo que él creía todavía esa mañana. Con un gobierno de recon-

* Final. *(N. del T.)*

ciliación socialista se sentía dueño de la situación; sin un gobierno de tales características no sabía cómo acabaría la asamblea revolucionaria de la tarde.

A las 13.30 horas llegó el mensaje tranquilizador. Los Independientes, tras largas horas de tira y afloja, habían decidido nombrar tres «Comisarios del Pueblo» para el gabinete de Ebert. Sus condiciones eran duras; el día antes Ebert no hubiese aceptado; en ese momento simplemente las leyó por encima: poder político en manos de los consejos de trabajadores y soldados; aplazamiento de la adopción de un acuerdo sobre una asamblea nacional; igualdad de derechos y poderes para cada uno de los «Comisarios del Pueblo». Ahora aceptaría todas las condiciones. Lo esencial era tener a los Independientes en el gobierno. Su lista de candidatos, dicho sea de paso, era tranquilizadora: Haase, su presidente, un blando melancólico acostumbrado a quejarse para acabar siempre cediendo; Dittmann, un cero a la izquierda; y el tercero, Emil Barth, uno de los líderes de los dirigentes revolucionarios: tal vez no fuera una idea tan mala tenerlo a él en el gobierno en lugar de a Geisel. Ebert aceptó tanto las condiciones como a los candidatos a ministro, sin poner objeciones ni discutir. Mientras comía a toda prisa y ponía por escrito su discurso para la asamblea, sintió de nuevo el suelo bajo sus pies.

Pero durante esas primeras horas de la tarde tuvo lugar una tercera reunión previa a la batalla decisiva que se jugaría en el circo Busch: los delegados revolucionarios querían revisar su táctica a la luz de los últimos acontecimientos. A diferencia de Ebert y Haase, éstos conocían ya el resultado de las elecciones de la mañana: habían estado presentes y sabían que las elecciones no les habían ido muy bien. Ahora debía ocurrírseles algo nuevo; y lo consiguieron.

Richard Müller cuenta:

> Tras el resultado de las elecciones estaba claro que los socialistas del ala más derechista junto con los independientes de derecha... tenían mayoría. Era imposible contemplar un gobierno sin contar con los socialistas más conservadores. Esto era un hecho.

> También estaba claro para todos que los socialistas conservadores intentarían acabar con el poder de los consejos de soldados y trabajadores para conseguir instaurar una asamblea nacional y con ello, una república democrática burguesa. Si lo conseguían, la revolución estaba perdida.

¿Qué hacer entonces? Alguien —quién, no queda claro en ningún lugar— tuvo una idea salvadora. Si ya nadie podía impedirle a Ebert formar gobierno, debía escogerse un segundo organismo que pudiese convertirse en una especie de contragobierno. A pesar de todo, los delegados revolucionarios eran los organizadores de la asamblea y mantuvieron la presidencia, con lo que pasaron a controlar el orden del día y el reglamento; con una dirección hábil tenía que ser posible dar vida a otro consejo, aparte del «Consejo de comisarios del pueblo», en el que su gente estuviese integrada. Richard Müller: «Se decidió proponer en la asamblea la votación de un comité de acción de los consejos de trabajadores y de soldados. No debía entrarse en el debate de en qué consistirían sus tareas, sino constituirlo, por así decirlo, mediante este engaño».

Así se colocaron las minas y las contraminas y a las cinco de la tarde, mientras la temprana oscuridad de noviembre se cernía sobre Berlín y los ciudadanos volvían a sus fríos hogares tras su paseo de la tarde por el Grunewald, la revolución y la república parlamentaria burguesa entraron en guerra en el circo Busch ante una masa enfervorizada formada por entre dos mil y tres mil hombres. Ambas luchaban bajo banderas falsas. También Ebert se hizo pasar por revolucionario. También los revolucionarios se hicieron pasar por parlamentarios. Sin embargo, la victoria o la derrota estaba en manos de una asamblea desconocida hasta entonces en Alemania: en las gradas inferiores unos mil hombres en uniforme gris de campaña formaban un bloque fuertemente disciplinado; arriba, hasta la cúpula, mil o dos mil obreros y obreras, un mundo de Zille desdibujado en la penumbra de caras ar-

dientes y acongojadas. En la pista del circo, en unas mesas de madera improvisadas, estaban la presidencia y todas las personalidades de los partidos socialistas, desde Ebert hasta Liebknecht.

La presidencia estaba en manos de Emil Barth, uno de los dirigentes socialistas, que había sido nombrado comisario del pueblo; un hombre tan enérgico y activo como vanidoso, que se creía el Napoleón de la revolución y al que le gustaba demasiado oírse a sí mismo. Esa tarde, esa manera de ser le llevaría a él y a su causa a la perdición.

Ebert, que habló en primer lugar, anunció la unión de los dos partidos socialistas y con ello se ganó inmediatamente a los congregados: era precisamente eso lo que esperaban oír. También su discurso —paternal, riguroso y mesurado, en el tono de siempre— encajaba bien con el ambiente. Habló mucho de calma y orden, un orden imprescindible «para la victoria completa de la revolución». Haase, el líder de los Independientes, a quien le tocó hablar a continuación, poco pudo decir en contra de Ebert. Sólo podía confirmar lo que éste había dicho. Tal vez se notó que, en el fondo, estaba en contra de la coalición. Volvió a repetirse el destino de Haase. Ese día, igual que aquel 4 de agosto de 1914, debía presentar públicamente los acuerdos del partido que se habían adoptado en contra de su parecer. A continuación habló Liebknecht, que intentaba nadar contra corriente. Le reprochaba al SPD la política llevada a cabo durante la guerra. Pero en ese bello momento de la victoria y la reconciliación, nadie quería oír eso. Hubo muchas interrupciones, especialmente intranquilos estaban los soldados de las primeras filas, que comenzaron a gritar al unísono: «¡Unidad! ¡Unidad!».

Era el momento de votar. De forma natural y como si se tratase de algo secundario, había llegado el momento de elegir el comité de acción, para el cual la junta directiva de la asamblea —esto es, los dirigentes revolucionarios— había confeccionado una lista. Fue en ese momento cuando Emil Barth cometió el error más grave. En lugar de exigir simplemente la votación, inició, contra lo programado, un cuarto largo discurso, ya fuera para reparar el error de Liebknecht o simplemente porque disfrutaba

oyendo su propia voz. Su amigo-enemigo Richard Müller, que impotente, se retorció en la silla que estaba junto a él, anotó: «El atento auditorio reconoció en las palabras de Barth las turbias intenciones». Especialmente Ebert se dio cuenta de ello. Pidió nuevamente la palabra y explicó claro y conciso que un comité de tales características era innecesario por redundante, pero que si ya estaba constituido debía estar compuesto por ambos partidos de forma paritaria. En la lista que acababa de oír echaba en falta al SPD. Con ello Barth finalmente perdió la partida. ¡En este comité —gritó excitado— no debía participar ningún socialista conservador! Así acabó descubriendo el pastel.

Lo que siguió al discurso de Barth —escribe Richard Müller— es prácticamente indescriptible. Los soldados gritaron ferozmente al unísono: «¡Unidad! ¡Paridad! ¡Paridad!» El capitán Von Beerfelde presentó una lista de los soldados. El socialista conservador Büchel (a quien Barth intentó impedir que hablara haciendo sonar a sus espaldas la campanita del presidente, como cuenta el otro Müller, Hermann Müller) se acercó con una lista de su partido. Richard Müller y Karl Liebknecht intentaron hablar en contra de la paridad; pero ambos fueron abucheados. La excitación se tornó en furia. Los soldados invadieron la pista del circo y la tribuna de la junta directiva. Amenazaban con continuar solos la revolución, sin obreros y sin partidos, y con establecer una dictadura militar. Era tal el tumulto que resultó imposible proseguir la asamblea.

Mientras la asamblea era interrumpida, mientras los soldados de las primeras filas iban perdiendo los nervios y los obreros de las filas superiores empezaban a discutir confusos entre ellos, en la pista del circo se negociaba febrilmente ante los ojos, pero no para los oídos de la masa alborotada, ya que, claro está, todavía no había micrófonos. De pronto las dos partes se habían amedrentado y se hacían propuestas precipitadas e impulsivas. Ahora parecía que el SPD se conformaba con dos miembros de once,

ahora parecía que los dirigentes revolucionarios querían desistir de toda idea de crear el comité de acción. Ahora, de pronto, el propio SPD se manifestaba contrario a esta iniciativa: ¿Cómo había pues quedado todo? Bien, entonces se configuraría un comité paritario, pero faltaba acordar a su debido tiempo por quiénes estaría compuesto. Alguien sugirió a Liebknecht, pero Liebknecht lo tenía claro: ¡Nunca se sentaría en la misma mesa que la gente de Ebert! Cuando por fin parecía haberse llegado a un acuerdo, los soldados pusieron más trabas: ahora exigían una doble paridad, no sólo entre SPD y USPD, sino también entre trabajadores y soldados. Se hacía tarde, debía tomarse una decisión y la gente estaba dispuesta a ello. Pero ahora eran los soldados quienes no conseguían acordar quién debía representarles. Por fin se reanudó la asamblea y mientras poco a poco se reestablecía la calma, Barth anunció la formación de un «Consejo Ejecutivo de soldados y trabajadores» de veinte miembros: diez soldados y diez trabajadores, de los cuales la mitad sería gente del SPD y la otra mitad candidatos presentados por los dirigentes revolucionarios. Los representantes de los soldados se elegirían al día siguiente.

La asamblea lo aceptó, aunque hay que decir que entretanto estaba dispuesta a aceptar casi cualquier cosa. Se había hecho tarde, ya había pasado la hora de la cena, todo el mundo estaba hambriento (por aquel entonces se pasaba hambre en Alemania) y muchos tenían un largo trayecto hasta casa. De repente todo se precipitó. Se ratificó el nuevo gobierno que a partir de ahora se llamaría «Consejo de los comisarios del pueblo» y se aprobó una nueva resolución presentada anteriormente con muy bonitas palabras sobre la república socialista y la revolución mundial (los periódicos burgueses la publicaron al día siguiente, únicamente se abstuvo el *Vorwärts*). Entonces se cantó la Internacional y finalmente —ya en plena noche— se vació el circo Busch.

Ninguno de los personajes principales se marchó a casa satisfecho. Los dirigentes revolucionarios sabían que su batalla estaba perdida. Ahora Ebert tenía una legitimación revolucionaria para su gobierno antirrevolucionario y, como ahora todo parecía indicar, con el Consejo ejecutivo era difícil enfrentarse a él. Pero

también Ebert se sentía abatido: había ganado, es cierto, había conseguido dominar la situación, pero ¡a qué precio! Los Independientes estaban en el gobierno, ese inquietante Consejo ejecutivo organizado como gobierno paralelo; él mismo se veía como «Comisario del Pueblo» y no como canciller del Reich, líder de la revolución a contrapelo y, por decirlo de alguna manera, ¡anexionado por la revolución que él mismo había pretendido atajar y sofocar! ¿Confiarían en él todavía sus colegas burgueses del Parlamento y de los ministerios? ¿Confiaría aún en él el jefe del Alto Mando en Spa? Se veía empujado hacia un rol falso y equívoco. Siempre había detestado la revolución, pero ahora la detestaba el doble por obligarle a él, un hombre honorable, a convertirse en un mentiroso y un traidor. Porque no albergaba ninguna duda al respecto: si aún quería deshacer la revolución —y eso era lo único que buscaba—, tenía que traicionarla. Estaba condenado a jugar un doble juego. Pero ¿estaría a la altura de las circunstancias? El Estado y la sociedad que él pretendía salvar, ¿estarían dispuestos a dejarse salvar por él después de lo sucedido ese día?

Como mínimo, le tranquilizó una inesperada llamada que recibió entrada la noche. Se hacía desde una línea secreta que hasta ese momento era totalmente desconocida por él. Spa al aparato, el jefe del Alto Mando Militar, el general Groener. ¡Por fin un hombre honrado con el que poder hablar de forma razonable!

Nunca han llegado a conocerse los términos en los que se llevó a cabo esta conversación telefónica; entonces aún no existían las grabaciones y no hubo testigos presenciales. Pero se puede deducir más o menos cómo debió ser por las declaraciones posteriores de Groener (Ebert nunca habló de ello). El general ofreció una colaboración leal e impuso condiciones: luchar contra el radicalismo y el bolchevismo, acabar rápidamente con los «abusos de los consejos», asamblea nacional, vuelta al «orden». Ebert aceptó todas las condiciones de todo corazón; era exactamente a lo que él aspiraba. Debió de abrirle su corazón a Groener ya que éste anotaba más adelante que Ebert, según le había dado la impresión durante esta conversación, «había mantenido el timón a duras penas y había estado a punto de ser machacado por los

Independientes y el grupo de Liebknecht». Al parecer todavía estaba bajo los efectos de la turbulenta reunión que acababa de concluir. Finalmente, Ebert le dio las gracias al general: el canciller al general, y no a la inversa.

Groener habló tiempo después de un «pacto» acordado esa noche con Ebert. Era un pacto para luchar contra la revolución por la que pocas horas antes Ebert se había dejado entronizar. «Ebert aceptó mi propuesta de pacto —escribe Groener—. A partir de entonces, a través de una línea secreta entre la cancillería y el Alto Mando, mantuvimos conversaciones diarias por la noche sobre las medidas que era necesario tomar. Así se mantuvo el pacto.»

8

ENTRE REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Theodor Wolff, entonces uno de los periodistas alemanes más conocidos, escribió el 10 de noviembre en el *Berliner Tageblatt*:

> La más grande de todas las revoluciones, actuando como una repentina tempestad, ha derrocado al régimen imperial y a todo su aparato. Se la puede llamar la más grande de todas las revoluciones porque nunca una Bastilla tan sólida, protegida por tan firmes muros, había sido tomada, por decirlo así, al primer intento. Hace una semana todavía existía un aparato militar y administrativo civil tan amplio, tan bien tejido, tan profundamente enraizado, que parecía tener asegurado su dominio más allá del paso del tiempo. Por las calles de Berlín corrían a toda velocidad los coches grises de los oficiales, en las plazas, como columnas del poder, estaban los policías, parecía que una inabarcable organización militar lo rodease todo, en las oficinas y ministerios dominaba una burocracia aparentemente invencible. Ayer por la mañana todo esto, como mínimo en Berlín, estaba aún allí. Ayer por la tarde ya no quedaba nada de todo ello.

Esto no era cierto; así podía parecerlo el 10 de noviembre, pero no era así. En realidad, el Estado apenas había sido tocado. Los propios funcionarios volvieron el lunes, tras el fin de semana revolucionario, a sus oficinas de siempre, también los po-

licías (que el domingo por la tarde evidentemente se habían alegrado de poder volver a casa sin problemas) volvían a estar en sus puestos un par de días más tarde; los mismos generales y oficiales seguían al mando de las fuerzas combatientes en los frentes del Este y del Oeste e incluso el mismo gobierno del Reich era básicamente como el antiguo, lo único que había cambiado era que ahora, a la cabeza del gobierno, en lugar de un canciller imperial se encontraba un colegio de seis miembros denominados «Comisarios del Pueblo», entre los cuales, en realidad, uno de ellos seguía siendo el canciller: Ebert. Los consejeros, los directores de los ministerios y demás altos funcionarios, conservadores sin ninguna duda, seguían trabajando como siempre. Ninguno de ellos fue destituido, sólo les impusieron un par de consejos de trabajadores y con ello se consiguió encresparlos aún más.

Otro periodista, Paul Becker, expresaba así su estado de ánimo, y el de gran parte de la burguesía conservadora. También el 10 de noviembre escribió en el periódico conservador *Deutschen Tageszeitung*:

> No existen palabras para describir la indignación y el dolor... ¡La obra que nuestros padres han creado con sudor y lágrimas, aniquilada por la traición del propio pueblo! ¡Alemania, ayer todavía invicta, entregada a sus enemigos por hombres con nombre alemán, traicionada por gente salida de sus propias filas y hundida en la culpa y la vergüenza!
>
> Los socialistas alemanes sabían que la paz, de todos modos, estaba al caer y que sólo era necesario mostrar al enemigo un frente firme, compacto durante unas semanas, tal vez sólo días, para conseguir condiciones soportables. Y en esta situación izaron la bandera blanca.
>
> Ésta es una culpa que nunca debería ser perdonada y nunca lo será. Es una traición, no sólo a la monarquía y al ejército sino al propio pueblo alemán, que acarreará consecuencias durante siglos de decadencia y miseria.

Todo esto era tan poco acertado como el himno «a la más grande de todas las revoluciones» de Theodor Wolff. No fueron los socialistas quienes izaron la bandera blanca, sino Ludendorff; las condiciones de armisticio sólo podían empeorar si éste se aplazaba, nunca mejorar, y era imposible hablar de traición. Tampoco estaban al caer siglos de miseria y decadencia. Pero sin lugar a dudas Paul Becker creía sinceramente lo que escribía y puso en palabras exactamente lo que otros pensaban: los oficiales a quienes habían arrancado sus condecoraciones, los funcionarios conservadores que de pronto se veían obligados a tratar con exasperantes consejos de trabajadores, toda la burguesía cuyo mundo se derrumbaba, pero también simples ciudadanos con un sentimiento «nacionalista» rígido, como por ejemplo el cabo Hitler, quien en esos días sollozaba en su cama del hospital militar de Pasewalker, y entre lágrimas de rabia decidió dedicarse a la política. La contrarrevolución nació al mismo tiempo que la revolución y a partir del 10 de noviembre se pudo oír claramente su voz. Es significativo que este artículo apareciese el 10 de noviembre en Berlín sin ningún problema: nunca una revolución ha permitido de forma tan ilimitada, desde el primer momento, la agitación y el insulto por parte de sus enemigos como la Revolución alemana de 1918.

Nada que sus enemigos le agradecieran. La mujer de Ludendorff por aquel entonces, Margarete (Mathilde, la segunda, se haría bastante famosa años más tarde), cuenta de su marido: «Tras la revolución, Ludendorff repitió en reiteradas ocasiones: "La tontería más grande de los revolucionarios fue dejarnos con vida. Ahora bien, si vuelvo a subir al poder, no habrá perdón alguno. ¡Con la conciencia bien tranquila, veré cómo cuelgan y se bambolean Ebert, Scheidemann y sus colegas"».

Ebert, Scheidemann y sus colegas, no sólo Liebknecht y Rosa Luxemburg, que como mínimo habían querido la revolución. Ebert y Scheidemann no la deseaban bajo ningún concepto, al contrario, hasta el último minuto habían querido evitarla, y desde el primer momento de su triunfo no se ocuparon de otra cosa que de atajarla, intentar que retrocediera y en lo posible hacer como si nada hubiese sucedido. Pero para Ludendorff —y para muchos miem-

bros y partidarios de las viejas clases altas que reaccionaron de igual forma— eran revolucionarios, traidores: los «criminales de noviembre»; de hecho la revolución los había llevado al poder como «Comisarios del Pueblo». Desde entonces representaron a la revolución a ojos de revolucionarios y contrarrevolucionarios, tanto si la querían como si no. Desde el primer momento de su gobierno se encontraron entre revolución y contrarrevolución.

Su tragedia —o tragicomedia— residió en que no se percataron de ello. No vieron o no quisieron ver que desde el 9 de noviembre tenían millones de enemigos —enemigos mortales— en las derechas; y sólo veían a sus enemigos íntimos en las izquierdas. Por ejemplo, Scheidemann declaraba aún el 28 de diciembre en un crucial consejo de ministros: «Claro está que hay una docena de oficiales capaces de llevar a cabo una alocada jugarreta. Pero es del otro lado, donde se encuentran aquellos que ponen en peligro la revolución. De ellos es de quien debemos protegernos». Y el tercer «Comisario del Pueblo» del SPD, el doctor Otto Landsberg, dijo en la misma ocasión: «Siempre se habla demasiado de la contrarrevolución que nos amenaza. Pero esta revolución se diferencia de todas las revoluciones anteriores esencialmente en que todos los organismos de poder de la clase derrocada han sido tocados y hundidos tan completamente que el peligro de la contrarrevolución sólo podría agudizarse si la gente de izquierdas consiguiese con éxito llevar a las masas a la desesperación». Para acabar, Hermann Müller, que más tarde sería canciller con el SPD, diría: «Sinceramente, desde el 9 de noviembre no he temido ni un sólo día a la contrarrevolución».

Realmente, Ebert y sus amigos políticos seguían creyéndose aún en el mes de octubre, en la época en la que el Reich, que se tambaleaba y hundía, había descargado en ellos la responsabilidad de la derrota, acogiéndolos, a ellos, a los «sin patria», cortésmente. Habían dado sinceramente lo mejor de sí mismos para apoyar al Reich en este momento difícil, pero no habían conseguido salvar a la monarquía; ahora seguían intentando salvar todo lo demás. La revolución era para ellos un malentendido o un desagradable alboroto que seguían intentando desarticular.

Pero ya era imposible deshacer lo hecho, ni siquiera ahora que la revolución había sido sofocada y aplastada. Lo que había sucedido en Alemania entre el 4 y el 9 de noviembre, muy a pesar de los deseos de los dirigentes socialdemócratas, había rasgado la neblina artificial de octubre y había enfrentado claramente las posturas políticas. Durante la semana revolucionaria la acción espontánea de las masas de trabajadores y soldados socialdemócratas había acabado con todo: con la ficticia paz entre el jefe del Alto Mando y la mayoría parlamentaria, entre militares y parlamentarios, con el plan urdido delicadamente por Ludendorff que proporcionaba un poder aparente a los socialdemócratas y sus aliados burgueses tan sólo para cargarles con la responsabilidad de la derrota mientras los militares mantenían en segundo plano el poder real.

La revolución de las masas había otorgado por primera vez a los dirigentes socialdemócratas la oportunidad de hacerse con el poder real, siempre y cuando renunciasen al poder envenenado que Ludendorff sólo les había prestado el 29 de septiembre. Después de arrancarles a los oficiales sus condecoraciones y sustituir las comandancias generales por los consejos de trabajadores y soldados, no cabía ninguna posibilidad de reconciliación, ni siquiera aparente: había entrado en juego la cuestión del poder, y el 9 de noviembre, parecía incluso estar resuelta. La dictadura militar que había gobernado Alemania hasta ese día había caído sin oponer resistencia.

Si el gobierno socialdemócrata, aprovechando la victoria de sus seguidores y renunciando a la paz de octubre con el Alto Mando, completaba ahora la derrota del antiguo poder militar y organizaba sus propias fuerzas armadas revolucionarias, ya no tendría por qué temer la venganza de los generales y de los oficiales derrocados. Pero si les permitía recuperarse del humillante golpe que les había sido asestado en noviembre, entonces no debía esperar ninguna indulgencia para con sus aliados revolucionarios que habían osado «amotinarse», ni tampoco para con ellos mismos. Al permitir que la revolución les nombrase «Comisarios del Pueblo», Ebert, Scheidemann y Landsberg se habían identificado con la revolución a ojos de los humillados oficiales.

A partir de entonces jugaron un doble juego sin percatarse de que estaban jugando contra sí mismos. Verbalmente se hacían pasar por revolucionarios, y todas sus palabras quedaron registradas y fueron usadas en contra suyo más adelante. Pero en los actos eran contrarrevolucionarios, sin que por ello fuesen respetados por la contrarrevolución. Pero las masas que el 9 y 10 de noviembre se habían puesto de su parte plenamente confiadas fueron tomando conciencia paulatinamente de a qué estaban jugando y optaron por oponerse a ellos. En dos meses, el doble juego de Ebert y el SPD condujo a la guerra civil.

¿Qué pasó durante esos dos meses? Si escuchamos a los entonces miembros del SPD y a los posteriores historiadores del SPD todo giraba en torno a una cuestión: dictadura de los consejos o democracia parlamentaria; defensa del bolchevismo o elección de una asamblea nacional que otorgara una constitución. Pero entonces, y aun hoy en día, esto es propaganda tendenciosa. La verdad parece ser otra. En realidad se trataba lisa y llanamente de revolución o contrarrevolución.

En ningún momento durante 1918 Alemania estuvo amenazada por una dictadura bolchevique, sencillamente porque no existía el instrumento imprescindible para ponerla en marcha: un partido bolchevique capaz de imponer una dictadura. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg no contaron hasta el 30 de diciembre con ningún tipo de organización y, posteriormente, su partido era muy frágil. Nada que pudiese compararse a los cuerpos de revolucionarios profesionales de Lenin, entrenados durante catorce largos años. Eran individuos impotentes que sólo podían ocasionar agitación y lo que los dirigentes revolucionarios de Berlín denominaban despectivamente «gimnasia revolucionaria»: multiplicaban las manifestaciones sin un objetivo claro, y mediante ellas esperaban generar en sus participantes un espíritu revolucionario. En el otoño de 1918, el «peligro bolchevique» en Alemania era un espantajo, no era ninguna realidad.

Por otra parte, las elecciones a la asamblea nacional no fue-

ron en ningún momento objeto serio de discusión. Lo más que llegaba a discutirse era el momento en que debían llevarse a cabo, que además no era esencial: los Independientes pretendían posponerla como máximo hasta la primavera de 1919, para poder consolidar entretanto la revolución.

El SPD deseaba las elecciones lo antes posible para que la Asamblea Nacional, por decirlo de algún modo, pudiese asegurar la continuidad con el antiguo parlamento como si nunca se hubiese producido ninguna revolución. Pero ya a finales de noviembre se había acordado el 16 de febrero como día de elecciones; y a mediados de diciembre tuvo lugar el Congreso de los Consejos del Reich, el órgano supremo de la Revolución, que paradójicamente adelantó la fecha fijada para las elecciones al 19 de enero, cosa que demuestra claramente que los consejos no aspiraban a una dictadura propia y que no existía la alternativa entre la dictadura de los Consejos y la democracia parlamentaria.

En realidad se trataba de algo completamente distinto. Los Consejos —la revolución había consistido realmente en la constitución de consejos de trabajadores y soldados y su abolición era el primer objetivo de la contrarrevolución— no tenían nada que oponer a la democracia parlamentaria. No se concebían a sí mismos como sustitutos de un parlamento, sino como instrumento de revolución y democratización del Ejecutivo, de la organización del Estado, de su Administración y en especial de la institución militar. De entrada, los consejos quisieron controlar la vieja burocracia conservadora y el conservador cuerpo de oficiales, luego su intención era transformarlos totalmente.

Los trabajadores y soldados que habían llevado a cabo la revolución sabían instintivamente que mientras la vieja burocracia y el antiguo cuerpo de oficiales mantuviesen su poder, la revolución estaría perdida, incluso con la mejor de las constituciones y el mejor de los parlamentos. El poder real se encontraba en los ministerios, en las prefecturas de policía, en las comandancias generales y en los palacios de justicia. Si no se dominaban los antiguos poderes, éstos mismos utilizarían cualquier oportunidad para vengarse de la revolución. Solamente un bando podía ven-

cer. Ahí se decidía la victoria de la revolución o de la contrarrevolución.

Y naturalmente, Ebert y la dirección del SPD tomaron partido de forma visible por el bando de la contrarrevolución. Querían salvar exactamente lo que la revolución pretendía destruir: el antiguo Estado y la antigua sociedad encarnados en la burocracia y el cuerpo de oficiales. Pretendían parlamentarizarlo e integrarse ellos mismos en él, gobernarlo en el futuro conjuntamente. Pero les horrorizaba el desorden que su transformación verdadera hubiese conllevado de forma natural. *Por eso* querían librarse cuanto antes de los consejos. *Por eso* los presentaban —muy en contra de la voluntad de la mayoría de los consejos— como alternativa a la Asamblea Nacional y *por eso* recogieron gratamente en su propaganda el malentendido burgués: el control de los consejos era equivalente al bolchevismo.

En realidad, apenas había espartaquistas en los consejos —Liebknecht se presentó al Congreso de los Consejos del Reich y no resultó elegido— más bien era el SPD el que, desde el principio, obtuvo la mayoría en casi todos los consejos locales y esta mayoría iba aumentando al escogerse, a principios de diciembre, los consejos provinciales y de los lander. Los consejos eran el cuerpo vivo del SPD, sus miembros y sus funcionarios activos (una minoría eran miembros del USPD, y también había algunos representantes de partidos burgueses, especialmente en los consejos de soldados); se veían a sí mismos como las tropas auxiliares del gobierno, al que no obstante seguían viendo como un gobierno revolucionario.

Aquí reside el trágico malentendido, ya que el gobierno de Ebert no era ningún gobierno revolucionario. Éste se veía simplemente, como más tarde reconoció Ebert en una ocasión, como administrador de la quiebra del Imperio. Servía fielmente a aquellos que desde el 9 de noviembre se habían convertido en sus enemigos acérrimos y luchaba enconadamente contra aquellos que se sentían sus apoyos. Por su parte, los consejos también hacían frente a sus mejores amigos: no querían saber nada de los espartaquistas que exigían la dictadura de los consejos; tan sólo aspi-

raban a proporcionarle al estado socialdemócrata un ejecutivo socialdemócrata.

Nadie mejor que Liebknecht y Rosa Luxemburg para comprender lo que pasaba. Por ejemplo, Liebknecht escribía el 20 de noviembre: «Con frecuencia, los trabajadores elegidos son tan poco ilustrados, tienen tan poco sentido de clase, que los consejos de trabajadores [...] apenas tienen un carácter revolucionario», y Rosa Luxemburg diez días más tarde: «Si la revolución hubiese seguido su curso en aquellos órganos revolucionarios que se crearon durante los primeros días, en los consejos de trabajadores y soldados, ésta no hubiese tenido nada que hacer [...]. La revolución vivirá sin los consejos, los consejos sin la revolución están muertos».

Tampoco podía pasar muy inadvertido para los dirigentes socialdemócratas que los consejos no estaban ocupados por los espartaquistas, sino por su propia gente. Sin embargo, los consejos fueron para ellos, desde el principio, como una espina clavada: no se habían previsto, no se amoldaban al programa, impedían la alianza con los partidos burgueses y con el Alto Mando. Debían ser eliminados. Desde el principio, la relación de Ebert y Scheidemann con los consejos no fue sólo de desconfianza y oposición, sino también de susceptibilidad y hostilidad. Scheidemann en el Congreso de los Consejos del Reich: «Estoy plenamente convencido —y lo digo tras largas horas de reflexión— de que la institución de los consejos de trabajadores y soldados significaría el hundimiento absoluto e indudable del Reich».

Evidentemente resultó muy fácil enmendar la plana a los consejos. Les faltaba la rutina administrativa de los antiguos funcionarios y los conocimientos militares propios de los oficiales de Estado Mayor. ¿Por qué iban a tenerlos? Al principio, su intervención significó desorden. ¿Pero acaso ha existido alguna revolución sin desorden? Sin embargo, todo lo que propagó entonces la contrarrevolución por hostilidad sobre el «caos» de la «gestión económica de los consejos» y que los dirigentes del SPD recogieron servicialmente, era una exageración. Los consejos no pertenecían

a la bohemia revolucionaria corrupta y deseosa de diversión, estaban formados por la élite obrera, cuadros de los partidos y de los sindicatos que, a su modo, estimaban tanto el orden como los antiguos funcionarios a los que pretendían controlar y sustituir. En cuatro semanas habían conseguido superar mayoritariamente el caos inicial y habían logrado a todos los niveles una organización paralela a la de los antiguos cuerpos administrativos completamente capaz de funcionar, lo que suponía un resultado impresionante. Eberhard Kolb, que ha escrito la obra de referencia obligada *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918/19 (Los consejos de trabajadores en la política interior alemana 1918/19)* afirma que a principios de diciembre con la organización de los consejos «se había dotado al nuevo gobierno y a la dirección del partido de un instrumento políticamente fiable para la reconstrucción del Estado del que podrían servirse si estaban dispuestos a ello».

Pero estaban dispuestos a todo lo contrario. Pretendían «establecer el orden», es decir, restaurar el orden anterior exactamente con el mismo instrumento con el que aún el 8 de noviembre el káiser hubiese querido hacerlo: con el Ejército del Oeste que volvía a casa gracias al armisticio. Éste era el objetivo del «pacto» entre Ebert y el general Groener.

Más adelante, Groener se expresó con claridad en el proceso contra Ebert conocido como el de «la puñalada por la espalda» que tuvo lugar en Munich en 1925. Aquí reproducimos su declaración:

> Por el momento se trataba de arrebatar el poder a los consejos de trabajadores y soldados en Berlín. Con este objetivo se planeó el avance sobre la ciudad por parte de diez divisiones. El comisario del pueblo Ebert estuvo plenamente de acuerdo. Se envió un oficial a Berlín para negociar también los detalles con el ministro de la Guerra prusiano (que seguía siendo, como antes del 9 de noviembre, Von Scheüch), quien obviamente debía ser informado.

> Allí tropezamos con una serie de dificultades. Sólo puedo decir que los Independientes que formaban parte del gobierno, los llamados «Comisarios del Pueblo», y creo que también los consejos de soldados —aunque así de memoria no puedo acordarme de todos los detalles— exigieron que las tropas entraran desarmadas. Naturalmente, nosotros nos opusimos a ello inmediatamente y el señor Ebert, claro está, estuvo de acuerdo en que las tropas entraran en Berlín con armas.
>
> Para llevar a cabo esta ocupación, que simultáneamente debía servir para establecer de nuevo un gobierno firme en Berlín —declaro bajo juramento como ustedes me han solicitado y por ello debo decir lo que, por motivos justificados nunca he dicho anteriormente—, elaboramos un programa militar para varios días. Este programa detallaba día a día las misiones que debían llevarse a cabo: el desarme de Berlín, la purga de espartaquistas en la ciudad, etc.»

El «programa», un plan de operaciones elaborado según los cánones de los estados mayores, se hizo público mucho más tarde, en 1940. Contiene puntos como:

> Quien sin licencia para ello se encuentre en posesión de armas será fusilado. Quien esté en posesión de material bélico, incluidos coches, será juzgado según la ley marcial. Los desertores y marineros deben alistarse en un plazo de diez días en la primera unidad de reserva o en el destacamento territorial más próximo. Quien de forma no autorizada se atribuya la condición de funcionario, será fusilado. Registro de barrios inseguros. Disposiciones sobre los parados y actuaciones de urgencia para socorrer el paro. La autoridad de los oficiales vuelve a restablecerse totalmente (medallas, saludo obligatorio, condecoraciones, tenencia de armas). Las autoridades y las tropas recobran sus competencias legítimas. Todas las unidades de reserva se disolverán inmediatamente.

Groener añadió en su declaración:

> Todo esto fue discutido con Ebert a través del oficial que envié a Berlín. Le estoy especialmente agradecido al señor Ebert por su amor absoluto a la patria y por su entrega total en este asunto y por eso le he defendido siempre dondequiera que haya sido atacado. Este «programa» se decidió de mutuo acuerdo y con la plena conformidad del señor Ebert.

El plan Ebert-Groener debía llevarse a cabo entre el 10 y el 15 de diciembre. El día 16 se había convocado en Berlín el primer Congreso de los Consejos del Reich. Por lo visto, a él debía adelantarse la «reinstauración del orden» mediante diez divisiones procedentes del frente.

Nada de todo esto se llevó a cabo. Por esta vez la contrarrevolución tuvo que esperar y el Congreso de los Consejos se celebró según la fecha prevista, sin sospechar en lo más mínimo el destino del que acababa de escapar.

En primer lugar, algunas unidades de la guarnición de Berlín —que desde el primer día de la revolución habían desempeñado un papel ambiguo y que ahora, al parecer, se olían algo de lo que se estaba planeando— atacaron demasiado pronto. El viernes 6 de diciembre sucedió algo que más adelante Scheidemann denominó «un barullo infernal» y Richard Müller «una farsa». Una unidad del Regimiento Franz ocupó la Cámara de los Diputados de Berlín y arrestó al Consejo Ejecutivo de los Consejos de trabajadores y soldados berlineses que el 10 de noviembre había sido elegido en el circo Busch y que desde el 11 de noviembre intentaba sencilla y lealmente llevar a cabo su tarea. Un destacamento de Fusileros de la Guardia interceptó una manifestación callejera de espartaquistas en la esquina entre Invalidenstrasse y Chausseestrasse y disparó sin previo aviso con sus ametralladoras. Hubo dieciséis muertos y muchos heridos. Otro destacamento del Regimiento Franz apareció ante la Cancillería y exigió a Ebert que saliese —cosa que hizo como siempre de buena gana—, y lo proclamaron presidente del Reich. El portavoz era un sargento

mayor llamado Spiro. Terminó su discurso diciendo: «De este modo doy la bienvenida a la República Alemana y al gran Fritz Ebert, a quien ahora proclamo presidente de Alemania, apoyado por el poder que nos otorgan las armas y con la conciencia de hablar en nombre de toda la nación».

Ebert no dijo ni sí ni no. Primero tenía que hablar con sus colegas del gobierno. Dos meses más tarde, el 11 de febrero de 1919, ya no habría nada de que discutir cuando la Asamblea Nacional de Weimar le invistió como presidente del Reich. Por lo visto aún era demasiado pronto para eso; el proyecto fracasó por completo. Nunca se ha aclarado si Ebert ya sabía de antemano de qué iba todo aquello. Al fin y al cabo, tampoco se ha responsabilizado por el momento a nadie del intento de golpe de Estado. Los soldados regresaron a los cuarteles, los conspiradores permanecieron en la oscuridad y el consejo ejecutivo fue puesto en libertad. Todo volvía a encontrarse como si nada hubiese pasado. Únicamente los muertos de la Chausseestrasse siguieron muertos.

Cuatro días después, el 10 de diciembre, entraban en Berlín, según lo programado, las divisiones combatientes que regresaban a casa, sin desfilar, aunque en orden, con el equipo de campaña y sus armas. Ebert —que no había aparecido ante las masas trabajadoras el 9 de noviembre— les dio la bienvenida en la Puerta de Brandenburgo con un discurso exaltado: «¡No habéis sido vencidos por enemigo alguno! ¡Ahora la unidad de Alemania está en vuestras manos!». Pero no sucedió nada. El plan de restaurar el orden y un gobierno «firme» en Berlín no se cumplió y durante años nadie supo ni tan siquiera que había existido tal plan.

Lo que sucedió fue sencillamente lo siguiente: las tropas, inmediatamente después del discurso de bienvenida de Ebert, empezaron a disolverse espontáneamente, indisciplinadamente, de forma incontenible. Lo que ni Groener ni Ebert habían tenido en cuenta era el estado de ánimo de las tropas: la guerra había acabado, todo el mundo se alegraba de haber sobrevivido a ella, todos querían irse a casa y las navidades estaban a la vuelta de la esqui-

na. Ya no resistirían. Al caer la noche, cuando las unidades regresaron a sus cuarteles, ya no estaban al completo. Al día siguiente aún eran menos y catorce días después, de las diez divisiones sólo quedaban ochocientos hombres. En palabras de Groener: «Los hombres habían ido desarrollado tal ansiedad por volver a casa que era imposible hacer nada con estas diez divisiones y todo el programa de la purga de elementos bolcheviques de Berlín, de la entrega de vehículos, etc. no podía llevarse a cabo de ninguna manera». La contrarrevolución, por el momento, había fracasado.

En lugar de eso, tal y como estaba previsto, se reunió el 16 de diciembre el Congreso de los Consejos del Reich en el Congreso de los Diputados de Prusia situado en la Leipziger Platz de Berlín. No fue una asamblea masiva caótica como lo había sido el Congreso revolucionario de los Consejos de trabajadores y soldados de Berlín del 10 de noviembre en el circo Busch. Lo que ahora se celebraba en Berlín era una asamblea parlamentaria sumamente ordenada que a los periodistas presentes les recordaba irremediablemente a los congresos del SPD de antes de la guerra: el mismo tipo de personas, a menudo también las mismas caras, el mismo ambiente, los mismos gestores prudentes del orden y la honradez, también la misma dirección. Lo que antaño había sido la minoría de izquierdas del partido, estaba representada ahora por los Independientes, ésta era toda la diferencia. La mayoría apoyaba firmemente al comité ejecutivo del partido.

Esta mayoría en el Congreso de los Consejos decidió, muy de acuerdo con el sentir de Ebert, anticipar la fecha de las elecciones a la Asamblea Nacional, rechazó terminantemente la propuesta de los Independientes de atribuirse los poderes legislativo y ejecutivo, y no concedió al Comité Central formado por dieciséis miembros (creado para sustituir al antiguo Consejo Ejecutivo de Berlín del 10 de noviembre) ni la capacidad de legislar temporalmente hasta la celebración de la Asamblea Nacional. Los Independientes, irritados, decidieron permanecer alejados de este Comité Central, que quedó íntegramente formado por miembros del

SPD. Así pues, el primer Congreso de los Consejos actuó de la forma más dócil y pacífica.

Pero este Congreso de los Consejos, inofensivo y benévolo, provocó la gran ruptura entre la dirección del partido y las bases, la crisis de la Revolución y la Guerra Civil que estalló en enero de 1919. Y esto sucedió porque en un punto fue totalmente intransigente: la dictadura militar que la revolución había derrocado, no debía reinstaurarse, el poder del generalato y del cuerpo de oficiales debía ser destruido para siempre. A petición de la delegación de Hamburgo, el Congreso acogió por amplia mayoría una resolución conocida bajo el nombre de los «Puntos de Hamburgo» en la que se aprobaba la reforma total del ejército: el mando supremo pasaba a los Comisarios del Pueblo bajo control del Comité Central; la potestad disciplinaria quedaba en manos de los Consejos de soldados; se establecía la libre elección de los oficiales; y desaparecían los distintivos de rango y la obligación del respeto a la jerarquía fuera del servicio.

Lo que se manifestaba aquí nuevamente era el carácter básicamente antimilitarista de la revolución. En todo el resto podía ser moderada o tener objetivos indeterminados, pero este punto era tomado muy en serio. La mayoría de los delegados ya sabía por experiencia propia que el cuerpo de oficiales preparaba la contrarrevolución de forma inminente. Más de uno comunicó los actos vandálicos que se habían producido durante la retirada de las tropas en las ciudades del oeste de Alemania: arresto y maltrato de los miembros de los consejos de trabajadores, quema de banderas rojas, órdenes secretas para constituir formaciones voluntarias en caso de guerra civil. Nadie sospechaba aún de Ebert. Nadie sabía nada sobre su pacto con Groener.

La aprobación de los «Puntos de Hamburgo» tocó la fibra de esta alianza y dio paso a la crisis. Inmediatamente, Hindenburg telegrafió que él «no reconocía» la decisión tomada por el Congreso de los Consejos. Groener partió hacia Berlín y amenazó con dimitir si los «Puntos de Hamburgo» se aplicaban. Los tres comisarios del pueblo del USPD también amenazaron con retirarse, claro que en el caso de que los «Puntos de Hamburgo» *no* se lle-

varan a cabo. Ebert intentaba ganar tiempo. Esperaba futuros decretos de aplicación. (Según Groener: «Ebert dominaba como nadie el arte del engaño».)

Entretanto, el Alto Mando empezó a reunir formaciones de voluntarios en los campos de maniobras de los alrededores de Berlín, órganos fuertes, eficaces y combativos de la contrarrevolución que no se disolverían como las diez divisiones del frente que volvían a casa. Y las tropas en Berlín, que hasta ese momento, aunque también de un modo ambiguo, habían optado por la revolución, empezaron a intranquilizarse.

Mientras la población berlinesa se preparaba para su primera y mísera fiesta de Navidad desde la paz —no había ni gansos, ni pasteles, ni tampoco velas de Navidad, pero en su lugar, en el mercado negro, se podían conseguir casquillos de bala rellenos de carburo, que se podían colgar de los árboles de Navidad y que al encenderse difundían una luz pestilente—, empezaba a propagarse de nuevo en el ambiente político de Berlín el calor sofocante que había precedido al fin de semana de la revolución. Y entonces, precisamente la noche de Navidad, se desencadenó la tormenta. El 24 de diciembre de 1918 Berlín se despertó con el estruendo de los cañones.

9

LA CRISIS DE NAVIDAD

Durante las primeras horas de la mañana del 24 de diciembre de 1918 se libró en la Schlossplatz de Berlín una sangrienta batalla entre la revolución y la contrarrevolución. La revolución salió victoriosa pero entregó su victoria. Puede decirse que fue su regalo de Navidad a la contrarrevolución.

En cualquier revolución es decisiva la actitud de las fuerzas armadas. Lo que hizo tan ambiguas las últimas dos semanas de 1918, no fue tan sólo el doble juego de los «Comisarios del Pueblo» socialdemócratas, fue sobre todo que nadie podía decir, a medida que trascurrían los días y las semanas, de qué lado estaban las fuerzas armadas y quienes las formaban. Con el armisticio se inició una feroz e incontrolable desmovilización. Los soldados procedentes del frente con los que Ebert y Groener habían pretendido liquidar la revolución en diciembre se dispersaron tan pronto como llegaron a la patria y las fuerzas del interior que habían hecho la revolución a principios de noviembre se habían vuelto incontrolables: también querían pasar la Navidad en casa. Los que se quedaron en los cuarteles fueron los oficiales y, entre las tropas, aquellos que eran soldados por gusto. (Precisamente la revolución la habían hecho aquellos que lo eran a disgusto. Por lo que concierne concretamente a la todavía decisiva guarnición de Berlín, ya había quedado claro el 6 de diciembre que se inclinaría más por la contrarrevolución que por la revolución. Como



El jefe supremo, el káiser Guillermo II, con sus influyentes consejeros, el mariscal de campo Paul von Hindenburg *(izquierda)* y el jefe adjunto del Estado Mayor General, Erich Ludendorff *(derecha)* durante un análisis de la situación en el Gran Cuartel General. *(Foto: Interfoto, Munich.)*



Inicio de la revolución. El 30 de octubre de 1918, después de que el mando de la Flota ordenara una última salida de la Flota de Alta Mar a espaldas del gobierno del príncipe Max, se produjo un amotinamiento de los marineros. El 3 de noviembre de 1918, las tropas se reunieron en Kiel junto a miles de trabajadores en una gran manifestación. *(Foto: Ullstein.)*



Soldados de la flota revolucionaria. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Friedrich Ebert.
(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)



Wilhelm Groener.
(Foto: Bundesarchiv Koblenz.)


Philipp Scheidemann.
(Foto: dpa.)


Gustav Noske.
(Foto: Keystone, Hamburgo.)

Estos cuatro hombres se convertirían en las figuras clave para el destino de la revolución. Aunque se encontraran momentáneamente al frente de ella, en todo momento estuvieron determinados a reprimirla. Friedrich Ebert, como canciller del Reich, pactó con el general Groener el envío de las tropas que regresaban del frente contra los revolucionarios. De este modo se entregaba a sí mismo y al joven Estado a los poderes del pasado. Philipp Scheidemann, quien en un principio se había mostrado contrario a una entrada del SPD en una «empresa en bancarrota», proclamó pocas semanas más tarde, por su cuenta, la República. Gustav Noske dirigió la represión definitiva de la revolución. Declaró: «Alguien tendrá que ser el perro sanguinario».



Los marineros revolucionarios cruzan bajo la Puerta de Brandenburgo en su avance. Como en toda Alemania, aquí también se les unieron los trabajadores. *(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)*



Entrada de las tropas contrarrevolucionarias de Kapp y Lüttwitz en Berlín. *(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)*



El comisario del pueblo Philipp Scheidemann pronunciando un discurso desde una ventana de la Cancillería, en la Wilhelmstrasse, probablemente el 6 de enero de 1919. El 9 de noviembre de 1918 se había vivido una escena similar cuando Scheidemann proclamó la República desde una ventana del Reichstag. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Karl Liebknecht en una manifestación. También él proclamó la República el 9 de noviembre de 1918, aunque en su caso fue la República socialista. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Ebert aceptó, de mala gana, en el circo Busch la oferta de liderar la revolución. A partir de ese momento, el gobierno se llamaría Consejo de los Comisarios del Pueblo. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Friedrich Ebert da la bienvenida en la Pariser Platz, junto al general Lequis y al alcalde de Berlín, Wermuth, a los soldados que vuelven del frente. Estos mismos soldados debían movilizarse luego contra la revolución, tal como preveía el pacto entre Ebert y Groener... *(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)*

... pero el plan quedó en nada. Tras el discurso de bienvenida del canciller, las tropas iniciaron inmediatamente su disolución. *(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)*





Karl Liebknecht. El líder de la Liga Espartaquista fue una figura simbólica durante los días de la revolución, pero no gozó de ningún poder político.
(Foto: Ullstein Bilderdienst.)



Rosa Luxemburg. Junto a Karl Liebknecht fundó el Partido Comunista, diseñó el programa del partido y escribió editoriales en el *Rote Fahne*.
(Foto: Ullstein Bilderdienst.)



Las «Navidades sangrientas» de Ebert. El 24 de diciembre de 1918, las tropas gubernamentales rodearon el Berliner Schloss, en el que desde noviembre se había establecido la unidad de élite revolucionaria, la Volksmarinedivision. Aquí se observa el portal del Berliner Schloss tras los tiroteos. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*

Derecha: Tropas fieles al gobierno en la Puerta de Brandenburgo. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Los revolucionarios se atrincheraron en el barrio de la prensa. Durante varios días libraron violentos combates con las tropas gubernamentales. *(Foto: Corbis.)*



El 12 de enero de 1919, Berlín estaba en manos de las tropas leales al gobierno, que habían ocupado todos los puntos estratégicos de la ciudad, como el puente Hansa. *(Foto: DIZ München / Süddeutscher Verlag Bilderdienst.)*



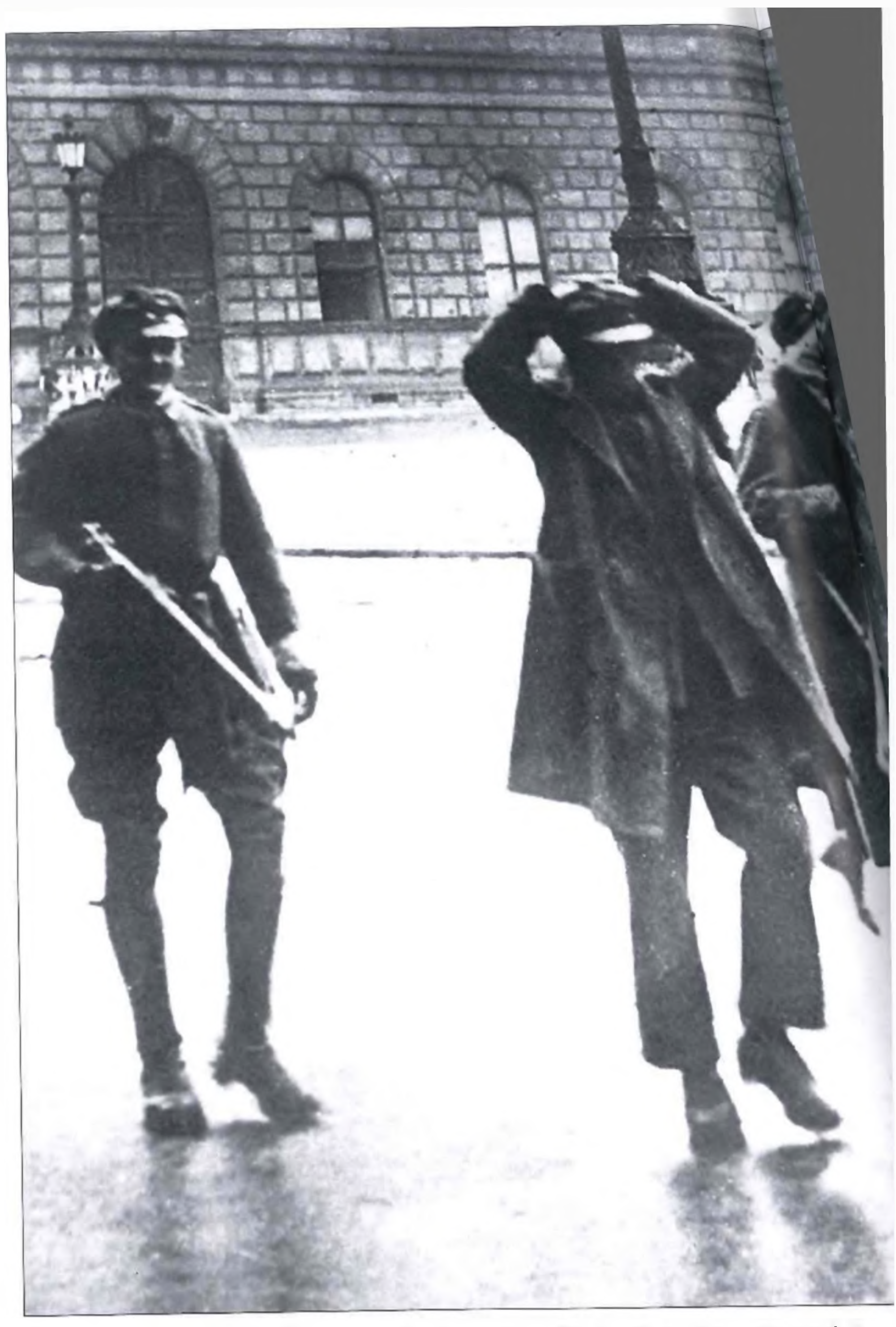
Kurt Eisner *(izquierda)*, presidente del Land de Baviera, en la Conferencia de los Representantes de los gobiernos regionales celebrada en Berlín en diciembre de 1918. A su lado, el doctor Friedrich Muckle, el delegado provisional de Baviera en Berlín. *(Foto: DIZ München / Süddeutscher Verlag Bilderdienst.)*



Una guardia de honor revolucionaria en la Prannerstrasse de Munich, donde Kurt Eisner había sido asesinado el 21 de febrero de 1919. *(Foto: DIZ München / Süddeutscher Verlag Bilderdienst.)*



El Freikorps Werdenfels. Estas tropas sofocaron la República de los Consejos de Baviera junto a unidades de voluntarios prusianas y de Württemberg. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*



Detención de trabajadores revolucionarios. (*Foto: Interfoto, Munich.*)





Hans von Seeckt.
(Foto: dpa.)



Walther von Lüttwitz.
(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)

Estos dos generales personificaron las dos tendencias políticas principales de la Reichswehr, constituida en marzo de 1919 a partir de los freikorps. Hans von Seeckt, jefe del Estado Mayor, quería despolitizar por el momento la Reichswehr. Walther von Lüttwitz, el «padre de los freikorps», quería prepararlos para un golpe de Estado militar de derechas; el 13 de marzo de 1920 se convirtió en el iniciador del putsch de Kapp.

Hermann Ehrhardt, jefe del Freikorps que llevaba su nombre. Sus tropas actuaban como unidad militar de élite y tuvieron una participación decisiva en la represión de la revolución. *(Foto: Bundesarchiv Koblenz.)*





Tropas golpistas en la Wilhelmstrasse. *(Foto: Bundesarchiv Koblenz.)*

La 2.ª Brigada de Marina proveniente de Döberitz, con unos cinco mi
hombres y bajo el mando del capitán Hermann Ehrhardt, entra en Berlín la
madrugada del 13 de marzo de 1920. La brigada actuó como fuerza motriz de
putsch liderado por Wolfgang Kapp y el general Von Lüttwitz.

Posiciones de los golpistas en la Wilhelmplatz. *(Foto: Bundesarchiv Koblenz.)*





Ciudadanos berlineses leyendo una edición especial del *Vossischen Zeitung* con las primeras noticias sobre el putsch. *(Foto: Bundesarchiv Koblenz.)*



Las tropas revolucionarias no encuentran ninguna resistencia al recorrer Berlín a bordo de sus vehículos. *(Foto: Corbis.)*



ehren
randenburger Tor.

Berl. J



Wolfgang Kapp, gobernador provincial de Prusia Oriental, desempeñó un papel secundario en el drama de los días de marzo, aunque el putsch ha pasado a la historia con su nombre. *(Foto: dpa.)*



Junto a la Puerta de Brandenburgo el 13 de marzo de 1920, a las siete de la mañana: las tropas de Kapp han entrado en Berlín y esperan la orden de ocupar el distrito gubernamental. *(Foto: Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz.)*

Doble página siguiente: Soldados pertenecientes a las unidades golpistas en la Potsdamer Platz con cruces gamadas pintadas en sus cascos de acero. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*


Cafe „Eins „A"
APOTHEKE
JOSTY'S KONDITOREI u. CAFÉ



Tras los combates callejeros: líneas eléctricas del tranvía destrozadas en la Alexanderplatz. *(Foto: Ullstein Bilderdienst.)*

mínimo había cobrado una importancia incalculable bajo el mando de Otto Wels, que tan bien se las había arreglado con los soldados el 9 y 10 de noviembre y que a posteriori había sido nombrado comandante de la ciudad.)

Pero existía una excepción: la División de la Marina Popular (Volksmarinedivision), que el 9 de noviembre aún ni existía, pero que a partir de entonces se convertiría en la verdadera guardia de la revolución. Su núcleo estaba formado por unos cientos de marineros que durante la semana de la revolución habían llegado desde Kiel a Berlín, donde habían sido arrestados, pero a quienes se había puesto en libertad el 9 de noviembre. A ellos se unieron unos cuantos marineros más que residían en Berlín; y para finalizar, dos mil que Wels había hecho venir expresamente desde Kiel el 12 de noviembre. Por el momento, con tres mil hombres, la Volksmarinedivision servía en noviembre como tropa revolucionaria de élite. Por orden del comandante de la ciudad, el 15 de noviembre había tomado el Berliner Schloss que estaba siendo saqueado. Desde entonces allí se albergaba su estado mayor y enfrente, en las caballerizas, se encontraban las tropas.

Durante cuatro semanas, la Volksmarinedivision fue el orgullo de la comandancia berlinesa. Pero repentinamente esto cambió. Ya sea porque la división renunció al golpe de Estado del 6 de diciembre y su comandante, que estaba implicado en él, fue suspendido; ya sea porque se interponía de forma evidente en el plan de Greoner de «restaurar el orden en Berlín»; ya sea sólo porque el viento había cambiado de dirección y la división no navegaba a su favor: desde mitad de diciembre, el comandante de la ciudad, Wels trabajaba obstinadamente en su disolución, ya sea por iniciativa propia o por indicación de algún superior.

Como dice un refrán francés, quien quiere ahogar a su perro, tiene que culpar a la rabia. De pronto se acusaba a la Volksmarinedivision de «espartaquista», y se le atribuían los saqueos del castillo con los que precisamente esta división había acabado. Fue trasladada del castillo y reducida en seiscientos hombres. (Debido a la desmovilización, ya se había reducido por sí misma en unos mil hombres.) Como método de presión, el comandante de

la ciudad, Wels, ya había retenido sus sueldos. Y las Navidades estaban al caer.

Suena grotesco que una unidad de mil soldados fuese estafada en su paga de Navidad y que por ello en Berlín se produjera una sangrienta lucha callejera, saltase el gobierno, se estableciesen definitivamente los bandos de una guerra civil y que eso le concediese y le arrebatase a la revolución su última oportunidad. Suena como el argumento de una opereta. Pero muy escondido tras lo ridículo encontramos una crudísima gravedad: en realidad no se trataba únicamente de la paga de Navidad de la Volksmarinedivision, se trataba de su existencia y con ello, tal y como estaban en ese momento las cosas, casi de la existencia de la propia revolución. Los sucesos de las Navidades de 1918 son verdadera Historia; un capítulo de la historia alemana con el que uno nunca sabe si reír o llorar.

Durante toda la semana previa al día de Navidad los portavoces de los marineros negociaron en la comandancia con Wels. Exigían su sueldo, pero Wels exigía que primero desalojaran el castillo. Los marineros pidieron entonces que antes Wels les asignara otro cuartel general. No ha quedado claro si finalmente llegaron a algún acuerdo. Sea como fuere, no sucedió nada; los marineros no recibieron ningún otro acuartelamiento, no abandonaron el castillo y no recibieron su paga. Y la Navidad llamaba a la puerta.

El 23 de diciembre los marineros perdieron la paciencia. A las doce del mediodía, sus dirigentes y sus portavoces no se dirigieron a la comandancia, sino a la Cancillería imperial.

Allí encontraron un ambiente crítico. La «coalición de unidad socialista», constituida el 10 de noviembre, estaba despedazándose. Entre los tres comisarios del pueblo del SPD y los del USPD reinaban la desconfianza, la irritabilidad y disputas abiertas. Los marineros no pudieron evitar notar que los Independientes les trataban como a amigos y la gente del SPD como a enemigos. Finalmente se les despachó con la siguiente respuesta: entregad el castillo y entonces recibiréis vuestra paga. Pero no se habló de otros cuarteles y no se dijo a quién debían entregar las llaves los marineros.

A las cuatro de la tarde, los dirigentes de los marineros volvían a estar en la Cancillería con las llaves en la mano, pero también con una comitiva armada que montaba guardia en la puerta. Los portavoces de los marineros, con su líder a la cabeza, un tal teniente Dorrenbach, se presentaron ante Emil Barth, uno de los tres comisarios del pueblo del USPD, y le entregaron las llaves. Barth descolgó el teléfono y le comunicó a Wels que las llaves estaban allí y que ahora él debía pagar. Wels se negó: él sólo recibía peticiones de Ebert. Barth envió a los portavoces de los marineros ante Ebert. Ebert mandó decir que no se encontraba allí.

Finalmente, los marineros agotaron del todo su paciencia. Por orden de Dorrenbach bloquearon todas las salidas de la Cancillería, ocuparon las centrales de teléfonos y cortaron los cables telefónicos. Los comisarios del pueblo quedaron así en la Cancillería bajo arresto domiciliario. Si hubiesen querido, los marineros podían haber apresado al gobierno, podían haber arrestado a los comisarios del pueblo y podían haberlos fusilado. Sin embargo, Dorrenbach y sus hombres no pensaban en algo así. ¡Sólo querían su paga! Pero además, a parte de esto, ahora sentían una rabia corrosiva. Se sentían maltratados por todas partes y creían que no tenían por qué tolerarlo.

¿Quién tenía las armas? ¿Quién era entonces el más fuerte? Y después de todo, ¿quién había hecho la revolución? ¿A quién debían agradecer sus cargos Ebert y Wels? Estos señores debían recibir ahora una lección. ¡Ni una sola vez más debía pasárseles por la cabeza dejar a los marineros revolucionarios sin sus sueldos!

Mientras una tropa de marineros mantenía encerrados a los comisarios del pueblo en la Cancillería, otro grupo, aún mayor, marchaba hacia la comandancia local. Allí se ofreció resistencia. Los guardias se negaron a dejar entrar a los marineros en el edificio. En las entradas se llegó a las manos; y entonces apareció un tanque y disparó contra los marineros. Hubo tres muertos.

Entonces los marineros atacaron y asaltaron el edificio, arrestaron a Wels y a dos de sus subordinados y les llevaron hasta las caballerizas a empujones, entre golpes y amenazas de muerte. De poco le servía a Wels ofrecer las pagas. Los marineros co-

gieron sus pagas pero también le cogieron a él. Entretanto, los comisarios del pueblo seguían presos en la Cancillería. Eran las cinco de la tarde, empezaba a caer la noche de ese día de diciembre.

Había algo que los marineros no sabían cuando ocuparon la central telefónica de la Cancillería y cortaron la comunicación: existía una línea directa entre el despacho de Ebert y el Alto Mando Militar (que ahora se encontraba en Kassel) que no pasaba por la central. A través de esta línea directa, Ebert pudo pedir socorro. Al otro lado del aparato hablaba un hombre que más adelante desempeñaría un papel esencial, el mayor Kurt von Schleicher. Ese día hizo su primera entrada en la Historia. «Ordenaré inmediatamente —dijo— que las tropas de los alrededores de Berlín leales al gobierno se pongan en marcha para que lo liberen.» «Tal vez —añadió esperanzado— tras tantas oportunidades malgastadas, tengamos ahora ocasión de acabar de una vez con los radicales.»

Al mismo tiempo, mientras los marineros volvían a las caballerizas con su paga conseguida a la fuerza y con su prisionero Wels, las tropas de Potsdam y Babelsberg se pusieron en marcha hacia Berlín por orden telefónica del jefe del Alto Mando Militar. Eran los últimos restos disponibles de las diez divisiones que ya habían tenido que «imponer el orden» en Berlín entre el 10 y el 15 de diciembre: poco más de ochocientos hombres, pero con un par de baterías de artillería de campaña. Los marineros, algo más de mil hombres, sólo tenían ametralladoras y fusiles.

El asunto se complicaba. Debido a los informes contradictorios es difícil arrojar luz sobre lo que sucedió al final de aquella tarde del 23 de diciembre. No está claro si el arresto domiciliario de los comisarios del pueblo se levantó en ese momento, o no; en cualquier caso, se celebró una reunión del consejo de ministros entre las cuatro y las cinco en la que Ebert no informó a los tres Independientes sobre la marcha de las tropas y tras ella, hacia la hora de la cena, los Independientes abandonaron la Cancillería sin problemas y sin sospechar nada. Ebert y sus colegas del SPD se quedaron.

Tampoco está claro cómo se enteraron los marineros del avance de las tropas. Pero de algún modo debía haber llegado a sus oídos que las tropas estaban en marcha. Por la tarde, a las ocho y media según los testigos, llegaron las tropas de ambos bandos, fuertemente armadas, desde direcciones opuestas y convergiendo hacia la Cancillería: del oeste, desde el Zoológico, las tropas de Potsdam y Babelsberg con fusiles al hombro y artillería tirada por caballos; del este, desde las caballerizas, toda la Volksmarinedivision en orden de combate. Los marineros llegaron algo antes que los soldados. Dorrenbach se presentó por tercera vez en ese día ante Ebert. Le dijo que en el Zoológico había tropas apostadas y le preguntó qué hacían allí. Seguidamente aseguró a Ebert que si esas tropas no se retiraban el combate sería inevitable.

En ese momento aparecieron también en el despacho de Ebert los comandantes de las tropas llamadas y solicitaron permiso para abrir fuego. Los líderes de las dos formaciones antagónicas estaban frente a frente en la misma habitación; ambos estaban ante Ebert, a quien consideraban —no sin desconfianza— de su propio bando. Para los marineros seguía siendo «el Comisario del Pueblo» de su revolución. Para los oficiales era él quien los había llamado para que librasen al país de la revolución.

Uno daría lo que fuera por tener una grabación de esta escena, pero desgraciadamente no trascendió lo que se dijo durante ese encuentro en el despacho de Ebert. Tan sólo conocemos el resultado: ambas partes se retiraron, los soldados regresaron al Tiergarten y los marineros a las caballerizas. También se sabe que Ebert prometió poner fin a la situación al día siguiente mediante un acuerdo de gabinete. Entretanto: ¡Quedaba prohibido el derramamiento de sangre!

Pero también se sabe que por la noche, sobre las dos, Ebert dio la orden a las tropas acampadas en el Tiergarten de atacar por la mañana las caballerizas y acabar con los marineros.

Los motivos para dar esta orden son controvertidos. Ebert afirmaba al día siguiente haber recibido una llamada de las caballerizas en la que se le comunicaba que la vida de Otto Wels co-

rría peligro. Pero suena poco convincente: si la vida de Wels hubiese corrido realmente peligro, el medio más fácil para acabar con él hubiese sido atacar el edifico en el que se encontraba. Además Wels apareció en la Cancillería, según el testimonio de Scheidemann, a las tres de la madrugada, es decir bastantes horas antes del asalto y una hora después de haber dado la orden de ataque, y aunque muy desmejorado, se encontraba sano y salvo. Aquí vuelve a hacerse patente la benevolencia de los revolucionarios alemanes de 1918 que ni siquiera en momentos de rabia llegaron a perder. No cabe ninguna duda de que Wels fue tratado duramente y de que también a Ebert y a sus colegas se les infundió intencionadamente un miedo innecesario. Pero con eso se daban por satisfechos; se abstuvieron de llegar hasta las últimas consecuencias. Nadie pretendía asesinar a nadie, tampoco en momentos de cólera. La contrarrevolución no tendría tantos escrúpulos.

Existe otra versión más creíble según la cual, hacia la medianoche, tuvo lugar una conversación telefónica entre Groener y Ebert en la que Groener amenazó a Ebert con romper la alianza si en ese momento no se actuaba hasta las últimas consecuencias.

Dicho sea de paso, seguro que no necesitó muchos argumentos para convencerle: A lo largo del mediodía y la tarde Ebert había pasado miedo, y el miedo deriva fácilmente en ira. Como quiera que fuera, a las dos de la madrugada se dio desde la Cancillería la orden de atacar, y por la mañana, a las ocho menos cuarto atronaban los cañones en la Schlossplatz.

El combate duró sin interrupciones hasta las doce del mediodía y finalizó con la victoria de los marineros. Esto es lo único que puede asegurarse, ya que sobre los detalles del transcurso de la lucha sólo existen informes contradictorios. Lo que sí está claro es que el cañoneo con el que las tropas de Ebert habían iniciado el ataque resultó un fracaso. Dispararon desde distintos puntos con cañones y ametralladoras. Ya durante las primeras horas del combate hicieron impacto en el castillo y en las caballerizas unos sesenta proyectiles. El edificio quedó tremendamente dañado, pero los marineros mantuvieron sus posiciones.

Entre las nueve y las diez, mientras el combate aún estaba

por decidir, se abrieron paso hacia allí masas de civiles que habían ido siguiendo el ruido atronador de los cañones; trabajadores, mujeres y niños; su aparición parece que causó un efecto desmoralizador en las tropas del gobierno, ya que de forma totalmente espontánea la gente tomó partido por los marineros. El ambiente creado por todo el gentío que allí se agrupó recordaba al del 9 de noviembre: «¡Hermanos, no disparéis!».

Sobre las diez se produjo un alto en la lucha para poder apartar a mujeres y niños del lugar del combate. A las 10.30 horas se reanudó el combate con mayor violencia y ahora eran los marineros quienes atacaban. A lo largo de la batalla algunos soldados se pasaron de bando, uniéndose a los marineros y también se incorporaron algunos civiles armados. De todas formas, según una noticia aparecida al día siguiente en el *Vorwärts*, que precisamente no estaba de parte de los marineros, a las doce «toda la zona que rodeaba las caballerizas, incluida la Königstrasse hasta el ayuntamiento, estaba ocupada por los marineros y sus partidarios armados con ametralladoras».

En ese momento la lucha se interrumpió definitivamente. Las tropas que por la mañana habían iniciado el combate se vieron obligadas a abandonar el campo de batalla y pudieron retirarse sin problemas. Los marineros regresaron a sus cuarteles, de donde les habían intentado expulsar. Habían conseguido mantener en su poder el campo de batalla. Cada bando se llevó a sus muertos y heridos, cuyo número sigue siendo desconocido.

Esa tarde, en el Cuartel General de Kassel y en la Cancillería de Berlín reinaba una profunda consternación y un intenso abatimiento. El mayor Von Harbou, que durante la operación actuó como oficial de estado mayor, mandó un telegrama a Kassel: «Las tropas del general Lequis han dejado de ser operativas. No veo ningún modo de proteger al gobierno con los medios actuales. El resultado del enfrentamiento de hoy puede ser políticamente catastrófico para el gobierno. Las tropas bajo el mando de Lequis, a mi modo de ver, ya no pueden llevar a cabo la misión. Reco-

miendo su disolución». (El general Lequis era el comandante en jefe de las diez divisiones que habían entrado en Berlín hacía catorce días.) En una conferencia del Estado Mayor que tuvo lugar inmediatamente en Kassel, varios oficiales se pronunciaron a favor de disolver el Alto Mando del Ejército. «No sirve de nada seguir rebelándose por más tiempo contra el destino. Todo el mundo debe marcharse a casa y pensar en cómo proteger a su familia y salvar la propia piel.»

Quien se encargó de poner fin a este derrotismo —y con ello intervino por segunda vez en dos días en la historia alemana— fue el mayor Von Schleicher. Si ahora no tiraban la toalla, explicó clarividentemente, la derrota de Berlín quedaría tan sólo como un episodio. La salvación vendría de las tropas de voluntarios (Freikorps) que se estaban formando. Groener coincidió con esta opinión. Sabía que la formación de los Freikorps se estaba poniendo en marcha con vigor, y estaba convencido que el tiempo correría a favor de la contrarrevolución.

Ebert estaba mucho menos informado; el Alto Mando tampoco le dejaba ver todas las cartas. A Ebert se le hacía cada vez más evidente que se encontraba indefenso si la revolución aprovechaba su victoria y contaba seriamente con un ataque sorpresa contra la Cancillería. Le daba vueltas, no sin motivo, a su propia seguridad.

Groener, que esa Nochebuena volvió a hablar con él por teléfono, describe a un Ebert sereno, flemático, casi de buen humor. Cuando le preguntó qué iba a hacer, Ebert, según Groener, contestó: «Lo primero que voy a hacer es visitar a unos amigos y descansar, de lo cual siento una inmensa necesidad. Si Liebknecht tiene que ocupar la Cancillería, pues que lo haga. Se encontrará con el nido vacío».

Otros testigos presenciales que hablaron con Ebert esa misma noche ofrecen un retrato menos majestuoso. Ya la noche anterior, y aún más tras la derrota ante el castillo, Ebert, presa del pánico, había insistido en abandonar Berlín con todo el gobierno para dirigirse a alguna provincia más tranquila, a Rudolstadt o Weimar. «Sencillamente-así-no-se-pude-seguir —repitió en varias

ocasiones con un énfasis casi histérico—. Así-sencillamente-no-se-puede-gobernar.»

Tal vez, Ebert se mostró ante Groener realmente más sosegado que durante la conversación con sus colegas. Que ya no se sentía seguro en la Cancillería, lo señala un testigo tras otro. Y mirado objetivamente, tenía motivos de sobra para ello. Si la revolución hubiese tenido un líder, esa noche nada se habría interpuesto entre ella y el poder.

Pero la revolución no tenía líder y tampoco veía cuáles eran sus opciones, y aparte de ello: era Nochebuena. Por fin los marineros ya habían recibido su paga, habían luchado y habían vencido; ahora tenían ganas de festejarlo.

Por lo que respecta a Liebknecht estuvo toda esa noche ocupado en preparar un número especialmente importante del periódico *Die Rote Fahne* (Bandera Roja) que saldría publicado a la mañana siguiente con un gran titular: «Las Navidades sangrientas de Ebert». Los dirigentes revolucionarios, que al igual que todo el mundo estaban sentados en su casa ante el árbol de Navidad y cantaban «noche de paz, noche de amor», convocaron para el siguiente viernes una manifestación bajo el lema: «La situación es extremadamente grave, la Revolución corre un gran peligro». Pero los socialdemócratas independientes, encabezados por el melancólico Haase, sólo veían una cosa: debían abandonar el gobierno; ya no querían tener nada que ver con sucesos tan terribles como los que se habían producido el 24 de diciembre sin su conocimiento y sin su intervención.

De este modo, le hicieron a Ebert y a sus colaboradores el más grande de los favores. Groener elogió a Ebert por haber manejado con habilidad la crisis de Navidad, consiguiendo echar a los Independientes del gobierno. El entonces secretario del jefe de los servicios de la Cancillería, Walter Oehme, cuenta que ya en los días previos al día de Navidad se había instaurado en la Cancillería una estrategia abiertamente hostil contra los tres comisarios del pueblo del USPD. «El tema del día era que debían dimitir. Ya se tenía la mirada puesta en nuevos colaboradores socialistas conservadores. Como todo el aparato de la Cancillería se había

alineado con los comisarios del pueblo del SPD, a partir de ese día sólo trabajó para ellos [para acabar con el Congreso de los Consejos del Reich y llevar a cabo la elección de un Consejo Central formado únicamente por miembros del SPD]. Lentamente se fue apartando a Haase, Dittmann y Barth.» Pero si las cosas fueron realmente así —algunos cronistas socialdemócratas lo niegan—, se podrían haber ahorrado el trabajo porque Haase, Dittmann y Barth, los comisarios del pueblo del USPD, ya salían del medio por su propio pie.

La ingenuidad de su táctica política durante la discusión acerca de los hechos del 23 y 24 de diciembre sólo puede explicarse si se supone que, de forma consciente o inconsciente, no aspiraban a otra cosa que a deshacerse de la responsabilidad del gobierno, a cuya altura nunca habían estado. Después de haber discutido estérilmente durante todo un día con sus colegas del SPD sobre lo justo o injusto de la orden de abrir fuego del 24 de diciembre, apelaron al Consejo Central, constituido exclusivamente por representantes del SPD como árbitro; y después de que el Consejo Central, tal y como era de esperar, hubiese votado en su contra, abandonaron el gobierno.

Esto sucedía el 29 de diciembre. Y el 30 de diciembre, los tres comisarios del pueblo del SPD habían elegido a dos nuevos colegas de su mismo partido, Wissell y Noske, y la «unidad socialista» proclamada siete semanas antes fue enterrada sin disimulo con gran éxito. «La desavenencia entorpecedora se ha superado —celebraban en un llamamiento dirigido al pueblo alemán—. ¡Ahora tenemos la posibilidad de empezar a trabajar!» La proclama también marcaba como objetivo «Calma y seguridad». La palabra «Revolución» ya no aparecía en ella. E iba firmada: «El gobierno del Reich». Se había eliminado el «Consejo de los Comisarios del Pueblo».

De este modo, de la primera y única victoria militar de la revolución, se pasó en cinco días a su derrota política decisiva. El 9 y 10 de noviembre, Ebert todavía le había concedido a la revolución,

para poder controlarla, un «Gobierno de Unidad Socialista». Ahora, sólo siete semanas después, se terminó con esta unidad socialista, aunque ya desde el principio había sido mucho más aparente que real. Todas las fuerzas políticas que habían aspirado realmente a la revolución o que, como mínimo, habían simpatizado con ella, se habían quedado fuera. En parte había sido por su culpa: habían dejado pasar su hora y no se habían tomado en serio sus posibilidades. Se habían dejado excluir, o mejor, se habían excluido a sí mismas.

La consecuencia inmediata fue también el desmoronamiento de la izquierda política. Tras cada derrota, se producen disputas entre los vencidos; cada uno culpa al otro de lo sucedido. Y así también pasó en esta ocasión.

El 30 de diciembre la Liga Espartaquista se separó definitivamente del USPD y se constituyó como Partido Comunista (KPD). Al mismo tiempo se enemistó con los dirigentes revolucionarios que no querían participar en esta nueva formación y que consideraban desde hacía tiempo peligrosa y diletante la «táctica callejera» de Liebknecht, consistente en organizar manifestaciones de forma permanente.

Incluso en el congreso fundacional del KPD se dieron desde el principio divergencias extremas entre la masa de seguidores que exigía una acción inmediata, y los dirigentes que veían un largo camino ante ellos. (Rosa Luxemburg: «Compañeros, vuestro radicalismo es bastante simple... Estamos al principio de la revolución».)

El USPD quedó muy dividido, incluso después de la escisión de los Espartaquistas. Algunos miembros de su ala derecha se pasaron nuevamente al SPD. Su ala izquierda acusaba a los anteriores comisarios del pueblo de haber fracasado y de haberlo hecho todo al revés. Los dirigentes revolucionarios expulsaron de su organización a Emil Barth, su único representante hasta entonces en el Consejo de los Comisario del Pueblo, que siete semanas antes aún era uno de los miembros más antiguos del grupo.

Pero mientras se desmoronaba la dirección política de las izquierdas, se fue creando entre las masas trabajadoras un nue-

vo espíritu revolucionario. En noviembre las masas creyeron haber vencido. Después de Navidad se sentían traicionadas, decepcionadas por su victoria, pero todavía no derrotadas. Tenían que rehacerse. ¿Acaso no lo habían conseguido también solas en noviembre, sin líder alguno? ¿Por qué lo que había sido entonces posible, debía resultar imposible esta vez?

Cuando el domingo 29 de diciembre, los marineros caídos en Friedrichshain, en Berlín este, fueron enterrados, les seguía un inmenso cortejo fúnebre formado por gente furiosa. Llevaban pancartas en las que se podía leer:

> «Acusamos a Ebert, Landsberg y Scheidemann
> de ser los asesinos de los marineros.»

y

> «¡A la Violencia se le responde con más violencia!»

Alzaron los puños y gritaron todos a una: «¡Fuera los traidores!».

Durante algunas horas se desencadenó en las calles de la zona este la segunda oleada revolucionaria. Sería derrotada una semana más tarde.

10

ENERO DECISIVO

El destino de la Revolución se decidió en Berlín durante la semana del 5 al 12 de enero de 1919. Esta semana ha entrado en la Historia injustamente como la «Semana Espartaquista». Lo que sucedió durante esa semana no fue un levantamiento comunista contra el gobierno socialdemócrata. Fue un intento de las masas trabajadoras de Berlín por conseguir de nuevo lo que habían logrado entre el 9 y 10 de noviembre y que entretanto casi se había vuelto a perder, y además, por conseguirlo del mismo modo que antaño. El 5 de enero fue un segundo 9 de noviembre.

Pero lo que en noviembre se había alcanzado al menos en apariencia, fracasó plenamente en enero. Fracasó, en parte, porque la dirección, situada en torno a los dirigentes revolucionarios, operaba aún más desorientada y sin plan que antaño. Ahora Ebert se sentía realmente fuerte para atreverse a hacer lo que antaño no se había atrevido: esto es, dejar que la Revolución fuera aplastada por las armas.

Nadie había planeado o previsto lo que sucedió el 5 de enero en Berlín, fue un impulso espontáneo de las masas. El motivo era trivial. El jefe superior de la Policía de Berlín, un hombre bastante insignificante llamado Emil Eichhorn que nunca, ni antes ni después, desempeñó un papel importante, se negó a aceptar su despido decretado por el ministerio del Interior prusiano. Era miembro del USPD y se dirigió a la sección local de su par-

tido para pedir apoyo. El sábado 4 de enero, el presidente del USPD, los delegados revolucionarios y dos representantes del recién formado KPD, Liebknecht y Pieck, se encontraron con Eichhorn en la jefatura de Policía y decidieron convocar para el domingo una manifestación de protesta contra la suspensión de este último; fue lo único que se les ocurrió. Pero les esperaba una sorpresa.

Se convocó para las dos de la tarde del domingo «una imponente manifestación masiva en la Siegesallee». Ya por la mañana, como el 9 de noviembre, acudieron en masa nuevamente desde todos los suburbios obreros camino del centro del Berlín, y a las dos ya había cientos de miles de personas, codo con codo, no únicamente en la Siegesallee, sino también atravesando el Tiergarten, a lo largo de la Unter den Linden, hasta la Schlossplatz y desde allí por toda la Königstrasse hasta la Alexanderplatz, donde se hallaba la jefatura de Policía.

No fue en ningún caso una reunión pacífica. Era una concentración militar. Mucha gente iba armada. Todos estaban irritados y sedientos de acción. Después de haber oído el discurso —a pesar de que la mayoría apenas oía nada porque por aquel entonces aún no había equipos de altavoces—, las masas no se dispersaron. Exactamente del mismo modo que el 9 de noviembre, algunos individuos decididos tomaron la iniciativa repentinamente, emitieron algunos eslóganes y reunieron destacamentos armados. La gente no pretendía únicamente manifestarse, quería actuar, actuar de alguna manera.

Más adelante se afirmó que algunos confidentes del gobierno intervinieron como *agentes provocadores*. Es posible, pero hubiese sido imposible que arrastrasen a las masas a actuar si estas masas no hubiesen estado ya decididas por sí mismas.

Por la tarde, la manifestación se había convertido en una acción armada. Su radio de acción principal se situó en el barrio de la prensa. Se ocuparon los locales de todos los grandes periódicos —Scherl, Ullstein, Mosse, y el *Vorwärts*—, se pararon las máquinas y se mandó a casa a los redactores. Más adelante, otros grupos armados ocuparon las estaciones principales.

Por la noche, podían verse columnas de exaltados por todo el centro de Berlín, buscando objetivos estratégicos que ocupar o enemigos a los que abatir.

Nadie estaba más sorprendido por este arrebato violento de las masas que la gente que había convocado la concentración. No habían podido imaginar ni por un momento la avalancha que habían desencadenado.

Ese domingo por la tarde se reunieron en la jefatura de Policía de Berlín ochenta y seis hombres: setenta dirigentes revolucionarios, diez miembros de la junta directiva del USPD de Berlín con el viejo Georg Ledebour al frente, dos representantes de los soldados y dos de los marineros, Liebknecht y Pieck como enviados del KPD y finalmente el propio Eichhorn. Los reunidos, según el informe de uno de los participantes, estaban «atónitos por la violencia de la manifestación, y eran incapaces de tomar una decisión respecto a qué era lo que tenía que suceder a continuación». Imperaba «un ambiente que no permitía que se llegase a ninguna postura objetiva. Los participantes presentaban propuestas cada vez más descabelladas entre improperios y reivindicaciones».

Heinrich Dorrenbach, el líder de la Volksmarinedivision, era el que se comportaba de forma más brutal, ya que no sólo estaba sobreexcitado por lo sucedido en las últimas horas como todos los demás, sino que además se le había subido un poco a la cabeza la victoria conseguida durante el combate del día de Nochebuena en la Schlossplatz. Ahora afirmaba que «no únicamente la Volksmarinedivision, sino que también todos los demás regimientos de Berlín apoyaban a los dirigentes revolucionarios y estaban dispuestos a derrocar mediante las armas al gobierno Ebert-Scheidemann». Liebknecht manifestó al respecto que en el estado actual de las cosas era posible y absolutamente necesario derrocar al gobierno. Ledebour dijo: «Si optamos por ello, todo debe realizarse con la mayor rapidez».

Sin embargo, los dos representantes de los soldados hicieron una advertencia. «Tal vez las tropas nos apoyen —dijo uno—, pero

siempre han vacilado.» El otro era aún más pesimista: incluso se podía dudar sobre si Dorrenbach tenía a su propia gente de su parte (un escepticismo que pronto quedaría demostrado). Pero los que pronunciaban las advertencias no pudieron hacer nada contra la embriaguez de la victoria que curiosamente no trasmitieron los dirigentes a las masas, sino las masas a los dirigentes. Con ochenta votos contra seis se decidió «iniciar la lucha contra el gobierno y llevarla a cabo hasta conseguir derribarlo».

Durante la noche se publicó el siguiente llamamiento:

> ¡Trabajadores! ¡Soldados! ¡Compañeros! El domingo manifestasteis con una fuerza abrumadora vuestros deseos de hacer fracasar el último ataque malicioso del ensangrentado gobierno de Ebert. Ahora se trata de algo aún mayor. ¡Hay que poner freno a las maquinaciones de los grupúsculos contrarrevolucionarios! ¡Por eso debéis salir de las fábricas! ¡Congregaos en masa hoy a las once de la mañana en la Siegesallee! ¡Hay que afianzar la Revolución y llevarla hasta el final! ¡Luchemos por el socialismo! ¡Luchemos por el poder del proletariado revolucionario! ¡Fuera el gobierno Ebert-Scheidemann!

Se constituyó un «Comité Revolucionario Provisional» de no menos de cincuenta y tres hombres, con Ledebour, Liebknecht y un tal Paul Scholze a la cabeza; este comité revolucionario declaró que «se hacía cargo temporalmente de los asuntos de gobierno». Pero en realidad no se hizo cargo nunca ni de los asuntos del gobierno ni de los de la revolución. La única acción que llevó a cabo fue el llamamiento a una nueva concentración para el lunes.

Este llamamiento fue seguido. El lunes por la mañana las masas volvían a estar en la calle, tal vez aún más numerosas que el domingo. Codo con codo volvían a llenar la Siegesallee hasta la Alexanderplatz, armadas, expectantes, dispuestas a actuar en cualquier momento. Se sentían fuertes. El día antes habían podido mostrar su fuerza y su poder como si de un juego se tratara, de

forma totalmente espontánea, sin líderes. Ahora creían tener un líder, ahora esperaban decisión, lucha y victoria.

Pero no sucedió nada de nada. La dirección no se dejó ver. Algunos grupos aislados actuaron por su propia cuenta y ocuparon un par de edificios públicos, la oficina de telégrafos Wolffsche y la imprenta del Reich. Nadie se atrevió a llevar a cabo el ataque decisivo contra la Cancillería; y no llegaba ninguna orden. Frente a la Cancillería se habían agrupado algunos simpatizantes del gobierno armados, que el SPD había convocado por la mañana.

Pasaron las horas. El día, que había amanecido con una bella luz de invierno, se nubló, hacía un frío húmedo y poco a poco fue oscureciendo. Y no llegaba ninguna orden. La gente se comió los bocadillos que había traído de casa y volvía a tener hambre, el eterno hambre de esos días de revolución. Después de comer, las masas se fueron dispersando lentamente. Por la tarde se habían esfumado. Y a la medianoche, el centro de Berlín estaba vacío. Ese 6 de enero de 1919, aunque nadie lo sabía, la Revolución alemana había muerto.

¿Qué había pasado? En primer lugar, no se produjo el esperado apoyo de las tropas berlinesas a la segunda oleada revolucionaria. Había sucedido exactamente lo que los representantes de los soldados habían previsto la tarde anterior: las tropas vacilaron, discutieron, no acababan de saber lo que pasaba; como siempre, estaban tanto a favor de la revolución como de la calma y el orden. Sea como fuere, no tenían ningunas ganas de arriesgar su vida. Incluso la Volksmarinedivision se declaró «neutral». Por la mañana, el comité revolucionario formado por cincuenta y tres miembros se había trasladado esperanzado de la jefatura de Policía al cuartel general de los marineros, en las caballerizas. Por la tarde, fue nuevamente evacuado con buenas palabras. Así transcurrió el día.

Por la tarde se convocó una nueva reunión en la jefatura de Policía, reinaba un ambiente totalmente distinto al del día anterior. Ya no se trataba de discutir si el gobierno podía ser derrocado, sino únicamente de si podían salir del apuro de una forma aceptable.

Ese lunes por la mañana todavía parecía posible, incluso durante los siguientes dos o tres días. Ambos bandos se temían mutuamente: también el gobierno temía a la revolución. El susto del domingo les había calado hasta los huesos, y el lunes se podía ver desde la Wilhelmstrasse la gigantesca concentración; la Unter den Linden parecía un campamento militar: ¿Qué pasaría si este ejército se ponía en movimiento para atacar el edificio del gobierno? Nadie sabía cuán desamparados estaban en realidad los líderes de la Revolución. Al parecer, ni el gobierno ni sus oponentes podían contar con la mayoría de las tropas berlinesas.

Fuera, sin embargo, en los campos de entrenamiento de las tropas situados en la marca de Brandemburgo, se formaban los Freikorps. Todavía el sábado, en Zossen, Ebert y Noske habían hecho una visita al recién formado Landesjägerkorps (Cuerpo Nacional de Cazadores) del general Maercker, y se llevaron una agradable sorpresa al ver ante ellos nuevamente a «verdaderos soldados»; Noske golpeó en el hombro a Ebert, dos cabezas más bajo que él, y le dijo: «Estate tranquilo, todo volverá a tomar su rumbo». Pero esto pasaba en Zossen el sábado y el lunes en Berlín, en Unter den Linden, no había ningún miembro del Cuerpo de Cazadores, sino la revolución armada.

La mediación que ofrecían ese lunes los comisarios del pueblo del USPD, que se habían separado del gobierno el 29 de diciembre, era más que bienvenida. Ebert la aceptó gratamente; como mínimo así podía ganar tiempo. Sólo puso una condición: levantar la ocupación de las redacciones de los periódicos.

Sobre eso debía decidir el comité revolucionario la tarde del lunes. Si hubiese aceptado, tal vez no hubiese pasado nada. Pero dijo que no.

El espectáculo que ofrece desde el primer minuto hasta el último esta especie de comité incapaz de actuar es digno de compasión. No podía seguir adelante, pero tampoco quería retroceder. El decaimiento de los ánimos tras la embriaguez de la victoria del día anterior había sido demasiado fugaz; darse cuenta de la derrota y admitirla, e iniciar la retirada apenas veinticuatro horas

después de toda esa euforia: era más de lo que podían aceptar sus cincuenta y tres miembros.

Tal vez, a los cincuenta y tres también les corroía una duda interior: si podían —o no— garantizar el desalojo de las redacciones de los periódicos. No habían ordenado su ocupación y no tenían ningún control sobre los grupos armados que las habían ocupado, en muchos casos no tenían ni la menor idea de quién dirigía esos grupos. ¡Pero esto no debía saberse! No podían demostrar que la situación se les iba de las manos. Por eso dijeron que no.

En el fondo, a Ebert esto ya le iba bien. No pretendía llegar, como el 10 de noviembre, a una paz aparente con la Revolución; lo que quería era desquitarse. («¡Se acerca la hora de la revancha!», rezaba un llamamiento del gobierno formulado por él mismo que apareció dos días después, el 8 de enero.) Mientras aplazaba un par de días esas negociaciones sin futuro, organizó unos preparativos militares que seguían en dos líneas.

Una era la línea de Noske, la línea de los Freikorps. El lunes, Noske había sido nombrado en la Cancillería, a medio sitiar, comandante en jefe. («Esto no me molesta —según testificó él mismo—, alguien tendrá que ser el perro sanguinario.») Había tenido que marcharse inmediatamente de la zona de peligro atravesando la Puerta de Brandemburgo entre las masas armadas que no tenían ninguna idea de quién era ese civil alto y con gafas. («Pedí amablemente en repetidas ocasiones permiso para pasar porque tenía un recado que hacer. Se me abrió paso de buena gana.») Desde entonces se instaló en Dahlem, en el Luisenstift, un suburbio del oeste de Berlín, un fino pensionado de señoritas que disfrutaban de unas prologadas vacaciones de Navidad. Allí había instalado su cuartel general, y desde allí impulsaba la formación de los nuevos Freikorps en los alrededores de Berlín y preparaba su marcha sobre la ciudad. En Dahlem no había ninguna revolución, ningún obrero se perdía por esa zona. En los amplios jardines invernales reinaba la calma señorial. Noske podía trabajar allí sin ser molestado.

Pero su trabajo requería tiempo, y Ebert no disponía de él. Berlín seguía en huelga general, las redacciones de los periódicos

y las estaciones seguían ocupadas, el comité revolucionario seguía apostado en la jefatura de Policía y en el este y en el norte seguían produciéndose grandes concentraciones de revolucionarios. ¿Si los Freikorps aún no estaban preparados para la marcha, no se podía empezar con las tropas de Berlín? Ebert lo quería intentar a toda costa. ¡Por Dios, algo debía poder utilizarse contra los espartaquistas!

En una segunda línea, él mismo preparaba el contraataque mientras simultáneamente seguía negociando y expresaba su rechazo ante un derramamiento de sangre. Y efectivamente, fueron las tropas berlinesas las que tuvieron un papel decisivo. Los Freikorps entrarían en Berlín cuando la batalla ya se había librado.

El giro decisivo tuvo lugar en los días que van del jueves 9 al domingo 12 de enero de 1919. Durante esos días, por orden de Ebert, la Revolución fue aplastada a tiros en la capital. Los cañones, que sólo se habían dejado oír el 24 de diciembre, tronaron de forma continuada, mientras una serie de unidades improvisadas —las tropas del cuartel Maikäfer, que siempre habían mantenido una postura muy conservadora, el Regimiento Reichstag, una nueva formación fiel a Ebert, el Regimiento Reinhard de voluntarios de extrema derecha constituido durante las Navidades y, finalmente, los batallones de Potsdam bajo el mando del mayor Von Stephani derrotados tan vergonzosamente la tarde del día de Nochebuena y que desde entonces habían vuelto a reorganizarse— reconquistaban uno tras otro los edificios ocupados, librando cruentas luchas callejeras, que por momentos fueron casa por casa, para al fin, el domingo, ocupar la jefatura de Policía.

El combate más duro se libró el sábado 11 de enero por la mañana cerca de la redacción del *Vorwärts*, en la Lindenstrasse: el primer bombardeo, al igual que lo sucedido en el castillo, no tuvo el efecto esperado. El primer asalto fue repelido, pero le siguió un segundo, precedido de un bombardeo más intenso, y entonces sucedió algo espantoso: el equipo del *Vorwärts* envió seis parlamentarios con bandera blanca para negociar una salida pa-

cífica. Uno de ellos fue enviado de vuelta con la exigencia de una rendición sin condiciones, los otros cinco fueron retenidos, detenidos, terriblemente maltratados y finalmente fusilados junto a dos correos que habían sido apresados. Entonces se asaltó el *Vorwärts*. Trescientos hombres que lo defendían fueron hechos prisioneros.

El mayor Von Stephani llamó a la Cancillería y preguntó qué debía hacer con todos los presos. Según su relato recibió la siguiente respuesta: «¡Fusiladlos a todos!». El mayor se negó a ello; era un oficial de la vieja escuela. A pesar de ello, siete de los presos fueron fusilados, la gran mayoría recibieron terribles golpes con la culata de los fusiles, sin que Von Stephani pudiese impedirlo. Volkmann, el archivero del Reich, que escribió una historia sobre la revolución muy favorable los militares, narra lo siguiente: «Los soldados apenas podían refrenar la rabia. Al ver a uno de sus propios oficiales, preso por los insurrectos y retenido en el edificio del *Vorwärts* durante el tiroteo, estrechar la mano de los espartaquistas para agradecerles el buen trato que le habían dispensado, le apalearon violentamente».

El 12 de enero se acabaron las luchas en Berlín. La Revolución había sido aplastada. ¿Fue una revolución espartaquista, es decir, comunista? Desde el principio esto es lo que los vencedores han hecho creer a la opinión pública y lo que se ha mantenido hasta el día de hoy. (Se puede observar la naturalidad con la que Volkmann trata a los ocupantes del *Vorwärts* de «espartaquistas».)

Pero ésta no es la verdad. El KPD no había ni previsto el levantamiento de enero ni lo había pretendido, no lo había planeado ni lo había dirigido. De hecho, incluso se sentía horrorizado por la precipitación de las masas, la falta de planificación y de dirección. Un levantamiento de estas características, antes de que el partido estuviese perfectamente consolidado, ¡contravenía cualquier regla! Cuando el 8 de enero Liebkencht se dejó caer nuevamente por el comité ejecutivo del partido, fue abrumado con reproches a causa de su participación unilateral. «Karl, ¿es acaso éste nuestro progra-

ma?», debió espetarle Rosa Luxemburg, o, según otra versión: «Karl, ¿dónde ha quedado nuestro programa?».

Pero tampoco el miserable «Comité Revolucionario» —en el que llevaban la voz cantante los setenta delegados revolucionarios y no los dos comunistas convencidos, Liebknecht y Pieck— había planeado ni participado, y aún menos dirigido, el levantamiento de enero. Este levantamiento era exclusivamente obra espontánea de las masas obreras berlinesas, las mismas masas que habían hecho la Revolución de noviembre; la mayor parte de estas masas eran socialdemócratas, no espartaquistas o comunistas, y su levantamiento de enero no era diferente a su levantamiento de noviembre.

Todo ello puede demostrarse, ya que las masas no se quedaron calladas. En la segunda mitad de esta trágica semana de enero, cuando se les hizo evidente el fracaso del «Comité Revolucionario» y mientras en el barrio de la prensa ya hablaban los cañones, formularon en grandes asambleas sus objetivos con una claridad notoria.

El jueves 9 de enero se reunieron en Humboldthain cuarenta mil trabajadores de las fábricas AEG y Schwartzkopff. Decidieron —exactamente igual que el 10 de noviembre— la «Unidad de los trabajadores de todas las tendencias» y constituyeron una comisión paritaria con este propósito. En los días siguientes prácticamente todas las fábricas de Berlín abrazaron el movimiento unitario. Característica es la resolución de cuatro puntos que tomaron el 10 de enero las fábricas de Spandau (ochenta mil trabajadores): «1.º) dimisión de todos los comisarios del pueblo; 2.º) reunión de los comités paritarios de los tres partidos; 3.º) nuevas elecciones de los consejos de trabajadores y soldados, del consejo central, del consejo ejecutivo y de los comisarios del pueblo, y 4.º) puesta en marcha de la unión de los partidos socialistas». Significativas también para muchos eran las demandas de dimisión de los «dirigentes de *todas las tendencias políticas* incapaces de impedir este espantoso asesinato entre hermanos» por parte de los trabajadores de las centrales eléctricas del Sudoeste y Schöneberg del viernes 10 de enero.

Éstos no son los típicos objetivos ni de espartaquistas ni de comunistas. Son los mismos objetivos que el 10 de noviembre Ebert había manifestado falazmente: unión socialista y «no a una guerra entre hermanos». Los obreros berlineses habían luchado el 9 de noviembre por estos objetivos y por estos objetivos habían tomado las armas de nuevo, espontáneamente y sin líder, durante la sangrienta semana de enero.

Seguían queriendo lo que habían querido en noviembre: la unión de todos los partidos socialistas y la aniquilación de un viejo estado feudal y burgués a favor de un nuevo estado obrero. El 10 de noviembre, Ebert había correspondido aparentemente a este anhelo. Pero en realidad nunca lo había querido; desde el principio había pretendido el mantenimiento del estado anterior. Precisamente esto es lo que los obreros berlineses habían entendido entre noviembre y enero, y por eso no hicieron en enero una revolución espartaquista o comunista, sino de nuevo la misma revolución. Pero si la primera vez habían conseguido como mínimo una victoria aparente, esta vez la revolución acabó con una derrota violenta.

Los trabajadores que el 9 de noviembre y el 5 de enero habían salido a las calles y que el 9, 10 y 11 de enero habían expresado sus propósitos en acuerdos masivos, votaron otra vez mayoritariamente a los socialdemócratas el 19 de enero en las elecciones a la Asamblea Nacional que establecería una constitución. Seguían sintiéndose socialdemócratas, ni independientes ni comunistas. Los que a su entender ya no eran socialdemócratas eran Ebert, Scheidemann y Noske.

Pero quienes ahora tenían el poder en sus manos eran Ebert, Scheidemann y Noske, y ellos determinaban, de ahora en adelante, quién tenía derecho a considerarse socialdemócrata y quién debía dejarse insultar como «¡Espartaquista!». También tenían el poder para arrojar simplemente a la papelera cualquier resolución de los trabajadores elaborada durante la semana de enero.

Sin embargo, para consolidar el poder frente a sus propios seguidores, se veían obligados ahora a respaldarse en extraños aliados, aliados para quienes ellos mismos eran «medio espartaquistas». Con la misma ingenuidad con la que dos meses atrás la revolución se había entregado a Ebert, ahora se entregaba Ebert a la contrarrevolución.

Una vez Ebert hubo ganado la batalla por Berlín, Noske concluyó también sus preparativos. Los primeros Freikorps estaban formados; podían entrar en Berlín. El sábado 11 de enero —tras el asalto al *Vorwärts*—, se realizó una demostración: un ostentoso desfile de los Landesjägerkorps de Maercker a través de los barrios burgueses situados al oste de Berlín, desde Lichterfelde pasando por Steglitz y Schöneberg hasta la Potsdamer Platz y siguiendo hasta la Dönhoffplatz. El periódico conservador *Post* describía al día siguiente el suceso bajo el título «Un rayo de esperanza»:

> Ayer por la tarde, hacia las tres, aquellos que defienden los intereses de la nación pudieron alegrarse de nuevo al contemplar una escena anhelada durante tanto tiempo. En la Potsdamer Platz se veían tropas en dirección a la Dönhoffplatz. Tropas con oficiales, tropas bajo el mando de sus jefes. Una enorme multitud de gente se amontonó en la calle y les saludaba con vítores entusiásticos. La marcha se vio frenada en varias ocasiones. Se impartieron enérgicas órdenes «¡Compañía, alto! ¡Presenten, armas!» que fueron ejecutadas con precisión. «¡Bravo!», estalló el público. Todo el mundo miraba con admiración a esta excelente, impecable y disciplinada tropa y a sus jefes.

Lo que el *Post* calló fue que esta excelsa tropa era conducida por un único, alto y miope civil: Gustav Noske. No hubiese renunciado a ello por nada del mundo. El ya citado Volkmann ofrece una instantánea de la curiosa imagen: «En su rostro, de una seriedad imperturbable, se dibujaba una voluntad de hierro. A su lado, medio burlón, medio avergonzado, se encontraba un coronel».

Esta marcha era tan sólo un preludio. El 15 de enero, el miércoles después de la semana revolucionaria, fueron ocupados el sur, el oeste y el centro de Berlín por el nuevo Cuerpo de Ejército Lüttwitz. El norte y el este —los barrios obreros— quedaron libres por el momento. Su sometimiento, que no podía realizarse sin derramamiento de sangre, estaba previsto para más adelante.

El oeste de Berlín fue tomado por la recién formada División de Fusileros Montados de la Guardia. Instalaron su cuartel general en el elegante Hotel Eden. Llevaban carteles consigo en los que se podía leer: «La División de Fusileros Montados de la Guardia ha entrado en Berlín. ¡Berlineses! La división os promete no abandonar la capital hasta que el orden haya sido reinstaurado definitivamente».

También el día de su entrada, la división entregó su tarjeta de visita al asesinar a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

11

LA PERSECUCIÓN Y ASESINATO DE KARL LIEBKNECHT Y ROSA LUXEMBURG

Cuando la tarde del 15 de enero de 1919 Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, aturdidos a golpes de culata, fueron conducidos en automóvil desde el Hotel Eden de Berlín hasta el Tiergarten para ser asesinados, el curso de los acontecimientos políticos no se vio afectado, por el momento, en nada. Había sonado la última hora de la Revolución, durante la cual el papel de Liebknecht fue muy marginal y Rosa Luxemburg no participó activamente en nada. Sea como fuere, su sangriento final era inminente. El asesinato de estas dos figuras simbólicas quizá marcó este final; pero en el conjunto de los acontecimientos, este crimen no parecía ser más que un episodio particularmente cruel.

Hoy se percibe con horror que éste fue el episodio más cargado de historia de todo el drama de la Revolución alemana. Observado con medio siglo de distancia, este suceso acarreó consecuencias tan enormes e incalculables como lo sucedido en el Gólgota, que apenas pareció trastocar nada cuando ocurrió. La muerte ha unido a Liebknecht y a Rosa Luxemburg. Pero durante sus vidas, y casi hasta el final, poco tuvieron que ver el uno con el otro. Ambos siguieron trayectorias muy distintas y fueron personalidades muy diferentes.

Liebknecht era uno de los hombres más valerosos que Alemania jamás haya dado. No era un gran político. Hasta 1914 apenas le conocía nadie fuera del SPD; y dentro del partido tenía poco

peso, era el hijo de uno de los grandes padres fundadores del partido, Wilhelm Liebknecht: un «apasionado y testarudo abogado con un gran corazón y cierta tendencia al dramatismo».

Militó en las juventudes del partido y escribió un libro antimilitarista que le supuso año y medio de prisión; cuando fue liberado, el partido lo presentó a las elecciones, en parte como compensación por lo que había pasado y también como señal de desafío. Desde 1908, ocupó un escaño en el Landtag de Prusia y desde 1912 en el Reichstag. Rosa Luxemburg describió entonces muy irónicamente al diputado Liebknecht: «En el parlamento, en las reuniones, en las comisiones, en las conferencias, con premura y urgencia, siempre está a punto, del tren al tranvía y del tranvía al coche, con los bolsillos llenos de blocs de notas, todos los periódicos recién comprados bajo el brazo, imposible que tuviera tiempo de leerlos todos, cubierto en cuerpo y alma con el polvo de la calle...». Todavía al principio de la guerra, cuando ella intentaba formar un grupo de oposición a la guerra en el partido, escribió: «Karl es prácticamente inaprensible porque pasa como una nube por el aire».

Por el contrario, desde principios de siglo, Rosa Luxemburg era en Alemania una figura política de primer orden, aunque marginal en tres sentidos: como mujer, como judía y como medio extranjera (había nacido en la Polonia rusa y únicamente había adquirido la nacionalidad alemana gracias a un matrimonio ficticio); aparte de esto, naturalmente, el radicalismo de su postura aterrorizaba a la burguesía e incluso a los socialdemócratas pero era admirada tanto por sus amigos como por sus enemigos —con frecuencia, admirada a disgusto— por sus diversas cualidades, que lindaban con la genialidad: un intelecto de lo más agudo y sutil, un estilo brillante y una oratoria que entusiasmaba. Era una política de pura cepa y al mismo tiempo una pensadora original, además de ser una mujer calurosa y fascinante. Con su humor, su rigurosidad encantadora, su pasión y su bondad, uno se olvidaba de que no era hermosa. Era tan querida como temida y odiada.

Había participado en las grandes controversias socialistas nacionales e internacionales de inicios de siglo. Era, de igual modo,

la aliada o la adversaria de Bebel y Kautsky, de Lenin y Trotski, de Jaurès y Pilsudski. Mientras, tuvo tiempo de conocer de primera mano la Revolución rusa de 1905, y en varias ocasiones fue a parar a la cárcel por ofensas al káiser, por hacer llamamientos a la desobediencia civil y por insultar al cuerpo de oficiales. Una mujer que saltaba a la vista, una gran mujer, la más grande del siglo.

La guerra lo cambió repentinamente todo de tal modo, que hace que pensemos en los versos de *Fausto*:

> «... la mujer lo hace con mil pasos;
> pero por mucho que se apresure —
> el hombre lo hace de un salto.»
>
> *(«... mit tausend Schritten macht's die Frau;*
> *doch wie sie auch sich eilen kann —*
> *mit einem Sprunge macht's der Mann.»)*

Durante la guerra, el desconocido diputado Karl Liebknecht le tomó la delantera a la gran Rosa Luxemburg y se convirtió en una figura mundial, no por una capacidad especial en lo que a su brillantez política u originalidad intelectual se refiere, sino simplemente debido a dos actos de valor; naturalmente, nos referimos a un inmenso valor moral: el 2 de diciembre de 1914 fue el único que votó en el Reichstag contra la aprobación de un segundo empréstito de guerra. Sólo quien conozca el ambiente reinante en la Alemania de entonces y en el Reichstag puede mesurar lo que esto significaba. Y el 1 de mayo de 1916 inició una arenga en una de las manifestaciones del Día del Trabajo en la Potsdamer Platz de Berlín (no era una gran manifestación; unos centenares de hombres, mil como mucho, rodeados de policía) con las palabras: «¡Abajo la guerra! ¡Abajo el gobierno!». No pudo seguir. La policía le redujo y se lo llevó detenido y desapareció en una prisión durante los dos años y medio siguientes. Pero las seis palabras surtieron más efecto que el más largo y brillante de los discursos. Cuando el 23 de octubre de 1918 Liebknecht fue puesto en liber-

tad se había convertido para toda Alemania y más allá de Alemania en la protesta personificada contra la guerra y en la propia revolución.

Rosa Luxemburg salió de la cárcel el 9 de noviembre de 1918. Había pasado casi toda la guerra entre rejas: primero un año a causa de una sentencia política dictada antes de la guerra y luego, dos años y medio en «prisión preventiva». Durante esos años, en los que escribió sus críticas, convertidas en clásicas, a la socialdemocracia alemana y a la Revolución bolchevique, se convirtió en un personaje gris, pero su espíritu no había perdido nada de su superioridad resplandeciente.

A partir de ese momento, a ambos les quedaban dos meses de vida, los dos meses durante los cuales la Revolución alemana estalló y fracasó.

Cuando uno se pregunta en qué contribuyeron Liebknecht y Rosa Luxemburg al drama de esos dos meses, la verdadera respuesta es que en poco o nada. Todo hubiese ocurrido exactamente de la misma forma si no hubiesen existido. Incluso figuras de un día como los marineros Artelt y Dorrenbach ejercieron mayor influencia en algunos breves momentos que los dos grandes revolucionarios. Liebknecht y Rosa Luxemburg no tuvieron ninguna influencia real sobre los principales actores: Ebert y su equipo, los dirigentes revolucionarios, los marineros, las tropas de Berlín, las dos organizaciones socialistas, las asambleas de consejos, las masas que siempre intervenían de forma imprevisible. Liebknecht hizo un par de apariciones; Rosa Luxemburg ni eso.

Lo que hicieron durante esos sesenta y siete días puede reconstruirse al milímetro. A pesar de la infinitud de dificultades y obstáculos, fundaron y redactaron un periódico, *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja) y escribieron a diario sus artículos de fondo. Participaron —sin ningún tipo de éxito— en reuniones y asambleas de los dirigentes revolucionarios y del USPD de Berlín. En vista del fracaso, finalmente decidieron fundar un partido propio, prepararon el congreso fundacional del KPD (El Partido Comunista Alemán), lo organizaron y expusieron las ponencias principales; Rosa Luxemburg esbozó el programa del partido. Pero este

congreso inaugural tampoco representó ningún éxito para Liebknecht y Luxemburg: en las cuestiones más importantes fueron derrotados. Esto ocurría precisamente durante los últimos días de 1918. Luego Liebknecht participó también en las infructuosas reuniones del Comité Revolucionario de los cincuenta y tres en la jefatura de Policía de Berlín. Durante esos días, Rosa Luxemburg redactó en solitario el *Rote Fahne.* Y entonces, la escasa ración de vida que les había sido asignada, se agotó.

Si a esto sumamos la participación en las manifestaciones, los discursos ahí improvisados, las discusiones continuas con correligionarios, aparece entonces el retrato de una época más que satisfactoria, de una época trepidante y en la que no había descanso. Liebknecht y Rosa Luxemburg, durante los días que les quedaban de vida, del 9 de noviembre de 1918 al 15 de enero de 1919, *trabajaron* como posesos hasta la extenuación. Pero no *consiguieron* nada. No eran los líderes de una revolución alemana bolchevique, no eran los Lenin y Trotski alemanes. Tampoco aspiraban a ello: ni Rosa Luxemburg, porque desaprobaba por motivos fundamentales la violencia que comportaba la revolución forzada defendida por Lenin y Trotski y no dejaba de repetir, casi con solemnidad, que la revolución debía surgir de forma natural y democrática de la conciencia de las masas proletarias, y en Alemania ésta aún se encontraba muy al principio del proceso. Ni tampoco Liebknecht, porque estaba convencido de que la revolución se hacía por sí misma y como ya se había hecho no necesitaba ni más organización ni más intervención. Lenin, apenas hubo regresado en abril de 1917 a Rusia, lanzó la consigna: «¡Organización, organización y más organización!». Liebknecht y Luxemburg no organizaron nada. El lema de Liebknecht era agitación y el de Rosa Luxemburg, ilustración.

Naturalmente ella lo aplicó. Nadie avanzó abiertamente, desde el primer momento, con tanta claridad y sin reservas la realidad de la Revolución alemana y los motivos de su fracaso como lo hizo Rosa Luxemburg, día a día, en el *Rote Fahne*: la falta de sinceridad del SPD, la incoherencia del USPD, la falta de planes de los dirigentes revolucionarios. Pero ésta fue —a su modo, glo-

riosa— una labor periodística, no revolucionaria. El único efecto que Rosa Luxemburg produjo con ello fue dirigir hacia sí misma el odio mortal de aquellos a quienes acababa de descubrir el juego y desenmascarar.

Mortal. Este odio era mortal en sentido literal y desde el primer momento. Se puede comprobar fehacientemente que el asesinato de Liebknecht y de Rosa Luxemburg se planeó, como muy tarde, a principios de diciembre y se ejecutó de forma sistemática. Ya en estos primeros días de diciembre saltaban a la vista pancartas en todos los postes de anuncios, con el siguiente texto: «¡Obreros, ciudadanos! A la patria se le acerca el final. ¡Salvadla! Se encuentra amenazada, y no desde fuera, sino desde el interior por la Liga Espartaquista. ¡Matad a sus líderes! ¡Matad a Liebknecht! ¡Entonces tendréis paz, trabajo y pan! Los soldados del frente».

Los soldados del frente aún no estaban en Berlín en ese momento. La invitación al asesinato surgía de otra fuente.

¿De cuál? Existen indicios para saberlo. El entonces adjunto de Wels, un tal Anton Fischer declaró por escrito en 1920 que en noviembre y diciembre de 1918 la política de su departamento había consistido en «seguir el rastro noche y día» a Liebknecht y a Rosa Luxemburg «y cazarlos para que no pudieran llevar a cabo ninguna actividad de agitación ni organizativa». Ya la noche del 9 al 10 de diciembre, los soldados del Segundo Regimiento de la Guardia entraron en la redacción del *Rote Fahne* —más adelante lo reconocieron— con la intención de asesinar a Liebknecht. En el proceso sobre este suceso, media docena de testigos declararon que entonces Scheidemann y Georg Sklarz, un amigo suyo, que se había hecho millonario durante la guerra, habían puesto precio a la cabeza de Liebknecht y Rosa Luxemburg: 50.000 marcos por cada una.

El 13 de enero de 1919, dos días antes del asesinato alevoso, se podía leer en el *Mittielungsblatt der freiwilligen Hilfskorps in Berlin* (Boletín informativo de los Freikorps auxiliares de Berlín): «Aumentan las sospechas de que el gobierno podría relajarse en su persecución contra los espartaquitas [*sic*]. Como se asegura

en un comunicado oficial, nadie va a conformarse con lo alcanzado hasta ahora, hay que proceder también contra los líderes del movimiento con toda la energía. El pueblo berlinés no debe creer que los que se han librado hasta ahora disfrutarán en otra parte de una existencia tranquila. En los próximos días se demostrará que también con ellos se actuará con dureza». El mismo día apareció en el *Vorwärts,* el órgano central socialdemócrata, un poema que acababa con la siguiente estrofa:

«Incontables muertos en una fila —
¡Proletarios!
Karl, Rosa, Radek
Y sus compinches —
¡No estaban allí, no estaban allí!
¡Proletarios!»

(«Vielhundert Tote in einer Reih' — / Proletarier! / Karl, Rosa, Radek und Kumpanei — / es ist keiner dabei, es ist keiner dabei! / Proletarier!»)

Unos días antes, en el Luisenstift de Dahlem, Gustav Noske, comandante en jefe de Ebert durante la Guerra Civil, le ordenó personalmente al entonces teniente Friedrich Wilhelm von Oertzen, tal y como éste declaró posteriormente por escrito, mantener bajo continuo control la línea telefónica de Liebknecht e informar al capitán Pabst de la División de Fusileros Montados de la Guardia de todos sus movimientos, día a día y hora a hora. Esta orden permitió la detención de Liebknecht y de Rosa Luxemburg. Pabst dirigía el comando asesino.

A la larga, ni a Liebknecht ni a Rosa Luxemburg les pudo pasar por alto que estaban siendo perseguidos. Lo curioso y, en el sentido más honroso, significativo, es que a pesar de ello ninguno de los dos pensó ni por un momento en abandonar Berlín; también se negaron a llevar guardaespaldas, ofrecidos reiteradamente por

sus seguidores. Estaban demasiado inmersos en su labor política y periodística para perder el tiempo pensando en su seguridad personal; tal vez incluso demasiado confiados, ya que ambos estaban muy acostumbrados a los arrestos y a las cárceles como para temerlos. Precisamente debido a su experiencia, seguramente durante mucho tiempo no llegaron ni a imaginarse que esta vez se trataba de su vida; Rosa Luxemburg, de forma conmovedora, preparó para su «arresto» una maletita con pequeños objetos personales de poco valor y sus libros preferidos que ya la habían acompañado a la prisión en otras ocasiones.

Pero durante esos últimos días de su vida se vieron dominados por un presentimiento fatal. Siempre habían llevado una vida ajetreada; durante esos sesenta y siete días no pasaron prácticamente ninguno en casa; siempre pasaban la noche, durmiendo las mínimas horas imprescindibles, alternando entre la redacción, habitaciones de hotel o casas de amigos. Pero en la última semana de sus vidas, este constante cambio de domicilio adquirió un nuevo significado, que anticiparía el destino de los judíos perseguidos a muerte durante el Tercer Reich.

La redacción del *Rote Fahne*, al final de la Wilhelmstrasse, se convirtió en un lugar peligroso. Las tropas del gobierno irrumpían ahora allí casi a diario; una redactora a la que confundieron con Rosa Luxemburg escapó por poco a la muerte. Rosa Luxemburg redactó sus artículos durante unos días en la casa de un médico situada en la Hallesches Tor, y luego, cuando su presencia se hizo peligrosa para su encubridor, pasó a vivienda obrera de Neukölln. Allí se encontró con ella Karl Liebknecht el domingo 12 de enero, pero dos días después —el 14 de enero— una llamada telefónica les asustó (tal vez fuera ya una trampa tendida por el grupo de asesinos que desde hacía días observaba todos sus movimientos y seguramente, los dirigía). Huyeron a su última guarida en Wilmersdorf, en el número 53 de la Mannheimer Strasse, cerca de la Fehrbelliner Platz, la casa de los Markussohn. Allí escribieron el 15 de enero por la mañana sus últimos artículos para el *Rote Fahne*, que no sólo por casualidad se entienden como sus palabras de despedida.

El artículo de Rosa Luxemburg se tituló: «El orden reina en Berlín». Y terminaba: «¡Obtusos esbirros! Vuestro "orden" está construido en arena. Mañana la revolución "se elevará de nuevo hasta lo más alto" y para vuestro espanto anunciará al son de las trompetas: ¡Fui, soy y seré».

El artículo de Liebknecht («¡A pesar de todo!») acababa así: «Los abatidos de hoy serán los vencedores de mañana... Sobrevivamos o no, llegado el momento, nuestro programa continuará, y un día veremos el reinado de la humanidad liberada. ¡A pesar de todo!».

Al caer la tarde —Rosa Luxemburg se había tumbado con dolor de cabeza y Wilhelm Pieck se acababa de presentar con las galeradas del *Rote Fahne*— sonó el timbre. Ante la puerta se encontraba Mehring, el propietario de un restaurante, que preguntaba por el señor Liebknecht y la señora Luxemburg. Ambos hicieron decir que no se encontraban en casa, pero Mehring no desistió. Llamó a un pelotón de soldados bajo el mando de un tal teniente Lindner. El piso fue registrado, encontraron a los fugitivos y les obligaron a acompañarlos. Pudieron recoger un par de cosas. Entonces se les condujo hasta el Hotel Eden, donde se encontraba el cuartel general de la División de Fusileros Montados de la Guardia. Allí ya se les estaba esperando. Lo que pasó a continuación, se hizo rápidamente y se explica también rápidamente.

Se les recibió en el Hotel Eden con insultos y maltratos. Liebknecht, que a causa de los culatazos tenía dos heridas abiertas en la cabeza, pidió vendas, pero se las negaron. También pidió ir al lavabo; tampoco se lo permitieron. Ambos fueron conducidos ante el capitán Pabst, que dirigía la operación, en su habitación en el primer piso. No se sabe de qué hablaron en la habitación de Pabst. Únicamente nos queda la declaración de este último durante el proceso —en otros puntos se ha comprobado que era falsa—, que describe su conversación con Rosa Luxemburg como sigue:

—¿Es usted la señora Rosa Luxemburg?

—Decide usted mismo, por favor.

—Por los retratos, debe de ser usted.

—Si usted lo dice...

Liebknecht y algo más tarde Rosa Luxemburg fueron conducidos, o mejor arrastrados, escaleras abajo mientras eran golpeados y luego entregados a los comandos asesinos instruidos previamente. Mientras tanto, Pabst se encontraba en su despacho y redactó un informe detallado que apareció al día siguiente en todos los periódicos: Liebknecht murió de un disparo de camino a la prisión preventiva de Moabit al intentar fugarse, mientras una multitud rabiosa se hizo con Rosa Luxemburg a pesar de la escolta, encontrándose en paradero desconocido.

En realidad, la calle a la que daba la puerta lateral por la cual fueron conducidos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg a su último paseo, estaba cerrada y sin gente. En esta puerta lateral se encontraba el cazador Runge. Había recibido la orden de dar un culatazo en la cabeza —primero a Liebknecht y luego a Rosa Luxemburg— a los escoltados. Les golpeó fuertemente, dos veces, aunque sin matarlos aún. Liebknecht, y unos minutos más tarde Rosa Luxemburg, aturdidos o medio aturdidos por el terrible golpe, fueron arrastrados violentamente hasta los coches que estaban preparados. El grupo de asesinos encargado de Liebknecht estaba al mando del teniente capitán Von Pflugk-Harttung, y el de Rosa Luxemburg lo encabezaba un tal teniente Vogel.

Ambos coches se dirigieron al Tiergarten con un intervalo de pocos minutos. A Liebknecht se le hizo bajar en el Neuen See, y le dispararon en la nuca, luego lo metieron de nuevo en el coche y fue entregado en la morgue como «el cadáver de un hombre desconocido».

Rosa Luxemburg recibió un disparo en la sien inmediatamente después de haber salido del Hotel Eden y fue lanzada desde el puente Liechtenstein al canal Landwehr. Si murió debido a los golpes, por el disparo o ahogada, es algo que no ha sido confirmado. La autopsia de los cadáveres realizada meses después revela que el cráneo no se había partido y que la herida causada por el disparo no era necesariamente mortal.

¿Por qué Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg fueron perseguidos y asesinados? La leyenda —mantenida por los socialdemócratas y, de hecho, por los comunistas, que exageran el papel de los espartaquistas durante la revolución— pretende hacer ver que cayeron víctimas de la Guerra Civil que ellos mismos habían desencadenado. En el caso de Rosa Luxemburg no hay el menor atisbo de verdad. Y si se pretende que la participación de Liebknecht en el Comité Revolucionario de enero fue un acto de guerra civil, se hace difícil de explicar por qué no les pasó lo mismo a los demás cincuenta y dos miembros de ese comité. Georg Ledebour, que había tenido el mismo papel en el comité, fue detenido el 10 de enero y fue absuelto tras ser juzgado. Por otra parte, Liebknecht fue perseguido desde principios de diciembre, cuando nadie podía imaginar lo que sucedería en enero. No, ese asesinato no fue una acción de combate en el contexto de la Guerra Civil. Hubo otras razones.

Por una parte, Liebknecht y Luxemburg encarnaban más que nadie la Revolución alemana, tanto para sus amigos como para sus enemigos. Se convirtieron en su símbolo y atacarlos era atacar a la revolución, sobre todo en el caso de Liebknecht. Por otra, ambos comprendieron mejor que nadie el doble juego que practicaban desde un principio aquellos que estaban destinados a dirigir la revolución. Eran los lúcidos testigos que había que matar para acallar su voz, sobre todo la de Rosa Luxemburg.

Su asesinato fue el asesinato del valor y de la inteligencia, el asesinato de la verdad.

¿Quién fue el culpable? Los autores materiales fueron sin duda el capitán Pabst —quien décadas más tarde, en 1962, protegido por la prescripción del delito, habló abiertamente de lo sucedido— y su escuadrón de la muerte. No actuaron como simples ejecutores, obedeciendo con indiferencia una orden. Fueron autores voluntarios y convencidos de lo que hacían. Pero, ¿fueron los únicos, o incluso los principales, culpables?

No debemos olvidar que la persecución, las amenazas públicas y los preparativos del asesinato comenzaron como muy tarde a principios de diciembre, antes que los asesinos materiales en-

traran en escena. No olvidemos que fue entonces cuando se puso precio a su cabeza y la prensa burguesa y socialdemócrata difundió sin ningún pudor auténticas incitaciones al asesinato. Tampoco hay que perder de vista la actitud hipócritamente defensiva de Scheidemann o la fría satisfacción de Noske tras el asesinato. Por mucho que supiese, Ebert permaneció en este asunto callado como una tumba.

No hay que olvidar tampoco la desvergonzada indulgencia gubernamental y judicial de la que se beneficiaron los asesinos. Fueron juzgados por un tribunal militar formado en el seno de la misma división a la que pertenecían los acusados. Un proceso de parodia en el que prácticamente todos fueron absueltos. Luego, los que fueron condenados a penas leves por «desobediencia a las órdenes» u «ocultación de cadáver» fueron ayudados a huir. En fin, no olvidemos la reacción de burgueses y socialdemócratas, que fue del elegante eufemismo hasta la alegría más manifiesta. La típica actitud de aquel que se beneficia del crimen.

Esto no ha cambiado. En 1954, el jurista e historiador liberal Erich Eyck escribió. «No pretendo excusar a los asesinos cuando evoco el viejo proverbio según el cual quien a hierro mata a hierro muere. Hemos visto demasiados crímenes cometidos por los camaradas ideológicos de Liebknecht y Luxemburg para experimentar indignación ante lo que les pasó.» En 1962, el Boletín de prensa e información nº 72 del gobierno federal citaba este asesinato como una «ejecución».

El asesinato del 15 de enero de 1919 fue el preludio de miles de asesinatos cometidos durante los años de Hitler. El pistoletazo de salida de todos los demás. Hoy en día aún no se ha reconocido ni expiado lo sucedido, nadie ha demostrado arrepentimiento. Es por todo ello por lo que este crimen debe aún pesar sobre la sociedad alemana. Es por ello por lo que aún lanza su luz siniestra sobre nuestro presente.

12

LA GUERRA CIVIL

De enero a mayo de 1919, con brotes aislados hasta bien entrado el verano, Alemania se vio ensangrentada por una cruenta guerra civil que dejó tras de sí miles de víctimas y un indecible sentimiento de amargura.

Esta guerra civil marcó la desdichada historia de la República de Weimar, nacida de ella, y el surgimiento del Tercer Reich, engendrado en ella. Convirtió en insalvable la división de la vieja socialdemocracia, impidió a lo que quedaba del SPD cualquier posibilidad de alianza futura con las izquierdas y lo arrastró a una posición de permanente minoría; vio nacer también en el seno de los Freikorps, que ganaron la guerra en nombre del gobierno del SPD, las ideas y los comportamientos que más adelante guiarían a las SA y las SS. Por ello, la Guerra Civil de 1919 representa un acontecimiento central en la historia alemana del siglo XX. Pero curiosamente, la Historia la ha eliminado, ninguneado y desplazado casi por completo. Y esto tiene su razón de ser.

Uno de estos motivos es, sencillamente, la vergüenza. Todos los implicados se avergüenzan del papel que desempeñaron en la Guerra Civil. Los revolucionarios vencidos se avergüenzan de no haber realizado ningún acto glorioso, de no haber conseguido ni una victoria parcial, ni siquiera de haber sufrido una derrota honrosa; lo único que conocieron fue la desorientación, la indecisión, los fracasos, las derrotas, el sufrimiento y miles de muertes anónimas.

Pero también los vencedores se avergüenzan. Formaron una coalición insólita: una coalición de socialdemócratas y... nazis. Y más adelante, ninguno de los socios de esta monstruosa coalición quiso admitir lo que había hecho: ni los socialdemócratas, que reclutaron a los precursores de las SA y las SS y los arrojaron contra su propia gente; ni los nazis, que se habían dejado reclutar por los socialdemócratas y que bajo su amparo habían conocido el sabor de la sangre. La Historia omite gustosamente todo aquello de lo que se avergüenzan los implicados en la guerra civil.

Pero aún existe otro motivo para hacer desaparecer de la memoria y la historia alemanas la Guerra Civil de 1919: esta guerra no ofrece ninguna buena «historia», nada que se pueda explicar fácilmente. Ninguna tensión dramática ni momentos dignos de ser recordados, ninguna gran acción, ninguna gran batalla entre enemigos en igualdad de condiciones. Los hechos sangrientos se desplazaron lentamente por todo el país, sin llegar nunca a abarcarlo todo al mismo tiempo. Los focos de tensión surgían cuando otros se apagaban. Todo empezó a principios de febrero en la costa del mar del Norte, con Bremen como punto central; a mediados de febrero, el escenario principal de la guerra se trasladó de pronto a la cuenca del Ruhr, a finales de febrero a Turingia y Alemania central, a principios y mediados de marzo a Berlín, en abril a Baviera y en mayo a Sajonia; entretanto se produjeron episodios locales de gran magnitud como la lucha alrededor de Braunschweig y Magdeburgo, y otros tantos hechos menores de los que ya sólo se acuerdan las crónicas locales: una sucesión confusa y desestructurada de grandes y pequeñas luchas, batallas y carnicerías inconexas entre sí.

El resultado de estas luchas estaba claro desde el principio y todo se desarrollaba siguiendo el mismo esquema en una eterna y monótona repetición. Los cinco o seis meses de la Guerra Civil de 1919 son tan difíciles de describir como los cinco o seis días de la Revolución de noviembre de 1918, de los que fueron su reflejo. Igual que entonces se sucedieron en toda Alemania los mismos hechos en el mismo orden con pequeñas diferencias locales. Entonces, se produjo la victoria sin resistencia de la revo-

lución; ahora, por todas partes triunfaba la contrarrevolución, y aunque se topaba con una cierta resistencia, era igualmente imparable. La única diferencia residía en que lo que entonces se había efectuado a una velocidad vertiginosa se producía ahora con una metódica lentitud; lo que entonces se había producido derramando muy poca sangre, ahora se llevaba a cabo derramando ríos enteros; y lo que entonces había sido la revolución, un acto espontáneo de las masas sin liderar, por el cual los dirigentes socialdemócratas llegaron al poder de mala gana, era ahora la contrarrevolución, una acción militar sistemática y dirigida por estos mismos líderes socialdemócratas.

Sobre ello no cabe duda alguna: la iniciativa que condujo a la guerra civil, la decisión de llevarla a cabo y —si se quiere plantear en estos términos— la «culpa» de la misma fueron inequívocamente responsabilidad de los líderes socialdemócratas, especialmente de Ebert y Noske. El otro bando les proporcionó, como mucho, algunos pretextos para el ataque, pero a veces ni eso. Tras lo de Berlín en enero, sólo se produjo una «segunda oleada» revolucionaria, en abril en Munich. Por lo demás, Ebert y Noske fueron los atacantes de principio a fin. Si queremos entender lo que sucedió, debemos conocer en primer lugar el modo de pensar de estos dos hombres.

Para ello no debemos detenernos mucho tiempo en Noske. Noske era un hombre de una violencia primitiva que entendía la política según un simple esquema de conmigo o contra mí y la ejecutaba siguiendo el método, igualmente simple, de aplastar a sus enemigos utilizando todos los medios disponibles. Sus escritos posteriores así como sus actos lo identifican como un hombre incapaz de discernir, como un hombre enamorado de la violencia cuya mentalidad hubiera encajado mejor en el NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán) que en el SPD. Pero Noske no era la cabeza de la Guerra Civil; sólo era la mano derecha de Ebert, o mejor dicho su puño derecho. Así que es en Ebert en quien debemos detenernos.

Ebert no era ningún nazi, tampoco era ningún inconsciente, y no era un hombre incapaz de discriminar. Se sentía completamente socialdemócrata y, a su manera, como un defensor de los derechos de los trabajadores. Sus objetivos eran los mismos que los del SPD de antes de la guerra, los mismos que él se había encontrado al llegar: parlamentarización y reforma social. Pero no era un revolucionario. Para él, la revolución era tan «superflua» (su palabra favorita) como ilegítima. La detestaba «como al pecado». Todo lo que quería y a lo que siempre había aspirado ya se había conseguido en octubre de 1918 con la parlamentarización otorgada por el káiser y con la entrada de los socialdemócratas en el gobierno. A su modo de ver, lo más que había aportado ese noviembre de 1918 a lo conseguido fueron majaderías, malentendidos y desórdenes. Y lo que acrecentaba su antipatía por la revolución era el haberse visto obligado a aceptarla como legítima.

Ebert nunca se sintió mal por haber traicionado a la revolución, más bien le reprochaba el haberle obligado a practicar un doble juego; como mucho sentía mala conciencia respecto al antiguo régimen por haber tenido que representar durante un tiempo el papel de revolucionario. Las circunstancias habían sido más fuertes que él y le habían obligado a fingir. Había tenido que aliarse con los Independientes, dejarse legitimar por los Consejos y actuar como «Comisario del Pueblo». Bastante grave era todo, pero, según él, ya era agua pasada. En lo más profundo de su corazón siempre fue el guardián del viejo Estado y de la antigua mayoría parlamentaria.

Después de que las elecciones a la Asamblea Nacional del 19 de enero de 1919 hubiesen restablecido esta antigua mayoría parlamentaria (SPD 38 por ciento, Zentrum 19 por ciento, Partido Democrático Alemán 18 por ciento), Ebert volvió a sentir el suelo bajo sus pies. Para él, todo lo que había sucedido entre el 9 de noviembre y el 19 de enero fue barrido en esas elecciones. Todas las instituciones revolucionarias que se habían constituido durante este período, especialmente los consejos de trabajadores y soldados, habían perdido a su entender el derecho a existir, y no podía comprender que no lo vieran por sí mismas. Pero natural-

mente no lo veían, y por ello tuvieron que ser apartadas mediante el uso de la violencia, por mucho que él lo sintiera. Este enfoque de Ebert totalmente bienintencionado, aunque completamente subjetivo, fue la causa de la Guerra Civil alemana.

Hay un hecho casi grotesco que ilustra bien cuán profunda era esta convicción en Ebert. El órgano supremo de la revolución del cual derivaba también la legitimidad del gobierno de los «Comisarios del Pueblo», era en teoría el Consejo Central de los Consejos de Trabajadores y Soldados que había sido elegido por el Congreso de los Consejos de diciembre. Este Consejo Central era lo más manso y lo más torpe que uno pueda imaginar: estaba constituido exclusivamente por miembros del SPD, nunca le había creado a Ebert la más mínima dificultad, incluso le había prestado ayuda activa para eliminar del gobierno al USPD, y también estaba dispuesto a transferir su autoridad a la Asamblea Nacional. Pero incluso esto se lo negó Ebert: ya no había nada que transferir, explicó; desde que la Asamblea Nacional se había constituido, el Consejo Central debía simplemente cerrar la boca, coger sus cosas y desaparecer. Ésta fue la primera y la única discusión seria entre Ebert y el Consejo Central, que por algún tiempo aún siguió existiendo en la sombra y sin ningún poder. Un episodio grotesco sin significación política pero que arroja luz sobre el punto de vista político de Ebert: con la elección de la Asamblea Nacional —que por su parte escogió inmediatamente a Ebert como presidente provisional del Reich— se había constituido a su modo de ver una nueva legitimidad que continuaba con la antigua de octubre de 1918. Todo lo que entretanto se hubiera constituido quedaba ahora ilegitimado, y esto se aplicaba con efectos retroactivos. La revolución quedaba anulada de derecho; ahora, por fin, debía anularse también de hecho. Los consejos de trabajadores y soldados tenían que desaparecer. Esto era para Ebert totalmente lógico, con toda su mejor buena fe.

Pero los consejos todavía estaban ahí y, naturalmente, veían las cosas de forma muy distinta a Ebert. Para ellos, la revolución no había sido anulada ni de hecho ni de derecho, para ellos seguía siendo la única fuente de toda nueva legitimidad. «Nosotros po-

demos echar a los Comisarios del Pueblo, pero ellos a nosotros, no», razonaba incluso el manso Consejo Central; y en un primer momento los consejos locales, que aún ejercían el poder local por todas partes, sintieron la necesidad de responder con amargas carcajadas a las desmesuradas exigencias de Ebert. Sabían que las masas obreras aún estaban a su favor. Estas masas de trabajadores estaban constituidas mayoritariamente por soldados desmovilizados con una experiencia bélica aún reciente, y casi todos tenían aún un fusil en casa. Poco después de finalizada la guerra, había armas y municiones de sobras en toda Alemania. ¿Quién se atribuía el derecho de mandar a casa al pueblo victorioso y armado como si se tratara de una pandilla de colegiales tras una estúpida pelea? Como escribió más tarde el presidente del consejo de trabajadores de Leipzig, Kurt Geyer, con tristeza y autocrítica: «Al estar el poder local en manos de las masas radicalizadas, éstas perdieron de vista por completo el verdadero equilibrio general de fuerzas».

Pero no fueron únicamente las «masas radicalizadas», fueron también los propios consejos, incluidos los miembros del SPD moderados, quienes no entendieron de ningún modo que de pronto se hablase de la revolución como si nunca hubiera existido. Naturalmente, ahora había una Asamblea Nacional cuya elección había sido decidida por el propio Congreso de Consejos del Reich. Pero a nadie se le había pasado por la cabeza que eso significara desterrar a la revolución. A ojos de los consejos, la existencia y legitimidad de la Asamblea Nacional se debía exclusivamente a las elecciones celebradas en el Congreso de Consejos. Tenía tareas muy precisas: elaborar una constitución y leyes, decidir el presupuesto y controlar al gobierno. Pero no debía ser todopoderosa, y bajo ningún concepto anular la revolución. Junto con ella, los consejos se sentían todavía como órganos estatales legítimos establecidos por la revolución, como antaño se habían sentido las administraciones municipales y regionales junto con el Reichstag imperial. Así como hasta noviembre de 1918 había habido un

parlamento surgido de elecciones generales dentro de un Estado que, eso aparte, era un Estado de clases, así debía seguir siendo: sólo que la revolución, en lugar de los nobles y los ricos, había impuesto como clase dirigente a los trabajadores y a los soldados. Esto era lo que opinaban los consejos. Los consejos de soldados seguían reclamando la potestad disciplinaria en el ejército y los consejos de trabajadores seguían sintiéndose la autoridad decisiva en virtud del derecho revolucionario. Si alguien se lo disputaba, estaba entrando en juego la cuestión del poder.

Noske fue quien lo expresó con mayor claridad. El 21 de enero declaró en una reunión del gabinete: «El gobierno mantendrá la autoridad mientras disponga de un factor de poder. En el transcurso de una semana se ha logrado reunir un ejército de veintidós mil hombres. En consecuencia, la relación del gobierno con los consejos de soldados ha subido ligeramente de tono. Antes, los consejos de soldados eran el elemento de poder; ahora somos *nosotros* ese elemento de poder.» Y el mismo día, Noske amenazó a los delegados del consejo de soldados del Séptimo Cuerpo de Ejército, en Münster, que protestaban contra la restablecimiento de las insignias de rango en el ejército y contra el reclutamiento de los Freikorps: «No tenéis nada claras cuáles son vuestras funciones como consejo de soldados, ya os enseñaremos nosotros en los próximos días cuáles son. ¡Entonces todo cambiará! Al gobierno no le gustan vuestras disposiciones e intervendrá como ya lo ha hecho en otros lugares.» Las últimas palabras aluden a los hechos de enero de Berlín y al asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburg.

Efectivamente, el gobierno «intervino» de inmediato, primero en Bremen, luego en el Ruhr, más tarde en Turingia, y así sucesivamente. A principios de febrero, la guerra civil se fue extendiendo lentamente por todo el país. Los motivos para la intervención iban variando. La mayoría eran directamente de tipo militar: sabotaje en el reclutamiento de los Freikorps, negativa de los consejos de soldados a restablecer nuevamente las insignias de rango y el saludo obligatorio (para lo que éstas apelaban a la decisión del Congreso de Consejos del Reich que Ebert y Noske ya habían

prácticamente abolido el 19 de enero); en ocasiones también la motivaban huelgas o disturbios locales.

En realidad, en todas partes se trataba únicamente de una cosa: de la existencia de los consejos de trabajadores y soldados y, con ello, de la legitimidad de la revolución. El «conquistador de ciudades» de Noske, el general Maercker, comandante del Landesjägerkorps, lo expresó abiertamente: «En la lucha del gobierno del Reich contra los extremistas de izquierda se trataba únicamente de hacer saber quién mantenía el poder político. Las tropas se emplearon con esta finalidad puramente política: como instrumento de poder para la consolidación de la política interna. Pero la fragilidad del gobierno no permitía decirlo abiertamente. Temía manifestar sus verdaderas inclinaciones y declarar que las tropas de voluntarios servían para eliminar el poder de los consejos allí donde aún tuvieran alguno. Porque al fin y al cabo se trataba de eso. El gobierno evitaba reconocerlo poniendo cuestiones militares como motivo para los ataques. Esta falta de franqueza no me agradaba en absoluto. Si hubiera podido hablarles abiertamente diciéndoles: "Mi presencia representa la lucha contra el poder de los consejos que intentáis implantar, y contra la tiranía impuesta por la violencia del proletariado armado", habría gozado de una posición más sólida frente a los líderes de los trabajadores».

Maercker era un oficial ultraconservador y reaccionario, pero era un oficial de la vieja escuela, acostumbrado a la disciplina y a la obediencia, y su Landesjägerkorps por lo menos fue, durante la Guerra Civil de 1919, una unidad gubernamental hasta cierto punto correcta y eficaz. No puede decirse lo mismo de la mayoría de Freikorps, reclutados con nerviosa urgencia durante esos meses de guerra civil. Al final de las operaciones había 68 Freikorps reconocidos con un total, según los datos de Noske, de casi cuatrocientos mil hombres, cada uno de los cuales juraba fidelidad a su propio líder, «no muy distinto de como debió ser en tiempos de Wallenstein» (Noske). Lo más curioso es que ni Ebert ni Noske se escandalizaron por ello o, en todo caso, no vieron ningún motivo de preocupación. Aún más curiosa que la despiadada falta de respeto con la que procedieron contra los revolucio-

narios de izquierdas, a quienes sin embargo debían agradecer su propio poder, fue la candidez y la despreocupación con la que armaron a sus enemigos acérrimos de la derecha y cómo los habituaron al sabor de la sangre.

Desde el primer momento, no podía existir duda alguna acerca del posicionamiento político de la inmensa mayoría de los líderes de los Freikorps y de sus hombres. «Sería una benévola exageración —escribió más tarde Von Oertzen, el entonces subteniente de la División de Fusileros Montados de la Guardia— afirmar que los oficiales del Hotel Eden sentían simpatía por los hombres del gobierno de entonces.» Claro que lo sería. Por ejemplo, el coronel Reinhard, más tarde comandante de esta división y conocido, según el caso, como el «libertador» o el «carnicero» de Berlín, ya habló en las Navidades de 1918 del «infierno socialdemócrata» y más tarde, en una alocución a sus tropas, describió al gobierno al que servía como «gentuza». El líder de la «Banda de Hierro», un tal capitán Gengler, escribió el 21 de enero de 1919 en su diario sobre el gobierno de Ebert: «Llegará el día en el que ajuste las cuentas con este gobierno y les arranque la máscara a toda esta pandilla de miserables y despreciables». El teniente coronel Heinz, otro conocido líder de los Freikorps, decía un par de meses después: «Este Estado, nacido de la insurrección, será siempre nuestro enemigo, da igual qué constitución promulgue y quién esté a su cabeza... ¡Por el Reich! ¡Por el pueblo! ¡Contra el gobierno! ¡Muerte a la República democrática!». Y Von Heydebreck, por aquel entonces líder del Freikorps «Werwolf» (hombre-lobo), más tarde alto dirigente de las SA y finalmente fusilado el 30 de junio de 1934 junto con su jefe Röhm por orden de Hitler, exclamó: «¡Guerra al Estado de Weimar y a Versalles! ¡Guerra cada día y con todos los medios disponibles! ¡Cuanto más quiero a Alemania, más odio a la República del 9 de noviembre!».

Así pensaban los líderes de esos cuatrocientos mil hombres a los que Ebert y Noske armaban y soltaban contra los trabajadores, y a los que confiaban la defensa de la república burguesa y de su propio destino personal. En el caso de Noske, que en el fondo tenía algunos puntos en común con ellos y que, en el trascurso del

siguiente año, acarició alguna vez la idea de dejarse nombrar dictador por ellos, aún se puede llegar a entender. En el caso de Ebert, revela un curioso rasgo de estrechez de miras y tozudez. Lo que él se imaginaba no era un Estado de las SS, sino la democracia parlamentaria burguesa, el gobierno conjunto de los socialdemócratas y el Zentrum burgués, calma, orden y decencia, un Estado de la clase media en el que también los trabajadores estuvieran integrados. Y para conseguir todo esto, ahora les echaba encima una jauría enardecida que ya presentaba casi todas las características de las futuras SA y SS; algunos de estos hombres participarían más adelante personalmente en el ascenso al poder de Hitler. Además de Heydebreck, en la Guerra Civil alemana de 1919 ya aparecen, por ejemplo, los nombres de Seldte y Von Epp: el primero, futuro ministro de Hitler y el segundo, gobernador del Tercer Reich en Baviera.

Resulta del todo evidente que la verdadera esencia de estos pioneros nazis escapaba a la capacidad de comprensión de Ebert. A su derecha, él sólo veía a gente amable, cultivada y de intereses elevados, y su único objetivo fue que se les reconocieran a él y a su SPD los mismos derechos que a ellos y que se les viera como gente capaz de gobernar junto a ellos. ¿Y acaso no se había conseguido ese objetivo desde octubre de 1918? ¿Acaso no había consentido finalmente el propio Ludendorff, o mejor dicho ordenado, la parlamentarización y la participación de los socialdemócratas en el gobierno a las que tanto había aspirado Ebert durante toda la guerra, aunque por desgracia lo hubiese hecho en el momento de la derrota? A Ebert nunca se le pasó por la cabeza que eso pudiera ser una trampa, y aún menos que la revolución, que había respaldado en noviembre al gobierno de octubre, pudiera constituir su única oportunidad de eludir dicha trampa. Tan sólo contemplaba la honrosa tarea de ser la tabla de salvación del Estado burgués; en su fuero interno se había mantenido fiel a esta tarea, y de la derecha no esperaba más que gratitud. Los únicos enemigos de la derecha que podía llegar a imaginar eran los monárquicos

(a la monarquía sí que no había podido salvarla), y estaba claro que los hombres de los Freikorps ya no eran monárquicos. Lo que ellos querían, lo que anhelaban, aquello por lo que luchaban e incluso mataban, era algo distinto de la monarquía, algo que sólo un hombre pondría luego en palabras, un hombre que en ese momento actuaba aún como oscuro informador de la Reichswehr bávara en Munich.

Su espíritu, el espíritu de los futuros campos de concentración y de los comandos de exterminio ya planeaba en 1919, aunque no claramente expresado, sobre las tropas de la contrarrevolución a las que Ebert había hecho venir y que Noske capitaneaba. La Revolución de 1918 había sido bondadosa; la contrarrevolución fue brutal. Se puede tener en cuenta que esta última debió luchar, lo que para la revolución no había sido necesario, y que también en el otro bando se cometieron en ocasiones brutalidades y atrocidades, como se dan de hecho en cualquier guerra civil. Pero no deben pasarse por alto dos aspectos: desde el principio y casi sin excepción, las tropas gubernamentales comandadas de forma rigurosa y bien armadas superaban en mucho a las fuerzas combatientes de trabajadores de los consejos locales, reunidas a toda prisa y equipadas únicamente con armamento ligero, de modo que, ya desde los primeros enfrentamientos, las bajas que se produjeron fueron muy desiguales. Y casi siempre los verdaderos horrores —los consejos de guerra, los fusilamientos en masa arbitrarios, las palizas y las torturas— empezaban tras la victoria de las tropas gubernamentales, cuando éstas ya no tenían nada que temer y podían desfogarse libremente. Se produjeron entonces en muchas ciudades alemanas hechos terribles de los que ni un solo libro de historia habla.

Sin embargo, la contrarrevolución no fue horrible para todo el mundo: muchos la vivieron como una liberación y una salvación. Mientras reinaba un pálido horror o una rabia obstinada en los barrios obreros de las ciudades conquistadas; mientras seguían vacías las calles liberadas y si algún solitario oficial se atrevía a avanzar demasiado en la zona ocupada, se arriesgaba a ser atacado y linchado; en las zonas residenciales burguesas se recibía

a los liberadores con júbilo y gratitud: cerveza, chocolate y paquetes de tabaco, muchachas y niños lanzando besos al aire, banderitas ondeando; banderitas negro, blanco y rojo. La Guerra Civil alemana, como cualquier guerra civil, fue una guerra de clases. Pero lo curioso es que fuera un gobierno socialdemócrata el que emprendiese la guerra contra la clase obrera.

Como toda guerra civil ésta también conllevó en su desarrollo una escalada progresiva de la violencia. Al principio, en Bremen y en el centro del país, los hechos que se produjeron fueron relativamente leves; en la cuenca del Ruhr, donde continuaron los combates esporádicos durante semanas tras el punto álgido de febrero, se produjeron ya muchos episodios atroces. Pero los mayores horrores tuvieron lugar en Berlín, donde en marzo las tropas de Noske, bajo el mando del coronel Reinhard, iniciaron el ataque con un doble objetivo: la ocupación de los barrios obreros del este y del norte que en enero aún habían permanecido intactos, y el desarme de la poco fiable guarnición berlinesa, en especial de la todavía existente Volksmarinedivision, que en noviembre había participado en la revolución. Un terrible detalle de este capítulo ha recorrido todos los libros de historia: cuando unos marineros de la Volksmarinedivision que habían sido citados se presentaron desarmados en una oficina de la Französischen Strasse para recoger sus papeles de despido y cobrar su finiquito (en la Volksmarinedivision todo tenía siempre algo que ver con el salario), se capturó a treinta de ellos, y sin ningún motivo y sin avisar, se los condujo al patio, se los colocó contra la pared y se los fusiló.

Estos treinta marineros, sin embargo, representan una fracción muy pequeña de todos los que fueron masacrados en Berlín. Noske calcula, y seguramente no exagera, que fueron «unos mil doscientos». Él mismo había dado la terrible orden: «Cualquier persona sorprendida con armas en la mano luchando contra las tropas gubernamentales debe ser inmediatamente fusilada». El coronel Reinhard llevó esta orden todavía más lejos: «Además, se hará salir a la calle a los habitantes de las casas desde las que se haya disparado a las tropas, no importa que proclamen o no su

inocencia, y en su ausencia se registrarán las casas en busca de armas; los elementos sospechosos en cuyas casas se encuentren efectivamente armas, deben ser fusilados». Uno debe imaginarse los abarrotados bloques de pisos de Berlín este. De todo lo que sucedió debido a esta orden el 11, 12 y 13 de marzo de 1919 en las calles próximas a la Alexanderplatz y en Berlín-Lichtenberg existen informes sobre los que es mejor correr un tupido velo.

La desesperación llevó en algunos lugares de Berlín, ya durante estos enfrentamientos de marzo, a una resistencia desesperada como nadie había conocido antes en la Guerra Civil alemana. Pero las luchas de marzo en Berlín no representaban todavía el punto álgido de esta sangrienta Guerra Civil. Éste se produjo un mes después en Munich.

13

LA REPÚBLICA DE LOS CONSEJOS DE MUNICH

En Baviera, la revolución trascurrió de un modo distinto al resto de Alemania.

Al revés que en Berlín, en Munich la revolución no cayó desde el primer momento en manos de sus propios enemigos; al revés que en el resto del Reich, no fue obra de masas sin líderes. Tuvo una dirección y un dirigente: Kurt Eisner, un hombre que, sin ninguna organización que le apoyara, dominó durante tres meses con maestría la situación en su Land gracias a una mezcla única de creatividad y dinamismo, idealismo y astuta habilidad, sensibilidad finísima y firmeza ante las decisiones.

Mientras vivió Kurt Eisner, la revolución en Baviera fue tanto exitosa como incruenta. A su asesinato le siguió el caos, pero primero se oyó el clamor masivo de un furioso lamento y una rabiosa sed de venganza se apoderó de las masas como hasta entonces no había ocurrido en ningún otro lugar, ni siquiera tras el asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburg. Con su muerte se demostró que Eisner se había ganado el corazón de la gente de la calle.

Y tal vez éste sea el resultado más sorprendente, ya que Eisner en realidad no se parecía en nada al típico héroe popular bávaro: no era bávaro, sino berlinés de origen, y además judío; y encima era un literato, el típico intelectual de barba, anteojos y aire de bohemio. Eisner creció entre la Opernplatz y los bosques de castaños de Berlín; su padre regentaba un negocio de artícu-

los militares y condecoraciones en la Unter den Linden, y se veía a sí mismo como a un proveedor de palacio. El hijo pródigo se hizo esteta y socialdemócrata. También como socialdemócrata, era más periodista que político: tuvo éxito fundamentalmente como crítico de teatro. En 1907, con cuarenta años, esto le hizo ir a parar a Munich. Pertenecía al SPD aunque no desempeñaba ningún papel especial en él, más bien era del ala derecha, liberal y semiburguesa del partido. La guerra lo empujó hacia la izquierda y hacia el USPD, que apenas tenía peso en Baviera como partido organizado. Tampoco Eisner hizo nada por promoverlo; no era ni un político ni un líder de partido. Pero su primera actuación política destacada consistió en organizar las huelgas de enero de 1918. Fue detenido y permaneció nueve meses en prisión preventiva esperando el proceso. En octubre fue puesto en libertad. En noviembre hizo la Revolución de Munich.

Porque fue Eisner quien literalmente la hizo. La Revolución de noviembre en Munich fue cosa de un solo hombre. Todos los componentes de la revolución berlinesa del 9 y 10 de noviembre (el cambio de opinión de las tropas, la concentración de masas, la proclamación de la República, el parlamento revolucionario, la constitución del gobierno, la elección de los consejos) habían tenido lugar en Munich dos días antes en una sucesión algo distinta, durante la noche del 7 al 8 de noviembre, y todo se realizó bajo la dirección y el protagonismo absoluto de Kurt Eisner: fue al mismo tiempo Otto Wels y Karl Liebknecht, Emil Barth y Scheidemann, y en cierto sentido también el Ebert de la Revolución de Munich; porque él fue el único que sabía exactamente lo que quería y entendió cómo podía llevarlo a cabo.

La Revolución de Munich comenzó con una concentración masiva en la Theresienwiese la tarde del jueves 7 de noviembre. El gobierno real bávaro había autorizado la manifestación organizada por el SPD para abrir una válvula de escape a la tensión revolucionaria. El líder del SPD, Erhard Auer, había ofrecido garantías tranquilizadoras: tenía a su gente bajo control, no pasaría

nada. Eisner sería «reducido a la impotencia». Realmente, tras finalizar los discursos en los que se exigió la abolición de la monarquía y el derrocamiento del gobierno, Auer se unió a una parte de los manifestantes en una ordenada marcha a través de la ciudad hasta llegar al monumento del Friedensengel (El ángel de la paz), donde la concentración se disolvió. Pero entretanto, Eisner había tomado la dirección contraria con una comitiva tan numerosa como la otra y se dirigía hacia el norte de Munich, hacia los cuarteles.

Allí, a última hora de la tarde, se produjo el acto decisivo inherente a cualquier golpe de Estado: el «giro» del poder armado. A continuación, en la cervecería Matthäser y siempre bajo la dirección personal de Eisner, se constituyeron improvisadamente los primeros consejos de trabajadores y soldados. Luego, en plena noche, una vez el rey ya había salido de Munich y soldados armados en camiones conducían por el centro de la ciudad vigilando los edificios públicos, en el edificio del Landtag en la calle Prannerstrasse se proclamó la República en la primera reunión de estos consejos (el «parlamento revolucionario») y Eisner fue nombrado presidente del Land.

A la mañana siguiente, Eisner mantuvo algunas entrevistas políticas decisivas: una con el presidente real del Land, quien entre protestas dio por perdido su cargo, y otra con Auer, el líder del SPD, que, a contrapelo, se mostró dispuesto a hacerse cargo del ministerio del Interior bajo la dirección de Eisner. Por la tarde, Eisner presentó a su nuevo gabinete en la primera sesión plenaria del «Consejo Nacional Provisional». Se había completado la Revolución de Munich, llevada a cabo por un solo hombre en un abrir y cerrar de ojos, en menos de veinticuatro horas. No se efectuó ni un disparo, no se derramó ni una gota de sangre. Y el hombre que había conseguido esta obra de arte de la política, el día antes aún un don nadie, tenía bien cogida la sartén por el mango.

Eisner hizo esa tarde ante el Consejo Nacional Provisional «un discurso sorprendentemente fluido para un hombre que había pasado en vela buena parte de la noche», según Allan Mitchell, un historiador americano de la Revolución en Baviera, que man-

tiene una posición extremadamente crítica, tal vez incluso algo envidiosa, respecto de Eisner.

El discurso de Eisner del 8 de noviembre no sólo había sido fluido, era el discurso propio de un hombre de Estado. «Cuando las cosas estuvieran más tranquilas» se convocaría una Asamblea Nacional para que diseñase la forma definitiva de la República; pero entretanto debía gobernar el pueblo directamente mediante «la fuerza motriz elemental», los Consejos Revolucionarios. Ahora lo más importante era comenzar de nuevo, asestar la estocada final al antiguo Estado y renunciar especialmente a su despiadada política de guerra, si lo que se quería era alcanzar una paz soportable. «Un gobierno que asuma todas las responsabilidades del pasado —dijo Eisner mirando de reojo y refiriéndose con este gesto claramente a Berlín—, se ve amenazado por la imposición de una paz terrible.»

Al contrario que Ebert, Eisner tuvo desde el primer día una visión inequívoca de la situación internacional de la Alemania vencida y una concepción muy clara de la política exterior a seguir. Veía el peligro de una paz impuesta e intentó anticiparse a ella dando pruebas irrefutables de la ruptura con el pasado en el interior del país y estableciendo contactos directos con las potencias occidentales, sobre todo con Estados Unidos; Rusia apenas le interesaba. Al seguir este tipo de política, Eisner topó más adelante en Berlín con un rechazo total ya que allí se mantenía una política exterior plenamente continuista respecto a la del Reich, y la ruptura sin contemplaciones de Eisner con la política de guerra de 1914 se consideraba una «actitud indigna»; más tarde, todo el mundo se quedaría de una pieza cuando los vencedores en Versalles trataron al «nuevo» Reich alemán de Ebert como si fuera el viejo imperio derrotado.

Pero aquí no nos interesa tanto la política exterior de Eisner como su manejo de la revolución en Baviera y nos vemos obligados a admitir que fue magistral, aunque queden dudas acerca de si una revolución triunfante en Baviera se podría haber mantenido a la larga frente a una contrarrevolución victoriosa en el resto de Alemania. Eisner fue el único hombre de Alemania que con

agudo instinto comprendió a qué aspiraba la revolución, y le procuró hábil asistencia en el parto; al contrario que Ebert, que nunca pensaba en otra cosa que en ahogar la revolución; y también al contrario que Liebknecht, quien exigía algo de ella que ella misma no quería. El verdadero contrincante de Ebert no fue Liebknecht, fue Eisner. Por eso Arthur Rosenberg lo ha calificado, no sin motivos, como el único hombre de Estado verdaderamente creativo de la Revolución alemana.

¿Qué querían las masas revolucionarias de Alemania? Pues no querían, o al menos no inmediatamente, el socialismo. En noviembre no se ocuparon fábricas en ningún sitio; las exigencias de socialización llegaron mucho más tarde, y en realidad sólo entre los mineros. Lo que se quería era, en primer lugar y por encima de todo, finalizar la guerra y derrocar al poder militar y, de paso, derrocar a la monarquía. Pero la caída del poder militar y de la monarquía implicaba algo más: el derrocamiento de las clases dominantes hasta entonces. Los consejos de trabajadores y soldados, que la revolución había creado y que formaban su espina dorsal, pretendían ser los sucesores del viejo cuerpo de oficiales y de la antigua burocracia. Las clases dominantes, de donde el Estado reclutaba a sus líderes, ya no debían ser en lo sucesivo la aristocracia y la alta burguesía, sino las tropas y la clase obrera. El nuevo Estado debía ser un Estado de los obreros; Eisner añadió: también un Estado de los campesinos. Baviera, bajo la dirección de Eisner, fue el único Land alemán en el que los consejos de campesinos desempeñaron, desde el principio, un papel importante.

Así pues, ¿una dictadura de los consejos? De ningún modo. Los propios consejos fueron quienes decretaron la elección de una Asamblea Nacional. Y Eisner también aprobó en Baviera la elección a un Landtag (Parlamento del Land), aunque por gusto él la hubiese aplazado y no se diera demasiada prisa en convocarlo tras la elección. Los consejos no deseaban en absoluto implantar una dictadura. No querían ni una dictadura de los consejos ni una dictadura del Parlamento, sino una democracia de los consejos

constitucional; básicamente, una construcción constitucional parecida a la de Bismarck, sólo que cabeza abajo, o mejor dicho, renovada de pies a cabeza: los consejos de trabajadores y soldados como poder supremo del Estado, como antes lo habían sido la aristocracia y la alta burguesía; un partido socialdemócrata reunificado como partido de Estado y de gobierno independiente del Parlamento, tal y como habían actuado antes los conservadores; y de paso, como antes, un Parlamento escogido libremente por todo el pueblo —también por las clases que ya no eran dominantes— como representación del Pueblo y órgano legislativo y de control, tal vez incluso con derechos más amplios que el viejo Reichstag, pero sin poder absoluto. Ésa era la constitución a la que aspiraba en todas partes la Revolución alemana de 1918. Y quien, como Eisner, tuviera oídos para escuchar, podía distinguir con toda claridad este anhelo en todas sus manifestaciones, tanto en las palabras como en los actos.

Ni Ebert ni Liebknecht tenían oídos para escuchar. Ambos se fijaban únicamente en la alternativa, aunque ponían el acento en aspectos opuestos: dictadura de los consejos o democracia burguesa parlamentaria. Eisner fue el único en darse cuenta de que la revolución no planteaba en absoluto esta alternativa. Este literato bohemio era el único político realista de la Revolución alemana de 1918. Se percató de que la verdadera disyuntiva no era entre el gobierno de los consejos y el gobierno parlamentario, sino entre revolución y contrarrevolución; y que revolución no significaba ni dictadura de los consejos ni dictadura del Parlamento, sino un sistema equilibrado de *checks and balances* entre el poder de los consejos y el Parlamento. También se percató de que los consejos eran nuevos e inexpertos y necesitaban tiempo para desarrollarse. Por eso hubiese retrasado gustosamente las elecciones al Landtag, pero como no lo logró, aplazó todo lo que pudo la convocatoria del mismo.

Las elecciones, como era de esperar en la católica Baviera, dieron como resultado una mayoría católico-burguesa. El parti-

do con más votos (con 66 de 180 diputados) fue el Partido Popular Bávaro (BVP), el mismo que ahora se llama CSU (Unión Social Cristiana). El SPD fue el segundo partido más votado con sesenta y un diputados. El USPD, al que pertenecía Eisner, pero del que nunca se preocupó seriamente, siguió siendo diminuto: obtuvo tres de los ciento ochenta escaños del Landtag.

A Eisner no le inquietó demasiado. No pensaba en términos parlamentarios, sino revolucionarios. Aunque la burguesía seguía representando la mayoría en número de escaños, había quedado desacreditada, intimidada y pasiva debido a la guerra y a su resultado, mientras que las masas de soldados y trabajadores, que ahora querían votar al SPD o al USPD, estaban dominados por el entusiasmo, la actividad y el vigor revolucionarios. Su órgano revolucionario no eran los partidos, sino los consejos. Y Eisner sabía que tenía a las masas de su parte si insistía en relativizar el poder del Parlamento y se aferraba a los consejos. Por este motivo se produjo un conflicto entre Eisner y su ministro del Interior, el líder del SPD Auer, y una crisis entre los consejos y el Landtag.

Esta crisis se hizo muy evidente la semana previa a la reunión del Landtag, fijada para el 21 de febrero: en un ala del edificio del Parlamento se reunían los grupos parlamentarios y en la otra, los consejos. Los partidos, bajo la dirección de Auer, se entretenían en organizar un gobierno parlamentario de coalición entre socialdemócratas y liberales, en el que el partido parlamentario más fuerte, el BVP, seguiría estando excluido. Los consejos se preparaban para una «segunda revolución» por si se daba el caso de que el gobierno parlamentario intentara, como en el resto del Reich, eliminar a los consejos. Eisner estaba dispuesto a dimitir como presidente del Land y confiarle a Auer, por el momento, el terreno parlamentario; pero en cualquier caso quería permanecer al frente de los consejos y en caso necesario liderar la «segunda revolución». Su reivindicación consistía en la incorporación de los consejos a la nueva Constitución.

Parecía inminente una lucha por el poder. Su desenlace era incierto. En Baviera no había Freikorps, y las unidades que aún no se habían desmovilizado estaban en su mayoría en manos de

sus consejos de soldados. Al fin y al cabo aún era posible llegar a un acuerdo; hasta ese momento, Baviera había sido el modelo para la Revolución alemana, y a pesar de algunos episodios críticos eventuales había trascurrido sin que se produjeran derramamientos de sangre; Eisner había sabido equilibrar las situaciones peligrosas mostrando a menudo un valor personal considerable y siempre haciendo uso de su gran habilidad. Posiblemente habría sido capaz finalmente de conseguir el anhelado equilibrio entre el poder de los consejos y el control parlamentario.

Pero cuando la mañana del 21 de febrero de 1919, dos minutos antes de las diez, doblaba la esquina de la Promenadenplatz hacia la Prannerstrasse para dirigirse a la sesión de apertura del Landtag con su discurso de renuncia en el portafolio, fue asesinado.

El asesino, un joven con gabardina que desde la entrada de una casa se acercó a Eisner y le disparó a la cabeza dos balas de revolver a bocajarro, era un nazi medio judío. El conde Arco-Valley había sido expulsado de la Sociedad Thule, una asociación que más tarde se vanagloriaría con razón de haber sido la célula originaria del movimiento nazi, por no decir que su madre era judía. Por eso quería, tal como más tarde escribió el fundador de la Sociedad Thule Rudolf von Sebottendorff, «demostrar que también un medio judío era capaz de ejecutar un acto heroico».

Eisner murió en el acto. Un guardaespaldas de Eisner disparó al asesino y lo hirió de gravedad, pero se recuperó, fue juzgado e indultado. Vivió hasta 1945.

Tras este crimen sangriento, que inmediatamente fue divulgado en todo Munich y desató ira y horror, se produjo acto seguido un segundo intento de asesinato. Un carnicero llamado Lindner, apenas tuvo noticia del asesinato de Eisner, cogió su pistola lleno de rabia, corrió hacia el edificio Landtag, consiguió entrar por la fuerza, apuntó al líder del SPD Auer, que en esos momentos pronunciaba en un tono convencional de indignación un discurso en memoria de su oponente asesinado, y le disparó. Lo interesante es que al parecer Lindner asumió como evidente que tras el asesinato de un dirigente revolucionario debía esconderse

necesariamente el líder del SPD del momento. Hasta ese punto habían llegado las cosas en la Alemania de entonces. Realmente, Auer no tenía nada que ver con el asesinato de Eisner. Sobrevivió a sus heridas, pero durante años quedó apartado de la vida política.

Las consecuencias de estos hechos fueron tremendas. De pronto, los dos cerebros de la política bávara habían desaparecido. Y en su lugar, fueron las pasiones desatadas las que se adueñaron de la situación. Toda la ciudad, todo el Land, ofrecían de golpe una imagen de anarquía. Por todas partes podían verse hombres armados alborotando en las calles, a pie, en coche o en camión; tiroteos, detenciones violentas, peleas y saqueos, pánico, rabia y sed de venganza.

El Landtag quedó sumido en el caos. Ya no había gobierno: de los ocho ministros que lo habían conformado, uno estaba muerto, otro gravemente herido, otro se había escondido y dos habían huido del agitado Munich; tan sólo tres de ellos intentaban continuar con las tareas rutinarias en sus ministerios, aunque ya sin reuniones del consejo de ministros ni comunicación entre ellos. Se convocó una huelga general y se proclamó el estado de sitio. Miles de personas peregrinaban al lugar del crimen en la Promenadenplatz, donde en torno a la enorme mancha de sangre se había levantado una especie de altar con bayonetas y con un retrato de Eisner; y su entierro, que se celebró dos días después con gran pompa, se convirtió en una gigantesca manifestación de luto y rabia. También la población rural se precipitó en masa a la ciudad, y los montañeses bávaros, con sus adornos de pelo de gamuza en los sombreros y sus pantalones de cuero, marcharon ceremoniosamente con total seriedad tras el féretro de ese judío berlinés asesinado, que tan bien les había comprendido. Nadie sabía lo que pasaría a continuación.

La única autoridad que quedaba intacta hasta cierto punto en medio del caos eran los consejos. Su Consejo Central, bajo la presidencia del joven maestro Ernst Niekisch, quien más adelante se

haría famoso como periodista y alcanzaría la gloria como mártir del Tercer Reich, intentó continuar «el legado de Eisner», alcanzando un acuerdo entre los consejos, los partidos socialdemócratas y el Landtag. Ya nadie hablaba de un gobierno de coalición que agrupase a burgueses y socialistas. Tras semanas de complicadas negociaciones se logró formar finalmente un nuevo gobierno completamente socialista bajo la dirección del socialdemócrata Johannes Hoffmann, que el 17 de marzo, en una breve reunión del Landtag, obtuvo amplios poderes. Formalmente era un gobierno dictatorial, pero en realidad tenía los pies de barro. No quería ser considerado como el gobierno de los consejos, pero excepto los consejos nadie más lo apoyaba. No contaba con la mayoría en el Landtag y, en el fondo, los consejos no confiaban en él. El gobierno de Hoffmann no tenía ninguna posibilidad. Desde el asesinato de Eisner y la caída de Auer, las circunstancias en Baviera parecían conducir a una República de los Consejos; sencillamente porque los consejos en ese momento eran la única fuente de poder relativamente sólida, la única alternativa a la anarquía y a la guerra civil.

Sin embargo, dos aspectos seguían siendo una incógnita: en primer lugar, si se podría constituir y mantener una República de los Consejos en Baviera mientras en el resto de Alemania los consejos eran eliminados por los Freikorps de Noske; y en segundo lugar, si realmente los consejos serían capaces de gobernar, especialmente ahora, sin Eisner.

Además de la tendencia moderada de Niekisch, que quería continuar el legado de Eisner, hacía poco habían aparecido en los consejos dos fuerzas más que luchaban entre sí: por un lado, un grupo de intelectuales caracterizado por una mezcla de arrogancia, ambición y una cierta ingenuidad política: poetas expresionistas como Erich Mühsam y Ernst Toller, universitarios como el historiador de la literatura Gustav Landauer o los economistas Otto Neurath y Silvio Gesell; por otro lado, y por primera vez en la historia de la Revolución alemana, los comunistas; para ser más exactos, *un* comunista, Eugen Leviné, un enérgico joven que, a diferencia de Liebknecht y Rosa Luxemburg, podría considerarse el Lenin o el Trotski alemán.

Leviné, nacido en San Petersburgo en el seno de una familia de judíos alemanes y educado en Alemania, fue enviado a principios de marzo a Munich por la dirección berlinesa del partido para constituir un Partido Comunista (KP) bávaro. En primer lugar despidió a cinco de los siete hombres que conformaban el KPD en Munich, luego, en un mes puso en pie una disciplinada, aunque pequeña, organización y empezó a hacerse notar en los consejos como revolucionario radical, autoritario y sin ilusiones. Durante este período fue el enemigo más encarnizado de una República de Consejos bávara. Según él, los consejos aún no estaban preparados para gobernar. Primero debían organizar los más mínimos detalles, disciplinarse y armarse; sólo entonces podrían tomar el poder, y además en solitario, sin coaliciones ni acuerdos. Todo o nada; nada de una democracia de consejos constitucional, sino una dictadura del proletariado. Cuando el 5 de abril se proclamó realmente la República de los Consejos, Leviné y sus comunistas fueron los únicos que votaron en contra y se negaron a participar. Pero una semana más tarde, el 13 de abril, sí se hicieron con la República de los Consejos llevando a cabo un golpe de Estado dentro del golpe de Estado.

¿Qué había sucedido entretanto? Había estallado la guerra civil.

Curiosamente, el empujón definitivo para proclamar la República de los Consejos el 5 de abril lo había dado Schneppenhorst, el ministro de Asuntos Militares del gobierno socialdemócrata de Hoffmann. Se han hecho muchas cábalas sobre sus motivos, pero hoy en día parecen ser bastante claros a grandes rasgos: quería demostrar claramente a los consejos que eran incapaces de gobernar para luego librarse de ellos de forma rápida y, a ser posible incruenta, mediante un golpe militar de la guarnición de Munich a la que al menos en parte, controlaba. Tanto a él como al gobierno de Hoffmann, refugiado en Bamberg, no sólo se trataba de deshacerse de los consejos, sino de hacerlo sin ayuda. No querían tener por el Land a los Freikorps prusianos ofrecidos por Noske.

El putsch militar tuvo lugar el 13 de abril, Domingo de Ramos, tal y como se había previsto, pero fracasó. En una sangrienta lucha callejera de cinco horas, que empezó en la Marienplatz y finalizó con el asalto a la estación principal. Las tropas de Schneppenhorst fueron aplastadas por un Ejército Rojo improvisado bajo el mando de un marinero llamado Rudolf Eglhofer. Las fuerzas derrotadas huyeron de Munich en ferrocarril. Un segundo intento de tomar la ciudad llevado a cabo por tropas bávaras leales al gobierno —esta vez desde el exterior— acabó tres días más tarde con una nueva derrota en Dacha. El «Ejército Rojo» venció el 16 de abril a sus enemigos «Blancos» y ocupó la ciudad. El comandante de las fuerzas rojas era el poeta Ernst Toller.

Sin embargo, la suerte estaba echada. El gobierno de Hoffmann en Bamberg, aunque a regañadientes, pidió ayuda a Noske, y veinte mil hombres de los Freikorps de Prusia y Württenberg entraron en Baviera por el norte y el oeste bajo las órdenes del general prusiano Von Oven.

Entretanto, Leviné se había hecho en Munich con el poder de los consejos. Pero no se detuvo allí y arrojó por la borda todo su realismo político; el asunto había tomado un mal cariz, ahora se tenía que luchar, y no quería dejar la responsabilidad ni en manos de los moderados de Niekisch, que seguían aspirando a la negociación y al compromiso, ni en manos de esos idealistas de Toller y Landauer.

Lo que no veía Leviné —o se negaba heroicamente a ver— era que ahora ya era demasiado tarde no sólo para la negociación, sino también para la lucha. Aún logró reunir, bajo las órdenes del enérgico Eglhofer, un «Ejército Rojo» de unos diez mil hombres y dotarlo de una organización y un entrenamiento rudimentarios. Pero para conseguir la victoria contra esa fuerza superior imparable que seguía avanzando, no era suficiente; ni siquiera para ofrecer una resistencia notable.

El territorio de la República de los Consejos de Munich llegaba, por el norte, prácticamente sólo hasta Dachau y por el sur, hasta Garmisch y Rosenheim. Todas las vías de suministros estaban cortadas; Munich pasaba hambre. Al mismo tiempo reinaba una im-

portante escasez de medios de pago: la filial muniquesa del Reichsbank había evacuado todas las reservas de dinero y las prensas de papel moneda. Leviné permitió que se confiscaran cuentas bancarias y de ahorros e hizo requisar las reservas de alimentos de los hogares burgueses: unas medidas desesperadas, nacidas de la ira y generadoras de ira. Fue el primer revolucionario alemán que permitió que se detuvieran opositores políticos. Al final, cuando los cañones ya retumbabam en la ciudad, ocho miembros de la Sociedad Thule fueron ejecutados junto a dos oficiales tomados como prisioneros de guerra. Leviné no fue el responsable de este acto; nunca ha quedado aclarado del todo quién fue realmente. Éste fue el único acto de Terror verdadero que se le pueda atribuir a la Revolución alemana... y la venganza fue terrible.

Y entonces, en el último minuto, irrumpió el gobierno de los consejos: una mayoría liderada por Toller obligó a dimitir a Leviné el 29 de abril a causa de este «asesinato de rehenes», al que veían como la consecuencia de su política violenta, y trató en vano de entablar de nuevo negociaciones con Bamberg. Quedaba aún el Ejército Rojo, que seguía luchando por su cuenta. Pero ya no había nada que salvar. El 29 de abril cayó Dachau y el 30 de abril las tropas de Noske entraban en el término municipal de Munich desde tres puntos distintos; el día 2 de mayo por la tarde se derrumbó la última de resistencia.

A todo esto le siguió el «Terror Blanco» como ninguna ciudad alemana, ni siquiera Berlín en marzo, había vivido hasta ese momento. Durante una semana entera los conquistadores gozaron de libertad total para disparar, y todo aquel que pudiera ser «sospechoso de espartaquista» —básicamente toda la población obrera de Munich— quedó fuera de la ley. Josef Hofmiller, un catedrático de instituto y crítico literario nacionalista que escribió un diario de la revolución, anotó el 10 de mayo lo que le había comunicado el editor Bruckman: «Las muchachas del servicio de todo el edificio están alteradísimas porque allí se ejecuta a gente a diario». Menos conmovido, también cuenta sobre «espartaquistas» que, ante sus propios ojos, habían sido sacados a la fuerza de tabernas y trenes y se les había ejecutado allí mis-

mo. «Ya estamos completamente acostumbrados al tiroteo constante.»

En este «Terror Blanco» de Munich salta a la vista una manifiesta tendencia al sadismo. Por ejemplo, Gustav Landauer, el cultivado ministro de Educación del primer gobierno de los consejos, cuyas maneras de erudito judío debían excitar particularmente a sus torturadores, fue literalmente pateado hasta la muerte en el patio de la prisión de Stadelheim, no en un arrebato de ira, sino más bien en una especie de celebración jolgórica de la victoria. El entonces jefe de los Freikorps, Manfred von Killinger, quien más tarde haría una fulgurante carrera durante el mandato de Hitler, describe con fruición en su libro de memorias *Ernstes und Heiteres aus dem Putschleben (De lo trascendente y lo intrascendente de la vida durante el Putsch)* otras atroces escenas con marcados tintes sexuales cuyas víctimas acostumbraban a ser mujeres, «hembras espartaquistas».

Otra particularidad que caracteriza los días de mayo de 1919 en Munich adoptaron los rasgos de una invasión y ocupación extranjera. Los Freikorps prusianos se sentían y se comportaban como vencedores en una tierra conquistada; los obreros muniqueses les parecían antipáticos, andrajosos y sucios; los miraban por encima del hombro y no entendían su dialecto. Probablemente esto ocasionó el malentendido que llevó a exigir el fin de las ejecuciones indiscriminadas: el 6 de mayo, veintiún miembros de una asociación católica que osaron celebrar una reunión al amparo de los liberadores fueron descubiertos por estos mismos liberadores y, como ya era habitual, fueron ejecutados sin vacilar. Una reunión de jóvenes pertenecientes claramente a la clase obrera tenía que ser sin duda una «reunión de espartaquistas»; sencillamente, los libertadores no comprendieron las excitadas explicaciones que estos muniqueses aterrorizados por la inminencia de la muerte intentaron darles.

Tras este penoso error disminuyeron las ejecuciones inmediatas. El «orden» recayó ahora sobre los juzgados y los consejos de

guerra. Tampoco ellos procedieron con delicadeza con los vencidos. Se produjo un diluvio de sentencias de muerte.

Leviné aprovechó su juicio para despedirse con una salida triunfal. «Nosotros, los comunistas —dijo como comentario final—, somos muertos que estamos de permiso. Ahora ustedes deciden si renovarán mi hoja de permiso o me alistarán en las filas de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.» Dos horas más tarde era fusilado. Murió gritando: «¡Viva la Revolución Mundial!».

14

NÉMESIS

Ahora sucederá algo horrible.
Mundo y posteridad lo negarán obstinadamente:
Recógelo fielmente en tu sumario.

GOETHE

A mediados de 1919, la Revolución alemana se había ido a pique. Ahora el SPD gobernaba en un Estado burgués, tras el cual se levantaba como un auténtico poder la contrarrevolución que este mismo partido había hecho venir en su ayuda. Aparentemente, el SPD se encontraba en una posición espléndida, como nunca había disfrutado hasta entonces ni después disfrutaría. Ocupaba todos los puestos importantes del Reich, de Prusia y de Baviera. Pero su poder era del todo vacío. Dentro del Estado burgués que él mismo había restablecido seguía siendo un cuerpo extraño. Para los Freikorps contrarrevolucionarios, gracias a cuya ayuda había podido restablecer este estado, seguía siendo un enemigo. Y este partido obrero había destruido las bases de su propio poder al sofocar la revolución de las masas trabajadoras.

Básicamente, el SPD siempre había ambicionado volver a la situación de octubre de 1918. Con la parlamentarización del Reich había visto satisfechos sus modestos deseos. Finalmente se había

«familiarizado» con el Estado y su dirección, se había dejado cortejar y seducir por el *establishment* estatal y social. La maldita Revolución de noviembre había acabado provisionalmente con este idilio, pero ahora, después de que afortunadamente hubiera sido vencida, a los líderes socialdemócratas les parecía haberlo retomado de nuevo; y con mayor comodidad ahora que ya no estaba el káiser. Como en octubre de 1918, el SPD gobernaba de nuevo un Estado parlamentario en coalición con progresistas y centristas. La «Coalición de Weimar» no era otra cosa sino la antigua mayoría parlamentaria, la misma coalición que en octubre de 1918 apoyó al gobierno de Max de Baden.

Y sin embargo, todo era distinto. En octubre de 1918, la revolución era inminente; ahora ya había terminado y había sido vencida. Antaño, las clases burguesas y feudales tuvieron miedo; ahora habían recuperado la seguridad en sí mismas. Entonces habían necesitado al SPD para hacerle cargar con la capitulación y sofocar la revolución; ahora que ambas cosas se habían conseguido ya no necesitaban al SPD, o a lo sumo lo necesitaban como chivo expiatorio y cabeza de turco al que achacarle la derrota y la miseria de la posguerra. A partir de mediados de 1919, en palabras del más agudo de los observadores de la época, Ernst Troeltsch, empezó a recorrer Alemania una «ola de derechas». Los socialdemócratas se convirtieron en los «criminales de noviembre» y en los «políticos de la renuncia» que habían «apuñalado al Ejército alemán por la espalda».

Ni siquiera la relación con sus socios de gobierno, los partidos de centro burgueses, era como antaño. Antes de octubre de 1918, durante la lucha por la parlamentarización, los tres partidos habían tirado del mismo carro. Ahora, los demócratas y el Zentrum ya no eran los compañeros de lucha del SPD, sino sus guardianes. Procuraban que el SPD no se inmiscuyera demasiado ni en la economía capitalista ni en la Iglesia católica. Los socialdemócratas, sin mayoría absoluta en el Parlamento y sin posibilidad de formar coalición con las izquierdas, se habían encomendado a los partidos de centro burgueses. Pero los partidos de centro, si querían, podían aliarse con los partidos de la

derecha burguesa, que por su parte podían escoger si preferían formar un bloque burgués parlamentario o si querían pactar abiertamente con la contrarrevolución. La contrarrevolución constituía ahora un poder, a ojos de muchos, el poder real. Se organizaba desde agosto de 1919 en la Unión Nacional, un grupo conspirativo que preparaba un golpe de Estado. Sus cabecillas eran Wolfgang Kapp, procedente de Prusia Oriental y el organizador del asesinato de Liebknecht y Luxemburg, el capitán Pabst. En segundo plano se encontraba Ludendorff, que entretanto había regresado de Suecia.

Desde noviembre de 1918 hasta el verano de 1919, la situación alemana había oscilado entre revolución y contrarrevolución. Ahora la cuestión era: ¿Restauración burguesa o contrarrevolución? (Diez años más tarde, la pregunta sería: ¿Qué tipo de contrarrevolución?)

La respuesta a la pregunta dependía tanto de los soldados como de los políticos. La Reichswehr, formada por 400.000 hombres y constituida en marzo de 1919 a partir de los Freikorps, era cada vez más un ejército politizado, y evidentemente hacia la derecha. Como en la derecha política, entre los militares también había conservadores prudentes y tácticos y golpistas impacientes. Los unos se mostraban dispuestos a ofrecerle una oportunidad al Estado burgués parlamentario bajo un gobierno del bloque de partidos burgueses; los otros deseaban el golpe de Estado militar y la dictadura. Ninguno de los dos grupos necesitaba de los socialdemócratas. Como mucho, algunos de ellos hacían una excepción con la persona de Noske.

En julio de 1919, tras la firma del Tratado de Versalles, Hindenburg y Groener, los jefes del antiguo Alto Mando del Ejército, habían dimitido. Desde entonces, en la Reichswehr se trataban tanto las cuestiones políticas como en la Asamblea Nacional. Prácticamente cada unidad del ejército seguía su propia tendencia política y cada general sus propias ideas. Dos de ellos se erigieron progresivamente en los líderes de las dos principales tendencias políticas de la Reichswehr: Hans von Seeckt, el jefe del Estado Mayor, quien, como mínimo al principio, aspiraba a «despoliti-

zar» el ejército; y Walter von Lüttwitz, comandante en jefe del Gruppenkommando I, el «padre de los Freikorps» que ya desde 1919 planteaba constantes exigencias políticas (por ejemplo, la supresión del derecho de huelga y la derogación del subsidio de desempleo). Los planes de la Reichswehr de establecer una dictadura fueron tema de conversación constante desde verano de 1919. También Noske se implicó varias veces en tales conversaciones, y el papel que jugó en ellas fue bastante ambiguo: rechazó que lo nombrasen dictador por medio de un putsch militar, pero no emprendió ninguna acción contra los oficiales que le hacían tales propuestas, y tampoco se sabe si habló con sus colegas ministros acerca de sus repetidos flirteos con esos facciosos culpables de un delito de alta traición. Lo que se deduce de todos esos proyectos planteados durante la segunda mitad de 1919 fue que los oficiales no tenían a nadie a quien erigir en dictador: ¿Alguno de los suyos? ¿Noske? ¿Kapp? ¿Ludendorff? Faltaba un candidato convincente; aún no había aparecido ningún Hitler. Cuando despuntó el año 1920, todo el mundo se había habituado ya a la eterna habladuría sobre el golpe, y ya nadie se la tomaba muy en serio.

Y precisamente entonces se convirtió en un tema importante. El 10 de enero de 1920 entró en vigor el Tratado de paz de Versalles, que reducía al Ejército alemán a 100.000 hombres y a la Marina a 15.000. Esto implicaba una reducción de personal masiva de los 400.000 hombres que conformaban la Reichswehr en 1919. La mayoría de los Freikorps tenían que disolverse por las buenas o por las malas. Ya no se les podía utilizar: no habían sido reclutados para defender al país, sino para derrocar la revolución, y ya habían cumplido esta tarea. Ahora se habían convertido en un factor de inestabilidad y en un peligro para el Estado y el gobierno.

Pero los Freikorps no estaban dispuestos a dejar que se les mandara a casa; los politizados generales tampoco estaban dispuestos a prescindir de su instrumento de poder político. Antes de dejárselo arrebatar, querían utilizarlo. Y así se produjo el golpe

de Estado militar del 13 de marzo de 1920, que ha pasado a los libros de historia con el nombre de putsch de Kapp.

El nombre conduce a error, igual que el nombre de «Semana Espartaquista» adjudicado a la semana revolucionaria de Berlín de enero de 1919. Kapp y su Unión Nacional jugaron en el drama de marzo un papel secundario tan lastimoso como el Comité Revolucionario de los cincuenta y tres en la tragedia de enero del año precedente. Antaño se trató de una acción masiva espontánea, y esta vez se trataba de una revuelta militar. Su cabecilla no era Kapp, sino el general Von Lüttwitz. La disolución de la Brigada Ehrhardt de la Marina dispuesta por Noske el 29 de febrero de 1920 sirvió como motivo para desencadenar la revuelta en ese momento.

La Brigada Ehrhardt, compuesta por 5.000 hombres, era un Freikorps constituido originariamente por oficiales y suboficiales de marina y ampliado posteriormente con los «Baltikumer», tropas alemanas que en 1919 aún luchaban en Letonia contra los bolcheviques. Durante la guerra civil, la Brigada combatió en Berlín y en Munich. Militarmente hablando era una formación de élite muy hostil al gobierno. Exhibía banderas negras, blancas y rojas y sus miembros elegían sistemáticamente contraseñas que ridiculizaban a los ministros. Desde enero de 1920, cuando el general Von Lüttwitz la trasladó al campo de maniobras de Döberitz en Berlín, llevó la cruz gamada en su casco de acero. El espíritu de esta unidad era ya en 1920 el inconfundible espíritu de las futuras Waffen SS.

A la orden de disolución del 29 de febrero, la brigada reaccionó al día siguiente con un gran desfile al cual no se invitó al ministro de la Reichswehr. Sobre dicho desfile, el general Von Lüttwitz declaró: «No toleraré que se desarticule una unidad de élite como ésta en tiempos tan difíciles». Con estas palabras negaba públicamente la obediencia al gobierno; y pensaba exactamente lo que decía.

Algunos oficiales de su estado mayor se asustaron y durante los días siguientes intentaron frenar el ardor de Lüttwitz. En primer lugar organizaron una entrevista entre él y los líderes de

los dos partidos parlamentarios de derechas. Éstos ya habían tenido una iniciativa política propia: exigían la disolución de la Asamblea Nacional y la convocatoria de elecciones al Reichstag, un nuevo gabinete de «expertos» y la elección inmediata del presidente del Reich por sufragio directo, demandas todas ellas plenamente constitucionales con las que ahora, gracias a la «ola derechista», esperaban expulsar al SPD del gobierno del Reich. Esperaban imponer estas demandas, que obviamente los partidos gubernamentales rechazarían, mediante una prolongada campaña propagandística. Por ello, un putsch en estos momentos no les era de ninguna utilidad. Lüttwitz tuvo en cuenta estas demandas, pero no se dejó disuadir de sus planes golpistas. Al contrario que los líderes de los partidos de derechas, estaba convencido de que el tiempo corría en su contra. No quería arriesgar sus mejores tropas. Se sentía obligado a actuar.

En los días siguientes aumentó esta sensación de urgencia, ya que Noske relevó el mando de la Brigada Ehrhardt y la subordinó a la Marina, de la que esperaba que ejecutase su orden de disolución. Lüttwitz ignoraba esta orden, pero dejó que sus oficiales de estado mayor le convencieran para que solicitase una entrevista cara a cara con Ebert, antes de llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias. Ebert vio con buenos ojos recibir al general rebelde («el viejo sigue resultando curioso», dijo de él). El 10 de marzo Lüttwitz apareció con un gran séquito ante Ebert, que por su parte había convocado a Noske. La conversación trascurrió de forma catastrófica. Lüttwitz exigió «con gran ímpetu y de forma tajante» nuevas elecciones y un gobierno de expertos, tomando ejemplo de los líderes de los partidos de derechas, y aparte de eso añadió a las exigencias su propio nombramiento como comandante en jefe de la Reichswehr y la anulación de las órdenes de disolución. Ebert y Noske rechazaron estas exigencias: Ebert con su tono paternalista y utilizando argumentos prolijos y realistas; Noske irritada y bruscamente: esperaba para la mañana siguiente la dimisión del general. Se despidieron enfurecidos.

Al día siguiente no hubo dimisión. En lugar de ello, Lüttwitz se dirigió a ver a Hermann Ehrhardt en Döberitz y le preguntó si

podría ocupar Berlín con su brigada esa misma noche. Ehrhardt se vio obligado a contestar negativamente: necesitaba un día para prepararlo todo. Pero el sábado 13 de marzo por la mañana podría situar a su brigada en la Puerta de Brandemburgo. Se decidió actuar de esa forma. Lüttwitz dio la orden de marchar sobre Berlín; Ehrhardt inició los preparativos.

Fue entonces cuando Lüttwitz involucró a la Unión Nacional en el complot: Kapp, Pabst, Ludendorff y sus tropas. Debían estar preparados el sábado a primera hora para hacerse con el gobierno de Berlín. La orden repentina les pareció bastante inoportuna. Sus propios planes para un putsch no estaban aún maduros, en muchas zonas del Reich aún no habían concluido los preparativos de organización ni se habían elaborado las listas para un gabinete. Pero ahora que Lüttwitz y Ehrhardt habían fijado la fecha del putsch, Kapp y los suyos se prestaron al juego. Ahora también ellos se sentían apremiados, pues ese mismo día se emitieron órdenes de arresto contra ellos que no obstante no se llevaron a cabo: en lugar de detener a los conspiradores, la policía de seguridad de Berlín les avisó. Esta policía era «tan nacionalista» como la Reichswehr.

Al día siguiente, el viernes 12 de marzo, Berlín era un hervidero de rumores. Incluso los periódicos vespertinos berlineses traían noticias sobre un putsch inminente de la Brigada Ehrhardt. Tan sólo Noske quería seguir sin tomarse la cosa en serio, o en todo caso es lo que expresó posteriormente; hay que reconocer que durante los nueve meses precedentes había habido varios planes golpistas que se habían ido a pique y varios rumores sobre un putsch que habían quedado en nada. Aunque por lo menos, Noske tomó algunas medidas de precaución: situó dos regimientos de la policía de seguridad y un regimiento de la Reichswehr en el distrito gubernamental para defenderlo militarmente en caso necesario. Con ello creyó haber tomado todas las precauciones necesarias; pero le esperaba la mayor sorpresa de su vida.

Esa misma noche, todos los oficiales de los tres regimientos acordaron no obedecer la orden de defender el distrito gubernamental. Se pusieron de acuerdo con los dirigentes del resto de

unidades apostadas en Berlín y sus alrededores para que ninguno de ellos obedeciera la orden correspondiente, y para mayor seguridad solicitaron la aprobación de Seeckt, que aunque no tenía mando directo gozaba naturalmente de gran autoridad militar por ser jefe del Estado Mayor. Dio su aprobación diciendo que naturalmente no pueden «organizarse entre Berlín y Potsdam unas maniobras con munición real». Más adelante, la leyenda dio de esta frase campechana (casi podemos imaginarnos el tono fanfarrón en el que fue pronunciada) una versión más contundente: «la Reichswehr no dispara contra la Reichswehr».

Pero en realidad la Reichswehr estaba absolutamente dispuesta a disparar contra la Reichswehr. Esa noche a las diez, el capitán Ehrhardt dio la orden a su brigada de «marchar hacia Berlín como si estuvieran en guerra, *acabar sin contemplaciones con cualquier tipo de resistencia* y ocupar el centro de la ciudad y los ministerios». Antes de entrar en Berlín insistió de nuevo a sus tropas: «Si se llega a producir un combate con las tropas establecidas en el distrito gubernamental, se actuará de forma absolutamente enérgica». La fracción de la Reichswehr favorable al putsch estaba pues completamente dispuesta a disparar sobre la misma Reichswehr; únicamente no lo estaban aquellas unidades de la Reichswehr que debían oponerse al putsch. Una parte del ejército estaba decidida a hacer caer violentamente al gobierno; la otra, estaba decidida a no defenderlo. Ambas actitudes suponen un amotinamiento. Esa noche del 12 al 13 de marzo de 1920, Ebert y Noske fueron dejados en la estacada por sus fuerzas armadas, algo parecido a lo que le ocurrió al káiser Guillermo II el 9 de noviembre de 1918.

Fue una noche repleta de acontecimientos. Desde las diez de la noche, la Brigada Ehrhardt se encontraba marchando hacia Berlín en formación de combate, desplegada como si avanzara por territorio enemigo, con las armas al hombro y granadas de mano en el cinturón. El Gruppenkommando en Berlín tuvo noticia de la marcha de la brigada una hora más tarde. Noske fue informa-

do por teléfono. Dos generales de la plaza, Von Oven y Von Oldershausen, marcharon en dirección a la brigada, al parecer (según manifestaron más adelante tras el fracaso del putsch) para disuadir en el último minuto a Ehrhardt de sus intenciones. En realidad, iban a plantear un último intento de mediación entre él y Noske. Llegaron con dificultades hasta Ehrhardt y le convencieron para que, antes de arrestar a los miembros del gobierno, ofreciera una oportunidad de capitulación; exigiendo que el gobierno aceptase las exigencias de Lüttwitz antes de las siete de la mañana. Hasta ese momento, él y sus tropas permanecerían ante la Columna de la Victoria. En consecuencia, se produjo una nueva llamada telefónica de los dos generales a Noske, quien por su parte poco después de medianoche visitó a Ebert y le informó sobre el ultimátum de Ehrhardt. Ebert convocó a las cuatro de la mañana en la cancillería a su gabinete y Noske, a la una de la mañana, a sus comandantes en el ministerio de la Reichswehr en la Bendlerstrasse.

En la reunión de comandantes, Noske exigió la defensa de los ministerios; fue inútil. Todos los generales y oficiales del Estado Mayor allí presentes vacilaron hasta las dos de la mañana sobre si cumplir o no la orden del gobierno de abrir fuego. Von Oven y Von Oldershausen recomendaron negociar con Ehrhardt. Otros pusieron excusas: las tropas no comprenderían una orden de combate, o bien no estarían en condiciones de hacer frente a la Brigada Ehrhardt. Seeckt hizo un largo discurso sobre la camaradería y argumentó que al fin y al cabo siempre sería mejor que Ehrhardt se topara con una Reichswehr indiferente a que entrase en Berlín «franqueando la Puerta de Brandemburgo como vencedor en la batalla». Noske lo resumió con amargura: «O sea que no quieren luchar». Viendo que nadie le contradecía, gritó: «Entonces, ¿me dejan completamente solo?». Los oficiales permanecieron callados. Un Noske descompuesto se dirigió a las cuatro de la mañana desde la Bendlerstrasse a la Cancillería para comunicarle al gabinete que estaba totalmente indefenso. A sus ayudantes de campo llegó a mencionarles el suicidio.

La reunión de gabinete de los agotados ministros fue un caos.

Todo el mundo hablaba a la vez y se gritaba; Ebert, que actuaba como presidente, trató en vano de que hubiera una discusión medianamente ordenada. Aun así, en esa reunión dominada por el pánico se tomaron importantes decisiones: por un lado, la de huir de Berlín; por otro, el llamamiento a una huelga general.

Ninguna de estas dos decisiones se tomó unánimemente. Aunque la excitación y la confusión del momento pudieran ocultarlo, esa noche se abrió la grieta entre los socialdemócratas y sus socios de coalición burgueses, una grieta que venía anunciándose desde hacía tiempo. El vicecanciller demócrata Schiffer y algunos ministros burgueses no se mostraron de acuerdo con la huida de Ebert y del gobierno. No querían cortar completamente los lazos con los insurrectos. Además, y lo que era más importante, la convocatoria de huelga general recogió únicamente las firmas de Ebert y de los ministros socialdemócratas. Los ministros burgueses no se adhirieron.

La convocatoria de huelga era difícil de asumir; incluso para los socialdemócratas representaba un cambio de posición sin igual. Presos de la desesperación, ahora volvían a hablar repentinamente el lenguaje de la revolución, a la que un año antes habían aniquilado sangrientamente con las mismas tropas que ahora amenazaban su seguridad: «¡Trabajadores! ¡Camaradas! No hicimos la revolución para someternos hoy de nuevo a un régimen de lansquenetes. No pactaremos con los criminales del Báltico... ¡Está en juego nuestra supervivencia! Por ello es necesario emplear la defensa más enérgica... ¡Dejad de trabajar! ¡A la huelga! ¡Ahoguemos a esta banda de reaccionarios! ¡Luchad con todos los medios por el mantenimiento de la República! ¡Dejad a un lado vuestras diferencias! Sólo hay un camino contra la dictadura de Guillermo II: ¡La paralización de toda actividad económica! ¡Ni una sola mano debe moverse! ¡Ningún proletario debe ayudar a la dictadura militar! ¡Todo el mundo a la huelga general! ¡Proletarios, uniros! ¡Abajo la contrarrevolución!».

La convocatoria acordada por los ministros socialdemócratas sin la aprobación de sus colegas burgueses fue redactada durante la reunión por el jefe de prensa del gobierno del Reich, el

cual anotó al final, en lápiz, los nombres de Ebert y de los ministros socialdemócratas. Únicamente el canciller Bauer firmó el papel de su puño y letra, los demás ya no tuvieron tiempo: la reunión se levantó a las 6.15 horas, y los ministros se precipitaron hacia los coches, ya preparados, tan sólo diez minutos antes de que las columnas de Ehrhardt atravesaran entre cánticos inflamados la Puerta de Brandemburgo, donde les esperaba un grupo de uniformados y civiles ataviados con chaqué y sombrero de copa: Lüttwitz, Ludendorff y Kapp, acompañados de su séquito. Cuando Kapp y su gente tomaron la Cancillería para proclamar un nuevo gobierno «de orden, libertad y acción», encontraron los sillones aún calientes.

Durante todo el sábado 13 de marzo de 1920, el golpe de Estado pareció haber triunfado. En ningún sitio hubo resistencia militar. Las tropas berlinesas, así como la Policía de Seguridad, toda la Marina, y los mandos militares en Prusia Oriental, Pomerania, Brandemburgo y Silesia se sometieron por completo al nuevo y autoproclamado comandante en jefe Lüttwitz y a su canciller Kapp. El Ejército bávaro aprovechó la oportunidad para derrocar por su cuenta al gobierno regional socialdemócrata de Munich y poner en su lugar al infame gobierno de Kahr, que tuvo el dudoso honor de permitir a Hitler convertirse en un personaje importante. Se mantuvo en el poder hasta el segundo putsch de noviembre de 1923, obra del propio Hitler. En el resto del Reich, los mandos militares regionales no se pronunciaron oficialmente ni a favor ni en contra de Kapp y Lüttwitz; pero su neutralidad no era sincera: esperaban con anhelo el triunfo de su empresa. En el fondo, todos ellos simpatizaban con el «nuevo gobierno», y muchos comandantes locales mostraron abiertamente sus simpatías. La posición del alto funcionariado era similar: aparentemente neutral y expectante, pero en el fondo mayoritariamente simpatizante. Más tarde se afirmó que el fracaso de Kapp y Lüttwitz pudo atribuirse a las reticencias de la administración central. Sobre ello no podemos más que encogernos de hombros. El apa-

rato estatal civil y militar (aparte de las provincias orientales, «ultranacionalistas», que siguieron como un solo hombre a Kapp y a Lüttwitz) mostró, esporádicamente, una prudente vacilación, pero estaba totalmente dispuesto —como siempre— a «cumplir con su deber» bajo el «nuevo gobierno» si la situación se decantaba en su favor.

El «viejo gobierno», mientras tanto, vivía en la precariedad de su exilio. Gobernar le era ya imposible: los ministros fugitivos ya no disponían de equipo administrativo, ni siquiera de mecanógrafos. Estaban solos. En un primer momento se dirigieron a Dresde, donde el mando estaba a cargo del general Maercker, el antiguo «conquistador de ciudades» de Noske. A su lado esperaban estar seguros, pero Maercker había recibido durante la mañana del sábado un telegrama de Berlín con la orden de arrestar a los ministros como «medida de seguridad» cuando llegaran, orden que se mostró más que dispuesto a ejecutar a pesar de ser lo suficientemente considerado como para explicarles a sus superiores que los detenía únicamente para su propia seguridad. Heinze —líder del Partido Popular Alemán que se encontraba casualmente en Dresde—, logró algo que no consiguieron los ministros, que Maercker desistiera por el momento de sus propósitos. Pero ese mismo día, tras leer con indignación la convocatoria de huelga general de los socialdemócratas, Maercker se presentó de nuevo ante los recién llegados, esta vez sí para detenerlos. Los ministros se vieron obligados a jurar por lo más sagrado que sus nombres se habían puesto al pie del «papelucho» en contra de su voluntad hasta que lograron convencerlo de nuevo. Pero Ebert y Noske no querían arriesgarse por tercera vez, así que tras su segunda aventura con Maercker, el «viejo gobierno» se decantó por huir a otro lugar. Esa misma noche se dirigió hacia Stuttgart, donde los militares se habían mantenido hasta el momento inactivos. Pero también allí tuvieron que esperar varios días hasta que el comandante local proclamó oficialmente su lealtad al gobierno legal del Reich. De hecho, no lo hizo hasta que la huelga general ya había hecho su efecto y la posición de Kapp y Lüttwitz ya era insostenible.

La huelga general, que empezó enérgicamente en Berlín el domingo 14 de marzo para extenderse el lunes por todo el Reich, paralizando por completo al gobierno golpista, fue la más radical que haya vivido Alemania jamás. El país entero quedó detenido. No circulaban trenes ni tranvías, no había servicio de correos ni periódicos. Cerraron todas las fábricas. La Administración estaba paralizada porque los funcionarios de bajo nivel se sumaron a la huelga, y los de alto no tenían posibilidad alguna de mantener la actividad. En Berlín no había ni agua, ni gas ni electricidad. La gente hacía largas colas ante las antiguas fuentes y las bombas para obtener agua potable.

La huelga general le arrebató al gobierno golpista de Berlín cualquier posibilidad de gobernar a partir del segundo día de su existencia. Todas las comunicaciones entre la capital y las provincias estaban cortadas. Incluso en el propio Berlín, los militares y burócratas perdieron pronto su autoridad sobre la población. Al «nuevo gobierno» se le habían cortado los tendones y las cuerdas vocales; la maquinaria del Estado hacía aguas.

Incluso la comunicación con las tropas locales debía hacerse por mensajeros y enlaces. En vano Kapp y sus colaboradores redactaron tranquilizadoras llamadas a la reanudación del trabajo, en vano prometieron nuevas elecciones, en vano decretaron la pena de muerte para los líderes huelguistas y en vano la abolieron después. Ninguna de estas acciones trascendía más allá del distrito gubernamental de Berlín. Tras tres días de huelga general, la impotencia del gobierno golpista de Berlín se asemejaba a la del gobierno exiliado en Stuttgart. Ambos sólo mandaban en sus antecámaras.

Durante esa semana de huelga, del 14 al 21 de marzo de 1920, el proletariado alemán mostró de nuevo todo el poder y la energía que había mostrado durante la semana revolucionaria del 4 al 10 de noviembre de 1918. Las similitudes entre estos dos importantes acontecimientos son impresionantes. Así como entonces había surgido de la solidaridad de ideas y sentimientos un

mismo fenómeno en toda Alemania, sin planificación ni líderes; así como entonces la esencia de la acción de las masas no había sido socialista, sino democrática y antimilitarista; así ahora la huelga general, como la revolución, se dirigía contra la hegemonía de lo militar y creía acudir en ayuda de un gobierno civil. Como entonces, la gran mayoría de los huelguistas eran socialdemócratas; sólo los ministros socialdemócratas habían llamado a la huelga. Los Independientes dudaron en un primer momento en sumarse a la convocatoria. («El SPD nos ha tratado como a perros —declaró Crispien, uno de sus portavoces, a la dirección sindical de Berlín el 13 de marzo—, ahora no puede pretender que olvidemos sin más todo lo ocurrido.») Incluso la dirección central del KPD, cuyo líder era entonces Ernst Reuter, que años después sería alcalde de Berlín occidental durante el bloqueo, emitió el mismo día un llamamiento *contra* la huelga: «¡No debemos mover ni un dedo por el ignominioso gobierno de los asesinos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg!». Todo fue completamente inútil: los militantes del USPD y del KPD se sumaron a la huelga como un solo hombre, y a sus líderes no les quedó más remedio que unirse a ellos. Ahora que había llegado el momento de la verdad, ahora que la contrarrevolución mostraba su verdadero rostro y que el SPD había reencontrado el lenguaje de la revolución, parecía que las masas trabajadoras hubieran olvidado todo lo ocurrido desde el 9 de noviembre de 1918. Parecía llegado de nuevo el momento de la unidad socialista. El levantamiento popular de marzo de 1920 también se pareció al de noviembre de 1918 en que dio por hecha la reunificación de los partidos socialistas.

A lo largo de la semana, en Sajonia, Turingia y sobre todo en la cuenca del Ruhr, la huelga se convirtió en revolución armada. El impulso decisivo lo dieron comandantes locales de la Reichswehr, que «se pusieron de parte del nuevo gobierno», izaron banderas negras, blancas y rojas en los cuarteles e hicieron detener a algunos piquetes. Se toparon con actos de resistencia, y de los tiroteos aislados se pasó a combates y luchas callejeras, con resultado diverso. Se reprodujo de nuevo la guerra civil de la primavera precedente, esta vez con una relación de fuerzas distinta.

Entonces, los Freikorps habían encarnado el poder del gobierno, ahora protagonizaban la insurrección; entonces, los trabajadores se habían mostrado a menudo desunidos e inseguros, ahora los desunidos e inseguros eran más bien sus enemigos militares; entonces, los trabajadores de cada región donde surgía la lucha estaban solos y aislados, ahora contaban con el apoyo de una huelga general en todo el país; pero sobre todo, ahora luchaban con una resolución, una exasperación y una desesperación mucho más intensas que un año antes. Entretanto habían conocido el terror blanco, y sabían lo que les esperaba si salían derrotados. La revolución, que en marzo de 1920 «se elevó de nuevo con ruido de cadenas hasta lo más alto» y retomó una lucha antaño perdida, ya no fue tan benevolente como lo había sido cuando en noviembre de 1918 reinaba el ambiente de victoria.

A pesar de ello, los militares terminaron imponiéndose en Sajonia y Turingia tras sangrientos combates. En el Ruhr, en cambio, se produjo un milagro militar. Tras las primeras escaramuzas victoriosas, un improvisado Ejército Rojo avanzó como un alud por todo el territorio. El 17 de marzo conquistó Dortmund, el 18 Hamm y Bochum, el 19 Essen. El mando regional de la Reichswehr en Münster ordenó la retirada de las desmoralizadas guarniciones de Dusseldorf, Mülheim, Duisburg, Hamborn y Dinslaken. Al final de la semana de huelga, toda la cuenca del Ruhr estaba bajo el dominio de los trabajadores armados.

Pero precisamente este inesperado despliegue de poder de la renovada revolución fue su propia perdición. En vista de la huelga general, el gobierno de Kapp era insostenible; los militares que lo apoyaron lo tuvieron claro a los pocos días. Pero el miedo a la revolución, que se creía definitivamente vencida y ahora levantaba de nuevo la cabeza, unió en pocos días a sus enemigos del 13 de marzo. El Estado burgués y los rebeldes militares volvieron a aliarse rápidamente contra la revolución, y no pasó mucho tiempo antes de que el propio SPD se uniera a este frente unitario y la traicionara por segunda vez.

El 13 de marzo, Kapp había hecho arrestar al vicecanciller Schiffer, que había permanecido en Berlín, así como a los minis-

tros del gobierno de Prusia, pero al día siguiente —la huelga había empezado— los puso de nuevo en libertad, y un día después empezaron las negociaciones. En ellas tomaron parte los líderes de los dos partidos burgueses de derechas, Oskar Hergt y Stresemann, y quedó patente el punto en común instintivo de los cuatro partidos burgueses: los cuatro estaban de acuerdo en que el principal peligro ahora era «el bolchevismo», y la tarea principal, «ganarse de nuevo» al cuerpo de oficiales. El vicecanciller Schiffer puso en palabras lo que todos pensaban diciendo que no era deseable que Kapp y Lüttwitz fueran derrocados por un «motín» de sus tropas o por la huelga general; las dos cosas conducirían al «bolchevismo». Más bien se trataba de forzar una renuncia voluntaria de Kapp y Lüttwitz; había que proporcionarles una salida airosa. Durante esos días, en Berlín se formó tácitamente una coalición de los cuatro partidos burgueses, una coalición del bloque burgués que pocos meses más tarde se hizo con el gobierno de la República de Weimar y que no abandonaría, salvo en breves paréntesis, hasta su disolución. Su primera iniciativa política fue el acuerdo con los rebeldes militares que puso fin, sin vencedores ni vencidos, al putsch de Kapp.

Para la renuncia voluntaria de Kapp y Lüttwitz, los cuatro partidos, junto con la aprobación de algunos políticos socialdemócratas que habían permanecido en Berlín, ofrecieron la convocatoria de nuevas elecciones, la remodelación del gabinete y una amnistía para todos los que hubieran participado en el putsch. Los rebeldes empezaron a jugar sus bazas. Primero sólo destituyeron a Kapp, quien de todos modos se había descubierto para ellos como un fracasado. Lüttwitz trató durante un día más de permanecer como dictador militar. Pero entonces, como le había ocurrido a Noske unos días antes, se vio abandonado por sus comandantes. Ahora también ellos creían que había llegado el momento de restituir el frente unitario contra el «bolchevismo». Le propusieron al vicecanciller Schiffer, quien ahora llevaba los asuntos de gobierno en Berlín —oficialmente todavía en nombre de la coalición de Weimar, en realidad representando a los cuatro partidos burgueses—, el nombramiento del general Von Seeckt

como comandante en jefe de la Reichswehr, y Schiffer lo nombró en nombre de Ebert.

Las negociaciones trascurrieron del modo más cordial que pueda imaginarse. El principal negociador de los rebeldes era el capitán Pabst, el asesino de Liebknecht y Luxemburg, a quien Lüttwitz había nombrado comandante el 13 de marzo (el nombramiento nunca se revocó). Cuando, al empezar las negociaciones el 16 de marzo, Pabst se presentó ante Schiffer, éste hizo que les sirvieran una buena cena. «De este modo, se creó una atmósfera que no se correspondía con la gravedad de la situación, pero que ayudó a resolverla», escribió más tarde el vicecanciller. Cuando dos días después Pabst le trasmitió la dimisión de Lüttwitz —que Schiffer aceptó inmediatamente en nombre del presidente del Reich concediéndole la integridad de los derechos a una pensión—, el vicecanciller le aconsejó a Pabst que permaneciera en lugar seguro hasta la aprobación de la amnistía por parte de la Asamblea Nacional, algo que también recomendaba a Lüttwitz. «Schiffer incluso les ofreció a ambos pasaportes falsos y dinero, lo que Pabst rechazó agradecido. Los golpistas ya se habían procurado pasaportes falsos a través de sus amigos de la Jefatura Superior de Policía», cuenta Johannes Erger en su nuevo y detallado estudio *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch* (El putsch de Kapp y Lüttwitz) basándose en las declaraciones idénticas de los dos implicados.

A Ehrhardt aún se le trató mejor que a Pabst y a Lüttwitz. El nuevo jefe de la Reichswehr, Seeckt, «en una orden del día del 18 de marzo y tras una conversación con Ehrhardt, se refirió en términos elogiosos a la disciplina de la brigada, admitió que ésta había actuado en la creencia de «servir a los intereses de la patria» y le aseguró a Ehrhardt por escrito el 19 de marzo que no se le detendría mientras la brigada estuviera a su mando» (Erger). Acto seguido, la brigada abandonó Berlín cantando y agitando banderas, tal y como había entrado. Cuando en la Puerta de Brandemburgo las tropas se toparon con una concentración hostil de gente que empezó a abuchearlas, éstas dispararon con ametralladoras sobre la multitud sin ninguna vacilación. Fue su despedida del

rojo Berlín. Sobre el pavimento de la Pariser Platz quedaron doce muertos y treinta heridos graves.

Ahora, el gobierno del Reich podía volver desde Stuttgart a Berlín. Su primera preocupación era la de poner fin a la huelga general, y la segunda desarmar al Ejército Rojo, que seguía ocupando la cuenca del Ruhr. Los ministros socialdemócratas, que cuando amenazaba el peligro habían vuelto a pedir ayuda a la revolución y que, de hecho, fueron salvados por ella, reencontraron por sí mismos su antiguo papel como pantalla de la contrarrevolución. A los líderes sindicales, que dudaban en dar por terminada la huelga general, les hicieron promesas sabiendo que no podrían cumplirlas, como que impondrían severos castigos a los implicados en el putsch, o que no querían en absoluto cumplir, como la integración de trabajadores en las fuerzas de seguridad. Al Ejército Rojo del Ruhr le hicieron llegar un ultimátum para que depusiera las armas en un breve plazo de tiempo. Luego dejaron que la Reichswehr, «retornada al ámbito constitucional», hiciera el trabajo sucio. Para ello, la Reichswehr empleó, y no sin querer, las unidades que se habían levantado contra el gobierno bajo el mando de Kapp y Lüttwitz; entre otras, los Freikorps Epp, Pfeffer, Lützow, Lichtschlag y Rossbach, así como la Brigada de Marina Löwenfeldt, hermana de la Brigada Ehrhardt. Ahora debían volver a demostrar su eficacia. Y esta carta de un miembro de la Brigada Epp atestigua cómo lo hicieron:

AL HOSPITAL MILITAR DE RESERVISTAS I,
ESTACIÓN 9

Wischerhofen, 2 de abril de 1920

¡Queridas enfermeras, queridos enfermos!

Por fin estoy en mi compañía. Llegué ayer por la mañana, y a la una del mediodía empezamos el primer asalto. Si os describiera todo lo que pasó, diríais que miento. Aquí no hay perdón que valga. Hasta disparamos a los heridos. El entusiasmo es enorme, difícil de describir. En nuestro batallón hubo dos muertos; entre los

> rojos, 200 o 300. A todo el que se pone a nuestro alcance lo despachamos primero con la culata del fusil y luego le disparamos. Durante todo el combate estuve pensando en la estación A. Lo digo porque también matamos a diez hermanas de la Cruz Roja. Todas ellas llevaban una pistola encima. Disparamos con placer contra esa penosa estampa, ¡y cómo lloraban e imploraban que les perdonáramos la vida! ¡Ni hablar! Todo aquel que lleve un arma es nuestro enemigo y debe diñarla. Contra los franceses éramos mucho más humanos. Por lo demás, ¿cómo va todo por el hospital?... La gente nos lo regala todo. En los restaurantes, a menudo nos invitan a 20 o 30 de nosotros. Mi dirección es: Cazador Max Ziller, estudiante, 11.ª Compañía, Brigada Epp, Oficina de Correos Rekow, Westfalia.

Así termina el putsch de Kapp: con un monstruoso castigo del gobierno, aún socialdemócrata, contra aquellos que lo salvaron; un castigo ejecutado por aquellos de quienes había sido salvado.

Pero ahora el propio SPD debía someterse al juicio de sus seguidores. Las elecciones prometidas a los golpistas no podían retrasarse más. En abril se disolvió la Asamblea Nacional y el 6 de junio se escogió el nuevo Reichstag. El SPD pagó las consecuencias de su traición a la revolución, una traición que tras el putsch de Kapp había vuelto a confirmar espectacularmente: de golpe perdió más de la mitad de sus votantes.

En enero de 1919, en las elecciones a la Asamblea Nacional, el SPD obtuvo doce millones y medio de votos. Ahora se reducían a cinco millones y medio. El descalabro del SPD privó —para siempre— a la coalición de Weimar de la mayoría parlamentaria. Comenzó la época de los gobiernos del bloque burgués, que se extendió hasta el final de la República de Weimar y se retomó tras la creación de la República Federal de Bonn.

El momento estelar del SPD, esperado durante medio siglo, había llegado y se había esfumado. Desde entonces ha pasado otro medio siglo, y nunca ha regresado.

«Lo que se rechaza en un momento,
no lo devuelve la eternidad.»

*(«Was man von der Minute ausgeschlagen
gibt keine Ewigkeit zurück.»)*

15

TRES LEYENDAS

Sobre ningún otro acontecimiento histórico se ha mentido tanto como sobre la Revolución alemana de 1918. En particular, hay tres leyendas que han aguantado el paso de los años y que han resultado imposibles de erradicar.

La primera de ellas se divulgó sobre todo —e incluso continúa hoy en día— entre la burguesía alemana y sencillamente consiste en la negación de la revolución. Aún se sigue oyendo a menudo que en Alemania, en 1918, no hubo una auténtica revolución. Lo más que ocurrió fue un derrumbamiento. La fragilidad momentánea de las fuerzas del orden en el instante de la derrota permitió que un amotinamiento de marineros pareciese una revolución.

La ceguera y la falsedad de todo esto pueden verse a simple vista al comparar el año 1918 con 1945. Naturalmente, en este último año sí que se produjo únicamente un derrumbamiento.

Cierto es que en 1918 un motín de marineros le proporcionó a la revolución el empujón que necesitaba; pero le proporcionó sólo eso, el empujón. Lo extraordinario fue precisamente que un mero motín de marineros durante la primera semana de noviembre de 1918 desencadenase un terremoto que sacudió toda Alemania; que hizo que se levantara todo el ejército, toda la clase obrera urbana y en Baviera además una parte de la población rural. Pero este levantamiento ya no era un simple motín, era una auténtica revolución. Ya no se trataba únicamente de un acto de

insubordinación, como sucedió durante los días 29 y 30 de octubre en la Flota de Alta Mar en Schillig-Reede. Ahora se trataba del derrocamiento de la clase dirigente y de la reforma del Estado. ¿Y qué es una revolución sino exactamente esto?

Como toda revolución, ésta también derrocó el viejo orden y dio los primero pasos para instaurar uno nuevo. No sólo fue destructiva, sino también creadora: su creación fueron los consejos de trabajadores y soldados. Que no todo sucediera sin obstáculos y ordenadamente, que el nuevo orden no funcionara enseguida tan perfectamente como el derrocado, que se cometieran actos desagradables y ridículos, ¿en qué revolución hubiese sido de otra forma? Y que naturalmente la revolución pusiese de manifiesto de pronto la debilidad y los errores del viejo orden y que su victoria se debiera en parte a esta debilidad, no es más que una obviedad. En ninguna otra revolución de la Historia ha ocurrido de otro modo.

Por el contrario, debemos reconocer incluso como una hazaña de la Revolución alemana de noviembre de 1918 la autodisciplina, la bondad y la humanidad con la que se llevó a cabo, más remarcable aún si se tiene en cuenta que fue casi en todas partes la obra espontánea de las masas sin liderazgo. El verdadero héroe de esta revolución fueron las masas, el espíritu de la época ha dejado constancia de ello: no es casual que los puntos culminantes en las obras de teatro y cine alemanes de esos años muestren magníficas escenas de masas, no es casual que un drama entonces famoso de Ernst Toller sobre la revolución llevara por título *Masse Mensch* (El hombre masa). En lo que se refiere a la capacidad de convocatoria de masas, el noviembre de 1918 alemán no les va a la zaga ni al julio de 1789 francés ni al marzo de 1917 ruso.

Los ríos de sangre que se vertieron durante la primera mitad de 1919 para aplastar la revolución, dan fe de que ésta no fue ni una quimera ni una ilusión, sino una realidad viva y sólida.

No hay duda alguna sobre quién sofocó la revolución: la dirección del SPD, Ebert y sus hombres. Tampoco existe ninguna duda de que los líderes del SPD, para poder derrotarla, se pusie-

ron primero a su cabeza y luego la traicionaron. En palabras del incorruptible y lúcido testigo Ernst Troeltsch, «esta revolución que los dirigentes socialdemócratas no habían hecho y que para ellos era una especie de aborto, fue adoptada para no perder su influencia sobre las masas, como si se tratase de la adopción de un niño largamente deseado».

En este punto hay que ser preciso, cada palabra resulta crucial. Es cierto que los dirigentes del SPD no habían hecho ni habían deseado la revolución. Pero Troeltsch es inexacto cuando afirma que solamente la «adoptaron». La revolución no fue únicamente «adoptada», sino que realmente fue su propio hijo, su hijo largamente esperado. La habían estado predicando y prometiendo durante cincuenta años. Aunque ahora «este hijo largamente esperado» ya no era deseado, no dejaba de ser suyo. El SPD era y siguió siendo su madre natural; y cuando lo asesinó, cometió un infanticidio.

Como cualquier infanticida, el SPD intentó excusarse ante su actuación. Y éste es el origen de la segunda gran leyenda acerca de la Revolución alemana: que no se trataba de la revolución proclamada durante los últimos cincuenta años por los socialdemócratas, sino de una revolución bolchevique, un producto de importación rusa, y que el SPD había protegido y salvado a Alemania del «caos bolchevique» (por cierto: la expresión «caos bolchevique» es en sí misma una mentira terminológica; el bolchevismo —y no hay nada que objetar a esto— es el antónimo del caos, es el orden más inflexible y dictatorial; es, si se quiere, el orden tiránico).

Esta leyenda inventada por los socialdemócratas siempre ha sido apoyada, voluntaria o involuntariamente, por los comunistas, ya que otorgan todo el mérito de la revolución al KPD o a su predecesor, la Liga Espartaquista, y se vanaglorian de él, lo que los socialdemócratas utilizan para justificarse a sí mismos y para acusar a la revolución: la Revolución de noviembre de 1918 fue una revolución comunista (o «bolchevique»).

Y a pesar de que socialdemócratas y comunistas coincidan excepcionalmente en este punto, sigue siendo una falsedad. La Revolución de 1918 no fue un producto de importación rusa, fue un producto genuinamente alemán; y tampoco fue una revolución comunista, sino socialdemócrata: la misma revolución que el SPD había proclamado y exigido durante cincuenta años, para la que había preparado a sus millones de seguidores y a la que había consagrado su existencia.

Este punto resulta fácil de demostrar. La revolución no la hizo la Liga Espartaquista, un grupo con escasa capacidad organizativa y con pocos seguidores, sino millones de trabajadores y soldados socialdemócratas. El gobierno exigido por estos millones de personas —tanto en enero de 1919 como antes en noviembre de 1918— no era ni espartaquista ni comunista, sino un gobierno del partido socialdemócrata reunificado. La constitución que anhelaban no era la de una dictadura del proletariado, sino la de una democracia proletaria: el proletariado, y no la burguesía, quería ser a partir de ahora la clase dirigente, pero quería gobernar democráticamente, no de forma dictatorial. Las clases derrocadas y sus partidos podían expresar su opinión mediante el parlamentarismo, más o menos como habían podido expresar su opinión los socialdemócratas durante el Reich guillermino.

También los métodos de la revolución eran completamente distintos a los métodos bolcheviques o leninistas, tal vez en perjuicio propio. Si observamos con atención, no eran ni siquiera marxistas, sino lassallianos: la palanca de poder decisiva que asieron trabajadores, marineros y soldados revolucionarios no fue, como hubiera correspondido a las teorías marxistas, la propiedad de los medios de producción, sino el poder estatal. Con ello seguían, como dice la canción de lucha socialdemócrata,

«el camino que nos marca Lassalle»...

Las masas revolucionarias tomaron el poder del Estado y no el poder económico, tal y como reivindicaba el precursor de la

socialdemocracia Ferdinand Lassalle —y no Marx— en la década de 1860. No ocuparon las fábricas, sino las administraciones y los cuarteles. Eligieron como «Comisarios del Pueblo» a los líderes socialdemócratas

Y estos dirigentes, después de que la revolución les entregara el poder estatal, utilizaron dicho poder para aplastarla sangrientamente: a su propia revolución, a la revolución anhelada durante tanto tiempo y que por fin se había hecho realidad. Apuntaron los cañones y las ametralladoras hacia sus propios seguidores. Ebert también intentó desde el principio, lo que el káiser había intentado inútilmente: lanzar contra los trabajadores revolucionarios al ejército que volvía del frente. Y como tampoco lo consiguió, no dudó en dar un paso más, que consistió en armar y movilizar contra sus inocentes seguidores a los adeptos más extremistas de la violenta contrarrevolución, a los enemigos de la democracia burguesa, esto es, a sus propios enemigos, a los precursores del fascismo en Alemania.

Así fueron los hechos: lo que el SPD aplastó y, si se quiere, aquello de lo que «protegió» o «salvó» a Alemania no fue una revolución comunista, sino socialdemócrata. La revolución socialdemócrata que tuvo lugar en Alemania en 1918, tal y como deseaba receloso el príncipe Max de Baden la semana anterior al 9 de noviembre, se «ahogó»; y se ahogó en su propia sangre. Pero no la ahogaron ni el príncipe ni los soberanos derrocados por ella, sino sus propios líderes, aquellos a quienes la revolución plenamente confiada había subido al poder. Fue aplastada con la violencia más extrema, más despiadada, y no mediante una lucha leal, cara a cara, sino por la espalda, a traición.

Da igual de qué parte estemos, o si lamentamos o celebramos el resultado final: se trata de un acontecimiento que asegura una inmortalidad ignominiosa a los nombres de Ebert y Noske. Dos sentencias pronunciadas en aquel entonces, marcadas por la muerte de los que las pronunciaron, siguen resonando a pesar del paso de las décadas: el veterano miembro del SPD e histórico del partido Franz Mehring dijo en enero de 1919, poco antes de morir con el corazón roto: «Ningún gobierno ha caído tan bajo»;

y Gustav Landauer no mucho antes de morir a manos —o más bien bajo las botas— de los Freikorps de Noske, escribió: «No conozco en todo el reino de la naturaleza a ninguna criatura más repugnante que el Partido Socialdemócrata».

Que Ebert y Noske no fueran grandes sinvergüenzas, sino burgueses conservadores no les hace más simpáticos. La monstruosidad de su actuación histórica no concuerda con su carácter personal. Si buscamos sus motivos, no encontramos nada diabólico ni de una maldad satánica, más bien encontramos motivos banales: amor al orden y arribismo pequeñoburgués. Uno puede creerse sin más que detestaran sinceramente y que además sintieran un pánico aterrador ante el desorden que va ligado a cualquier revolución, incluso aunque, curiosamente, no sintieran tal terror ante el desorden igualmente grande —y más sangriento— que representaba la contrarrevolución. Pero mucho más profundo que el pánico ante el desorden era el orgullo pequeñoburgués que de pronto era admitido por el mundo entero; mejor dicho, al que el mundo entero llamaba pidiendo socorro. Que ahora los colegas parlamentarios burgueses trataran con respeto a los que una vez fueron ésos «oficiales sin patria», que hombres como Groener o el príncipe Max les profesaran una confianza lisonjera, que incluso el káiser y Hindenburg les mostraran cierta condescendencia, que todos ésos, antes temidos y envidiados, reconocieran en su apuro a Ebert y a los suyos como su última tabla de salvación, todo esto produjo en estos distinguidos señores un cálido impulso de confiada y orgullosa lealtad que los condujo a sacrificarse a sí mismos, e incluso a sacrificar a miles de personas. Sacrificaron alegremente a aquellos que les seguían y confiaban en ellos, a aquellos que les daban su protección. El horror se llevó a cabo con el más ingenuo espíritu pequeñoburgués.

Ebert confiaba en los generales, príncipes y burgueses de clase alta que le «entregaron el cuidado del Reich alemán» tan ingenuamente como confiaban en él los trabajadores, marineros y soldados socialdemócratas que hicieron la revolución. Y así como él traicionó a la revolución, así le traicionaron a quienes servía con su traición una vez hubo acabado el trabajo. El medio por el cual lo hicie-

ron fue la tercera de las tres grandes leyendas sobre la Revolución alemana: la leyenda de la puñalada por la espalda.

La afirmación de que la revolución socialdemócrata tuvo la culpa de la derrota alemana y de que «apuñaló por la espalda al victorioso ejército que luchaba en el frente» fue formulada públicamente por Hindenburg y Ludendorff tan pronto como Ebert y Noske hubieron sofocado la revolución. La burguesía alemana creyó esta afirmación durante un cuarto de siglo.

Esta afirmación fue en sí misma una puñalada, una puñalada por la espalda a los líderes socialdemócratas, a quienes la Alemania imperial había cargado entre octubre y noviembre de 1918 con su propia derrota y a quienes habían confiado su propia salvación (Ludendorff: «Ahora tendrán que apechugar...»).

Tras hacerse cargo con lealtad de la derrota (Ebert a las tropas que volvían del frente: «No habéis sido vencidos por enemigo alguno...») y poner a los pies de la burguesía alemana el cadáver de la revolución, se vieron pagados con esta leyenda de la puñalada. El propio Ebert se vio literalmente acosado hasta su muerte por la acusación, completamente infundada pero repetida sin cesar y legitimada judicialmente, de haber traicionado a la patria.

Uno podría sentir cierta compasión por él si la forma en que la Historia se vengó de él no hubiese sido también una manera sofisticada de hacer justicia. Existe una balada de Annette von Droste-Hülshoff que ilustra con exactitud el destino de Ebert:

Tras un naufragio, alguien ha asesinado a otro pasajero empujándolo de la tabla de salvación a la que ambos se agarraban. Casualmente, al asesino se le queda grabada en la memoria la marca de fabricación inscrita en la tabla: «Batavia quinientos diez». El asesinato nunca sale a la luz. Pero al llegar a tierra, el asesino es confundido con un pirata al que buscaban desde hacía tiempo, es condenado a muerte y se le ejecuta:

> «Y cuando, orgulloso, se enfrenta a su destino
> levanta su mirada hacia el cielo,
> y lee sobre la madera del patíbulo:
> Batavia quinientos uno.»

(«Und als er in des Hohnes Stolze / Will starren nach den Ätherhöhn, / Da liest er an des Galgens Holze: / Batavia Fünfhundertzehn.»)

El poema se titula *Die Vergeltung* (El merecido).

Del mismo modo intrincado pero preciso, Ebert recibió su merecido por lo que había hecho con la revolución. Se le acosó con una mentira hasta la muerte, se le reprochó una traición que nunca había cometido. Pero nunca hubiera podido ser víctima de esta acusación si no hubiera cometido realmente otra traición. No había apuñalado por la espalda a las victoriosas tropas que estaban en el frente, pero sí había apuñalado por la espalda a la revolución victoriosa. Y lo hizo por aquellos que ahora lo apuñalaban a él, por la espalda con la mentira.

Cuesta ocultar una cierta satisfacción ante la perfección estética de esta compleja simetría. Uno se siente como en el punto álgido de una composición sinfónica, cuando convergen todos los temas de la obra y desvelan su causa común. Visto superficialmente, Ebert fue víctima de una amarga injusticia a través de la mentira de la puñalada. Visto en más profundidad, obtuvo su merecido. Fue traicionado tal y como él había traicionado; y sólo podía ser traicionado porque él había traicionado.

El 29 de septiembre de 1918, Ludendorff había descargado su derrota en los socialdemócratas para poderlos presentar más adelante como los culpables. La revolución acudió en su ayuda; empezó a desarticular la trampa que Ludendorff les había tendido y en la que habían caído sin sospechar nada. Pero ellos traicionaron a la revolución, y con ello la trampa se cerró de golpe. Ésa es toda la historia en tres frases. Una historia terrible pero no carente de sentido. Su título podría ser: «Un merecido castigo».

Por desgracia, el castigo por la inmensa traición contra la Revolución alemana de 1918 no recayó únicamente sobre los que lo merecían.

El héroe colectivo de esta revolución, la clase obrera alemana, nunca se recuperó del golpe que le fue asestado. La unión socialista por la que con tanta valentía luchó y murió se perdió

para siempre en 1918. El gran cisma del socialismo y el odio imborrable entre comunistas y socialdemócratas, un odio como entre perros y lobos, data de la gran traición de 1918. (Como es sabido, el perro proviene del lobo al que el hombre ha domesticado para sus propios fines. La socialdemocracia proviene de un partido obrero que el capitalismo ha domesticado para sus propios fines.) Los mismos trabajadores que en 1918 —y también en 1919 y en 1920— habían combatido con tanta valentía pero con tan poca suerte, se encontraron con un espíritu combativo totalmente extenuado cuando quince años más tarde lo hubieran necesitado nuevamente... contra Hitler. Y en 1945 sus hijos ya no eran capaces de reproducir las hazañas de 1918 de sus padres. Hoy, sus nietos ni siquiera las conocen. La tradición revolucionaria de los trabajadores alemanes se ha extinguido por completo.

E incluso el pueblo alemán en su conjunto, incluyendo a las clases burguesas que entonces celebraron el fracaso de la revolución con un alivio comprensible, alegrándose del mal ajeno, ha pagado un altísimo precio por dicho fracaso: con el Tercer Reich, con la repetición de una guerra mundial, con una segunda y aún más terrible derrota y con la pérdida de su unidad nacional y su soberanía. La contrarrevolución desencadenada por los líderes socialdemócratas ya contenía en germen todo esto. Y una victoria de la revolución hubiera podido ahorrarle a Alemania todo esto.

Aún hoy existen muchos alemanes como Ebert que «detestan como al pecado» cualquier revolución; aún hoy existe mucha gente que niega la Revolución de 1918 como si fuera una mancha en la historia nacional alemana. Pero la revolución no es en absoluto una deshonra. Fue, especialmente tras cuatro años de hambre y muerte sangrienta, un acto glorioso. La deshonra fue la traición que se cometió contra ella.

Cierto es que una revolución no es algo que se haga por placer; cierto es que el arte de gobernar consiste en evitar en lo posible la revolución mediante reformas preventivas. Toda revolu-

ción es un acontecimiento doloroso, sangriento y terrible, igual que un parto. Pero como todo parto, una revolución exitosa es un acontecimiento creador y generador de vida.

Todos los pueblos que han sufrido una revolución la evocan con orgullo; y toda revolución victoriosa ha engrandecido por un tiempo al pueblo que la llevó a cabo: Holanda e Inglaterra en el siglo XVII, Estados Unidos y Francia en los siglos XVIII y XIX y Rusia y China en el XX. No son las revoluciones victoriosas, sino las sofocadas y reprimidas, las traicionadas y negadas aquellas que hacen enfermar a un pueblo.

Alemania enfermó durante la revolución traicionada de 1918, y continúa aún hoy enferma.

EPÍLOGO A LA NUEVA EDICIÓN DE 1979

Escribí este libro hace poco más de diez años y hoy lo escribiría de otro modo: con más calma, más escepticismo, más distancia. Para mi gusto está escrito con demasiada indignación. Al releerlo he sentido en algunas ocasiones unas tremendas ganas de reformularlo, suavizándolo o suprimiendo algunas cosas. Pero lo mantengo como Pilatos: «Lo que he escrito, escrito está». Mejorarlo a posteriori me resultaría algo deshonesto.

Pero, ¿por qué publicar de nuevo este libro? En dos palabras: porque creo que, a pesar de todas sus carencias, sigue teniendo algo correcto e importante que transmitir. Lo que hoy en día me disgusta de él es algo que sólo me atañe a mí mismo, a mi modo actual de ver las cosas: mi actitud como narrador en ocasiones demasiado exaltada, mi posicionamiento demasiado sentimental a favor y en contra. Pero desacreditar u ocultar el libro entero por eso me parecería pura vanidad, ya que por lo que se refiere al contenido, no tengo nada que retirar. Los hechos son exactos. Y también su análisis es correcto, en todo caso a mi juicio. Los hechos de los que se ocupa el libro siguen siendo algunos de los más importantes y determinantes de la Historia alemana más reciente. Y hoy día sigue existiendo una escasez llamativa de libros que traten estos hechos con fidelidad y que presenten una visión general de los mismos. Desde que hace diez años se publicó este libro —que pasó bastante desapercibido— que yo sepa no

se ha escrito ningún otro sobre el tema. La Revolución de 1918 y su represión, llevada a cabo por aquellos a quienes la revolución había llevado provisionalmente al poder, han desaparecido prácticamente de la conciencia histórica alemana; incluso podríamos decir que han sido marginadas. Y si mi librito puede aportar algo para romper con esta marginación, aunque sólo sea provocando réplicas y rectificaciones, entonces me parece que todavía tiene una función útil que cumplir.

Me gustaría ahondar en dos objeciones que se han hecho contra la tesis de este libro: una realizada por C. P. Snow en una reseña a la traducción inglesa, y otra que me hago yo mismo.

En resumidas cuentas, Lord Snow escribió que el libro pasaba por alto la participación de los Aliados occidentales, vendedores en la guerra, que nunca hubieran tolerado una verdadera revolución alemana; si los propios alemanes no hubiesen sofocado su revolución, los Aliados hubiesen invadido el país y lo hubiesen hecho en su lugar.

Suena convincente, ¿pero es eso cierto? La Revolución de noviembre de 1918 fue en primer lugar una revolución antimonárquica y antimilitarista; y es difícil imaginar que los Aliados hubiesen entrado en Alemania para restablecer al káiser en su trono y reinstaurar el poder de los generales. Cuando menos hubiesen tenido algunos problemas para explicar a sus respectivos pueblos el cambio radical de los propósitos con los que se libraba la guerra, proclamados durante tantos años. Y si incluso obviamos esta razón, hay que añadir que los Aliados también estaban hartos de la guerra. No es tan fácil como parece retomar en plena desmovilización una guerra felizmente acabada. Y es peligroso atacar un país convulsionado por una revolución; las revoluciones son contagiosas. ¿Hubiese tenido más éxito una intervención antirrevolucionaria de los Aliados occidentales en Alemania que en Rusia, donde realmente se intentó? No hay respuesta a esta pregunta. A mi parecer, también Lord Snow olvida que si la Revolución alemana no hubiese sido reprimida de inmediato, ésta les habría proporcionado a los alemanes que luchaban por la paz una nueva arma política.

La otra objeción me la pongo yo a mí mismo para que mis lectores no tengan que actuar por cuenta propia. En varios puntos del libro afirmo que el SPD de 1918-1919 dejó pasar una oportunidad única «para siempre». Cuando apareció el libro por primera vez, en el otoño de 1969, debió sonarles a sus lectores de entonces como una profecía precipitada, fácilmente rebatible. ¿Precisamente no se eligió ese otoño de 1969 como canciller a un socialdemócrata? ¿Acaso hoy en día no seguimos teniendo otro canciller socialdemócrata y parece que aún se quedará durante algún tiempo? Sin duda alguna: fueran cuales fueran los errores que cometió el SPD de 1918-1919, ha sobrevivido a ellos y hoy en día es el partido del gobierno de la República Federal alemana.

Pero precisamente, sólo en la República Federal. No nos olvidemos por completo de la división de Alemania. En 1918-1919 todavía existía un Imperio alemán en el cual y con el cual creció el SPD, y si se me permite sacar a colación el principio de este mismo libro, «algún día éste esperaba dotarlo de una sustancia política sensata y duradera». La Revolución de 1918 les ofreció la oportunidad para ello, y esta oportunidad se perdió «para siempre», cuando en lugar de utilizar la Revolución, la sofocaron, la «traicionaron», tal y como digo amargamente en mi texto. Así es que esta oportunidad no se ha vuelto a dar nunca jamás. En su lugar llegaron Hitler, la Segunda Guerra Mundial, la segunda derrota y la división. Y esto es lo que hace que la historia de la Revolución de 1918 y su derrota, infligida por los líderes que ella misma había proclamado, siga siendo tan rabiosamente actual. Ofreció la mejor y, desde una perspectiva histórica, la única oportunidad para impedir todo lo que sucedió después. Tampoco olvidemos que esta historia abrió, prescindiendo de las reparticiones de las potencias exteriores, el abismo que hoy divide internamente no sólo a los dos Estados alemanes y a sus gobiernos, sino también a sus pueblos.

S. H.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BADEN, Max von, *Erinnerungen und Dokumente*, Deutscher Verlag, Stuttgart, 1927.

ERGER, Johannes, *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch. Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik 1919/20*, Droste, Düsseldorf, 1967.

ERZBERGER, Matthias, *Erlebnisse im Weltkrieg*, Deutscher Verlag, Stuttgart, 1920.

GROENER, Wilhelm, *Lebenserinnerungen. Jugend, Genelstab, Weltkrieg*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1957.

HERTLING, Karl von, *Ein Jahr in der Reichskanzlei. Erinnerungen an der Kanzkerschaft meines Vaters*, Herder, Friburgo de Brisgovia, 1919.

HÜRTER, Johannes, *Paul von Hintze, Marineofficer, Diplomat, Staatssekretär. Dokumente einer Karriere zwischen Militär und Politik, 1903-1918*, Boldt im Oldemburg-Verlag, Munich, 1998.

KILLINGER, Manfred von, *Ernstes und Heiteres aus dem Putschleben*, Eher, Munich, 1931.

KOLB, Eberhard, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918/1919*, Droste, Düsseldorf, 1962.

LUDENDORFF, Erich, *Auf dem Weg Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen*, Ludendorff, Munich, 1937.

LUDENDORFF, Margarette L., *Als ich Ludendorffs Frau war*, Drei-Masken-Verlag, Munich, 1929.

MAERCKER, Ludwig R., *Vom Kaiserheer zur Reichswehr, geschichte des freiwilligen Landsjägerkorps. Ein Beitrag zur Geschichte der deutschen Revolution*, Koehler, Leipzig, 1922.

MITCHELL, Allan, *Revolution in Bavaria*, Princeton University Press, Princeton, 1965.

MÜLLER, Richard, *Geschichte der deutschen Revolution*, Olle & Wolter, s.d., Berlín (reedición de 1974).

MÜLLER-FRANKEN, Hermann, *Die November Revolution*, Berlín, der Bücherkreis, 1928.

NIEMANN, Alfred, *Kaiser und Heer. Das Wesen der Kommandogewalt und ihre Ausübung durch Kaiser Wilhelm II*, Verlag für Kulturpolitik, Berlín, 1929.

NOSKE, Gustav, *Von Kiel bis Kapp. Zur Geschichte der deutschen Revolution*, Verlag für Politik und Wirtschaft, Berlín, 1920.

OEHME, Walter, *Damals in der Reichskanzlei. Erinnerungen aus den Jahren 1918/1919*, Kongress Verlag, Berlín, 1958.

ROSENBERG, Arthur, *Die Enstehung der deutschen Republik, 1871-1918*, Rowohlt, Berlín, 1928.

SCHEIDEMANN, Philipp, *Memoiren eines Sozialdemokraten*, Reissner, Dresde, 1928.

THAER, Albrecht von, *Generalstabsdienst an der Front und in der OHL. Aus Briefen und Tagebuchaufzeichnungen 1915-1919*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga, 1958.

TROELTSCH, Ernst, *Spektator-Briefe. Aufsätze über die deutsche Revolution und die Weltpolitik 1918-1922*, Mohr, Tubinga, 1924.

VOLKMANN, Erich O., *Revolution über Deutschland*, Stalling, Oldenburg i. O., 1930.

ÍNDICE ONOMÁSTICO



ISBN: 84-96364-17-8
9 788496 364172